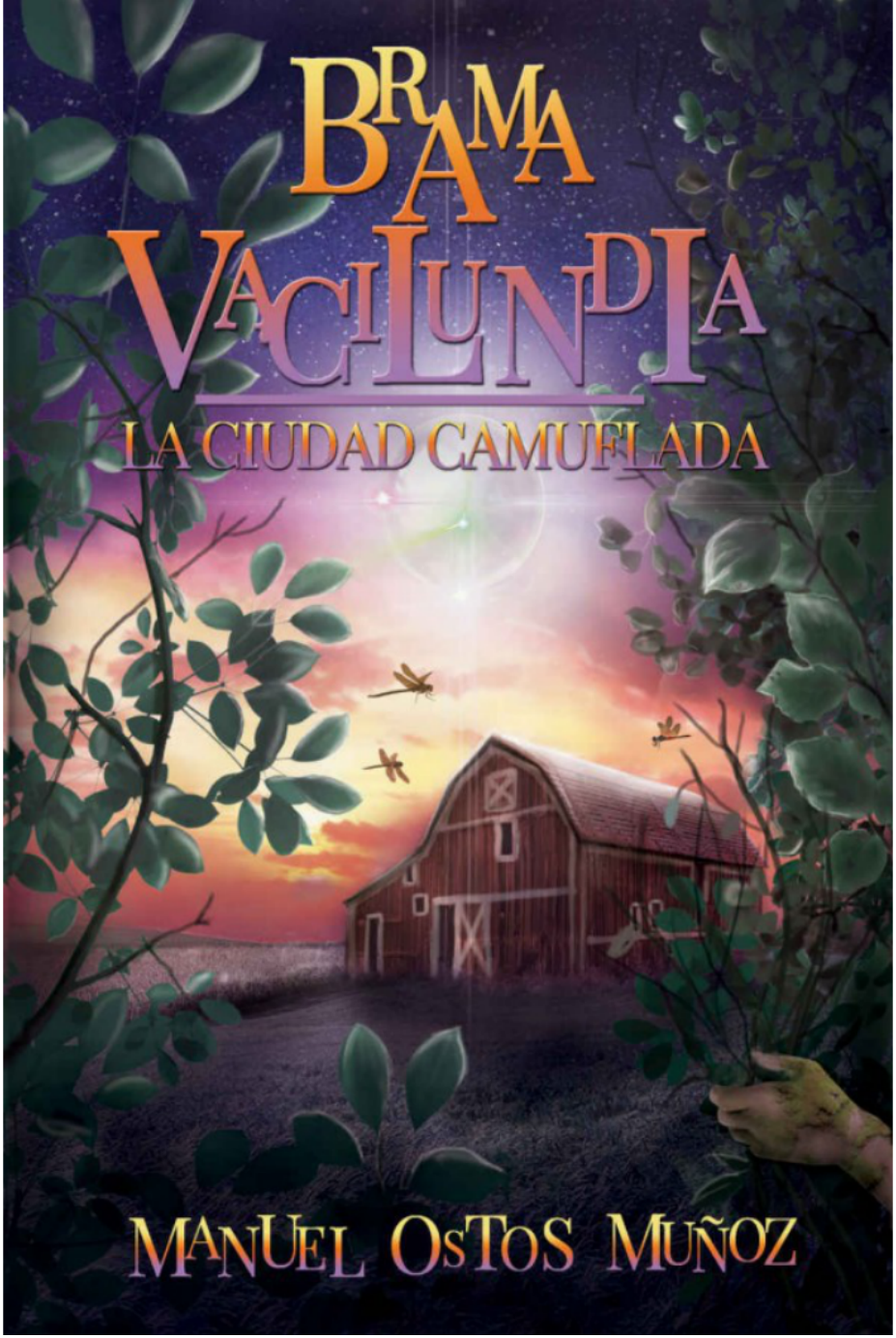

BRAMA
VACILUNDIA
LA CIUDAD CAMUFLADA
MANUEL OSTOS MUÑOZ

MANUEL OSTOS MUÑOZ

Copyright © 2019 Manuel Ostos Muñoz
Todos los derechos reservados.

Título: BRAMA VACILUNDIA: La Ciudad Camuflada
Autor: Manuel Ostos Muñoz
Cubierta diseñada por Mónica Gallart
Todos los derechos reservados.

Mis redes sociales: FACEBOOK TWITTER

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

NOTAS DEL AUTOR:

-Cualquier parecido del contenido de este libro con la realidad es mera coincidencia. Eso sí, si ves pequeños seres pululando por tu jardín, a mí no me culpes.

-Ninguna de las libélulas, ni ningún otro animal de los que han participado en este libro han sufrido daño alguno, todos campan alegremente por los bosques cercanos a Brama Vacilundia.

-Dado que los protagonistas de esta historia se hacen llamar de formas muy complejas, al final de este libro encontrarás un glosario con todos los nombres y ocupaciones de los personajes que aparecen en él

ÍNDICE

EL PRIMER DÍA
LA GRANJA DE LOS SANDERS
BRAMA VACILUNDIA
DE VACILUNDIOS Y HUMANOS
EL SEGUNDO DÍA
DETECTIVE MIKE
ENTRE MÍTINES E INVENTOS
EL DESVÁN Y LAS SEÑALES
¡MONSTRUOS!
MURXINGS Y APLASTADORES
CRISIS EN EL GRAN ÁRBOL
ES UN MAGO
RAYO G1
DE COTILLAS Y NAVES
¡AMENAZAS!
EL TERCER DÍA
DESPERTARES
¡HE VUELTO!
¡A LAS ARMAS!
HAGA ALGO SR. RAMALTA
PIP “EL ELEGIDO”
EL JUICIO FINAL
Glosario de nombres
Agradecimientos
Sobre el autor

¿Quién no ha mirado alguna vez al cielo y se ha preguntado si estamos solos en el universo?
A veces, eso que creemos tan lejano puede estar más cerca de lo que pensamos.

Abre bien tus sentidos y prepárate para disfrutar de una aventura… de otro mundo.

“Probablemente, el último sonido antes de que el Universo se repliege sobre sí mismo, será alguien diciendo: “¿Qué ocurre si aprieto esto?”.

Terry Prattchet

1

LA GRANJA DE LOS SANDERS

Cuatro horas de viaje forzoso por carreteras secundarias no eran fáciles de digerir para nadie, mucho menos para un par de críos poco acostumbrados a los trayectos largos. Mike y Annie, de quince y doce años, no habían parado de quejarse durante la última hora de camino. A decir verdad, desde que se habían enterado de que pasarían las vacaciones en la granja de sus abuelos maternos, los Sanders, ya habían manifestado su disconformidad. No obstante, las malas caras y las quejas no les habían servido para nada, ni siquiera la escenita, con pataleta incluida, que Mike había montado poco antes de la partida.

Megan, la madre, había encontrado una solución para no tener que soportar tantos lamentos: subir el volumen de la radio y cantar a viva voz junto a Peter, su marido y padre de las criaturas.

—¡Da igual que no nos escuchéis, eso no cambiará el hecho de que estemos secuestrados en este coche mientras nos lleváis a pasar las peores vacaciones de nuestra vida! —gritó Mike, cuyo estado de frustración ya había traspasado las barreras del enfado.

El jolgorio en la parte delantera del coche contrastaba con la agonía adolescente de la parte trasera, pero no es que Megan y Peter no tuvieran en cuenta las airadas manifestaciones inconformistas de sus hijos, en realidad, sabían que la granja acabaría resultándoles entrañable, de lo contrario, la abuela Maggie se encargaría de ellos con su peculiar carácter, no por bronco, sino por su capacidad para bajarles los humos; ya los controlaba bastante bien cuando eran más pequeños. Megan estaba convencida de que el plato fuerte sería algo que Annie ni sabía ni intuía, pues era una sorpresa que sus padres habían guardado con celo desde que planearon aquellas vacaciones. Caso distinto podía ser el de Mike, pero estaban seguros de que el abuelo Jerry encontraría la forma de hacerle entrar en razón, y de que pasase unas vacaciones que no dudaría en querer volver a repetir.

A falta de media hora para llegar a destino, Megan bajó el volumen de la radio, cosa que todos agradecieron; hasta ella misma se sintió aliviada. Un apacible silencio se apoderó del habitáculo, y

no solo por el descanso de sus oídos, también por la visión que comenzaba a dibujarse a través de las ventanillas, digna de ser observada sin acordarse de qué intereses habían llevado a cada uno hasta aquel lugar.

Las verdes praderas que se abrían paso hasta morir a los pies de colinas plagadas de frondosos bosques llamaron la atención de todos, pero fue Peter el que bajó su ventanilla delantera para que el resto pudiera sentir el aire fresco que se respiraba en aquel lienzo radiante que lo envolvía todo.

A pesar de eso, Mike no pudo reprimir su contraria opinión:

—Muy bonito, pero ya tenemos montañas y bosques cerca de casa —soltó, sin perder puntada de lo que le regalaba el exterior—. ¿Nos habéis traído aquí para ver más de lo mismo?

Megan y Peter se miraron, acompañando aquel gesto con un prolongado suspiro que venía a mostrar lo cansados que estaban ya de las continuas impertinencias de su joven hijo. Pero decidieron hacer caso omiso y no entrar en el juego.

El último tramo que debían recorrer para llegar hasta la granja no era nada cómodo. El abrupto terreno y la falta de una capa de alquitrán provocaron que el incesante movimiento del coche acabase revolviendo el estómago de ambos hermanos, que decidieron callar, más por necesidad que por ganas.

—Ya queda muy poco para llegar —trató de calmarlos Peter, mientras observaba las descompuestas caras de sus hijos en el espejo retrovisor—. De hecho, las tierras que veis desde aquí hasta los pies de aquellas colinas boscosas son propiedad de vuestros abuelos.

El silencio que se había instalado en la parte trasera del coche se vio roto por una Annie que, de un respingo, y olvidándose de su malestar, se incorporó para observar con admiración algo que la hizo olvidar todo lo dicho, pensado y sentido durante el viaje; dos caballos que galopaban por la enorme pradera que se abría ante ellos.

—¿Has dicho que estas tierras son de los abuelos? —preguntó, sin desviar la mirada.

Megan sonrió, dando por positiva la reacción de su hija ante la sorpresa que le habían guardado. No habían pensado dársela así, pero el resultado fue el esperado.

—Todas estas y más —respondió Peter.

Una sonrisa fue inundando la cara de Annie, cuya boca dibujó un arco de felicidad perfecto.

—Entonces, todo lo que hay en sus tierras les pertenece, ¿verdad? —volvió a preguntar.

—Por supuesto —recalcó Megan, sonriente—. Incluso esos caballos.

El cuerpo de Annie se relajó tanto que cayó desplomado en su asiento mientras exhalaba un suspiro de complacencia, ante la atenta mirada de su hermano.

—Qué pronto te dejas comprar… —le reprochó este, defraudado por la actitud de su hermana.

Annie era, a su edad, una jinete excelente, y su pasión por los caballos iba mucho más allá de cualquier cosa que su hermano pudiera ofrecerle; incluso la chocolatina que le había regalado antes de partir para que lo apoyase a la hora de intentar arruinar las vacaciones.

Mike se sintió derrotado y no volvió a abrir la boca. En cierto modo, ver a los otros tres componentes de su familia tan satisfechos le invitó a recapacitar un poco, y a pensar: «¿Y si al final no está tan mal? Total, ya no puedo hacer nada. Dejaré que pasen los días y pronto estaré de nuevo en casa, como si esto no hubiera ocurrido».

Cuando Peter detuvo el coche frente a la propiedad de los Sanders, una gran casa de madera, con tres plantas y un alto tejado, la abuela Maggie, ataviada con ropas que evidenciaban que había estado trabajando en las diferentes labores de la granja, que no eran pocas, esperaba impaciente para poder repartir achuchones a todos. Megan se emocionó al ver a su madre, pues desde la última vez que se habían reencontrado habían pasado ya casi dos años, y no por falta de ganas, solo que el trabajo les impedía desplazarse con regularidad. Antes de que el abuelo Jerry y la abuela Maggie dejasen la gran ciudad para trasladarse al campo (el motivo fue la jubilación de ambos y la búsqueda de una vida más sana y tranquila), se reunían al menos en una ocasión al mes, pero aquella iba a ser la primera vez en mucho tiempo que pasarían una larga temporada juntos. Incluso para los chicos era una novedad; era su primera visita a sus abuelos desde que se marcharon, y para ellos la granja era solo parte de una historia que su madre les contaba cuando eran más pequeños. Megan se había criado allí, para años más tarde irse a vivir con sus padres a una zona militar donde el abuelo Jerry ejercería como instructor (cabe destacar que no siempre desempeñó aquella labor, pues antes había logrado subir en el escalafón hasta el rango de capitán, pero un accidente le obligó a aceptar aquel puesto). Finalmente, Megan terminaría allí su carrera

de medicina y conocería a Peter, para acabar formando una bonita familia.

—¡Benditos los ojos que os ven! —exclamó la abuela Maggie—. ¡Venid aquí todos para que os pueda abrazar!

Annie y Mike se quedaron rezagados, pero sus expresiones faciales distaban mucho la una de la otra; mientras Annie había logrado encontrar un motivo para sentirse afortunada de estar allí, Mike solo era capaz de mostrar un rostro serio y poco ilusionado.

Tras abrazar a Megan y Peter, la abuela se fijó en sus nietos.

—Pero qué enorme estás ya —se sorprendió, dirigiéndose a Annie—. Parece que hiciera una década que no te veo.

Annie corrió a abrazarla.

—Oh, mi pequeña pelirroja de ojos verdes, eres mi viva imagen de cuando tenía tu edad, aunque estas canas que tengo y todas mis arrugas digan ahora lo contrario —se emocionó la abuela.

Megan miró a Mike, invitándole a volver a la tierra y unirse a aquel momento de feliz reencuentro familiar.

—¿Y qué tenemos aquí? —La abuela puso los ojos en su joven nieto—. Parece que habéis traído un invitado, y ni siquiera me lo habéis presentado.

Mike torció el gesto, extrañado.

—Soy Mike, tu nieto —afirmó.

La abuela lo miró de arriba abajo, se acercó a él y le tocó la cara mientras lo escudriñaba con esmero.

—No puede ser. Yo recuerdo a un Mike alegre, que siempre venía corriendo a dar un abrazo a su abuela… Te pareces a él, pero no eres él.

El tono intrigante de la abuela sorprendió al jovencito. En realidad, este no sabía si aquello iba en serio o era una broma.

Megan y Peter se miraron, sonrientes.

—Abuela…, sí que soy yo…

Maggie se giró y echó a andar hacia el resto.

Mike negó con la cabeza y recordó los momentos que segundos antes había mencionado la abuela. Cuando era pequeño y se enteraba de que los abuelos iban a visitarlos, él siempre los esperaba en el porche de casa, y cuando los veía aparecer se abalanzaba sobre ellos para no soltarlos en un buen rato.

—Abuela… —Mike echó a correr hacia ella—. Sí soy yo. —La rodeó y la abrazó tan fuerte que casi pierden el equilibrio.

Megan tragó saliva, tratando de ocultar la emoción que le producía aquella imagen. Annie abrazó a su padre y ambos se percataron de que, en aquel momento, Mike había entendido la

importancia de aquellas vacaciones, más allá de gustarle o no el lugar.

Los ojos de la abuela Maggie brillaron al sentir, una vez más, el abrazo de su pequeño.

—Este sí es mi Mike —susurró, mientras lo abrazaba con fuerza y le propinaba besos en la cabeza.

Una voz cercana interrumpió aquella escena tan entrañable.

—Vaya, parece que para mí no quedan abrazos ni mimos —dijo el abuelo Jerry, aproximándose desde el lateral de la casa que daba a un gran cobertizo.

—¡Abuelo! —gritó Annie, echando a correr en su dirección.

Megan y Peter la siguieron, mientras la abuela aprovechaba aquel momento para mirar a los ojos de su nieto.

—Ve a abrazar al abuelo, lleva días hablando de ti.

Mike asintió, plantó un beso en la mejilla de su abuela y se apresuró a reunirse con el resto.

—¡Vaya! ¡Aquí está mi pequeño capitán! —festejó el abuelo Jerry.

La abuela Maggie los observó desde la distancia, convencida de que aquellas vacaciones iban a ser inolvidables.

Mientras la familia Sanders gozaba de aquel momento de júbilo, algo de lo que les era casi imposible percatarse ocurría a su alrededor. Tan solo Annie hizo un gesto que a los demás les resultó de lo más normal en aquella época del año, en la que tantos molestos insectos pululaban de aquí para allá. Una libélula se acercó a su cara, provocando que la pequeña realizase algunos aspavientos para espantarla. Los abuelos se miraron con cierto aire de preocupación, pero, al ver que el insecto se alejaba, la tranquilidad volvió a ellos.

—¡Woo! ¡Eso ha estado muy cerca! ¡Suerte que estas criaturas son tan torpes como enormes!

No, la voz no provenía de ninguno de los Sanders, salió de una pequeña criatura que se aferraba al cuerpo del insecto volador con finas hebras de hilo.

Otra libélula se colocó a su lado.

—¡Eso ha sido una pasada, Muun, pero has arriesgado demasiado!

—¡Tranquila, Guya, recuerda que soy el vacilundio más esquivo de la colonia!

Guya negó con la cabeza, desaprobando la temeraria conducta

de su compañero de exploración.

—¡También eres el vacilundio con más suerte, así que procura que un día de estos no se te acabe! ¡Ahora debemos volver a casa, hoy no hay nada interesante por aquí, al margen de que la presencia humana se ha multiplicado!

Muun asintió, tirando de uno de los hilos atados a la libélula para hacerla girar.

—¡De acuerdo, jefa, volvemos a Brama Vacilundia! ¡Te echo una carrera! —y espoleó al insecto para alejarse de la zona en dirección a los bosques.

«Ahora verás», pensó Guya, aceptando el reto.

Mientras tanto, Mike y su familia se dirigían ya al interior del caserón. Solo su padre y su madre se quedaron para descargar el equipaje.

—Ha sido una buena idea venir, ¿verdad, Peter? —preguntó Megan.

—Debíamos hacerlo, y aquí estamos. Aquí podrás desconectar.

Megan se abrazó a su esposo y le dijo algo al oído;

—Lo necesitaba, cariño. El hospital está acabando conmigo…

Peter se apresuró a cortar aquellas palabras.

—¿Hospital? No veo ninguno cerca. En cambio, tienes ante ti un lugar que conseguirá ponerte las pilas, ya lo verás —y la abrazó de nuevo.

El abuelo Jerry, que se había quedado mirando a la pareja desde la puerta de la casa, mostró en su rostro una sonrisa de satisfacción antes de continuar hacia el interior.

—¡Pequeños habitantes de la ciudad, bienvenidos a la maravillosa granja de los Sanders! —voceó, abrazando a sus dos nietos.

BRAMA VACILUNDIA

Más allá de los dominios de los Sanders, en el bosque de arces que vestía las colinas cercanas, las cosas no marchaban tan bien. Brama Vacilundia era la ciudad de madera, de ramas y hojas, de pasto y de roca, y en ella, los vacilundios, unos seres diminutos (suficiente como para montar sobre determinados insectos), de ojos grandes e iris brillantes, piel salpicada de musgo (con la peculiaridad de que este era capaz de mostrar sus emociones) y cuerpos que discernían entre lo atlético y lo no tan atlético (dependiendo del grado de actividad de cada individuo), habitaban desde hacía ya incontables años, concretamente, desde que sus ancestros llegaron a la Tierra desde una galaxia muy lejana. Con métodos poco conocidos para la humanidad, los primeros vacilundios ahuecaron el Gran Árbol para construir en su interior el que debía ser su hogar por no demasiado tiempo, pues sus intenciones no eran las de establecerse en el planeta, sino reparar su nave y regresar al espacio en busca de los demás miembros de su especie, el mismo que tuvieron que abandonar por culpa de una aparatosa avería en el sistema de propulsión. Pero todo se fue complicando. La carencia de piezas para reparar la nave les obligó a explorar aquellas tierras para buscar componentes que pudieran serles de ayuda, pero la humanidad ni siquiera había aprendido aún a despegar los pies del suelo, y nada de lo que encontraron a su paso les sirvió para lograr el propósito de ponerse de nuevo en órbita, así que tuvieron que aprender a vivir en un mundo que no era el suyo, con seres completamente desconocidos y en un entorno demasiado primitivo y poco evolucionado para las capacidades de los vacilundios. Así pasaron los siglos, según el sistema de contabilización de años de los humanos, y fueron forjando un nuevo destino para una raza que decidió permanecer oculta para casi todos los seres vivos de la Tierra.

Brama Vacilundia se dividía en diferentes zonas habitadas; las ramas del Gran Árbol, cuya espesura sin igual les daba una alta capacidad para construir viviendas en las alturas y tejer caminos colgantes para comunicarlas entre sí, y el Gran Tronco, por donde se distribuía todo el organigrama necesario para que el progreso de

los vacilundios no decayera (estas eran la Vaciluniversidad, el Vacilayuntamiento, el área de investigación alienígena, es decir, “los humanos”, y, por supuesto, la zona donde vivían las máximas personalidades de la Ciudad Camuflada). Pero nada de aquello era comparable al lugar donde los vacilundios habían construido lo más parecido a su mundo de origen; el suelo. Era allí donde se extendían barrios enteros, por cuyas callejuelas de hierba bien recortada transitaba a diario la clase obrera de aquella raza sin igual. Allí habían plantado semillas que sus antepasados habían rescatado de su mundo de origen, y que habían evolucionado en forma de plantas cantarinas (parecidas a los girasoles pero más pequeñas, como todo lo referente a los vacilundios) que alegraban o entristecían a todos aquellos que se paraban a contemplarlas. Esto se debía a la sencilla razón de que estas se contagiaban del estado de ánimo de los viandantes; si estabas triste, cantaban baladas, si estabas alegre, algo animado, y así con cada sentimiento que emanaba de los vacilundios.

La vida en la Ciudad Camuflada era un remanso de paz. No es que los vacilundios no tuvieran problemas, de hecho, solían tenerlos más a menudo de lo que a ellos les apetecía, pero eran tan tercos a la hora de estudiarlos que cuando llegaban al fondo de la cuestión ya lo habían solucionado sin apenas percatarse de ello. Los vacilundios no se acobardaban ante la adversidad, y todo lo escribían y catalogaban para que quedase constancia de ello en el futuro, así, si a algún vacilundio se le presentaba la misma cuestión, solo debía buscar en el archivo y asunto solucionado; llevaban una vida muy ordenada (muchos dirían que incluso demasiado metódica). Todos aquellos documentos iban a parar a la Biblioteca Subterránea, en una gruta cercana al Gran Tronco, junto a los barrios del suelo, donde los murxings, unos pequeños seres (nunca se había visto ninguno de más de medio centímetro), con orejas pequeñas, casi indetectables, boca ancha y bien provista de diminutos filamentos afilados, piel del color de la tierra, raíces por cabello y unos ojillos profundos que apenas necesitaban parpadear, guardaban los cientos de estantes repletos de documentos con los descubrimientos y secretos de los vacilundios. Los murxings habían llegado junto a sus antepasados hasta la Tierra, ocultos en las bodegas de carga, y habían ido evolucionando a la par de sus necesidades en aquel planeta, al igual que sus vecinos vacilundios. Cabe destacar que no les había ido nada mal.

La relación entre ambas razas nunca fue lo que se dice cordial, pero llevaban bastante bien su convivencia, teniendo en cuenta que

los murxings poseían un carácter bastante bronco, primitivo y para nada amigable, y que los vacilundios tenían una alta necesidad de sentirse acompañados y rebosaban calma y sabiduría. Los pequeños seres subterráneos se beneficiaban de la humedad que sus vecinos de la superficie dispensaban a la tierra y que acababa filtrándose hasta sus preciadas madrigueras para poder sobrevivir. A cambio, los habitantes de la superficie tenían un lugar seguro y vigilado en el que almacenar sus valiosos pergaminos, y no por temor a que fueran robados, pues el hurto entre los vacilundios era algo demasiado atípico como para tenerlo en cuenta, era más bien para despreocuparse de que algún animal se colase en la Biblioteca Subterránea y arruinase tantas décadas de arduo trabajo.

Brinsen Ramalta era la máxima autoridad de Brama Vacilundia, el alcalde, y, como tal, debía estar informado de todo lo que aconteciese en el Gran Tronco y sus alrededores; incluso si una hoja caía del Gran Árbol, a Brinsen le gustaba saberlo. Su edad era un misterio, como la de todos los vacilundios de más de cuarenta años, ya que a partir de esa edad se olvidaban de seguir contando y acababan olvidándose de ella. Por eso, si alguien preguntaba por la edad, solo contestaban «más de cuarenta», y ya se sabía que había alcanzado su máximo estado de madurez, o «menos de cuarenta» si aún contaba los años, y así sabían que se trataba de un vacilundio joven.

Aquel día, el de la llegada de Mike y su familia a aquellas tierras, algo ocurría en uno de los despachos del Gran Tronco de la Ciudad Camuflada. Brinsen debatía en su mente un dilema que, aunque ya había sido tratado, resuelto y archivado por otros mucho tiempo atrás, no terminaba de dejarle pasar su jornada con plena tranquilidad. Le preocupaba la forma en que estaba creciendo la ciudad respecto al número de nuevos nacimientos que se habían dado durante los últimos años. A medida que los vacilundios se iban haciendo mayores, incluso antes de dejar de contar los años, estos se iban independizando de sus lazos parentales, y muchos ya habían dado muestras de preocupación sobre dónde acabarían viviendo. Un alcalde anterior se había reunido, hacía ya incontables años, con su séquito de Pensadores y Solucionadores Oficiales, que no eran más que un grupo de vacilundios plenamente capacitados para desempeñar aquellas tareas y aconsejar a la máxima personalidad de la ciudad, y habían encontrado un arreglo a aquel problema. Hacia el oeste de Brama Vacilundia había una porción de terreno lo bastante extensa y habitable, y con recursos y agua cercana, pero

existía un problema; la proximidad de los humanos.

Las herramientas con las que los vacilundios habían ahuecado el Gran Tronco y fabricado las viviendas de su interior y de sus ramas, no habían vuelto a funcionar desde hacía ya algunas décadas. Aquellas herramientas estaban conectadas al núcleo de energía de la nave averiada, pero este se había ido agotando con el paso del tiempo. Por ello, cuando no pudieron continuar con los trabajos en la cima, comenzaron a expandirse por el suelo. Ahora solo contaban con la energía que eran capaces de recargar con la débil radiación del sol terrestre, y no era suficiente para llevar a cabo grandes logros.

El alcalde continuó dándole vueltas a aquella cuestión recostado sobre el trono de madera que había mandado instalar en su despacho, en la penúltima planta del Gran Tronco (la última estaba destinada a su uso particular; su vivienda). Ojeaba los manuscritos que había mandado recoger aquella misma mañana de la Biblioteca Subterránea, y se convencía de que aquella era la mejor solución, pero dicha solución creaba nuevas incógnitas que resolver, y que podrían poner en entredicho que aquella solución fuera realmente una solución razonable, y eso en un vacilundio era algo que generaba tal carga de estrés que podía derivar en un caos mental globalizado; eran demasiado testarudos como para conformarse con un «ya veremos qué pasa».

El alcalde levantó su trasero del trono y sujetó su redondeada barriga mientras torcía el gesto, pensativo. Demasiados años habían pasado y la "Solución" no se había llevado a la práctica. «El remedio es empezar, entonces sí será una verdadera solución», pensó, mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa de autofelicitación. «Mi inteligencia me abruma. Por algo soy el alcalde», se regodeó. Se dirigió hacia una caja de madera empotraba en la pared del despacho y sacó una llave de su bolsillo, la introdujo en la muesca de la puertezuela y giró noventa grados. Ante él se descubrió el «Llamador de emergencia», que no era más que una cuerda trenzada y pintada de rojo que colgaba junto a un cartel en el que rezaban unas instrucciones muy sencillas:

"LLAMADOR DE EMERGENCIA:

●*SOLO UTILIZABLE POR EL ALCALDE O PERSONAL AUTORIZADO.*

●*TIRAR SUAVEMENTE PARA UN LLAMAMIENTO NO MUY URGENTE.*

●*TIRAR FUERTEMENTE PARA UN LLAMAMIENTO MUY URGENTE.*

●*NO TIRAR DEL LLAMADOR SI NO DESEA HACER UN LLAMAMIENTO."*

Brinsen agarró la cuerda con decisión y tiró de ella lo más fuerte que pudo. Un tímido tintineo se escuchó en el despacho, y luego otro más potente. Planta a planta, el sonido se fue propagando. Las campanillas metálicas comenzaron a resonar con más energía y rapidez, extendiéndose por parte del Gran Tronco como si una ráfaga de aire se hubiera colado en él y recorriera incansable las escaleras y cada una de las salas, salitas y salones. Los trabajadores y habitantes del Gran Árbol se vieron sorprendidos ante tan escandalosa sinfonía, pues rara vez se hacía uso del llamador en su modalidad «*MUY URGENTE*» (cabía la posibilidad de que aquella hubiera sido la primera). Los solucionadores se colocaron rápidamente sus sombreros de fieltro marrón y corrieron hasta los rudimentarios montacargas, que ya estaban saturados por el alocado gentío que no sabía si subir, bajar, sentarse, gritar, caminar o correr como pollos descabezados, aunque la llamada no fuera dirigida a ellos.

Cinco pensadores y cinco solucionadores trataban de encontrar el camino más corto hasta la última planta del tronco. La mayoría de ellos corría escaleras arriba. Tropezaban y se levantaban incluso antes de tocar el suelo. Maanda fue la primera en llegar a la puerta del salón destinado a las “Reuniones Oficiales”; su lengua salía y entraba de su boca como poseída por el ritmo acelerado de su corazón. El resto no tardó en llegar, algunos de ellos sin más remedio que acabar recorriendo los últimos metros gateando por el enmoquetado suelo.

La puerta del salón se abrió de par en par, y allí estaba Brinsen Ramalta, de pie y mirándolos con una sonrisa complacida en su rechoncha cara.

—¡Funciona! —celebró, dando un par de palmadas de alegría—. Vamos, pasad, pasad.

Todos se fueron acomodando en sus respectivos lugares; pensadores a la derecha del sillón del alcalde y solucionadores a la izquierda, como mandaba el protocolo. Algunos no habían recuperado aún el aliento cuando Brinsen Ramalta ya comenzaba a pronunciar su orgulloso discurso.

—Queridos consejeros, os he reunido aquí para daros una noticia que pondrá fin a una solución que no solucionaba nada, pero que yo he solucionado con una solución mejor.

Las caras de todos los presentes fueron un poema.

—Me… perdí en la segunda… solución, señor alcalde —confesó Voncín Cuatrodedos, el mayor de todos los pensadores, con el

aliento justo mientras agitaba sus manos para echarse aire en la cara.

Los demás asintieron, mirándose entre ellos, murmurando y encogiéndose de hombros.

—Oh…, perdonad, quizás no me expliqué bien —se disculpó el alcalde, apoyando sus manos sobre la gran mesa a la que todos estaban sentados—. He estado dándole vueltas a un asunto de suma importancia. —Todos volvieron a mirarse y a murmurar extrañados—. Es sobre un problema que viene generando tensión desde hace ya algunos años, incluso desde antes de que yo fuera elegido alcalde de Brama Vacilundia. He estado repasando los escritos sobre la resolución de dicho problema y me he dado cuenta de que no está solucionado de forma correcta. A decir verdad…, solucionado sí, ejecutado no. —De nuevo un murmullo se apoderó del salón—. Se trata de dar cabida y comodidad a los nuevos demandantes de viviendas. Estamos demasiado estrechos en nuestra ciudad desde hace ya bastante tiempo, y cada vez lo estaremos más. Muchos de nuestros conciudadanos han venido mostrando su preocupación al respecto en los últimos tiempos, y creo que es hora de solucionarlo. —Los pensadores se quedaron pensativos mientras los solucionadores afinaban sus oídos para no perderse ningún detalle—. He llegado a la conclusión de que hay que comenzar a trabajar en el proyecto que he denominado “Nueva ciudad”; el nombre se lo he puesto yo, lo reconozco, y queda muy apropiado. —Maanda comenzó a aplaudir ante la atónita mirada de unos y las despectivas miradas de otros. Nadie la acompañó, y paró sus aplausos mientras se empequeñecía en su asiento, resignada y un tanto avergonzada—. Hace muchos años se llegó a la conclusión de que lo mejor era construir una nueva zona habitable al oeste de Brama Vacilundia, e incluso los ciudadanos renunciaron a la “privacidad” que nos brinda nuestro entorno, y como bien conocemos todos, las decisiones tomadas por nuestros antepasados perduran en el tiempo más allá de nosotros mismos. La solución a todas estas preocupaciones es comenzar a ejecutar esa solución. Ha llegado el momento de que pasemos a la historia por dar este inmenso paso para los vacilundios.

Brinsen Ramalta giró hacia sus consejeros los documentos que yacían sobre la mesa, y estos, haciendo gala de su terrible curiosidad, se abalanzaron sobre ellos para observarlos con más detenimiento. «Oh…», «Uhm…», «¡Caramba!», fueron algunas de las expresiones más escuchadas en el corro que se había formado alrededor de los papeles. Brinsen, que se había acomodado en su

asiento, observaba los rostros de los sorprendidos consejeros mientras movía las piernas con tal nerviosismo que su barriga vibraba de forma descontrolada.

—¡Esto es magnífico! —gritó Parmira Clon, una de las solucionadoras.

—¡Eddadosfédico! —replicó, impresionado, el pensador Tim Medialengua, con su peculiar forma de hablar.

—No se dice eddra…, lo que hayas dicho. Se dice estratosférico —le corrigió Maanda, mirándolo fijamente a los ojos.

—Pued edo ed lo que he dicho. ¡Eddadodfédico! —Maanda y el resto le miraron con resignación.

—Todo está ahí —interrumpió el alcalde—. Tan solo debemos llevarlo a cabo.

Los demás, pensadores y solucionadores, volvieron a sus asientos.

—No tenía ni idea de que eso existiera —comentó sorprendido el pensador Voncín Cuatrodedos.

—Pero debe ser un trabajo muy arduo dado que no disponemos de maquinaria que nos facilite el trabajo. ¿Se implicarán los habitantes? —cuestionó Tom Agualago, otro de los solucionadores, en concreto el más joven de todos, de menos de cuarenta.

—Claro que querrán —afirmó el alcalde poniéndose de nuevo en pie y caminando lentamente con las manos en la espalda y cierto aire de importancia—. Es lo que demanda la ciudadanía, pero esta solución llevaba tantos años guardada que casi nadie la recordaba. Estoy seguro de que será ilusionante para ellos. Si es necesario, domesticaremos a más criaturas de esas que pululan por este bosque para utilizarlas como mano de obra.

Voncín Cuatrodedos, con un gesto claro de disconformidad en su cara, se pronunció al respecto:

—Todo eso está muy bien, pero ¿qué hay de la protección? —Varios de los presentes, incluido el alcalde, arrugaron la frente sin entender muy bien qué pretendía Voncín con aquellas palabras—. Recordemos los antiguos escritos que nuestros antepasados tuvieron a bien dejarnos guardados. En ellos se habla de que Brama Vacilundia y sus habitantes están en continuo peligro por culpa de esas criaturas gigantes que dominan el planeta desde su origen; los humanos, como se hacen llamar ellos mismos. Fueron claros en esa cuestión, y sus palabras han prevalecido hasta nuestros días como un claro camino a seguir. De ahí que nuestra ciudad haya basado su tranquilidad en el camuflaje natural. Si exponemos a nuestros conciudadanos a campo abierto…, cosas terribles podrían ocurrir.

Brinsen Ramalta pensó durante unos instantes, algo contrariado.

—Eso es cierto, pero en siglos no se ha registrado ningún altercado con esos “seres”. Vivimos en comunión con nuestro entorno, y mientras no nos acerquemos demasiado a donde ellos habitan, no tendremos problemas. Además, esas criaturas son demasiado torpes y sus cerebros tan limitados que siempre iríamos diez pasos por delante de ellos.

—Pero nuestros exploradores insisten en que no es seguro ir más allá de la Gran Barrera, y así lo hemos hecho siempre. Puede ser una temeridad, y no deberíamos subestimar a esas criaturas. Además, no son las únicas que deambulan por ahí, fuera de nuestro territorio hay animales aún más fieros que ellos —replicó Voncín.

El alcalde dio un golpe sobre la mesa y puso su cara más convincente; una que decía claramente: «Soy el alcalde y se hace lo que yo diga».

—Pues, si es necesario, nos enfrentaremos a ellos, ya es hora de dejar de escondernos de criaturas tan inferiores a nosotros. El proyecto saldrá adelante —sentenció Brinsen.

Voncín Cuatrodedos, disconforme, se quedó callado.

El pensador Ron Cornetilla, mudo de nacimiento, comenzó a escribir apresuradamente sobre uno de los trozos de papel casero que siempre llevaba consigo, y luego lo alzó para que todos pudieran verlo:

«A mí me parece una buena idea, y como Pensador Oficial pienso que…», volvió a bajar el papel y, tras unos segundos pensativo, y ante la demandante y atenta mirada de los demás, comenzó a escribir de nuevo. Después, lo volvió a subir:

«Pienso que los vacilundios estarán muy satisfechos».

Brinsen suspiró al contemplar el valioso veredicto del anciano.

Era difícil rebatir la opinión de un pensador tan aclamado y firme como Ron Cornetilla. A decir verdad, pocos eran los que pasaban las pruebas para convertirse en Pensadores Oficiales, y, a los que lo lograban, nadie les planteaba dudas a sus pensamientos tan meditados. En aquel caso, todos asintieron satisfechos y celebraron su decisión, incluidos los otros cuatro pensadores que, de inmediato, se pronunciaron al unísono:

—Yo también pienso que estarán encantados.

El alcalde dio una palmada que resonó por todo el salón y se encaminó a la puerta mientras decía:

—Pensadores, buen trabajo. Solucionadores, a prepararlo todo. Mañana mismo, todos los vacilundios conocerán esta, sin duda, grandísima noticia.

Orgullosos, todos, excepto Voncín Cuatrodedos, estiraron sus cuellos y se levantaron de sus asientos aplaudiendo al alcalde, que no cabía en sí de gozo. Los sombreros marrones de los solucionadores y los grises de los pensadores fueron lanzados al aire en señal de festejo.

3

DE VACILUNDIOS Y HUMANOS

En un descampado cercano a los barrios del suelo de Brama Vacilundia, lugar destinado al aterrizaje de los grupos de exploración aérea, Muun y Guya llegaban tras un largo día intentando encontrar cosas que pudieran resultar útiles para la comunidad.

—Solo faltan un par de exploradores por llegar—informó el "jefe de puesta a punto de criaturas", lo que venía siendo el encargado de la alimentación y descanso de las libélulas y escarabajos domesticados que utilizaban los exploradores en sus batidas.

A Muun no le extrañó. Él mismo había llegado tarde en más de una ocasión. Lo importante era no saltarse la norma básica; estar en el suelo y a salvo antes de la caída de la noche, pues muchos animales salían a esas horas del día en busca de presas a las que hincar el diente, y el tamaño de los vacilundios les hacía parecer un exquisito manjar. Cierto era que habían ideado sistemas de seguridad rudimentarios para mantener a raya a las posibles amenazas, pero toda precaución era poca.

—Tal vez hayan encontrado un buen alijo y estén pensando cómo traerlo a casa. No hay de qué preocuparse. Salvo el aumento de presencia humana en la zona edificada, todo está en calma —lo tranquilizó Muun.

El jefe de puesta a punto encogió los hombros y remató la breve conversación con un «pss» que denotaba un completo pasotismo.

—Yo me voy a casa, estoy hecha un asco; mírame —se quejó Guya mientras mostraba sus brazos y sus manos—. Mis brazos están resentidos de tanto corregir el vuelo de mi *bicho volador*. Deberíamos encontrar la forma de que sus vuelos no sean tan irregulares. Y mira mi piel, está perdiendo su vigor —concluyó, observando el musgo marchito que salpicaba su cuerpo.

Acerca de ese detalle, los vacilundios necesitaban revitalizar a menudo su piel, pues su cuerpo perdía vigor ante grandes acumulaciones de estrés o trabajos demasiado extenuantes, y ser explorador no era una tarea fácil ni cómoda. Una de las señales más evidentes de que necesitaban descanso era que el musgo que cubría algunas partes de su cuerpo cambiaba su color verdoso por uno más

amarillento.

Muun sonrió, alzando una de sus manos en claro gesto de aprobación.

—Mañana es nuestro día libre, así que podrás recuperarte —animó a su compañera, dirigiéndose al camino que conducía hacia los barrios bajos de Brama Vacilundia.

En otro enclave de la Ciudad Camuflada, Rasly Nimkus, un vacilundio de "menos de cuarenta", observaba desde la copa del Gran Árbol los lejanos campos que se abrían paso hasta un infinito por el cual siempre había sentido curiosidad. Con el viento golpeando en su cara, Rasly pensaba en convertirse en uno de aquellos exploradores que tenían permiso para salir de la zona segura, pero no muchos eran capaces de superar el duro entrenamiento al que se les sometía, ni tampoco todos lograban aprender a domesticar a los "*bichos*" que habían de servirles de montura.

Rasly se encontraba en un momento que llega en la vida de todo vacilundio; las ansias por descubrir cosas nuevas. Pero él no sabía con exactitud qué cosas eran aquellas que podrían darle sentido a su existencia, lo que sí estaba claro era que Rasly hacía ya bastante tiempo que presumía de ser el vacilundio menos satisfecho de Brama Vacilundia. Soñaba con ser explorador, sí, pero no un explorador que se limitase a traer comida y materiales, indicar las zonas de peligro y observar cómo evolucionaba todo allí afuera, como hacía el resto, él quería ir más allá; ansiaba descubrir otros lugares de aquel planeta tan rico en vida como en misterios. Ayudar a su familia con la cosecha estaba bien, pero insuficiente para una mente tan aventurera como la del joven vacilundio.

El joven Nimkus subía a la copa del Gran Árbol cada vez que tenía oportunidad, pero pertenecía a una familia de clase obrera, y, como tal, su lugar estaba en el suelo.

Cada día, al llegar a casa tras alguna de sus reflexivas salidas, lo primero que hacía era escribir en su diario todos y cada uno de los pensamientos que pasaban por su cabeza, y luego se recostaba en su camastro de hojas secas con la intención de soñar despierto durante un buen rato. Tanto soñaba que en más de una ocasión se había sorprendido a sí mismo roncando con los ojos abiertos y con un hilillo de baba escapando de su boca. Pero aquel día no fue uno de aquellos.

Un olor hipnótico llamó la atención de Rasly nada más entrar en casa. Aquel aroma le obligó a dirigirse a la cocina. Allí, plena de felicidad y canturreando alegremente, estaba Mamá Nimkus preparando uno de los platos preferidos de su joven hijo; setas guisadas con sabia de roble viejo. Hacía años que Mamá Nimkus no preparaba aquella delicatesen, cosa que a Rasly le dio que pensar; era comida de ricos, y ser rico en Brama Vacilundia no consistía en tener más de todo que los demás, solo en tener la valentía necesaria para ir a buscar cosas que estaban fuera del alcance de otros. Las setas crecían en los lugares más recónditos y peligrosos del bosque, y era tan difícil encontrar sabia de roble de buena calidad que los vacilundios que se lanzaban en su búsqueda podían tardar semanas y semanas en hacerse con apenas unos pocos recipientes colmados. Pero los vacilundios nunca buscaban vender sus mercancías; más bien buscaban reconocimiento, y eso era lo que obtenían. Eran inscritos en la Gran Tabla de los Triunfadores, donde pasaban a la historia como auténticos héroes capaces de hacer cosas que estaban al alcance solo de unos pocos elegidos. Aquella era la mayor riqueza de un vacilundio; dar a sus sucesores el orgullo de llevar el sobrenombre "Hijo de *fulanito* El Triunfador". Pero Rasly no se llamaba "Rasly Nimkus, Hijo de Temdur El Triunfador", no, su padre solo era un agricultor como otros tantos y su madre una ama de casa con muchas facultades, entre ellas la de poseer una mano excelente para los fogones, tal vez la mejor.

El caso es que para Rasly fue algo extraño volver a sentir en su respingona nariz aquel embriagador olor. Extraño porque Mamá Nimkus solo preparaba aquella exquisitez cuando algo muy importante había sucedido o estaba a punto de suceder, pero el joven no tenía noticias en el horizonte de nada que mereciera la pena tildar de "importante".

—Podría estar horas con los ojos cerrados y llenándome con ese aroma, madre —dijo Rasly cariñosamente, dejándose llevar por las sensaciones que el guiso le hacía aflorar.

Mamá Nimkus lo miró, risueña y orgullosa de recibir tales halagos.

—Pero… ¿a qué se debe esta sorpresa culinaria?

Mamá Nimkus borró la sonrisa de su cara.

—¿Tiene que deberse a algo? —cuestionó.

—Bueno…, teniendo en cuenta que la última vez que preparaste este rico plato yo contaba… —Rasly hizo una pausa tratando de recordar.

—Trece —intervino Mamá Nimkus.

Rasly chasqueó los dedos.

—¡Cierto! —contestó—. Fue el día que cumplí los trece; más de cinco años han pasado ya.

—Pues se acabó la espera —celebró Mamá Nimkus alegremente mientras removía el contenido de la cazuela con una gran cuchara de madera.

Rasly se sentó en un taburete junto a la mesa y le hizo un gesto a su madre para que tomase asiento junto a él.

—Sí, pero hay algo a lo que no has respondido —le recordó.

Mamá Nimkus no le llevó la contraria. Se acercó y posó su pomposo trasero junto a su hijo.

—¿Y bien? —inquirió el joven vacilundio.

Mamá Nimkus resopló y apoyó sus manos sobre la mesa, un tanto nerviosa.

—Verás, hijo —comenzó a decir con la mirada fija en sus manos —, no siempre tiene que haber una razón para hacer algo, solo estamos pasando por un momento dulce y debemos celebrarlo. Además, tú mismo has dicho que hacía ya mucho tiempo que no nos dábamos este gusto, así que…

—Madre…, eso no cuela. Suéltalo —la interrumpió Rasly con un gesto pícaro.

—Oh…, de acuerdo, pero no va a ser fácil —le advirtió Mamá Nimkus.

—Pues dilo y ya está —se impacientó el joven.

—Vale. Pues allá voy. —Mamá Nimkus tomó aire y lo soltó de golpe—. Tu padre y yo hemos decidido que ya es hora de que vayas buscando tu propio hogar. Estás cerca de cumplir la edad propicia para ello. Ya lo he dicho.

Rasly pestañeó varias veces antes de introducirse los dedos en los oídos y frotarlos.

—Pero…, pero… ¿cómo me dices eso… así?

—Tú me lo has pedido —le reprochó Mamá Nimkus, nerviosa.

—Pero eso no se dice así… Un momento, ¿independizarme?

Por un momento, pareció que Rasly se acabara de dar cuenta de lo que aquello significaba en realidad. Primero sintió un sudor frío, luego un temblor de piernas que se fue extendiendo por toda su columna hasta sus brillantes ojos, el derecho comenzó a sufrir un tic nervioso que, junto con su boca entreabierta, le hacían parecer ridículo, y por último exhaló un gemido como el de un bebé a punto de romper a llorar.

—Hijo mío, cálmate —dijo Mamá Nimkus intentando tranquilizarle—. No ha sido fácil, pero has de comprender que es

algo que llega a todos en la vida. Necesitas empezar a formar una familia y conocer cómo es la vida fuera de esta roca, en tu propia roca. Por supuesto, eso no quiere decir que nos pierdas. Siempre estaremos aquí.

Rasly continuó sumergido en su perplejidad.

—¿Independizarme? —repitió con la mirada perdida en el infinito.

Mamá Nimkus se levantó y tomó entre sus temblorosos dedos una jarra llena de agua fría.

—¿Independizarme? —siguió repitiendo el joven vacilundio, instalado ya en un bucle infinito.

Mamá Nimkus alzó la jarra sobre la cabeza de su hijo y vació el contenido sobre este. La reacción fue en realidad un cúmulo de reacciones que se sucedieron mientras Mamá Nimkus miraba hacia otro lado, a la espera. Primero, el joven estiró el cuello y tensó su espalda, que ya estaba siendo recorrida por el líquido elemento hasta llegar a donde esta pierde su nombre. Lo segundo fue abrir la boca y los ojos tanto como pudo; el tic de su ojo derecho pasó a la historia en aquel mismo instante. Después, tragó tanto aire como pudo y quedó así, en pausa, inmóvil, hasta que la última gota de agua recorrió su cuerpo. Mamá Nimkus dejó la jarra vacía sobre la mesa y se colocó frente a él, al otro lado de la misma. Rasly continuaba con la cara desencajada.

—¿Ya? —preguntó Mamá Nimkus con la seriedad inundando su rostro.

—Eh…, sí —respondió Rasly de inmediato—. ¿Qué ha pasado?

—Nada, solo te quedaste encasquillado, pero, afortunadamente, ya pasó —explicó Mamá Nimkus con las cejas arqueadas y celebrando que por fin había acabado el dramón.

—Ah, sí, eso parece. Por un momento me pareció estar teniendo una conversación contigo en la que me decías de forma muy explícita que debía independizarme. Menudo mal rato. —Rasly observó con detenimiento la boca torcida de su madre y sus encendidos ojos, y comprendió—. No ha sido un sueño ¿verdad?

—No.

—Vale… —El joven permaneció unos segundos en silencio y luego explotó—. Pero ¿¡qué he hecho yo para merecer esto!? —gritó, y clavó su frente sobre la mesa, dando un golpe que resonó en toda la estancia.

En aquel momento, ni el delicioso olor de su guiso preferido era suficiente para sacarle de aquella tragedia.

Mamá Nimkus colocó sus brazos en jarra y pronunció unas

palabras que sonaron atronadoras en los oídos del joven:

—¡Rasly Nimkus, bajo ningún concepto vuelvas a montar otro numerito como el que acabas de interpretar!

El joven no dijo nada, solo se levantó del taburete y se retiró a su habitación, encorvado, cabizbajo y con los brazos colgando hasta casi tocar el suelo.

Hay que aclarar que, por muy duro que pueda parecer, los vacilundios no echan a sus hijos de sus vidas, solo les invitan a tomar las riendas de las suyas. Era tradición que, llegados a cierta edad, comenzaran a forjarse un destino lejos del hogar paternal. Siempre había sido así, y Rasly lo sabía, pero uno nunca está preparado para una noticia de tal calibre, aunque se la den disfrazada con los mejores formalismos. Y es que, a lo largo de los primeros años de vida de un vacilundio, las comodidades que recibían eran, llamémoslas, excesivas; seis comidas diarias (cinco cuando se convierten en vacilundios de "más de cuarenta", porque van perdiendo apetito), camastro limpio, nada de tareas típicas del hogar, solo ayudar en el trabajo familiar (y poco), educación gratuita en el Área Formacional (que está justo al lado del Área Ministerial), ropa limpia, libertad para entrar y salir cuando les plazca…, en definitiva, un chollo de vida por la que todos pasaban y por la que todos lloraban cuando se acababa.

Mientras tanto, en la última casa al final de un casi inapreciable sendero que abandonaba los barrios del suelo de Brama Vacilundia, alejada de los melodramáticos momentos de la familia Nimkus, se escuchaba con claridad el incesante sonido de un matillo golpeando metal y madera. Sería correcto decir que lo que estaba a punto de ocurrir allí sería lo que daría origen a la aventura más grande que habían vivido los vacilundios en toda su historia, al menos en la Tierra, pero no adelantemos acontecimientos.

La casa de Celodius Godonindus era la más alejada de la ciudad por una sencilla razón; a la par que casa, era su taller de invenciones e investigaciones, donde trabajaba de sol a sol (sus vistosas ojeras daban fe de ello) entre cachivaches a los que rara vez conseguía hacer funcionar por falta de la energía necesaria. Pero no todo lo que Celodius había inventado era inútil, pues al menos uno de sus inventos le había dado el suficiente mérito como para entrar a formar parte de la Gran Tabla de los Triunfadores; unas orejeras antiruidos. Podría parecer una tontería y algo no demasiado

meritorio, y en realidad era así, pero no sobra decir que la historia que había detrás de aquel invento fue un tanto rocambolesca. Celodius Godonindus siempre vivió en la cima de la Ciudad Camuflada, en una de las zonas más privilegiadas, pero, como es imaginable, debido a su aparatosa y ruidosa labor, recibió multitud de quejas de vecinos que no lograban descansar por las noches. Esto desencadenó en una época en la que el rendimiento laboral bajó estrepitosamente. Los trabajadores se quedaban dormidos en sus puestos de trabajo y ocasionaban enormes problemas que afectaban a otros ciudadanos que a su vez generaban otros problemas que afectaban a otros, y así, una cadena interminable que desembocó en una crisis que casi acaba llevándose por delante al alcalde, Brinsen Ramalta. Este tuvo que dar un golpe sobre la mesa (dicho sea de paso, que le costó una mano vendada durante una semana) y buscar una solución drástica; expulsar al inventor de la ciudad. Pero Celodius exprimió al máximo su sesera (literalmente, claro, porque debido al volumen craneal de este se necesitaría un exprimidor de dimensiones exageradas), e inventó herramientas de bajos decibelios, pero estas retrasaban demasiado su trabajo. Por supuesto, las desechó. Luego inventó una excusa: «Lo que hago es por el bien y la comodidad de los vacilundios». Pero aquella simpleza no convenció a nadie, básicamente, porque aún no había inventado nada que hubiera resultado útil. Por último, forró las paredes y ventanas de su casa de tal forma que ningún ruido encontrase un camino para salir de ella. También fue un fracaso. Si bien es cierto que consiguió su propósito, casi se queda sordo al tener que convivir con tal cantidad de ondas sonoras rebotando por su casa día y noche. Pero, aunque a todos les pareció increíble, dio con la solución de la forma menos esperada. Un día, tras salir de casa, un gran grupo de vecinos, hartos ya de la frustrante situación, le regaló tal cantidad de abucheos que el inventor se vio obligado a taparse las orejas para no escucharlos. Fue entonces cuando una sonrisa iluminó su rostro mientras observaba en completo silencio los movimientos y caras desencajadas de la gruñona multitud; «si no puedo evitar que el ruido salga de casa…, puedo impedir que entre en sus oídos», ideó. Y así fue como inventó las orejeras antiruidos. No obstante, Brinsen Ramalta, por si acaso, le relegó a vivir en la casa más alejada del resto, en el suelo.

La cosa era que Celodius Godonindus estaba ilusionado por la nueva posibilidad que se le había brindado casi por casualidad; estudiar un artefacto que habían dejado en la puerta de su casa y

para el que creía haber encontrado la forma de devolverle su funcionalidad, aunque todavía no se aventuraba a gritar “eureka”. Tantas veces había pronunciado esa palabra para luego ver como ardía en una hoguera de fracasos que ya había aprendido a ser cauto y paciente antes de celebrar nada. Aquello había llegado a sus manos junto a un mensaje anónimo que decía: «Si eres capaz de arreglar este chisme recuperarás el respeto de toda la comunidad». Para Celodius, aquello de «recuperar el respeto» sonaba como música celestial.

El inventor se acercó a otro artilugio en el que había empleado sus últimos treinta días, con sus respectivas treinta noches, y al que había ido dando forma con piezas consideradas inútiles que los exploradores encontraban en sus viajes, y se deleitó mirándolo, justo antes de accionar algunos botones que determinarían si finalmente funcionaba o no.

—Me parece increíble que una especie como la nuestra tenga que celebrar la creación de un acumulador de energía, pero yo, Celodius Godonindus, estoy a punto de poner uno en funcionamiento, y eso puede significar un gran paso adelante en nuestras deprimentes vidas; tener electricidad en la cantidad que deseemos y no tener que depender de nuestro agotado núcleo y de la débil radiación del sol de este planeta.

Observó los cables que salían por una de las ventanas de su taller y comprobó que estuvieran bien conectados al panel metálico instalado en el techo de su vivienda. El sol matinal ya bañaba la chapa, y se alegró de que su casa estuviera situada en un punto donde ningún árbol le hacía sombra. Luego, se aseguró de que el otro extremo de los cables estaba bien conectado al misterioso aparato que le debía devolver la gloria. Pulsó un botón y cruzó los dedos para que toda la energía acumulada fuera suficiente.

—¡Vamos! —gritó, eufórico, mientras algunas chispas centelleaban en el interior del taller—. ¡Un poco más y será el primer paso para recobrar el estatus que me fue arrebatado por esos gobernantes de mentes estrechas!

Tras exclamar aquello, se le escapó una carcajada maquiavélica y enloquecida. Pero, percatándose de su desorbitado entusiasmo, frenó en seco y miró por las ventanas para cerciorarse de que nadie cotilleaba por los alrededores; no podía permitir que le tacharan de loco por comportarse de aquella forma, aunque lo correcto sería decir que no quería que le tachasen de “más loco” de lo que ya le tachaban.

Unos cuantos chispazos más tarde, el aparato cilíndrico que

descansaba sobre la mesa comenzó a mostrar extraños mensajes en su diminuta pantalla. Segundos después, un sonido asustó al inventor, obligándole a esconderse detrás de lo primero que encontró en su camino. Sonaba metálico, y parecía proferir algo incomprensible en una jerga que el inventor no logró reconocer. El entrecortado sonido se detuvo justo cuando todas las luces del aparato estuvieron encendidas.

—¿Qué diantres es esa cosa? —se preguntó Celodius, y él mismo se respondió—: Estoy convencido de que no es tecnología vacilundia. Ese lenguaje…

El inventor comenzó a dudar de la veracidad de aquella nota que le habían dejado junto al chisme, pues la utilidad de este no parecía estar tan clara como para asegurar que la comunidad estuviera tan agradecida de su arreglo.

—¡Ni siquiera se entiende lo que dice! —refunfuñó, descontento.

Celodius, como cada vez que se encontraba en un atolladero, corrió a la Biblioteca Subterránea con la intención de encontrar algo que arrojase luz a aquel fortuito misterio.

En la granja, la cena fue ligera, pero suficiente para que Mike y Annie recuperasen parte de la energía perdida en el viaje y para que sus estómagos se asentasen. Luego, mientras la abuela Maggie, Megan y Peter recogían lo ensuciado, el abuelo Jerry se dedicó a contar a sus nietos sus batallitas de juventud, cosa que a Mike le obligó a hacer un sobresfuerzo para no bostezar. Cuando eran pequeños, las historias del abuelo les parecían cuentos entrañables, incluso Mike llegó a desear en más de una ocasión poder tener vivencias como aquellas, pero todas esas sensaciones se habían evaporado con la adolescencia; ya solo le importaba el futbol y fardar con los amigos ante la chica que le gustaba.

La pequeña Annie se interesó por saber si podría montar alguno de aquellos caballos que había visto galopar por la pradera cuando llegaban, y el abuelo, aun desconfiando de las habilidades de su nieta como amazona, no quiso quitarle la ilusión:

—Tal vez Jena se deje montar, pero puede ser algo arriesgado —dijo.

Annie saco su lado más convincente mientras Mike ni se inmutaba, sentado en el sofá de tela roja en el que tan bien había caído.

—Llevo desde los dos años montando —aseguró la pequeña—.

Mamá y papá me apuntaron a clases de equitación, y soy una de las alumnas más destacadas. Incluso puede que el próximo año me dejen participar en alguna competición para gente de mi edad.

Tras decir aquello, aguardó la respuesta del abuelo.

—Parece que tu madre quiere que sigas sus pasos. Ella también era una apasionada jinete —comentó este—. Está bien, mañana veremos qué podemos hacer.

Annie no hizo ningún gesto excesivo para festejar aquellas palabras, pero por dentro podía sentir miles de fuegos artificiales y guirnaldas coloreando sus pensamientos con el sabor de la victoria.

Aquella noche, cuando Mike se quedó a solas en su cuarto, tras pasar todos a darle las buenas noches, no logró conciliar el sueño. Estaba cansado, pero la incómoda sensación de estar en una cama que no era la suya le obligó a observar desde ella, a través de la ventana, las estrellas que abarrotaban el firmamento. Por su cabeza volvió a pasar la idea de que el aburrimiento le acompañaría durante aquellas vacaciones, pero trató de compensarlo imaginando lo que podría hacer allí, en la granja, para entretenerse.

En medio de aquellas reflexiones, cuando ya llevaba casi una hora dándole vueltas a la cabeza, un ruido proveniente del exterior lo alertó, provocando su curiosidad. Se acercó a la ventana y miró hacia un silo de trigo cercano, donde observó insectos revoloteando. De nuevo aquel sonido le hizo mirar justo debajo de su ventana. La imagen le sorprendió; era el abuelo Jerry ataviado con un extraño casco que mantenía un par de lentes delante de sus ojos. Este, de cuando en cuando, suspendía su concentración mientras miraba en dirección al silo, y anotaba algo en un cuaderno.

«¿Qué hace el abuelo ahí fuera a estas horas? ¿Y qué es eso que lleva en la cabeza?», se preguntó el joven.

Cuando se cansó de observar y tomar notas, el abuelo Jerry regresó a la casa. Mike escuchó crujir los escalones de madera que ascendían a la planta superior y, luego, cómo el abuelo entraba en su habitación.

El joven salió al pasillo y se aseguró de que no hubiera nadie más merodeando por allí, pero se sintió atraído por los murmullos provenientes de la habitación de sus abuelos. Se acercó con extremo sigilo y pegó la oreja a la puerta para escuchar.

—Eso quiere decir que han vuelto, Jerry —escuchó decir a la abuela.

Mike frunció el entrecejo y continuó prestando oídos a la conversación.

—Hacía mucho que no se acercaban tanto a nosotros, y ha sido una suerte que Annie no acertara a darle un manotazo a esa libélula —comentó el abuelo.

—¿Estás seguro de que uno de ellos iba montado sobre ese insecto?

—Claro, Maggie, viste igual que yo que algo se aferraba a la grupa de ese insecto, como cuando los vimos la primera vez cerca del bosque, y todas las demás.

—Tal vez quieran comunicarse con nosotros —sugirió la abuela.

—No sé. Si hubieran querido entrar en contacto, ya lo habrían hecho, pero se escabullen con rapidez cuando te les acercas… —El abuelo quedó pensativo—. Deben ocultarse en algún lugar no demasiado distante a la granja, pero lo más lejos que he logrado seguirlos es hasta los límites de nuestra propiedad; allí se pierden en la espesura del bosque.

Mike no lograba encontrar una explicación a lo que escuchaba. «¿De qué seres están hablando?», se preguntó.

—Voy a subir al desván para guardar mi cuaderno de notas. Esta noche no he podido verlos, pero estoy seguro de que los insectos que revoloteaban cerca del silo de trigo tenían que ver con esas criaturas. Vuelvo enseguida.

Mike, tras escuchar aquello, se apresuró a volver a su habitación. Cuando estuvo a salvo de ser sorprendido escuchando, dejó entreabierta su puerta y vio dirigirse al abuelo hasta las escaleras que subían al desván. Un momento después, se asomó a la ventana y observó de nuevo el silo, pero ya no había rastro de ningún insecto volador en los alrededores.

Aquella noche, Mike no pegó ojo hasta bien entrada la madrugada. Pensó y pensó hasta que el sueño le venció, haciéndole olvidar la incomodidad de una cama que no era la suya.

De vuelta a casa de los Nimkus, Temdur, el padre de Rasly, sacudía sus zapatos en una roca cercana a la puerta de casa. Buena se pondría Mamá Nimkus si ensuciaba el suelo con la tierra embarrada del huerto, y no estaban las cosas en casa como para altercados de esa índole. Pero Temdur no era consciente aún de lo sucedido. Como cada día, entró en casa y se liberó del abrigo lanzándolo sobre un colgador junto a la entrada. Respiró profundamente y sintió sus papilas olfativas celebrar tal delicia. Movía su mandíbula como si masticase aquel olor tan apetecible.

«Setas…», se dijo, paladeando hasta el pensamiento de aquella deliciosa palabra.

—¿Mamá Nimkus? Ya estoy en casa —dijo, ni alto ni bajo.

No encontró respuesta.

El acostumbrado recibimiento efusivo y cariñoso de Mamá Nimkus no apareció por ningún sitio. Se dirigió a la cocina y la encontró sentada en el taburete que antes había ocupado su hijo, durante el drama. Estaba pensativa, disgustada y sin saber si reflejar tristeza o enfado en su cara. Una mezcla de sentimientos que no conseguía ordenar se había apoderado de ella.

—¿Qué le sucede a la flor de esta casa para tener esa cara tan… —Temdur intentó encontrar la palabra correcta, sin sonar demasiado dramático— alicaída?

Mamá Nimkus arrugó la frente y levantó los ojos para mirar a su esposo.

—Ni siquiera sabes lo que significa “alicaída”, ¿verdad? —le reprochó Mamá Nimkus.

Temdur se llevó una mano a la cara para rascarse el musgo de una de sus mejillas mientras abría la boca con ligereza.

—Pues…, no lo sé. Pero no estás como siempre —resolvió.

—Es por tu hijo. —Mamá Nimkus volvió a reflejar la decepción en su rostro.

Temdur asoció entonces. No era rápido de entendimiento, aunque, a pesar de tomarle más tiempo que a otros, al final siempre acababa comprendiendo las cosas. Primero pensó en el olor, luego en el tiempo que hacía que no olía aquella delicia culinaria, después se acordó de cuando le compró los ingredientes a su amigo Finn Yerbal, que regresaba de su expedición (tres meses de caza y recolección silvestre), y por ultimó recordó lo más importante. Dio una palmada en su frente y se sentó junto a Mamá Nimkus, mirando alrededor como si estuviera a punto de soltar su secreto más preciado.

—¿Se lo has dicho ya? —susurró, misterioso.

—Sí…

—Y fue peor de lo que pensábamos, ¿verdad? —preguntó Temdur, convencido de la respuesta.

—Mucho peor.

—Oh… ¿Y no se le pasó ni con su comida favorita? Eso sí es preocupante. —Temdur volvió a rascarse la mejilla.

Mamá Nimkus negó con la cabeza.

—Será mejor que hables con él, no quiere salir de su habitación —sugirió esta.

—Sí. Creo que es necesario dar explicaciones.

Mamá Nimkus asintió, pero aquello no alivió su preocupación. Observó a su esposo desaparecer de la cocina y decidió seguir con las labores.

Un par de toques suaves en la puerta alertaron a Rasly. Estaba tendido sobre su camastro observando ensimismado las paredes. La puerta se entreabrió y Temdur asomó la cabeza, esperando no recibir ninguna reprimenda por ello, o peor aún, algún objeto volador malintencionado.

—Hijo… —comenzó a decir—, ¿cómo estás?

Rasly ni contestó ni movió un ápice de su cuerpo. Temdur avanzó y se sentó en la cama sin tener muy claro qué decir. Al ser su único hijo, no tenía la experiencia de otras familias numerosas, pero también era consciente de que ya había postergado demasiado hablar con Rasly sobre aquel asunto. A decir verdad, habían comentado varias veces sobre sus intenciones de futuro y sobre la necesidad de labrarse un camino, como todo vacilundio, pero no habían profundizado lo suficiente en la cuestión. Y a pesar de que con la edad de Rasly todos eran conocedores de las costumbres vacilundias, siempre se imponía ese temor y esa incertidumbre que generaba abandonar el hogar familiar.

Temdur observó la pared que quedaba al frente. Allí, Rasly tenía colgados algunos dibujos del exterior, que solía repetir cada cierto tiempo para apreciar el cambio que se daba en el mundo que los rodeaba, y no lo hacía nada mal.

—Eres un joven talentoso, Rasly —aseguró—. Deberías intentar hacer de eso algo de provecho. Observar el cambio de las cosas es bueno, pero, si lo piensas, esos dibujos deberían estar en un lugar donde ser estudiados y comparados más…, más…

Temdur no encontró la palabra para definir correctamente lo que pretendía decir.

—¿Profesionalmente? —ayudó Rasly.

—Sí, justo eso. Deberías dedicarte a ellos profesionalmente, ¿no crees? —preguntó Temdur, intentando hacer partícipe a su hijo.

Rasly movió ligeramente los ojos hacia su padre, que continuaba mirando los dibujos con la mano en la barbilla y cara de analista.

—¿Por qué te preocupas, padre? De todas formas, pronto os habréis librado de mí. —Rasly no titubeó a la hora de usar sus palabras con crueldad.

—¿Librarnos de ti? —se sorprendió Temdur—. No estás comprendiendo nada, Rasly.

—¿Comprender? ¿Qué tendría que comprender? ¿Que se trata de una tradición?

Rasly se incorporó y se sentó en la cama.

—No —sentenció Temdur.

—Entonces, ¿qué? —insistió Rasly.

Temdur se acomodó junto a su hijo y apoyó su mano sobre una rodilla de éste.

—Lo que no comprendes nada tiene que ver con que sea una tradición, costumbre o como quieras llamarlo. Te lo describiré con mis palabras, así que espero explicarme bien. —El joven vacilundio miró la mano de su padre y se encogió de hombros como si nada le importase—. Eso que tú crees abandono es el mayor regalo que tiene en su vida cada habitante de Brama Vacilundia. La libertad de elegir los porqués de su existencia, decidir cada paso que das sin necesidad de ser aprobado por unos u otros, conseguir tanto como desees, expandir tu ser hasta el límite que tú mismo te pongas y sembrar una semilla en este lugar que perdure en el tiempo, y eso no sería posible si todos nosotros no hubiéramos pasado por ese "abandono", como tú lo llamas.

Rasly se relajó y, aunque no quería darlo a notar, escuchó con interés las palabras de su padre.

—Comprendo lo difícil que es, hijo mío. Yo pensé eso mismo cuando tus abuelos me dijeron que había llegado el momento. Me sentí perdido y desorientado, pero te diré lo mismo que aquel día tu abuelo me dijo cuando yo estaba sentado sobre mi cama, cabizbajo y desolado, como tú ahora.

Rasly miró a los ojos a su padre.

Temdur sintió en aquella mirada una conexión que solo los que son padres pueden comprender; el vínculo padre e hijo en estado puro, el amor y el respeto de dos sangres iguales confluyendo hacia la necesidad de encontrar un pensamiento común.

—Si yo no hubiera aceptado aquel paso con valentía y entereza, jamás habría conocido a tu madre ni jamás hubiéramos tenido la dicha de tenerte a ti.

Rasly agachó la cabeza, contuvo las lágrimas y se avergonzó por lo egoístas que habían sido sus gestos y sus palabras. Temdur retiró la mano de la rodilla de su hijo y la puso sobre la barbilla de éste para levantársela.

—Mantén tu cabeza siempre alta. No nos perderás jamás, hijo. —La voz de Temdur se quebró y sus ojos se llenaron de ese brillo especial que aparece en los vacilundios cuando se emocionan—. Esas fueron las palabras de tu abuelo, y gracias a ellas hoy estamos

aquí, tú y yo.

Rasly asintió. Algunas lágrimas colmadas de un brillante color cristalino surcaron su rostro, y luego abrazó a su padre como si fuera la primera vez que lo hacía en su vida.

—¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? —preguntó, dubitativo.

—No tienes que hacer nada especial, solo pensar qué es lo que quieres hacer, dónde te gustaría vivir y cómo. En definitiva, ponerte metas, solo eso. Nosotros te ayudaremos en todo lo necesario, y verás que al final incluso te alegrarás. Pero ten paciencia. Ahora respira, cálmate y compórtate como el valiente vacilundio que siempre has sido.

Rasly ladeó la cabeza, resignado y con el consuelo de quitarse aquel mal sabor de boca con un buen plato de aquel manjar cuyo aroma volvía a llegar hasta su nariz.

Aquella misma noche, antes de lo ocurrido en la granja y en los alrededores del Gran Árbol, Brinsen Ramalta observó pensativo el manto firmamental y omnisciente cuyo anaranjado color del atardecer había dejado paso, de forma paulatina, al negruzco de la noche. Se sintió orgulloso; esa era la palabra que mejor definía a Brinsen Ramalta. Pero no solo aquel día, pues siempre se había caracterizado por ser un vacilundio cogotudo e inmejorable como dirigente, y no solo él, también su padre, su abuelo, su tatarabuelo, su…, bueno, digamos que todo el árbol genealógico de los Ramalta gozaba de un aire petulante difícil de digerir por parte de muchos otros conciudadanos. Se enorgullecían hasta de la forma de bajar de sus camas, de sus formas de caminar…, hasta de sus propios errores se enorgullecían, sobre todo, porque una vez solucionados el enorgullecimiento era doble. Pero el caso es que, en aquel instante, Brinsen se enfrentó en su cabeza contra sus propias dudas. Era el único alcalde en la historia de Brama Vacilundia, al menos hasta donde llegaban sus documentaciones, que iba a cumplir el sueño de fundar una nueva ciudad, y aquello no era ninguna minucia. Por ese motivo, rogó a sus ancestros que le acompañasen beneficiosamente en aquel proceso tan, tan importante. Ya se veía a sí mismo inaugurando el lugar entre vítores y felicitaciones de todos sus paisanos: «Enhorabuena, señor alcalde, es usted el más grande, el mejor alcalde que ha tenido jamás Brama Vacilundia, el mejor gobernante de la historia. Hay que construir un monumento en su

honor y que la nueva ciudad se llame…». En ese momento de la ensoñación, en la cara de Brinsen comenzó a aparecer la sonrisa más enorme y mejor dibujada que todo vacilundio pudiera haber visto en su vida. Tal felicidad contenía el alcalde en aquel momento que no pudo evitar pensar en voz alta;

—Ramalta… —susurró—. Ramalta… —volvió a susurrar—. La nueva ciudad se llamará… ¡Ramalta!

“No todo oro reluce, ni todo lo que anda errante está perdido”.

J.R.R. Tolkien

4

DETECTIVE MIKE

Un agudo chirrido sacó a Mike de su pesado sueño. Abrió los ojos y observó el techo, perdido aún en su obnubilado despertar. Una voz le ayudó a volver al mundo terrenal.

—Hola, dormilón, ¿no piensas levantarte hoy?

Mike miró hacia la puerta y vio a su madre dirigiéndose hacia la cama.

—Umm…, esta cama es una tortura —se quejó Mike aún somnoliento—. Necesito mi cama.

Megan corrió las cortinas para que entrase la enérgica claridad de aquel día.

—Exagerado… —dijo esta, y se echó sobre la cama para hacerle cosquillas a su hijo.

—¡No, mamá! ¡Para! —refunfuñó Mike sin cesar sus espasmódicos movimientos y sin poder contener la risa.

Cuando su madre paró, Mike suspiró aliviado.

—Vamos, a papá le ha surgido un inconveniente y tiene que marcharse un par de días o tres. Tendríamos que despedirnos de él, ¿no crees?

Mike resopló, descontento.

—¿Trabajo otra vez?

Megan se encogió de hombros.

—Ya sabes que papá tiene un trabajo muy…

—¿Absorbente? —la cortó Mike.

—Humm…, tal vez sea esa la palabra, pero no le queda más remedio. De todas formas, solo serán unos días, estará en casa antes de que acaben las vacaciones; mucho antes.

Mike hundió su cabeza en la almohada.

—Quiero ser mayor para poder escaparme así —dijo, casi sin entendérsele.

—No seas tan dramático, Mike. ¿Cuándo piensas empezar a madurar? Deberías aprender de Annie en algunas cosas.

Mike volvió a destapar su cara.

—Soy un niño, tengo quince años, ¿qué esperas, que me comporte como papá o como tú?

Megan resopló.

—Además, en esta granja pasan cosas raras. Anoche vi al abuelo ahí fuera con una actitud muy extraña, y luego escuché que le decía algo a la abuela. Hablaban de cosas muy raras sobre no sé qué seres, insectos y muchas chaladuras —explicó Mike.

Megan negó con la cabeza.

—Desde luego, madurez no sé, pero imaginación no te falta. Eres capaz de cualquier cosa con tal de no quedarte aquí, ¿verdad?

Mike dio un salto y comenzó a vestirse.

—No me creas si no quieres, pero eso no va a borrar que los abuelos están un poco chalados.

Megan se levantó de la cama y se dirigió a la puerta, pero antes de salir de la habitación, miró atrás.

—Mike, te esperamos abajo, no tardes.

Este no contestó.

—¿Mike? ¿Me has escuchado? —preguntó su madre, tomando un tono más serio.

El joven suspiró.

—Sí, mamá, te he escuchado —respondió, para no empeorar las cosas.

—Así está mejor. No tardes.

Fuera, Peter ya estaba listo para marcharse. Mike apareció corriendo y le dio un abrazo.

—Ten cuidado por la carretera, papá.

Peter acercó a Annie y abrazó a ambos.

—Portaos bien y disfrutad, pronto estaré de vuelta y tendréis que contarme todo lo que habéis hecho en mi ausencia.

Peter miró a Megan, que no podía ocultar la decepción en su rostro.

—Cariño, recuerda: Desconecta. Tal vez, incluso puede que te alegres de que no esté —bromeó este.

Megan dejó caer sus hombros.

—Tonto, no digas eso. Ya te echo de menos…

—Te echamos —corrigió Annie buscando la complicidad de su hermano con la mirada.

Mike asintió.

—Sí. Te echaremos de menos estos días, papá.

El abuelo Jerry dio un paso al frente.

—Bueno, no sé qué tenéis los de ciudad que siempre acabáis haciendo llorar al resto con vuestras despedidas. Por el amor de un dios, ¡volverá en unos días, no se va a la guerra! Si yo os contara historias en las que no supe si iba a regresar a casa…, aquello sí que

fue dramático…

Peter se precipitó a subirse en el coche.

—Yo me marcho ya, si no se me hará tarde.

—Ten cuidado, cariño —dijo Megan plantándole un largo beso en los labios.

Annie y Mike se acercaron a la abuela.

—¿Qué podemos hacer esta mañana? —preguntaron los dos, casi al unísono.

El abuelo Jerry, que se había quedado solo, rascó su cabeza mientras arqueaba una ceja.

—Está bien, ya lo he pillado…, nada de historias aburridas del abuelo; entendido —se lamentó—. Ten cuidado, yerno, vuelve de una pieza.

Megan, que estaba de espaldas a su padre, sonrió y volvió a besar a Peter.

La mañana trascurrió con normalidad hasta el desayuno. Mike no estaba acostumbrado a tanta cantidad de comida por las mañanas (su madre solía decir que era la ingesta más importante, pero tampoco había que devorar como locos). La abuela preparó tostadas con mantequilla, zumos, huevos revueltos…, incluso puso sobre la mesa un trozo de carne asada del día anterior, para los más atrevidos.

—Tenemos que ir a comprar algunas cosas al pueblo, ¿quién se apunta? —dijo el abuelo.

Annie, con la boca llena, levantó la mano enérgicamente y, cuando terminó de tragar el bocado, se pronunció:

—Yo voy, pero prométeme que a la vuelta me dejarás montar a caballo, abuelo, ¿de acuerdo?

La abuela Maggie se adelantó a contestar.

—Por supuesto que sí, querida. Tu madre me ha contado lo buena jinete que eres, y yo al menos quiero verte montar.

El abuelo torció el gesto.

—Jena es dócil con quién conoce, pero sería la primera vez que la monta una desconocida…

—Bah, tú también fuiste un desconocido para esa yegua cuando la trajiste a esta granja, igual que yo y todos los que la han montado. Es un animal noble —medió la abuela.

El abuelo levantó las manos y miró a Mike, susurrando tan débilmente que apenas se le escuchó.

—Ve aprendiendo, jovencito, ellas tomarán las decisiones pronto.

La abuela miró a Annie, le acercó la palma de su mano para que la chocase y le guiñó un ojo.

—¿Quieres venir al pueblo, Mike? —le preguntó su madre.

Mike se echó atrás en su silla, acariciando su llena barriga.

—Sobreviviréis sin mí… —contestó.

El abuelo soltó una espontánea carcajada.

—Sí, papá, tú riele las gracias encima, que encuentre un aliado para sus desplantes. Desde luego, ya sabemos de quién ha heredado lo quejica y respondón que es —le espetó Megan a su padre.

El abuelo forzó la seriedad en su cara.

—Bueno, entonces, ¿quiénes formarán finalmente la tripulación para viajar al pueblo? —cambió el tema.

—Annie y yo iremos contigo —confirmó Megan.

—En marcha entonces. Cuanto antes salgamos antes volveremos.

Cuando Mike se quedó a solas en el porche de la casa, con la abuela entretenida en sus quehaceres, observó la extensión de terreno que se abría hasta perderse en los bosques cercanos. Una idea se coló en su cabeza, y es que ya estaba cansado de que nadie confiase en las cosas que decía. Era bastante quejica, de acuerdo, pero nunca había sido un mentiroso. Que su madre le tomase como un inmaduro aquella misma mañana y que dudase de su palabra, le había hecho proponerse acabar con aquello y demostrar que lo que había visto y oído la noche antes era cierto.

Primero se acercó a la zona donde el abuelo se había escondido y observó en la misma dirección que este había estado mirando durante su vigilancia nocturna. Veía el silo, y hacia allí se dirigió.

Mike no había sido nunca un joven con ansias detectivescas al que le apasionaran los misterios, pero, cuando estaba inmerso en uno, no perdía detalle de las pesquisas que iba encontrando en su camino.

Se acercó al silo de trigo, pero allí nada le resultó sospechoso. No había libélulas ni movimientos fuera de lo común que le sugirieran la presencia de criaturas extrañas. Recordó la breve conversación que el abuelo y la abuela habían mantenido, al menos lo poco que consiguió entender con claridad, y pensó durante unos minutos, sentado en el tronco de madera que el abuelo utilizaba para cortar la leña.

—¿Y si mamá tiene razón y estoy haciendo una montaña de una tontería? —se preguntó—. Igual hasta tengo razón en que el abuelo y la abuela están ya chocheando.

Mike se dirigió a la casa dispuesto a olvidarse del tema, pero,

cuando echó la vista hacia arriba, la ventana redondeada que había en la parte superior, en la fachada de madera, le recordó algo que había pasado por alto.

—El desván. Allí es donde el abuelo fue a guardar la libreta —se dijo—. Si hay un lugar que pueda determinar quién lleva razón, es ese.

Mike, sin hacer ningún ruido que atrajese la atención de la abuela, atravesó el salón de la casa en dirección a la escalera, subió y se dirigió al fondo del pasillo por el que se distribuían las habitaciones, donde se encontraba otra escalera más estrecha que subía hasta el desván. Agarró el pomo de la puerta y lo giró.

Un olor rancio y húmedo penetró en su nariz. El aire allí arriba estaba cargado de partículas de polvo. Mike echó un último vistazo a la planta baja para asegurarse de que la abuela seguía a lo suyo, y luego volvió al desván para aventurarse a descubrir lo que el abuelo guardaba en su interior.

5

ENTRE MÍTINES E INVENTOS

Brama Vacilundia despertó con el boca a boca del histórico mitin del alcalde, que tendría lugar justo en la cima del Gran Árbol; en la plaza principal, al aire libre. Muchos eran ya los que hacían sus cábalas tratando de averiguar el motivo de aquella comparecencia, pero nadie sacaba nada en claro. El alcalde había ordenado blindar toda información al respecto, pues cualquier suposición errónea, sin contar con la plena veracidad, solo daría al traste con sus intenciones.

Mamá Nimkus, Temdur y Rasly también comentaron aquello durante el primer desayuno (para los vacilundios, el primer desayuno es el más fuerte, el segundo es algo más ligero). Durante la noche, a Rasly le fue complicado conciliar el sueño. Su cabeza no había parado de dar vueltas. Algo le incomodaba, y no era su mullido camastro. Observó durante largo rato su diario y llegó a la conclusión de que algo faltaba entre sus páginas; la decisión sobre qué haría con su futuro.

Por la verdeante calle que pasaba justo delante de casa de los Nimkus, un pregonero entonó su mejor vozarrón:

—¡Hoy, Gran Mitin del señor alcalde, Brinsen Ramalta, en la Plaza Alta, en las ramas del Gran Árbol!

Y se repetía una y otra vez mientras recorría el sendero.

Las ventanas se abrían a su paso, llenando el ambiente de murmullos y especulaciones, pero solo había una forma de resolver tantas dudas; acudiendo al mencionado evento.

Y vaya si acudieron. Ningún vacilundio se quedó en casa. Todos estaban allí, en la plaza. Los más ancianos sentados, los jóvenes de pie y disfrutando como si de un día festivo se tratase, y los niños junto a sus madres, aburridos. Grandes bancos de madera se habían instalado durante la noche para los mayores, y precisamente ellos habían sido los primeros en llegar. No faltaban las trifulcas por conseguir asiento en las filas más adelantadas. Los músicos locales se habían instalado en la parte más cercana al estrado, desde donde Brinsen Ramalta recitaría su discurso, para amenizar la espera y

calmar al impaciente gentío. Un tambor, algunas flautas, timbales de madera hueca y un gran compás generó el ambiente festivo que había solicitado el alcalde.

Brinsen preguntó a su esposa;

—¿Estoy bien, querida?

Curneli Ramalta se acercó a él y dio un par de tirones a izquierda y a derecha, arriba y abajo, al traje de Brinsen. Se le quedó mirando unos segundos a una distancia suficiente como para poder comprobar el elegante porte de su esposo, y se pronunció;

—Hoy seré la envidia de toda la ciudad —aseguró, mientras entrelazaba las manos a la altura de su pecho, con orgullo—. Estás sencillamente perfecto. ¿Y yo?

Brinsen frunció el ceño y la observó.

—Querida, no es necesario que salgas ahí fuera conmigo —titubeó.

Curneli cambió su gesto por completo.

—¡Brinsen Ramalta! —espetó con los brazos en jarra—. ¿¡Estas insinuando que no estoy digna de ser vista por el resto del mundo!?

—Nooo, querida. Pero ¿cómo puedes pensar eso? —se apresuró a corregirla el alcalde—. Lo digo porque solo se trata de un día más de trabajo. Solo eso, y…

—¡Brinsen Ramalta, soy la alcaldesa consorte y bajo ningún concepto dejaré de asistir junto a mi marido, el alcalde, a esta cita con la ciudad! —sentenció Curneli, agitada—. ¡Como alcaldesa consorte, es también mi trabajo! ¿¡Entendido!?

A Brinsen no le quedó más remedio que ponerse firme y… asentir.

Brama Vacilundia lucía esplendorosa aquella veraniega mañana. Le sentaba muy bien aquel aire de verbena.

Rasly se había colocado cerca de la primera fila de asientos mientras sus padres trataban de encontrar un lugar bien situado entre el bullicio de vacilundios.

El viejo Tom Tresojos era observado por sus más cercanos compañeros de hilera. Roncaba, pero no con un ronquido normal, no, aquel ronquido era tan largo y sonoro que los vacilundios más cercanos no podían contener la risa. Cada poco se despertaba y trataba de continuar una conversación repentina con el vacilundio más cercano, tratando de disimular, como si nadie se hubiera percatado de su orquesta respiratoria. No había hora del día en que no lo sorprendieran en cualquier lugar, sentado o tumbado con la

boca abierta y roncando como si no hubiera mañana.

Cuando Brinsen Ramalta se acercó al estrado, acompañado por su séquito de Pensadores y Solucionadores Oficiales, el silencio de la multitud llamó su atención, pues aquella no era la reacción que esperaba un alcalde cuando se presentaba ante los ciudadanos. La siempre servil Maanda se atrevió a dirigirse a la muchedumbre para instarles a que dedicaran al alcalde una sonora ovación. Pero, a pesar de aquellos intentos, el ego de Brinsen Ramalta ya estaba tocado.

Dado que el alcalde no tuvo que esperar a que sus conciudadanos callasen para poder empezar, comenzó su discurso:

—Queridos vacilundios, agradecemos vuestra asistencia hoy, porque ¿qué son los vecinos sin su alcalde, si un alcalde es siempre el vecino que mejor entiende al alcalde? —En ese momento, las cabezas de los Pensadores y Solucionadores Oficiales echaban humo. El resto de ciudadanos solo trataba de averiguar en qué parte de las palabras del alcalde se sentían importantes—. Pero aquí estoy para transmitiros la importancia de todos los vacilundios en el sistema democrático de nuestra ciudad. Sois vosotros los que nos demandáis que trabajemos para mejorar Brama Vacilundia, y nosotros lo hacemos. Han pasado ya demasiados años desde que venís mostrando vuestra incertidumbre respecto a una cuestión muy concreta, y nosotros, con premura, la convertimos en una realidad. —Voncín Cuatrodedos se echó las manos a la cabeza. No entendía cómo se podía meter tanto la pata en apenas cien palabras.

Una voz se alzó desde el gentío:

—Es bueno saber que “premura” significa, para nuestros gobernantes, tener que esperar siglos. De no ser así, seguramente tendríamos que vivir cien vidas para ver resueltos algunos de nuestros problemas.

Una sonora carcajada se desprendió del público.

—¿¡Quién ha dicho eso!? —preguntó un iracundo Brinsen.

Nadie contestó. Ni siquiera Maanda, que ya tenía fichado al chistoso vacilundio. En su lugar, le hizo un gesto de advertencia.

—Bueno, espero no recibir más interrupciones sarcásticas mientras dure la comunicación de esta tan importante noticia que nos congrega aquí hoy —advirtió el alcalde, aún con cara de pocos amigos—. Comencemos…

En el mismo instante en el que Brinsen comenzaba a pronunciar

su discurso, en la Biblioteca Subterránea había un habitante de la Ciudad Camuflada que se había pasado parte del día anterior, la noche y lo que iba de aquella mañana intentando descifrar un enigma que le traía de cabeza.

Celodius Godonindus, tan escandaloso como testarudo, se había empecinado en darle solución al asunto de aquel extraño lenguaje que había escuchado a través del aparato que había conseguido hacer funcionar, pero nada de lo que había entre los cientos de documentos que abarrotaban la biblioteca le servía para sacar una conclusión lo bastante fiable como para determinar el origen de dicha lengua.

El inventor se levantó de la mesa y arrastró su mano hasta hacer caer muchos de los papiros, enojado por la falta de información. Cuando la mesa estuvo despejada, el extraño aparato quedó de nuevo a la vista, y sus ojos no pudieron evitar centrarse en él. Celodius tuvo la sensación de estar ante uno de los misterios más grandes a los que se había enfrentado.

La energía acumulada en el aparato aún lo mantenía encendido. Aquello le dio una idea.

—La energía, pues claro —se dijo—. Solo hay alguien que puede saber qué es esta cosa; el Gran Maestro de los Rayos. Me hago mayor… ¿Cómo puede ser que no haya caído antes en esa opción?

El inventor salió a toda prisa de aquella parte de la biblioteca y se dirigió hacia un ala marcada por un gran cartel que decía: “SOLO PERSONAL AUTORIZADO”. Le extrañó no ver a nadie por los alrededores, y era comprensible; tantas horas había pasado encerrado en las salas de la Biblioteca Subterránea que ni siquiera sabía que el alcalde estaba dando la “Gran Noticia” a la población.

Cuando Celodius penetró en el Área de Investigaciones, se encontró con que allí dentro tampoco había ningún vacilundio, ni tan siquiera los de seguridad, cosa que le alegró, ya que aquel improvisado golpe de suerte le evitaría tener que dar explicaciones sobre qué hacía allí. Cauto, se dirigió a una de las salas más emblemáticas de Brama Vacilundia. Allí dentro, bajo tierra, estaba parte de la nave en la que los primeros vacilundios aterrizaron en el planeta. Cómo la habían introducido allí era un misterio, pero no faltaban especulaciones al respecto. Unos decían que sus antepasados eran capaces de encoger los objetos para luego devolverlos a su tamaño natural, otros sospechaban que habían desmontado pieza a pieza cada parte de la nave para luego reconstruirla en el interior de aquellas grutas, e incluso algunos llegaron a decir que, en realidad, la enorme Biblioteca Subterránea

al completo era parte de la nave espacial que había quedado enterrada tras el impacto. El caso es que a Celodius aquello le daba igual en aquel momento. Él estaba allí para hablar con alguien que hacía mucho que no veía, tanto como el tiempo que hacía que le habían privado de todos sus privilegios como Científico e Inventor Oficial.

Celodius conectó los improvisados cables que proveían de energía a la sala. Una ligera luz la iluminó.

—Ese núcleo cada vez está más débil, pero será suficiente —confió, a sabiendas que la energía que necesitaba el Gran Maestro de los Rayos podría dejar sin electricidad a parte de los barrios del suelo.

Se dirigió a un panel de control cercano y tecleó varias veces. Sabía lo que hacía, lo había hecho ya en varias ocasiones. Solo debía esperar a que todo se iniciase.

—Desde luego, no es por criticar a nuestros antepasados, no estamos en situación, pero no es que se esmeraran demasiado en crear una tecnología lo que se dice "rápida" —se quejó, lleno de sarcasmo.

Unos minutos después, el panel de control quedó completamente activo.

El inventor se dirigió a otra pequeña sala, casi vacía, tan solo dos brazos mecánicos ocupaban las esquinas más alejadas de la puerta, y pulsó un botón que brillaba de forma intermitente.

Tras aquello, los brazos mecánicos se pusieron en posición enfrentada, uno mirando al otro, y un sonido parecido al de una turbina en mal estado comenzó a resonar desde los aparatos que rodeaban el panel de control de la sala principal.

No tardó demasiado en darse el acontecimiento que Celodius esperaba. Un rayo luminoso fue proyectado por cada uno de los brazos, y en medio de ellos, justo entre centelleantes efectos creados por partículas brillantes, una figura traslúcida comenzó a tomar forma; era el Sistema de Seguridad, paso previo al Gran Maestro de los Rayos, y creado exclusivamente para que solo el personal autorizado tuviera acceso a tan valiosa información.

—¿Quién oooosa perturbaaaar la paaaaaz de eeeeeste lugaaaar? —se escuchó desde algún lugar inapreciable, en medio de los efectos, con una voz que pretendía sonar amenazadora.

Aquí comenzaban las dificultades para Celodius, que, como ya sabemos, había perdido todos sus derechos para manipular libremente cualquier aparato protegido por la oficialidad

vacilundia.

—Soy… —Celodius torció la boca, arqueó una ceja, miró hacia arriba y trató de improvisar algo—. Te basta con saber que soy uno de los trabajadores autorizados de esta área.

—Oh. Eso tiene sentido, pero, ¿cuál de ellos? —interrogó el Sistema de Seguridad con su voz intimidatoria.

Si algo había perdido Celodius, además de su autorización oficial, era la paciencia.

—Soy tu creador, y debes obedecerme —improvisó de nuevo.

El Sistema de Seguridad se tomó un tiempo para contestar.

—Oh, de acuerdo. Pero, de igual manera, tengo que hacerle la pregunta de acceso. Como creador, debería respetar sus propias normas; las que me encomendaron.

Celodius resopló, y en medio del resoplido se le ocurrió que tal vez, si afinaba su ingenio, podría pasar la prueba. A fin de cuentas, aquel Sistema de Seguridad siempre había sido un proyecto sin terminar, una “beta” de lo que en realidad debía haber sido, y no estaba exento de “bugs” (esos pequeños problemas informáticos que empiezan siendo minucias y pueden acabar por destruir el mundo, aunque esto es más probable si dicho “bug” se da en un sistema de contención de misiles de largo alcance).

—Esas preguntas están caducadas. No cuentan. Están obsoletas. ¿No recuerdas que incluimos una fecha de caducidad cuando te programamos? —El inventor cruzó los dedos, esperando que el Sistema de Seguridad se tragase semejante bulo.

—Esto… No, no recuerdo nada de eso.

—Precisamente por eso necesitas actualizar tu sistema, y estoy aquí para ayudarte. A no ser que prefieras seguir siendo un Sistema de Seguridad viejo y anticuado. En tal caso…, yo me voy por donde he venido.

El inventor pronunció aquella última parte levantando los brazos y caminando con inusitada lentitud hacia la puerta.

Un largo silencio se apoderó de la sala. Tan largo que Celodius se impacientó.

—¿Hola? ¿Sigues ahí? —preguntó—. No tengo todo el día. Tengo muchos otros sistemas que actualizar.

La prisa que intentaba forzar Celodius surtió efecto, aunque no como él esperaba.

Un sollozo resonó por cada palmo de la estancia, ante la desconcertada mirada del vacilundio.

—¿De verdad crees que me he hecho viejo? —balbuceó el Sistema de Seguridad.

—Oh, no, no. Una inteligencia artificial no se hace vieja, solo se desactualiza, nada más. Pero yo puedo ayudarte, como te he dicho hace un momento —se ofreció Celodius, perplejo ante tan surrealista escena.

Al vacilundio le parecía tan absurdo lo que estaba ocurriendo que no pudo evitar sentir un poco de vergüenza ajena. ¡Era solo una inteligencia artificial, y no un ser racional capaz de evocar sentimientos!

—De acuerdo, accederé a esa actualización —confirmó el Sistema de Seguridad, recuperando su tono normal de voz.

Celodius resopló, conforme y aliviado.

Diciendo aquello, un murxing se asomó, curioso, a la puerta, y centró sus diminutos ojos en un cable pelado que colgaba de esta.

—Muy bien. La pregunta que deberás hacerme a partir de ahora es… —Pensó unos segundos y soltó lo primero que se lo ocurrió—: ¿Cuántas patas tiene una mesa?

—Normalmente, cuatro, pero depende de la superficie, longitud, anchura… —contestó con celeridad el Sistema de Seguridad.

—No, no, no. No tienes que contestar tú, soy yo el que debe darte la respuesta para que la memorices. Además, contestar "cuatro" sería una respuesta demasiado elocuente, muy lógica. Cualquiera podría adivinarla —le reprochó el vacilundio.

—Ah, sí. Tal vez tengas razón.

—Por supuesto que la tengo, soy uno de los vacilundios más inteligentes de la ciudad, no lo olvides —presumió Celodius, aprovechando la ocasión—. La respuesta será…

Justo antes de pronunciarla, los rayos del Gran Maestro temblaron y, un segundo después, el inventor sintió un empujón contra sus piernas y cayó de bruces.

—¡Ñaaaarg!

—Entendido. La pregunta es "¿Cuántas patas tiene una mesa?", y la respuesta es "¡Ñaaaarg!" —confirmó el Sistema de Seguridad.

—Noooo —gritó Celodius desde el suelo.

—¿Qué demonios hace un murxing aquí dentro? ¿Acaso no sabes que tu lugar está bajo tierra absorbiendo jugos de raíz?

El murxing le miró, gruñó y se abalanzó contra una de sus manos para morderla.

—¡Aaargh! Maldito bicho enraizado —despotricó Celodius mientras se sacudía al ofendido murxing—. Está bien. Basta ya. ¡Disculpa mi ofensa!

Solo después de escuchar la disculpa se relajó la criatura, pero no dejó de presentar en su cara una mezcla de enfado y curiosidad

al ver dónde se encontraba.

—Señor Creador, repita la respuesta. No es “¡Aaargh!” —irrumpió el Sistema de Seguridad.

El inventor perdió los estribos.

—¡Aaargh! Esto es una locura —gritó.

—Le repito que esa no es la respuesta correcta —volvió a indicar el Sistema de seguridad.

—¿Ñargg? —gruñó el murxing sin entender nada de lo que estaba pasando y rebuscando en la sala la procedencia de aquella voz que lo invadía todo.

—Eso está mejor. No es del todo correcta, es un “¡Ñaaaarg!” más largo, pero puede valer —accedió la voz—. Le deseo un buen día, Señor Creador. Ahora puede acceder a los datos.

De inmediato, donde antes había estado la forma que simulaba ser el Sistema de Seguridad, comenzó a hacerse visible la figura del Gran Maestro De los Rayos. Este no era más que el holograma de un vacilundio ataviado con ropas de una época ya lejana, aunque en la Tierra podría decirse que eran un tanto futuristas debido al psicodélico colorido y el anormal corte de aquellas prendas. El Gran Maestro, como lo llamaban los vacilundios de las nuevas generaciones, había sido creado para salvaguardar conocimientos pasados, pero su unidad de memoria resultó dañada, quedando imposibilitada su capacidad para recopilar nuevos datos. Fue después de aquel fallo cuando comenzaron a escribirlo todo a mano y a catalogarlo en la Biblioteca Subterránea.

El inventor miró de reojo al murxing.

—Ya hablaremos tú y yo —le dijo con una mirada desafiante, pero este ni se inmutó.

Luego, se centró en el holograma:

—Saludos, Gran Maestro. Cuánto tiempo sin vernos —saludó Celodius.

—Bienvenido a la sala del conocimiento. Estoy a tu enter… …isposición.

La energía era débil y Celodius sabía que debía ir directo al grano.

—Gran Maestro, necesito saber qué es este aparato.

Del holograma salió un débil rayo que escaneó lo que Celodius portaba en sus manos. Cuando terminó, el rayo desapareció y el Gran Maestro comenzó a explicar:

—Sistema de Localización Intergaláctico, Modelo SLI-58. Tecnología funcional. Manual de empleo: Disponible. ¿Desea aprender a usarlo?

Celodius miró el aparato y dudó.

—Requiere de una carga eléctrica para hacerlo funcionar, y no le queda mucha… —dudó.

De nuevo el rayo surgió del holograma y escaneó el aparato. Luego, volvió a desaparecer.

—Carga de energía suficiente para poder ser utilizado. ¿Desea aprender a utilizar el Sistema de Localización Intergaláctico, Modelo SLI-58?

La cara del murxing era un poema. Alternaba su desconfiada mirada entre el inventor, el aparato y el holograma del Gran Maestro.

—Está bien. Puede ser interesante, y un gran descubrimiento que podría devolverme a donde merezco; a la cima de Brama Vacilundia —fantaseó el inventor—. Fuera quien fuese el que lo dejó abandonado en la puerta de mi casa, podría haberme hecho el favor de mi vida. —Una sonrisa placentera se dibujó en su cara, poco acostumbrada a la felicidad.

El Gran Maestro comenzó a gesticular con sus manos, como si estuviera buscando algo en una superficie invisible. No tardó demasiado en comenzar a hablar de nuevo.

—Para activar el Sistema de Localización Intergaláctico, SLI-58, debe pulsar el botón brillante de su parte derecha. —Celodius siguió las instrucciones—. A continuación, deberá teclear el código del planeta en el que se encuentra…

—Un momento, ¿qué código es ese? —lo interrumpió el inventor.

El Gran Maestro volvió a gesticular en busca de información.

—El código del planeta Tierra es “´+^^`*¬¬”, y luego deberá pulsar el botón rojo que se encenderá bajo la pantalla, tras introducir la secuencia.

Celodius realizó todos los pasos al pie de la letra.

Casi instantáneamente, tras pulsar el botón rojo en el aparato, este comenzó a emitir una señal sonora en la que se distinguía aquella extraña forma de lenguaje que había apreciado en su casa, cuando lo activó por primera vez.

—¿Qué es ese dialecto tan raro? —preguntó al Gran Maestro.

—Idioma Fhareantys, original del planeta Farkyrif, hogar de los Fareans, raza invasora que destruyó el planeta Cilium, lugar de origen de la raza vacilundia.

Los ojos de Celodius se abrieron de par en par.

—Esto…, ¿puedes repetir eso último? —pidió, atónito.

—… hogar de los Fareans, raza invasora que destruyó el planeta

Cilium, lugar de origen de la raza vacilundia —repitió el Gran Maestro.

Celodius dejó caer el aparato al suelo y dio un paso atrás, aterrado. El murxing acudió a olisquear el cacharro.

—¿Qué he hecho? —se preguntó, lamentándose, el inventor.

El Gran Maestro no dudó en hacer uso de su conocimiento; para eso estaba.

—Según mi base de datos, los Fareans eran criaturas extremadamente peligrosas, y no solo por su aspecto grotesco y siempre malhumorado, solo bastaba con verlos comer para darse cuenta de lo voraces e insaciables que podían llegar a ser. Ver sus enormes bocas, bien provistas de afilados colmillos, y sus ojos saltones y negros como la noche más oscura, así como su piel escamosa y de aspecto reptiliano, ya infundía respeto. Superaban en tamaño a los vacilundios, pero quedaban muy por debajo de la estatura humana media. Su líder, Hokmok, tenía una obsesión por conquistar y destruir que aterraba incluso a algunos de los suyos. Muchos vacilundios lograron huir del planeta Cilium en las pocas naves que quedaron intactas tras el feroz ataque de aquellas criaturas. Los Fareans atacaron por sorpresa, acabando con toda vida que no logró subir a alguna de aquellas naves, pero fueron perseguidas por la galaxia. De alguna forma, el Sistema de Localización Intergaláctico, Modelo SLI-58, fue cargado en las naves vacilundias por algunos espías Farean, días antes de invadir el planeta Cilium. Su diseño pasó desapercibido entre los vacilundios, pues fue creado con dimensiones que no levantaran sospechas entre los tripulantes. El motivo estaba claro; si alguna nave escapaba, como finalmente ocurrió, podrían ser localizadas.

El Gran Maestro terminó su explicación. A Celodius le templaban las piernas.

La catastrófica historia de los vacilundios iba más allá de todo aquello, pero a los supervivientes que acabaron en la Tierra les fue imposible conocer el destino de los que lograron escapar. Con el tiempo, algunas naves vacilundias fueron encontradas y eliminadas, y sus tripulantes…, bueno, sus tripulantes pasaron a ser el aperitivo de un banquete de celebración Farean. La nave que acabó estrellándose en la Tierra tuvo más suerte, pues la avería que provocó el impacto también dañó muchos componentes de esta, y el Sistema de Localización Intergaláctico, Modelo SLI-58, sufrió una sobrecarga que lo desactivó por completo, hasta que cierto inventor tuvo la grandiosa idea de repararlo.

6

EL DESVÁN Y LAS SEÑALES

En el desván, Mike observó con sorpresa la cantidad de cosas inútiles, a su entender, que el abuelo tenía almacenadas. Había cajas y más cajas llenas de objetos de una época ya lejana, recuerdos de los tiempos de juventud del abuelo, sin duda, y varios muebles cubiertos con sábanas ya amarillentas se alineaban contra una de las paredes. La única luz que iluminaba el desván era la claridad natural que se colaba por el ventanal redondo que había visto desde fuera, y cuyos cristales parecían no haber recibido una limpieza desde hacía ya bastante tiempo, a juzgar por la espesa capa de polvo que los cubría. Mike sintió una ligera brisa colarse por una rendija que el abuelo había dejado abierta, y lo agradeció, porque el calor que se concentraba en la parte alta de la casa superaba con creces el que hacía en el resto de las plantas.

El joven se acercó a un rincón, atraído por varios objetos que reposaban sobre una polvorienta mesa. Centró su mirada en uno en concreto. Eran medallas perfectamente ordenadas dentro de una caja de madera en la que también había una carta y una fotografía del abuelo vestido con uniforme militar.

—Esta fotografía debe tener más años que yo —pensó en voz alta—. El abuelo está muy joven ahí, y me parezco mucho a él.

Mike echó una ojeada a su alrededor y continuó buscando lo que necesitaba para intentar convencer a su madre de que no mentía en lo referente a lo que había visto y oído la noche anterior. Fue entonces cuando vislumbró, alumbrada por la débil luz que se colaba por los sucios cristales, otra mesa cubierta de papeles desperdigados.

—Puede que esté ahí —sospechó.

Se acercó y ojeó algunos de los folios. Solo había anotaciones escritas a mano, pero ninguno que resultase útil para su propósito.

En ese mismo instante, justo sobre la cabeza de Mike, dos libélulas aterrizaron sobre el quicio exterior de la ventana. Una vacilundia y un vacilundio bajaron de ellas.

—¿Estás seguro de que es aquí, Ismal? —preguntó uno al otro.

La vacilundia se asomó a la abertura y observó el inmenso, para

ella, interior del desván.

—Justo aquí, Pip. Según la información que nos dieron, el humano antiguo que vive en esta casa posee algo que es primordial que recuperemos.

Pip, que no contaba con una memoria lo que se dice “prodigiosa”, preguntó desconcertado:

—¿Y por qué nos toca a nosotros jugárnosla?

Ismal suspiró.

—Porque somos los elegidos para esta misión secreta, ¿cuántas veces tengo que repetírtelo?

Pip se encogió de hombros.

—Yo no me presenté para ninguna “Misión Secreta”.

—Lo hiciste cuando aceptaste recibir y acatar órdenes como explorador. Y porque nos ha tocado a nosotros, así que deberías estar orgulloso de que solo tú, los jefazos y yo conozcamos este secreto.

—No pienso entrar ahí mientras ese humano esté presente. No me pagan lo suficiente como para jugarme el pellejo por “Misiones Secretas”

Pip se cruzó de brazos y dio la espalda a su compañera.

—Observa —susurró Ismal.

Pip, tan testarudo como cotilla, cualidades ambas muy ligadas a la mayoría de vacilundios, abandonó su actitud y se asomó a la ventana.

Mike comenzó a abrir los cajones, uno a uno. Cuando llegó al último, encontró una llave.

—Parece la llave de un viejo armario —dedujo.

Un detalle que Mike pasó por alto desde su entrada al desván se iluminó por fin ante su escudriñadora mirada; las huellas señaladas en la fina capa de polvo que cubría el suelo.

Se fijó en sus pisadas, más pequeñas y recientes que las otras, y observó que las demás se dirigían casi siempre a dos lugares del desván; unas se detenían frente a un grupo de cajas y las otras se encaminaban hacia uno de los muebles cubiertos.

—Es la mejor pista que tengo… —se dijo, mientras descubría el mueble.

Una nube de polvo le obligó a toser varias veces.

—Y luego mamá se queja de que mi habitación esta siempre hecha unos zorros. Igual lo he heredado del abuelo —bromeó.

Efectivamente, aquel mueble tenía una cerradura. Introdujo la llave y la giró hasta que la puerta se abrió tras un ligero “crack”.

Mike no dio crédito a lo que veían sus ojos.

—¿Qué es todo esto?

El interior del armario era como una sala de exposiciones en miniatura. En la parte frontal, un alargado cristal de aumento ampliaba la visión de lo que parecían trozos del fuselaje de algún aparato.

—Parece un juguete desarmado… —comentó Mike, jugando con la llave del armario entre sus dedos.

Los dos vacilundios, siempre pendientes a los movimientos del joven humano, buscaron una posición que les permitiera ver con más claridad lo que este observaba. Montaron en sus libélulas y realizaron un vuelo silencioso por el interior del desván.

Mike miró con sorpresa la parte baja del mueble, donde un ordenador antiguo descansaba. Estaba limpio, por lo que supuso que el abuelo lo usaba con asiduidad.

A la derecha, otro estante, también provisto de cristales de aumento, soportaba lo que parecían pequeñas y extrañas armas de juguete. Había una gran cantidad de ellas. No eran como las que Mike veía por la televisión, en películas o documentales militares, ni siquiera como las que el abuelo sujetaba en fotografías antiguas que tenía por todo el salón; parecían diseños de armas futuristas, como las que había visto en los comics que leía cuando era más pequeño. Pero lo que más llamó la atención de Mike se encontraba en el interior de algunas enormes urnas de cristal tapadas con pañuelos militares.

—Parece que al abuelo le gustan los juguetes automontables —pensó en voz alta—. Este hasta parece que pudiera funcionar —dijo, observando minuciosamente los detalles de lo que contenía la urna —. Parece una nave espacial o algo así, pero a pequeña escala. Nunca pensé que el abuelo se sintiera atraído por estas cosas.

Lo que Mike estaba descubriendo era, ciertamente, gran parte de los restos de una nave accidentada, en cuyo exterior podían adivinarse extraños símbolos. Estaba despiezada y separada en diferentes secciones, pero la calidad de sus detalles le asombró.

Las dos libélulas aterrizaron sobre el mueble, alejadas del ángulo de visión de Mike, y los dos vacilundios se asomaron al borde. Los ojos de Ismal, enmarcados por un marco musgoso, se abrieron de par en par ante lo que presenciaban. Incluso parecieron humedecerse producto de la emoción de semejante hallazgo. Lo que para Mike parecía un juguete, para ellos eran enormes partes de

algo muy familiar.

—Pip…, creo que lo hemos encontrado.

—Eso parece vacilundio antiguo, pero ¿cómo puede estar escrito ahí? ¿Es otra nave? —se sorprendió Pip.

Ismal miró a su compañero como quien mira de frente a lo desesperante.

—¿Se puede saber dónde estabas el día que los jefazos nos informaron de todo esto?

Pip pensó un instante.

—Contigo, en la Sala Privada de la Biblioteca Subterránea.

—Entonces, ¿por qué cada vez que avanzamos algo en este asunto parece que no tengas ni idea de nada? —cuestionó airadamente Ismal.

Pip volvió a pensar.

—Y yo qué sé, Ismal, no me regañes, los dos sabemos que tú eres la inteligente en este equipo.

Ismal negó con la cabeza mientras mordía sus labios con impotencia.

—Pues basta ya de preguntas estúpidas por hoy. Céntrate en la misión.

Pip se asomó al borde y permaneció en silencio.

Mike se percató de que, junto al ordenador, había varias hojas de papel y algunas libretas.

—Deben ser estas en las que el abuelo anota esas cosas de las que hablada anoche —se convenció.

Abrió la primera libreta por el centro y leyó con dificultad la enrevesada caligrafía del abuelo:

«*He intentado mantener contacto con esas criaturas, pero parecen demasiado cautelosas. No consigo acercarme a menos de un par de metros, pues corren a esconderse entre el pasto. Hoy ha sido la primera vez que las he visto montar insectos no voladores. Estoy seguro de que sus cada vez más consecutivas visitas tienen que ver con los restos de ese objeto en forma de nave destruida que encontré hace ya tiempo, durante la excavación del pozo…*».

Mike miró de reojo los restos de la nave.

—¿Quiere decir que eso de ahí es realmente una nave espacial? ¿Un OVNI? —se sorprendió.

—Claro que es una nave, o lo que queda de ella, que a decir verdad no es mucho, ¿qué iba a ser si no, un pastel de manzana deforme? —criticó Pip.

Mike continuó pasando las páginas hasta detenerse en una completamente ocupada por un dibujo; era una libélula montada por una criatura de rasgos extraños. Era un vacilundio, sin duda, pero eso Mike aún no lo sabía.

—Esa debe ser una de las criaturas de las que hablaba el abuelo…

Mientras, los vacilundios seguían observando el interior del mueble.

—¿Has visto todas las armas que hay en esa pared de madera? —señaló Ismal—. Ahí debe de haber artillería suficiente como para formar un ejército, ¿tan poderosos fuimos?

—Es probable que no sirvan. Ya sabes que nuestra fuente de energía principal está casi agotada, y sin ella nada de nuestra antigua tecnología funciona de forma eficiente—explicó Pip.

Ismal arrugó su cara, mirándole fijamente.

—Eso te lo expliqué yo, zoquete, no vengas de sabelotodo ahora.

Pip se sintió avergonzado. Se puso en pie y se defendió.

—Algún día conseguiré ser más inteligente que tú y yaaaaaaa ahhhh…

El explorador resbaló y, sin que Ismal tuviera tiempo para actuar, cayó al vacío, precipitándose velozmente hacia la cabeza de Mike.

Celodius Godonindus cruzó corriendo la Plaza Alta, cuando Brinsen Ramalta terminaba de dar su discurso a los ciudadanos.

—Y esto es todo, vecinos de las ramas, del tronco y del suelo. Pronto dejaremos de estar tan apretados en este árbol y expandiremos nuestra civilización hacia otros hábitats. Este será el primer paso para tratar de esparcirnos por este planeta que aún guarda tantos secretos para nosotros. —Brinsen sacó tanto pecho al pronunciar aquellas palabras que casi se le saltan los botones de su vivaracha camisa—. En los próximos días, un nuevo departamento de información estará disponible en el Área Ministerial, para todos aquellos que quieran inscribirse como adquirientes de una de las futuras nuevas viviendas, así como un departamento en el que se podrán alistar los trabajadores dispuestos a llevar a cabo la inmensa labor que tenemos por delante. He dicho.

Maanda, como de costumbre, rompió en aplausos. Esta vez no se

quedó sola, el resto de consejeros y los vecinos allí congregados se sumaron a ella. Aquello emocionó tanto a Maanda que rompió a llorar mientras esculpía en su cara una sonrisa que le llegaba con facilidad de oreja a oreja.

Poco después, el público comenzó a marcharse, volviendo cada uno a sus quehaceres diarios, sin dejar de comentar la noticia del alcalde; unos para bien y otros para mal.

El inventor llegó hasta el estrado, se agachó, apoyando las manos sobre sus rodillas, y trató de recuperarse engullendo con avidez grandes bocanadas de aire. Aquello provocó que Celodius hiperventilase y que su cara adquiriese diversas tonalidades, ante la atónita mirada de todos. Algunos ya sospechaban que aquello no era más que un truco del inventor para llamar la atención, mientras otros solo esperaban y observaban la gama de colores que pasaban por el musgo de su rostro.

—¿Puede saberse a qué viene este numerito? —inquirió Voncín Cuatrodedos.

Celodius se esforzó en contestar, pero la falta de aliento impedía que su capacidad comunicativa conectase con su boca para emitir sonidos coherentes, y que estos, a su vez, llegasen de forma entendible hasta los oídos de los presentes. Vamos…, que profirió una serie de palabros encadenados cuyo significado ni él mismo comprendía. Subir corriendo por el interior del tronco del Gran Árbol y atravesar parte de la cima no le había sentado nada bien, entre otras cosas, porque su cuerpo no estaba preparado para aquel sobreesfuerzo, debido a su vida sedentaria y carente de ejercicio físico. Aun así, el inventor lucía una figura delgada y estilizada, producto de la herencia genética, sin duda.

—Prato…, lambada…, antivaro…, elibro…

—Dejadle respirar, no vaya a ser que sufra un desmayo o algo peor —ordenó Brinsen, algo preocupado por el comportamiento del inventor.

Poco a poco, las palabras comenzaron a tomar sentido, aunque a Brinsen y al resto les pareció que aquello, más que un mensaje, parecía un jeroglífico.

—Aparato…, llamada…, activado…, peligro.

—¿Podrías explicarte un poco mejor, Celodius? —pidió, amablemente, el consejero Tim Agualago.

El festival de colores que Celodius había ido mostrando en su cara dio paso a un color más natural, hasta su musgo pareció vigorizarse.

—Prometo… que ha sido… sin querer…

Al escuchar aquellas palabras, todos los presentes sintieron como si un enorme nubarrón oscuro se cerniera sobre sus cabezas. Cuando esas palabras salen de la boca de un niño, puedes temer una trastada de poca importancia, pero escucharlas de boca de Celodius Godonindus, con todo su amplio historial de infortunios hacia la comunidad vacilundia, significaba que cosas muy terribles habían ocurrido.

—Lo sabía… —se lamentó Brinsen Ramalta, casi sollozando—. Sabía que algo o alguien —dirigió su mirada acusadora hacia el inventor— tenía que estropear este día… ¿Por qué?

Voncín se acercó al alcalde para meter el dedo en la llaga:

—Tal vez sea una señal de que deberíamos olvidarnos del tema de la "Nueva Ciudad". Debemos hacer caso a las señales…

Brinsen se encaró con el pensador:

—¡Aunque yo mismo tenga que limpiar esa zona y construir cada casa con mis propias manos, jamás daremos de lado a ese proyecto!

—Haya paz, compañeros —medió Tim Agualago—. Ni siquiera sabemos aún lo que ha ocurrido y ya estamos lamentándonos.

El murxing que había acompañado a Celodius durante su metedura de pata, apareció arrastrando el Sistema de Localización Intergaláctico, Modelo SLI-58, con sus diminutas manos enraizadas.

—Oh, un murxing en la cima del Gran Árbol. Definitivamente, el mundo debe estar volviéndose loco —se sorprendió Voncín Cuatrodedos.

El resto de pensadores y solucionadores dio un paso atrás ante la presencia de la criatura subterránea, temiendo alguno de los repentinos e iracundos ataques que las caracterizaban. Pero el murxing estaba tan exhausto como el inventor, incluso más, si cabe, debido a la carga del Sistema de Localización Intergaláctico, Modelo SLI-58.

—¿Qué es esa cosa que lleva consigo? —cuestionó el alcalde, observando con detenimiento el aparato.

Voncín se hizo el desinteresado.

—Eso es un Sistema de Localización Intergaláctico, Modelo SLI-58. Y tenemos un grave problema —comentó Celodius, sentado en el suelo y un poco más rehecho.

—Sigo sin saber qué es ese Sistema de… ¡lo que sea! —insistió el alcalde.

El murxing se paró frente a Celodius, dejó a sus pies el localizador y calló de espaldas, agotado y con su diminuta lengua pidiendo algo líquido que llevarse a la boca. Maanda corrió a

auxiliarlo.

—Es propiedad de una raza alienígena llamada “Fareans” —comenzó a explicar Celodius—, y aunque nosotros lo hayamos olvidado, fueron los que obligaron a nuestros antepasados a huir por el espacio hasta acabar aquí. Destruyeron nuestro planeta de origen…

—Un momento —interfirió Brinsen, ante la ahora atenta mirada de Voncín—, ¿y cómo sabes tú eso?

Celodius lo miró de reojo.

—Solo hay que hacerle las preguntas correctas al Gran Maestro de los Rayos, y yo, por desgracia, se las hice.

—Tus permisos para eso fueron revocados hace ya mucho tiempo, Celodius —aseveró el alcalde—. Has incurrido en una falta grave saltándote esa orden. Otra más para tu cuenta. ¿Cuándo piensas parar?

Celodius se puso en pie sosteniendo el localizador entre sus manos, y se acercó al alcalde.

—Nada de eso me importa ahora. Este aparato ha sido activado por error y ha emitido una señal que llegará a cualquier rincón de la galaxia. Si esos Fareans la reciben, seguro que vendrán a investigar, y este planeta podría correr la misma suerte que el nuestro, ¿no lo entiendes? Vendrán directos al lugar de donde salió la señal, ósea, a Brama Vacilundia.

Brinsen abrió los ojos de par en par, como si la parte de su cerebro que le facilitaba comprender las cosas se hubiera activado de repente.

—¿Qué has hecho, Celodius?

La extrema dramatización del alcalde obligó a Voncín a intervenir, haciendo uso de su posición de pensador.

—Todo eso está muy bien, pero no dejan de ser meras conjeturas, solo suposiciones. Ni siquiera sabemos si alguien recibirá esa señal.

Voncín prestó especial atención a la posible respuesta.

—Tienes razón —se calmó el alcalde—. ¿Quién puede asegurar que esos Fareans existan?

En ese mismo instante, el localizador comenzó a emitir una señal aguda y molesta que se coló en los oídos de los vacilundios como un objeto perforante, obligando al inventor a dejarlo caer. Todos se echaron al suelo con las manos intentando taponarse las orejas, pero solo el murxing, enojado por semejante y molesto ruido, se atrevió a acercarse al aparato para emprenderla a golpes con él. Parecía una fiera salvaje que tratara de vengarse de su peor

enemigo. Lo mordía, lo arañaba, lo lanzaba una y otra vez contra el suelo, hasta que en uno de aquellos golpes el sonido cesó, quedando un mensaje marcado en la pantalla del aparato; algo inentendible para los vacilundios.

—Oh, no —se lamentó Celodius—. Ese lenguaje de nuevo…

Todos se fueron poniendo en pie.

—¿Qué dice ahí? —quiso saber Tom Agualago.

—Solo el Gran Maestro de los Rayos lo sabe, pero ese idioma es el de esas criaturas. Deberíamos ir a preguntarle.

Brinsen miró a Voncín, que, curiosamente, asintió.

—No sé si esa cosa será lo que Celodius dice, pero, desde luego, no he visto nada así en mi vida —advirtió, con disimulo.

—Ñaaarg —dijo el murxing.

—¿Y qué le ocurre ahora a este… bicho? —pregunto Brinsen, visiblemente molesto.

Celodius se encogió de hombros.

—Imagino que estará afectado por las alturas, ¡y yo qué sé! —contestó, enfurruñado.

—Este no es lugar para debatir esto. Los ciudadanos no deben saber nada al respecto, o el caos se apoderará de Brama Vacilundia —sugirió Maanda.

—Cierto —secundó el alcalde, ante la orgullosa mirada de la consejera.

Pero ya era demasiado tarde.

De entre algunas hojas que había detrás de los reunidos, Rasly Nimkus salió con paso firme.

—¿De verdad pensáis ocultar esto a los ciudadanos? —espetó el joven vacilundio.

—¿Qué haces tú aquí? Ya deberías estar en el suelo, como el resto —le reprendió Voncín.

—Claro, en el suelo, esperando a que esa raza destructora de la que hablabais venga para recibirla con honores —soltó Rasly, lleno de sarcasmo.

—¡Silencio todos! —gritó Celodius—. ¡No es momento de discutir estas vicisitudes, hay que averiguar qué pone en ese maldito cacharro!

La seriedad de Celodius caló en el resto de los presentes. No era normal ver al inventor envuelto en semejante halo de preocupación, normalmente se despreocupaba del devenir de los asuntos que acontecían en Brama Vacilundia, pero aquello le había afectado sobremanera.

—Por una vez, y que no sirva de precedente, estoy de acuerdo

con él —añadió Brinsen, señalando al inventor—. Pero tú —dijo, dirigiéndose a Rasly Nimkus— vendrás con nosotros hasta que esto se esclarezca. No quiero que te vayas de la lengua.

Rasly asintió, celebrando aquella decisión, que más que como una orden la recibió como una invitación.

—En marcha, pues —dictó Celodius.

El alcalde se dirigió a sus consejeros y les ordenó disolverse hasta nuevo aviso. Solo Brinsen, Voncín y Rasly acompañaron al inventor. El murxing, ya implicado en algo que su primitiva sesera no atinaba a comprender del todo, los siguió a cierta distancia.

Cuando se encaminaron hacia el Gran Tronco, observaron que en las hileras de bancos, momentos antes abarrotados, solo quedaba Tom Tresojos, roncando plácidamente.

Un viento suave se enredó entre las ramas más altas del Gran Árbol, y una cantinela, provocada por el roce de sus hojas, se apoderó del desértico lugar.

A pesar de tener el día libre, Muun pasó por la zona de aterrizaje de exploradores para preguntar si habían vuelto los compañeros que se habían retrasado la noche anterior. La respuesta fue negativa.

Hacía ya mucho que no se producían accidentes importantes de exploradores más allá de la zona segura, solo algún hecho aislado sin mayores consecuencias. Montó en su libélula y partió, sin dilación y un tanto preocupado, hacia la Gran Barrera.

En el desván, Pip había logrado evitar darse de bruces contra la cabeza del joven humano, y lo había conseguido utilizando su chaqueta a modo de paracaídas. Ismal suspiró con más calma cuando vio a su compañero sobre la parte trasera del hombro de Mike.

Esta le hizo señas:

—Quédate ahí —le indicó, susurrando y gesticulando—. No te muevas.

Pip, corto de entendederas, como de costumbre, no tuvo otra cosa que hacer que meter la pata.

—¡Ismal, no te entiendo! ¿¡Qué dices que haga!? —gritó.

Ismal se llevó las manos a la cabeza.

Pero no fue la única que escuchó aquello.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Mike, girándose con rapidez —. ¿Abuela, eres tú?

No hubo respuesta.

Pip se tapó la boca como si con aquello fuera a solucionarlo todo.

Al girarse, Mike sintió un leve cosquilleo sobre su hombro, cosa que le obligó a llevar hasta allí una de sus manos para rascarse. Pip lo había provocado con su tembleque asustadizo.

Ismal montó en su libélula y sobrevoló la zona, intentando trazar un plan de rescate para recuperar a su compañero.

Pip se vio obligado a saltar hasta la parte inferior del mueble, pero un movimiento repentino de Mike hizo que el vacilundio se colase directamente en el bolsillo superior de la camiseta del joven. Comenzó a dar vueltas, tratando de encontrar la salida mientras Mike se revolvía, presa de las cosquillas. Metió su mano en el bolsillo y Pip aprovechó para escalar por ella hasta el codo, saltó hacia la parte superior de la pantalla del ordenador y desde allí se aupó hasta la estantería que quedaba justo encima.

Mike quedó perplejo.

—¡Es uno de esos seres! —exclamó.

El cristal de aumento provocó que el joven viese con más detalle al vacilundio, mientras que, del otro lado, el mismo cristal hizo que Pip viera a Mike como un ser más pequeño. Las caras de ambos mostraron una sorpresa similar.

—No quiero hacerte daño —dijo Mike con lentitud y gesticulando movimientos de paz—. ¿Puedes entenderme?

—¡Claro que puede entenderte, humano, aprendimos y adoptamos vuestro idioma hace ya muchos más años de los que tú cuentas! ¡Y no te creemos! —gritó Ismal, sobrevolando la cabeza de Mike.

Las palabras llegaron débilmente a los oídos del joven, cuya sorpresa se vio multiplicada por dos.

Ismal voló cerca de Pip.

—¡Corre a esconderte! —le gritó—. ¡Trataré de hacer que tú libélula llegue hasta ti!

Pip solo hizo caso a medias. Corrió, pero no para huir sino para tomar una de las armas que había colocadas en el mismo estante en el que se encontraba.

—¡Aha, humano, ¿ahora no eres tan valiente verdad?! —se envalentonó el vacilundio.

Ismal volvió a hacer aquel gesto que tanto la caracterizaba cuando Pip la sacaba de sus casillas.

—¡Pip, no juegues con eso! ¡Esas armas pueden ser peligrosas!

Mike levantó las manos y repitió:

—Pero no quiero haceros daño, ¿veis? Estoy desarmado.

Pip dio una vuelta al arma entre sus manos y, de casualidad, la activó.

—¡Mira, Ismal, parece que estos cacharros aún funcionan!

En mitad de aquel juego de manos, el vacilundio apretó el disparador, y un fino rayo salió disparado hacia el joven humano. Una luz cegadora lo envolvió.

7

¡MONSTRUOS!

En la Biblioteca Subterránea, Celodius Godonindus, Brinsen Ramalta, Voncín Cuatrodedos y Rasly Nimkus se disponían ya a averiguar qué ocultaba el mensaje que aparecía en el localizador.

El inventor lanzó una advertencia a los demás:

—Ni se os ocurra seguir instrucciones del Gran Maestro sin antes asegurarnos de que no conducen a ninguna otra catástrofe. En cierto modo, todo esto es culpa suya, por no advertir de los peligros de manipular este cacharro alienígena.

—Suya y de quien le obedece de forma inconsciente —añadió Brinsen, en clara alusión al inventor.

Celodius hizo como si no hubiera escuchado aquella acusación disfrazada con sutilezas.

—Empecemos. No sabemos cuánto tiempo estará disponible el Gran Maestro —sugirió Voncín, impaciente.

—No hay problema con eso. El sol ahora es más fuerte, y con la energía acumulada puede aguantar algunas horas —aclaró Celodius.

—Sí, pero no quiero pasarme aquí toda la mañana. No todos llevamos una vida tan ociosa como la tuya.

—Mi vida tampoco es ociosa, y estoy retenido contra mi voluntad, pero no creo que exista ninguna tarea más importante que conservar la seguridad de nuestra ciudad —intervino Rasly.

—Los Nimkus siempre habéis sido vacilundios sin interés por nada que no se asemeje a tierra labrada, no sé de dónde has sacado tú esa vocación de pensador/solucionador —dijo Voncín en tono grosero, casi humillante.

Rasly resopló, reprimiendo una respuesta que bien podría parecerse a un insulto.

Brinsen se acercó a los controles del Gran Maestro y lo activó.

—Silencio. Basta ya de cháchara. Es hora de empezar.

Celodius celebró aquel instante de cordura.

Tras la ceremonia previa con el Sistema de Seguridad, el Gran Maestro tomó forma delante del grupo.

—Bienvenidos a la…

—Bla, bla, bla… Al grano —lo cortó el inventor—. ¿Podrías traducirnos lo que quiere decir esto? —Levantó el Sistema de

Localización Intergaláctico, Modelo SLI-58, para que el Gran Maestro pudiera escanearlo.

—La traducción exacta es: «Señal recibida en OC15795» —informó el Gran Maestro.

Brinsen miró a Celodius reclamando una explicación, a lo que el inventor respondió encogiéndose de hombros y rascándose la cabeza, dubitativo.

—Gran Maestro, ¿podrías explicarnos qué es OC15795? —preguntó Celodius.

Antes de que el holograma contestase, no menos de diez murxings se asomaron a la puerta de la sala, capitaneados por el que había acompañado a Celodius hasta la cima del Gran Árbol, y que se había encargado de hacer correr la noticia entre sus enraizados amigos. A ellos también les resultaba extraño ver a tantos vacilundios juntos en la Biblioteca Subterránea, y la Sala Secreta no era un lugar al que los enraizados seres pudieran tener acceso demasiado a menudo.

—¿Ñaaarg? —pronunciaron varios de ellos a la vez.

Voncín corrió a espantarlos.

—Malditos bichejos. Este no es lugar para murxings —y pulsó el botón para sellar la sala—. Perdón, Gran Maestro, puede continuar.

El holograma asintió.

—OC15795 es una coordenada —informó.

—¿Coordenada? ¿De dónde? —interrogó Brinsen.

—OC15795 es conocido en el planeta Tierra como “Luna”.

Celodius apretó los dientes, y todo su cuerpo se estremeció.

—¿Luna? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Ese mismo astro blanquecino que se divisa en el cielo cada noche?

—Incorrecto —informó el Gran Maestro—; hay noches en las que las nubes no dejan verlo.

Rasly sonrió.

—Vaya, nos ha salido tiquismiquis —dijo.

—Pero ¿te estás refiriendo a esa misma Luna? —insistió el inventor.

—Correcto. OC15795 es uno de los astros que orbita en torno a este planeta en contraposición al Sol.

Celodius se dirigió a una de las paredes, apoyó la cabeza y comenzó a golpearla con su mano.

—Una debacle, eso es lo que está ocurriendo —balbuceó.

Los demás vacilundios se miraron entre sí.

—Nadie ha preguntado qué ocurría… —dijo Voncín.

Celodius se dio la vuelta y miró al pensador con ojos ardientes.

—¡Pues deberíais! ¡No soy un experto astrólogo, pero os vasta con un detalle; si nosotros podemos ver el lugar al que ha llegado la señal, desde allí nos pueden ver a nosotros! ¡No debe estar tan lejos! —gritó, rabioso.

Brinsen y Voncín se cruzaron de brazos. No tenían nada que decir sobre algo que se les hacía demasiado complicado de entender. Pero Rasly y su inquieta cabeza sí.

—¿Y cómo podemos estar seguros de que esa señal ha llegado a esa raza invasora?

—Cuando los vacilundios aún disponían de medios para analizar el Sistema de Localización Intergaláctico, Modelo SLI-58, se determinó que su cometido final era el de interconectar señales con sistemas compatibles. De igual manera, se determinó que dicha compatibilidad solo podía darse entre aparatos creados con la misma tecnología alienígena. Por ende, esa señal ha debido ser recibida por algún dispositivo Farean, con una probabilidad de error del cero coma cero, cero, cero, cero, cero, cero, cero uno por ciento —informó el Gran Maestro.

Rasly miró a Celodius.

—Pues la has hecho buena… —le espetó.

Brinsen se atrevió a hablar.

—Debemos crear un gabinete de crisis, de inmediato. No podemos dejar que esta circunstancia vaya a más.

Voncín, siempre tan pelilloso, puso la nota agridulce:

—¿Y qué se supone que va a solucionar un “gabinete de crisis” frente a una posible invasión alienígena, señor alcalde?

El tono jocoso empleado por el pensador disparó una mirada amenazadora de Brinsen Ramalta.

—Tú eres el pensador, el más viejo, de hecho, así que déjate de tanta monserga y ponte a trabajar en ello.

Rasly se coló en la disputa.

—¿Puedo irme a casa? Empiezo a tener hambre.

—¡SÍ, PUEDES IRTE! —gritaron Brinsen y Voncín al unísono, como si no quisieran que nadie interfiriese en aquella absurda discusión.

—Gracias, Gran Maestro, puedes desconectarte por ahora —ordenó Celodius al holograma, mientras Rasly se encaminaba hacia la entrada de la sala y las dos personalidades continuaban discutiendo, ajenas a todo lo demás.

Mike abrió los ojos con lentitud. La cegadora luz que tenía sobre su cabeza le obligó a mantenerlos entrecerrados. Era el sol, no le cabía duda.

—Que alguien me de unas gafas oscuras, por favor —suplicó.

—Mira, Pip, parece que despierta —escuchó a su lado.

—Sí, y va a ser un problema, Ismal.

Los dos vacilundios se inclinaron sobre la cara del joven, que, cuando los tuvo en su radio de visión y observó sus peculiares caras, se puso en pie de un salto, gritando:

—¡Monstruos! ¡Ayuda!

Pip corrió a esconderse tras Ismal.

—¿Dónde? Me dan miedo los monstruos. Esa piel verdosa y esa lengua que entra y sale de sus bocas…, son horrendos. Y comen vacilundios, o eso dicen. Mi madre me contaba que se enroscan en el cuerpo de sus presas y las aprietan para sacarles toda la chicha.

La mirada de Pip parecía la de un niño pequeño tras escuchar un cuento de terror.

Su compañera le propinó un coscorrón en la cabeza.

—Deja de decir tonterías, los monstruos a los que se refiere este humano somos nosotros.

Pip recorrió con la mirada a Ismal, de arriba abajo.

—Una cabeza, dos ojos, musgo —miró más abajo—, dos brazos, dos piernas… No pareces un monstruo, Ismal. —Pip abrió los ojos de par en par, asustado—. A lo mejor lo dice por mí. ¡Mírame, Ismal, y dime si sigo teniendo aspecto de vacilundio!

La vacilundia cerró los ojos y respiró profundamente, contando hasta diez.

—Eres… un… vacilundio —confirmó, alargando las palabras—. El más desesperante que existe, pero un vacilundio, a fin de cuentas. Aunque a veces lo dudo.

Mike los observaba como si supiera que su final había llegado. Había miedo en sus ojos. Tanto que suplicó como jamás lo había hecho en su vida.

—No me hagáis daño, soy inofensivo —rogó—. Yo solo quería contactar con vosotros cuando… —pensó un segundo, intentando recordar lo ocurrido—. Un momento, ¿cómo hemos llegado hasta aquí? y ¿cómo os habéis hecho tan grandes como yo?

Ismal se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Pip, por supuesto, seguía en el mundo de “yo no me entero de nada”.

—Creo que te estás equivocando, humano, eres tú el que ha cambiado de tamaño.

Mike miró sus manos y sus piernas, y comenzó a retroceder sin

levantarse del suelo de tierra. Alzó la vista y vio altas espigas secas que se alzaban al cielo. Las rocas que tenía cerca no eran peñascos, como había pensado, sino simples piedrecitas, a ojos de un humano de tamaño normal. Todo era más intenso; el olor de las cosas, la luz del sol…, todo. Pero Mike se negó a creerlo.

—Mientes. Eso no es posible. Debe ser una pesadilla, sí, justo eso… —La espalda del joven chocó contra algo sólido, y volvió su cabeza para mirar de qué se trataba—. ¡Aaaahhh! —gritó.

Ismal corrió hasta su posición.

—Tranquilo, tranquilo, solo es Flait…

Unos enormes y opacos ojos observaron al chico, mientras una boca rodeada de extraños pelos se abría y se cerraba como rumiando algo. Las finas alas de la libélula se agitaron, emitiendo un zumbido que el joven percibió como ensordecedor.

—Es mi libélula, y es inofensiva —dijo Ismal acariciando al insecto.

Mike se sintió mareado.

Poco después yacía en el suelo, sin sentido.

—Sí que son aprensivos estos humanos… —comentó Pip.

Ismal trató de reanimarlo, pero sus esfuerzos no dieron frutos.

—Debemos irnos, Pip —sugirió la exploradora—. Llevamos dos días fuera de Brama Vacilundia y deben estar preocupados. Yo no avisé de que llegaría tarde.

Pip negó con la cabeza mientras observaba el cuerpo del joven humano.

—No podemos dejarlo aquí. No sobreviviría en esta jungla, con todos los peligros que hay en ella.

—Llevémosle de nuevo a esa casa grande —propuso Ismal.

Pip continuó negando con la cabeza.

—Allí correría el mismo peligro que aquí, debemos llevarlo con nosotros a Brama Vacilundia.

Entre tanto, Muun, que ya había llegado a la Gran Barrera, aterrizó cerca de un riachuelo cercano, aún en la zona segura, y tomó un poco de agua. El agua fluía con rapidez aquellos días, a pesar de que el clima seco de la primavera anterior no había dejado demasiadas lluvias. Aquel rio no era natural. Provenía de algún pozo subterráneo por el que circulaban las aguas de regadío de las tierras de los Sanders. Pero lo que para los vacilundios era un rio en toda regla, y principal abastecedor de agua de la comunidad, para

los Sanders era un problema que aún desconocían: una rotura en alguna tubería que canalizaba el agua del pozo por toda la finca.

Muun observó el radiante cielo y olisqueó el aire. Un olor conocido llegó hasta su nariz.

—No sé por qué, pero sabía que acabarías encontrándome de una u otra forma —dijo, sonriente.

Guya salió de entre los tallos de unos lirios que crecían en la orilla del riachuelo artificial.

—Debí suponer que no tardarías en saltarte las normas cuando supieras que los exploradores no habían regresado. Estoy informada desde esta mañana.

Muun sonrió.

—Entonces soy yo el que te ha seguido. Mis disculpas —dijo el explorador, y le giñó un ojo.

Guya hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—¿Has visto algo? —se interesó Muun.

Guya negó con la cabeza.

—No he visto indicios de ninguna actividad sospechosa, pero tampoco he ido mucho más allá.

Muun montó en su libélula e hizo una señal a su compañera.

—¿Y a qué esperamos? Nuestros amigos podrían estar en peligro —la invitó.

—Deberíamos llamar al resto de exploradores.

—¿Y estropearle el mérito del rescate a la jefa, Guya Jarris? No creo que lo digas en serio. Vamos…

Guya colocó sus brazos en jarra, sorprendida por aquella afirmación.

—Oye, no todos buscamos fama y gloria.

La libélula de Muun comenzó a levantar el vuelo.

—¡Por eso quiero que vengas, porque una operación de este tipo necesita vacilundios que antepongan la integridad de un compañero a las condecoraciones! —gritó Muun.

Guya se sintió alagada.

8

MURXINGS Y APLASTADORES

Celodius Godonindus, ya en la soledad de la Biblioteca Subterránea, dedicó su tiempo a buscar toda la información referente a la raza invasora que de nuevo se había convertido en amenaza para los vacilundios. Se culpaba, pero no menos de lo que culpaba al Gran Maestro de los Rayos por haberle conducido a una situación tan comprometida.

Celodius echó una ojeada a los estantes repletos de pergaminos que tenía al frente y pensó qué hacer para remediarlo.

—Debe haber algo… —se dijo.

El grupo de murxings lo observó desde una distancia prudencial. Las pequeñas criaturas sabían que algo malo ocurría, pero no entendían de localizadores, ni de naves, ni de guerras, ni de…

Celodius tuvo una idea.

—Crearé un dosier con todo lo que tenemos hasta el momento.

Y hasta aquel preciso instante, lo único que sabían a ciencia cierta era que los Fareans no eran, en absoluto, amistosos, que contaban con una tecnología superior a la de los vacilundios y que aquel planeta correría un gran peligro de cumplirse lo dicho por el Gran Maestro, sin olvidarse de que no tenían posibilidad de escape.

—Menudo porvenir se nos presenta… —pensó Celodius, en voz alta.

—¿Ñaarg? —gruñó el murxing que se había implicado de forma casi involuntaria en aquella aventura.

Celodius lo miró y suspiró.

—Ojalá pudiera entender lo que quieres decir.

El pequeño murxing saltó sobre la mesa y comenzó a hacer señales en una dirección muy concreta.

El inventor arqueó una ceja, cariacontecido.

—¿Quieres que vaya hacia allí?

—Ñaarg, ñaaaarg, ñarg, ñaaaarggg.

El murxing sabía perfectamente lo que decía, pero a Celodius le sonaba como si una abeja se hubiera quedado atrapada en una lata.

La pequeña criatura bajó de la mesa y se acercó a la puerta de la Sala Privada. Celodius lo siguió y la abrió.

—Espero que no estés intentando hacerme perder el tiempo —le

advirtió.

El murxing entró en la habitación y se dirigió hacia los controles, indicándole al inventor que los activase.

—Ñaarg, ñaaarg.

—Estás empezando a ponerte muy rarito con eso del ñar, ñar, ¿no crees?

Cuando el holograma del Gran Maestro hizo aparición, el murxing se acercó a él y comenzó a hablarle en su jerga.

—Ñarg, ñarrrg, ñaaarg, ñarg, ñaarg…

Para sorpresa de Celodius, el Gran Maestro le contestó en aquella misma lengua:

—Ñarg, ñaarg, ñaarrg, ñaaaaarg.

La parte inferior de la mandíbula del inventor se fue hacia abajo, para dejarlo con la boca abierta y la cara desencajada. Hasta donde él sabía, ningún vacilundio había logrado nunca comunicarse con los murxings de forma civilizada, siempre se habían entendido a gritos y mamporros.

—Disculpe, Gran Maestro, ¿sería mucho pedir que me dijese qué está hablando con este… murxing? —solicitó Celodius, perplejo.

—Él es Nabiruh, líder de la comunidad murxing, y dice que los suyos ayudarán, si es necesario, para proteger su hogar —explicó el Gran Maestro.

Celodius entrecerró los ojos y escudriñó a ambos.

—Os estáis quedando conmigo, ¿verdad? ¿Cómo pretendes que me crea que eres capaz de entender a un murxing?

—Ñaaarg, ñarg, ñarg —replicó Nabiruh.

—A ver, ¿qué ha dicho, listillo? —retó el inventor al holograma.

—¿De verdad quiere saberlo?

—¿Ves? Ya estamos con las escusas…

—No, para nada. Se lo traduciré. Nabiruh acaba de decir que es usted más inútil que una casa sin puertas.

Celodius estiró el cuello, ofendido, y se dispuso a replicar. Pero, de inmediato, se dio cuenta de que no tenía defensa.

—Perdón, no sabía que alguien hubiera traducido el “lenguaje murxing” alguna vez.

—Ñaaarg, ñaarg —dijo Nabiruh.

—¿Qué ha dicho?

—Dice: «Disculpas aceptadas» —informó el Gran Maestro.

—Pero eso no aclara mi duda —insistió Celodius—. ¿Cómo es posible que puedas entender lo que dice este murx…, perdón, Nabiruh?

—Una generación concreta de vacilundios, la que residió y

dirigió Brama Vacilundia hace ya unos dos siglos terrestres, decidió que todas las especies residentes en la ciudad tenían derecho a ser entendidas. Ello dio origen a un entendimiento entre ambas razas, aunque este duró poco, pues las diferencias entre nosotros y los murxings iban más allá de las lingüísticas. Ellos podían entendernos, pero su carencia de cuerdas vocales desarrolladas les impedía pronunciar nuestro idioma, tanto el natal como el que adoptamos en este planeta.

Celodius miró a Nabiruh y ambos asintieron.

—Ñaaarg ñaarg, ñarg.

—Dice: «Ayudaremos en todo lo posible» —tradujo el Gran Maestro.

—Y esa ayuda será bien recibida —aceptó el inventor.

Nabiruh volvió a asentir.

El abuelo Jerry aparcó el coche frente a la puerta de la casa y tocó el claxon para llamar la atención de la abuela. Esta salió, limpiándose las manos en el delantal que llevaba atado a su cintura, y fue a su encuentro.

—Habéis tardado demasiado —dijo.

El abuelo resopló.

—No tienes ni idea de la cantidad de tráfico que hay. En el pueblo están todas las tiendas abarrotadas de turistas. Es una auténtica locura.

Megan lo confirmó.

—Hemos tardado más de una hora y media solo en pagar.

—Abuelo —interfirió Annie—, quiero montar, me lo prometiste.

La abuela Maggie la apoyó, como lo había hecho aquella misma mañana.

—Te toca cumplir, soldado.

—No me llames soldado, sigo siendo capitán —la corrigió el abuelo.

—Pues, entonces, más a nuestro favor. Un capitán siempre debe dar ejemplo y cumplir sus promesas.

Abuela y nieta se guiñaron un ojo.

—Está bien, está bien… Vamos, pequeña soldado, te presentaré a Jena.

Annie iba radiante de felicidad. Estaba a punto de ver realizado su sueño; montar por primera vez un caballo que no fuera de la escuela de equitación, y sin profesores que limitasen sus

capacidades como amazona.

A Megan le resultó un tanto extraño no ver a su hijo rondando por allí, quejándose por cualquier motivo.

—Mamá, ¿dónde está Mike?

La abuela pensó un momento.

—Pues, ahora que lo mencionas, no le he visto desde que os marchasteis.

—Espero que no esté haciendo de las suyas. Está en una edad insoportable.

La abuela sonrió.

—No menos que tú a su edad. De todas formas, no deberías preocuparte tanto, la zona es segura. Estoy convencida de que estará explorando la granja, y eso le hará bien.

Megan, conforme, comenzó a descargar las compras del coche.

En algún lugar de las tierras de los Sanders, Ismal y Pip trataban de idear un plan para poder llevar a Mike hasta Brama Vacilundia.

—El peso de ese humano junto con el mío será una pesada carga para Flait —dijo Ismal—. Debemos encontrar una mejor forma de llevarlo sin que nuestros bichos sufran daño alguno.

Pip se sentó en el suelo.

—Y encima están agotadas después de tantas horas sin descansar.

Ismal asintió.

—Tal vez, si lo atamos a ambas libélulas para que compartan el peso… —ideó la vacilundia.

—Podría funcionar. Lo llevaríamos colgando —secundó Pip.

En aquel instante, la tierra comenzó a temblar bajo los pies de los pequeños exploradores.

—Oh, no… ¿Eso es lo que yo pienso? —preguntó Pip, reprimiendo su susto inicial.

—No soy adivina, pero no tiene buena pinta. —Ismal pegó la oreja al suelo y escuchó con atención—. Se acerca, Pip.

Ambos vacilundios se vieron cautivos de la repentina prisa que los azuzaba en forma de algo a lo que temían especialmente. Se acercaron al cuerpo de Mike y lo zarandearon, intentando que el joven humano volviera en sí. Mike profirió un quejido, pero sus ojos no se abrieron.

Un sonido no muy lejano provocó una mirada mutua entre los vacilundios.

—Tenemos que salir de aquí, ¡YA! —exclamó Ismal.

—Apoyo esa idea, pero ¿qué hacemos con el humano?

Los golpes continuaron sacudiendo la tierra. Esta vez, los vacilundios pudieron comprobar como las piedras sueltas se levantaban al compás de aquel temblor aterrador. Ismal y Pip sabían que, cuando aquello se producía, era peligroso estar en el suelo.

—Está cerca, Pip. No hay tiempo para pensar en nada.

Un grito lejano llegó hasta sus oídos.

—¡A las libélulas! ¡Ahora! —gritó Pip.

Justo cuando Pip dijo aquello, los insectos despegaron, asustados por el cada vez más cercano peligro.

—¡No! ¿Adónde vais, malditos bichos traidores? —gritó el corto vacilundio.

—¡Corre, Pip! ¡Tenemos que ponernos a salvo! —indicó Ismal.

Mike abrió los ojos con lentitud ante los alarmantes gritos de ambos vacilundios.

—¿Qué ha ocurrido? —balbuceó.

Ismal dudó entre salir corriendo o acercarse de nuevo al humano. Finalmente, optó por lo segundo.

—No hay tiempo para explicaciones. Si quieres salvar tu vida, ¡síguenos!

Mike no cuestionó aquel consejo. Se levantó, aturdido, y siguió a la vacilundia.

Pip iba en cabeza, abriéndose camino entre los troncos de las espigas y yerbajos que encontraba en su huida. Ismal, un poco rezagada, controlaba que Mike no les perdiera la pista.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es ese ruido? —gritó el joven, sin parar de correr.

—Seguro que tú sabes mejor lo que es, pero nosotros los conocemos como los “Aplastadores”. Son bestias enormes, gritonas y con muy mal genio. Dan grandes zancadas y no dejan nada en pie allá por donde pasan.

Aquel grito que lo inundaba todo se repitió de nuevo. Mike lo reconoció de inmediato.

—¡Eso no es un “Aplastador”, es un maldito caballo! —indicó a Ismal.

—¿Un ca…qué?

—¡Un caballo! —repitió Mike—. ¡Por mucho que corramos, jamás podríamos ser más veloces que él! ¡Ni con mi tamaño real sería tan rápido como ese animal!

Ismal se detuvo en seco mientras Pip se perdía entre el espeso

follaje.

—¡Pip, para! —gritó, pero este ya tenía puestos todos sus sentidos en huir. Ismal miró a Mike y se dejó aconsejar—. Está bien, si no podemos escapar de esa criatura, ¿qué podemos hacer? Viene a por nosotros.

Mike miró a su alrededor y tuvo una idea.

—Tenemos que ser rápidos.

Comenzó a trepar por el tronco de una espiga y, cuando tuvo suficiente visión fuera de la selva amarilla que había bajo sus pies, miró al horizonte. Vio la enorme figura de Annie a lomos de Jena, galopando a un ritmo con el que no tardarían más de unos pocos segundos en llegar hasta su posición. Agitó sus brazos, tratando de hacerse visible a los ojos de su hermana, pero Mike era para ella como una hormiga en mitad de un desierto.

Ismal se encaramó a otra espiga y observó la escena.

—¡Humano, debemos huir o esa cosa nos aplastará!

Mike negó con la cabeza.

—¡Demasiado tarde! ¡Reza lo que sepas!

Ismal frunció el ceño.

—¿¡Rezar!? ¿¡Qué es eso!?

El joven la miró, abrió la boca para contestar y…

—Tú intenta aguantar —dijo, evitando malgastar el poco tiempo que tenían en explicar algo carente de importancia.

Ambos se aferraron con fuerza a las espigas. Jena se acercaba. Ya podían ver sus fuertes patas delanteras machacar con fuerza el pasto, y el ruido era cada vez más ensordecedor.

Cuando estuvo encima de ellos, el tiempo pareció ralentizarse. Pudieron ver uno de los cascos herrados de la yegua levantarse y dirigirse hacia ellos sin nada que pudiera detenerlo.

(Eh, tú. Sí, tú: humano que estás leyendo. Te noto un poco tenso visualizando esa pezuña a punto de aplastar a nuestros héroes. Tal vez sea el momento de tomar un poco de agua, de ir al baño, de respirar con calma… ¿No te apetece? Vale. Entonces, tal vez sea mejor descubrir qué va a ocurrir con ellos. ¿Estamos listos? ¿Sí? Pues vamos allá.)

Justo ante de ser aplastados por la pezuña de Jena, Mike cerró los ojos y vio su incompleta vida pasearse por su mente. Esperó sentir el peso del dolor y escuchar los gritos angustiosos de aquel ser que permanecía a su lado, pero, en lugar de aquello, lo que notó fue un tirón y una ráfaga de aire rozando con fuerza su cuerpo. Pensó: «Debo estar subiendo al cielo. Esta debe ser la sensación que

queda después de…».

—¡Eh, tú, bicho raro! ¡El de ahí abajo!

Mike abrió los ojos, sorprendido. No esperaba un recibimiento así ante las puertas celestiales. Pero su sorpresa se tornó en una aún mayor al verse sujeto por una cuerda que colgaba de…

—¡Una libélula! —gritó— ¡Estoy volando, colgado de una libélula gigante!

Guya miró a su bicho e hizo una morisqueta. Ella no lo veía tan grande, tal vez un poco regordete y fuerte, pero tampoco para exagerar tanto.

Mike se percató de que Ismal colgaba, de igual forma, de la libélula de Muun, con una lazada rodeando su cintura.

—Ha estado cerca —comentó el joven, abriendo bien la boca y tratando de que la vacilundia le entendiera ante el aleteo veloz y ruidoso de los insectos.

Ismal resopló y, luego, dirigió su mirada hacia Muun, tirando de la cuerda para llamar su atención.

—¿¡Qué ocurre, Ismal!?

—¡Tenemos que volver! ¡Pip continúa ahí abajo!

Muun hizo un gesto negativo con una mano.

—¡Imposible descender mientras ese Aplastador ande suelto!

Ismal torció la boca, disconforme, pero, en realidad, sabía que Muun tenía razón, ella misma acababa de salvarse por muy poco.

—¡Volveremos más tarde, cuando no haya peligro! —la convenció el vacilundio—. ¡Y no te preocupes, Pip no es listo, pero es un superviviente!

En el suelo, Pip corría y corría. Escuchaba alejarse el sonido atronador de las enormes y atléticas patas de la yegua golpeando contra el suelo, y eso se debía a que Annie había cambiado de dirección, pero Pip no sentía aún la seguridad necesaria como para detener su concienzuda carrera. Tanto corría que ya ni siquiera miraba al suelo para ver por dónde pisaba, y justo aquello fue lo que propició que se viera, de repente, cayendo por un oscuro agujero y rebotando de un lado a otro, hasta que su cuerpo se detuvo sobre algo mullido, peludo y de olor poco familiar.

9

CRISIS EN EL GRAN ÁRBOL

En Brama Vacilundia, en el despacho de Brisen Ramalta, un halo de oscuridad se cernía sobre los pensamientos del alcalde. Se debatía entre dar plena credibilidad al asunto de los invasores y prevenir a sus conciudadanos o dejar que las cosas fluyeran de forma natural, fuera cual fuese el resultado. De aquella segunda opción, le preocupaba la idea de quedarse sin una ciudad a la que dirigir.

Maanda entró realizando una notable reverencia.

—Señor alcalde, le traigo un aperitivo. No ha comido nada, y así no se puede trabajar. Se le ve agotado, debería delegar un poco en los demás.

Brinsen resopló con visible desesperación.

—¿Delegar? Este asunto es demasiado importante para dejarlo en otras manos.

Brinsen ya le había contado a Maanda lo sucedido, bajo juramento de que no debía hacerlo público, y la consejera, siempre presta a ayudar a su idolatrado alcalde, se estrujaba la cabeza para intentar aportar alguna idea, para eso era una de las Pensadoras Oficiales.

—Seguro que entre todos podríamos encontrar una solución coherente a todo esto. Sacar a todos los vacilundios de la ciudad y llevarlos a un mundo prácticamente inexplorado…, podría ser una catástrofe para nuestra raza. Podríamos perecer todos y extinguirnos, finalmente —comentó Maanda, un tanto entristecida por aquella posibilidad.

—De todas formas, si vienen esos seres, nos extinguiríamos de igual manera —añadió Brinsen.

Maanda torció la boca, cabizbaja.

—Pero aquí podríamos defendernos, al menos —insistió.

El alcalde se levantó de su asiento y caminó por el despacho en silencio, meditabundo. Un momento después, dio una orden a Maanda:

—Avisa a todos los consejeros, con urgencia.

Maanda miró la caja que contenía el llamador de emergencia.

—¿No sería más rápido que tirase del llamador? —sugirió.

Brinsen agitó las manos, negando.

—No, no, no. Nadie ajeno al consejo debe enterarse de que estamos reunidos. Tenemos que llevar este asunto con la máxima discreción.

Maanda asintió.

—Entonces, no me demoro más.

Brinsen volvió a su asiento y clavó los codos en la mesa.

—Al final, el proyecto “Nueva Ciudad” tendrá que esperar un poco. Hay soluciones que deben llevarse a cabo antes que mi magistral solución —se lamentó en un susurro.

—Se hará, y saldremos airosos de todo lo que le preocupa, señor alcalde. Es usted la persona más indicada para llevarlo a cabo, y tiene todo mi apoyo —lo agasajó Maanda, haciendo de nuevo gala de su servil comportamiento. Luego, salió del despacho como un rayo.

Muun y Guya fueron descendiendo hasta dejar a Mike e Ismal en el suelo, en zona segura. Después, aterrizaron.

Mike aún tenía la cara desencajada por todas las emociones que estaba viviendo aquel día. No dejaba de mirar a los vacilundios con desconfianza, y Muun lo notó enseguida.

—¿Quién o qué es este ser que nos mira de forma tan despectiva? —preguntó el explorador.

—Un humano —contestó Ismal.

Muun y Guya soltaron una carcajada espontanea.

—No os riais, es la verdad.

—Será el bebé de un humano, ¿no? —se burló Guya—. No esperarás que te tomemos en serio. Has visto a esos humanos, ¡son enormes! Con pies enormes, piernas y brazos largos, y no digamos su cabeza. Un vacilundio podría vivir entre sus pelos e incluso perderse, en algunos casos.

Muun asintió con gesto jocoso.

—Venga, Ismal, no nos tomes el pelo. ¿De dónde ha salido?

Ismal suspiró y miró a Mike.

—¿Se lo explicas tú?

El joven se encogió de hombros.

—Ni yo sé lo que ha ocurrido, en realidad —respondió, sin levantar la voz.

—¡Anda! ¡Si habla nuestro idioma! —se sorprendió Guya.

—Pues claro. Recuerda que somos nosotros los que aprendimos

su lenguaje, así que lo más correcto sería decir que “nosotros hablamos su idioma” —le espetó Ismal.

Mike observaba la discusión sin inmutarse, solo observaba la piel musgosa de los vacilundios, sus extrañas ropas y sus profundos ojos de iris brillantes.

—Pero eso no confirma que sea un humano —insistió Muun—. Tampoco explica que hacíais ahí fuera desde ayer. Ya conocéis las normas.

Ismal se puso seria.

—Eso no os incumbe. Se nos ha encargado una misión y la cumplíamos —se defendió la exploradora.

Muun levantó sus manos en señal de “tranquila, no te sulfures”.

—Recuerdo que estaba en el desván y os vi aparecer, luego, el otro… —Mike se quedó pensativo, sin saber cómo llamarlo.

—Vacilundio —lo ayudó Ismal—. Somos vacilundios.

—Pues eso. El otro vacilundio me disparó con uno de los juguetes del abuelo y ya no recuerdo nada más —continuó Mike.

—¿Juguetes? —preguntó Guya.

—Sí, eran como armas raras, muy pequeñas. —Mike se miró y se percató de que su tamaño ya no era el mismo de antes—. Bueno, ahora serían muy grande.

Muun y Guya se miraron con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿eres un humano de verdad? —cuestionó Muun.

—¡Al fin os habéis dado cuenta! —celebró Ismal, alzando los brazos.

Muun y Guya se acercaron a Mike y observaron con detalle el cuerpo del joven.

—Qué piel tan extraña. Parece muy fina y delicada, pero resistente a la vez —apuntó Guya.

—Sí, y huele raro —notó Muun.

Mike se ruborizó, cruzándose de brazos.

—Vosotros tampoco oléis lo que se dice a perfume.

—¿Perfume? ¿Qué es… perfume? —quiso saber Ismal.

A Mike le pareció mentira que aquellos seres pudieran considerarse inteligentes.

—Se usa para oler bien. Hay muchos tipos —aclaró Mike—. Pero, ¿podríais explicarme qué vais a hacer para devolverme a mi tamaño natural?

Los vacilundios se miraron entre sí.

—¿Esto tiene que ver algo con esa “Misión Secreta” que has mencionado antes? —inquirió Guya a Ismal.

—Mirad vosotros lo que vais a hacer con él, yo tengo que

informar a los que toca, no a vosotros. Entended que por eso es una “Misión Secreta” —respondió Ismal, desentendiéndose de todo.

Muun tiró de Guya y la llevó a un lado.

—Este “humano” no puede entrar en Brama Vacilundia. Sería una insensatez —la advirtió el explorador—. Imagina por un momento que estando dentro de la ciudad, en el Gran Tronco, vuelve a su tamaño natural. Sería una catástrofe para todos.

Guya miró al suelo mientras pensaba. Luego se acercó a Ismal.

—El humano se queda. Nosotros nos haremos cargo. No podemos permitir que una criatura “no vacilundia” penetre en el Gran Árbol.

—Os repito que hagáis lo que queráis con él. El humano no formaba parte de la Misión, solo está aquí por culpa de… —Ismal abrió sus penetrantes ojos de par en par—. ¡Pip! ¡Todavía está ahí fuera!

Hubo un silencio preocupante.

Muun tomó la palabra:

—No te preocupes, seguro que estará bien. En cuanto solucionemos lo del “humano”, saldré yo mismo a buscarlo. De todas formas, él es un explorador y sabrá orientarse hasta la Gran Barrera.

—Sí, Pip es un “gran explorador” —dijo Ismal, llenando de sarcasmo aquellas palabras—. Créeme que magnificas sus capacidades. Solo espero que sepa arreglárselas en medio de ese secarral.

A Mike, que escuchaba con atención, le urgió preguntar algo.

—¿Qué es eso de la “Gran Barrera?

Muun señaló hacia el este, muy cerca de donde se encontraban.

—Aquello.

Mike agudizó la mirada para observar lo que Muun indicaba.

—Eso no es ninguna “Gran Barrera”, es solo la valla que delimita las tierras del abuelo Jerry —explicó.

Muun centró la mirada en la enorme valla.

—Tiene sentido —aceptó—. Pero eso no quita que para nosotros sea el límite que marca el peligro con los… —Muun frenó en seco.

—Con los humanos. Puedes decirlo —terminó Mike.

—Sí, con vosotros. Bueno, con los grandes, porque tú pareces inofensivo.

Mike exhaló un suspiro.

—Soy más fuerte de lo que aparento. Tengo brazos potentes, no en vano, soy el capitán del equipo de beisbol del colegio —presumió el joven, mostrando sus bíceps.

Muun puso las palmas de sus manos hacia delante con evidente desinterés en aquel tema.

—No pienso preguntar qué es eso del “beisbol” —soltó—. Ni siquiera me importa. Lo que sí me preocupa es qué haremos contigo.

Ismal, que ya embocaba el camino hacia el Gran Árbol, se despidió.

—Lo dicho. Yo tengo cosas más importantes que hacer —dijo, y se marchó refunfuñando mientras el sonido de su voz se iba perdiendo entre la espesura del bosque—. Estoy hecha un asco; sucia, dolorida y cansada. Me niego a seguir exponiendo mi vida para que otros se lleven los halagos. Hemos salido de esta por los pelos…

Guya se acercó a Mike.

—Quedarás a nuestro cargo hasta que todo esto se solucione. No somos hostiles, pero si muy precavidos, así que tendrás que ser paciente —declaró.

Muun apoyó aquella decisión.

—Todo esto es muy extraño. ¿Armas que encogen a los humanos? Nunca imaginé que eso existiera —murmuró el vacilundio.

Mike resopló.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—Te lo digo. ¿Qué clase de pregunta es esa? —se ofendió Muun.

—Es solo una forma de decir que…

Un grito lejano, proveniente de las tierras del abuelo Jerry, hizo que el joven se volviese rápidamente para mirar hacia el pasto seco.

El grito avanzaba con premura entre las espigas, y desde el cielo se podía observar como una línea se iba formando entre ellas en dirección al joven humano y los vacilundios.

Muun reconoció aquella voz.

—¿¡Pip!? —exclamó, dando un paso al frente.

Y el explorador estaba en lo cierto. De entre la última línea de pasto, una figura avanzó velozmente hacia el grupo y frenó justo delante de Guya, que, sobresaltada, adoptó una pose defensiva.

—¿¡Qué rayos es esto!?

Pip, lleno de felicidad y orgullo, descendió del animal con un enérgico salto.

—¡Es un ratón! —dijo—. O así lo llaman los humanos.

—¡Eso ya lo sé, zoquete! Pero ¿qué haces montado en él? —inquirió Guya.

—Sobrevivir —se sinceró Pip—. Ese Aplastador que nos seguía

estaba a punto de darme caza cuando caí por un agujero profundo, húmedo y oscuro, y di vueltas y vueltas por él hasta acabar sobre este ratón y su familia de roedores. Amablemente, los convencí de que me ayudaran a llegar hasta la Gran Barrera.

—¿Los convenciste? —cuestionó Muun—. A duras penas entiendes a los tuyos, ¿cómo vas a comunicarte con una criatura cuyo idioma es solamente un chillido tras otro?

Pip acarició al ratón.

—Porque hay formas de comunicación no verbal que también sirven para ganarse la confianza de seres poco comunicativos. Su señora ratona estaba de parto en el preciso instante en el que caí en su madriguera, y yo ayudé a traer al mundo al último de sus hijos. —Pip se acercó al oído de Muun y le susurró algo—. Que, por cierto, son bastante feos; sin pelos, sin dientes, casi sin ojos… Parecían deformes. —Un escalofrío repulsivo recorrió a ambos vacilundios, provocando que el musgo de sus pieles se encrespase.

Mike y Guya no daban crédito a lo que escuchaban.

—¿Habéis visto a Ismal? Estaba conmigo en la huida, pero nos separamos. Ella se quedó a ayudar a ese humano —explicó Pip, señalando a Mike.

—Se ha marchado hacia Brama Vacilundia —contestó Guya—. Nos habló de “informar sobre la misión secreta que estabais llevando a cabo”.

—Ah, sí, la misión. Menudo hallazgo.

—¿Hallazgo? —se interesó Guya.

Pip miró alrededor para asegurarse de que no había nadie más allí que pudiera escucharlo y mando a Muun y a Guya que se acercasen.

—En esa gran casa de los humanos, la que hay al final de ese campo amarillo, hay cosas de nuestros antepasados —susurró—. Incluso hay una nave.

—Es cierto, yo la vi —secundó Mike.

Pip lo miró de reojo, desconfiado.

—Un momento. ¿Es seguro que este sepa lo que os estoy contando?

Muun aprovechó el descuido de Pip para sacarle más información, ya que el corto de entendederas vacilundio parecía no haberse percatado de que él y Guya no debían estar al corriente de los derroteros de dicha misión.

—Claro que es seguro, de hecho, es lógico que sepa todo, dado que está involucrado de una forma u otra —señaló el avispado explorador.

Pip miró de arriba abajo al humano durante unos segundos y luego asintió.

—Está bien —aceptó, y continuó con tono misterioso—. Como sabéis, toda la tecnología de Brama Vacilundia quedó casi inservible a causa del casi agotamiento del núcleo, eso nos lo enseñan en la vaciluniversidad.

—¿La vaci qué? —interrumpió Mike.

Pip puso su cara de pocos amigos.

—No me interrumpas, humano.

—Una cosita. Está bien que me recordéis continuamente que soy humano, aunque ahora no lo parezca, pero mi nombre es Mike, y sería todo un detalle que lo usarais cuando os dirijáis a mí. Ni siquiera os habéis presentado…

—Muun.

—Guya Jarris, jefa de las Fuerzas de Exploración Vacilundias.

—Y el tuyo es Pip, ¿verdad?

—Eso es. —Pip rascó su cabeza.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Muun.

—Que con tanta interrupción no recuerdo lo que estaba diciendo…

—Nos contabas lo del hallazgo, la misión…

—Ah, sí. Prosigo. Decía que la energía de nuestro núcleo se agotó, y por eso nada funciona a pleno rendimiento en Brama Vacilundia. Pues agarraos. —Pip sacudió sus manos, emocionado por dar aquella noticia—. Las armas de esa casa funcionan a la perfección, como si no dependiesen de energía externa. Aquí está la prueba de ello —dijo, señalando a Mike.

Muun miró a Pip de forma enigmática y le preguntó:

—¿Quién os encomendó esa “Misión Secreta”? ¿Fue el alcalde?

El olvidadizo vacilundio miró, uno a uno, a todos los presentes.

—No. Y es algo que siempre me llamó la atención. Ismal los llama “Los Jefazos”, pero ellos nunca han sido jefes de nada…

En la sala de reuniones del Área Ministerial del Gran Tronco, el alcalde y los solucionadores y pensadores estaban a punto de comenzar a debatir lo que les había congregado.

Parmira Clon llamó a la puerta y entró, cabizbaja y avergonzada.

—Disculpe mi tardanza, señor alcalde —se disculpó esta.

Voncín Cuatrodedos le dedicó una mirada hiriente.

—No importa —se pronunció Brinsen—. Ahora que estamos todos, es hora de que debatamos sobre ese tema tan importante. Parmira, que alguien te ponga al día sobre ello.

Tom Agualago se prestó a facilitarle toda la información a la solucionadora.

—Pedo edo ed teddible —se pronunció Tim Medialengua—. Lod ciudadanod no pueden abandonad dud cadad adí como adí, din dadled una opodtunidad de luchad pod ellad.

Todos miraron al pensador con la cara retorcida, como si intentaran aún descifrar el galimatías que salía de su boca.

—Pongamos que estamos de acuerdo con lo que ha… "dicho" Tim. ¿Alguna sugerencia más? —preguntó el alcalde.

Pensadores y solucionadores se miraron entre ellos, murmurando largamente. Maanda los observaba sin meterse en ninguna conversación, pero no paraba de darle vueltas en su cabeza a aquel asunto. Los pomposos traseros de unos y otros se acomodaban y desacomodaban una y otra vez en sus asientos, como si tuvieran algún tipo de bicho en sus pantalones. El asunto les superaba. Habían pasado de aprobar un proyecto sin igual, la "Nueva Ciudad", a tener que decidir si marcharse o no de la única que tenían. Era de locos, sobre todo para la mente de un vacilundio.

Parmira Clon, una vez informada del asunto, levantó la mano.

—Yo solo puedo decir una cosa —la solucionadora se levantó de su asiento—: Ante noticias tan aciagas como esta, no pienso dejar que mi familia se limite a esperar un posible ataque de seres alienígenas. De tomarse la decisión de quedarnos a esperar, recogeremos nuestras cosas y buscaremos un lugar seguro.

Voncín Cuatrodedos, que continuaba escuchando con desdén las opiniones, dio un golpe sobre la mesa. Brinsen se sobresaltó.

—Creo que es hora de que los vacilundios tomemos consciencia de nuestra importancia como especie, más allá de lo que unos u otros opinen. Abandonar el barco y reducir nuestras fuerzas no es algo permisible en estas circunstancias. Podría ser considerado un acto de traición.

Todos los consejeros se sorprendieron ante tales insinuaciones. Solo Tom Agualago y el viejo pensador Ron Cornetilla permanecieron en el silencio más absoluto.

Brinsen trató de destensar el momento.

—Pensemos con la cabeza fría. Este asunto es preocupante, pero para eso estamos aquí: para encontrar una solución. Ni por un momento trataremos las propuestas como posibles traiciones a la comunidad, ¿entendido?

Voncín se echó sobre el respaldo de su asiento, pero en su cara podía observarse el total desacuerdo con el alcalde.

—Sería bueno preparar un plan de huida, por si la cosa se complica —señaló Maanda.

—¿Huir? ¿Dejar atrás todo por lo que nuestros ancestros lucharon? —cuestionó Tim Agualago—. Eso no ocurrirá.

—Así es —confirmó Maanda—, pero es solo una idea. Solo el alcalde tiene potestad para decidir algo así.

Voncín volvió a retorcerse en su asiento.

Un golpe seco en la puerta alarmó a todos.

Maanda corrió a abrir. Era Ismal, que entró saltándose cualquier protocolo.

—Así que aquí es donde os escondéis para platicar cómodamente mientras nosotros hacemos el trabajo duro y nos jugados el musgo del cuerpo para cumplir vuestros despropósitos, ¿no es verdad? —inquirió la exploradora, mientras rodeaba la mesa a la que los consejeros estaban sentados.

Brinsen Ramalta arqueó una ceja.

—¿Se puede saber a qué debemos tan impertinente visita, exploradora? —preguntó.

—¡A que hoy he estado a punto de perder la vida junto a un compañero por culpa de esa misión que nos encomendasteis, y ya estoy harta de que todas las misiones peligrosas recaigan sobre mis espaldas! ¡Dijisteis que esta vez sería coser y cantar!

Brinsen miró con perplejidad a sus consejeros. En realidad, no entendía a lo que Ismal se refería.

—Debe haber una confusión en todo esto —comenzó a decir Maanda—. Yo misma me encargo de redactar y supervisar el trabajo de los exploradores, y no recuerdo haberos encargado ninguna misión, más allá de vuestro control rutinario de la actividad humana y de recolectar útiles para la comunidad.

Ismal arrugó la cara, sorprendida.

—¿Insinúas que me lo he inventado? Ese y ese fueron los que nos seleccionaron para la misión —declaró, señalando a Voncín Cuatrodedos y Tom Agualago.

Los dos consejeros miraron al resto con cierto aire de prepotencia.

—¿Es cierto eso, Voncín? —quiso saber el alcalde—. Y si es cierto, ¿en qué consistía esa tan dificultosa misión?

Voncín se levantó encorajado y dio otro golpe en la mesa.

—¡Sí, lo es! —aseveró—. ¡No es ningún secreto que algunos ya estamos cansados de su incompetencia para hacer evolucionar

nuestra ciudad y devolver el orgullo a todos nuestros congéneres, en lugar de conformarnos con granjitas, arbolitos y bichitos! ¡Fuimos una especie grande, incluso con planeta propio, y ahora solo queda de eso un grupo de vacilundios preocupados por saber dónde va a vivir! ¡Bah! ¡Es absurdo!

Brinsen dio un salto y se puso en pie.

—¿Me estás diciendo, Voncín Cuatrodedos, que has tomado decisiones al margen de este Consejo?

—Mucho más que decisiones —insinuó Voncín—. No sabíamos cuándo ocurriría, pero ese estúpido inventor de pacotilla lo ha precipitado todo, para alegría nuestra, y todo apunta a que los planes que teníamos para usted están saliendo a la perfección.

Brinsen miró a todos sus consejeros.

—¿Planes? ¿Qué planes son esos? ¿Y por qué hablas en plural? ¿Quién te apoya?

Voncín, armado con una maquiavélica sonrisa, contentó la curiosidad del alcalde. Varios consejeros se pusieron en pie para respaldar a Voncín. Solo Parmira Clon y Ron Cornetilla permanecieron sentados. Maanda, que se había quedado junto a la puerta tras la entrada de Ismal, no estaba sentada, pero enseguida sintió que algo malo estaba ocurriendo.

—Ya es hora de que su Bastón de Mando pase a manos mejor preparadas y con más interés por devolver a los vacilundios a donde deben estar. —El pensador se levantó para caminar por la sala—. Hace algún tiempo, descubrimos en la Biblioteca Subterránea un antiguo pergamino escrito en nuestra lengua original que hablaba de un lugar más allá de la Gran Barrera, y de cómo los humanos nos arrebataron algo que era nuestro por derecho; una parte de la nave en la que nuestros ancestros llegaron a este planeta, y cuya recuperación se hizo imposible al quedar sepultada en la tierra. Más tarde, los humanos la encontraron y nos la arrebataron.

Brinsen negó con la cabeza.

—Pero eso es imposible —afirmó con seguridad—. Todo lo que quedó de aquella nave está aquí, en el interior del Gran Árbol y en la Biblioteca Subterránea.

Voncín suspiró, harto de escuchar todo lo que el estrecho cerebro del alcalde daba por sentado.

—Por cosas como estas es por lo que no debes seguir siendo la persona que lleve las riendas de nuestra comunidad —opinó Voncín—. Lo que tenemos dentro de este tronco no es más que el sistema de controles que hacía funcionar la nave, y un núcleo de energía dañado que ni siquiera sirve para hacer funcionar a pleno

rendimiento nuestra tecnología.

—¡Esto es un desacato! ¡Yo soy la máxima autoridad de Brama Vacilundia, elegida democráticamente por sus habitantes, y no entregaré ese cargo a un mequetrefe con ansias de poder como tú, Voncín!

—Él no está solo en esto, Brinsen, muchos le secundamos y le apoyamos en esta moción —advirtió Tom Agualago—. No creemos que esté usted preparado para dirigir esa supuesta lucha contra seres tan peligrosos.

Ismal, confundida, miraba a unos y a otros tratando de comprender si aquello lo había provocado ella.

—Ey, tampoco es para ponerse así —se pronunció, intentando quitarle hierro al asunto—. Es verdad que la misión era peligrosa, y también que casi nos cuesta un disgusto, de hecho, no puedo asegurar que no hayamos perdido a Pip en ella, pero no creo que el alcalde sea culpable de ello. No sería justo responsabilizarle de lo ocurrido con esa criatura, ni tampoco creo que debamos emprender una guerra contra ellos. Son menos agresivos de lo que parecen, en realidad.

Todos en la sala quedaron boquiabiertos. Los consejeros amotinados comenzaron a murmurar entre ellos, sorprendidos por las palabras de Ismal.

Voncín se acercó a la exploradora y echó un brazo por encima de sus hombros.

—Esa misión nada tiene que ver con la incompetencia del alcalde, ya hablaremos de ella con detenimiento —comenzó a decir en tono conciliador—, pero ¿qué quieres decir con que esos seres no parecen “tan agresivos”? ¿Acaso te has cruzado con alguno ya, tan pronto?

Podía resultar evidente que cada vacilundio estaba refiriéndose a un ser completamente distinto, pero nadie en aquella sala se percató.

—Claro que sí, con uno, y lo hemos traído con nosotros.

Ningún vacilundio presente pudo reprimir que un ligero escalofrío recorriese su cuerpo.

«Un Farean en la Tierra. Sí que ha ido rápido todo», fue el pensamiento más generalizado.

—¿Y dónde está ahora esa criatura? —interrogó Voncín.

—Cerca de la Gran Barrera, con Guya Jarris y otro explorador. Fueron ellos los que decidieron que sería más seguro para todos los habitantes de Brama Vacilundia.

Voncín, que ya se erigía como voz de mando, frunció el ceño,

extrañado.

—¿Y se ha dejado? ¿Así, sin más? Hum. Tal vez estemos sobrestimando a esas criaturas.

—No parecen demasiado inteligentes. Pero conviene no fiarse.

—Ya nos ocuparemos de eso más tarde. Ahora, retírate.

Ismal alternó su mirada entre Voncín y Brinsen, sin saber si debía obedecer aquella orden.

—Cuando todo esto acabe, me encargaré de que pagues por esto, Voncín —amenazó el alcalde al pensador.

—No sé si esto es correcto, señor Voncín —dudó Ismal.

El pensador puso las manos sobre los hombros de la exploradora y le sonrió.

—Serás parte importante de esta nueva etapa que se abre para los vacilundios. Tienes dos opciones; continuar obedeciendo a Brinsen Ramalta, lo que conllevaría compartir su destino, o apoyarme y convertirte la nueva jefa de exploradores. Tú decides.

Ismal repasó con la mirada a cada uno de los presentes. Los partidarios del cambio asentían con una sonrisa de medio lado, mientras que los que seguían apoyando al alcalde, aun en minoría, negaban con la cabeza, rogando porque no perdiese la cordura. Brinsen permaneció quieto, sin querer mirarla.

Ismal suspiró y despejó la incógnita.

—Le apoyaré, señor Cuatrodedos —dijo.

Brinsen cerró los ojos, entre pensamientos negativos.

—Has tomado la decisión correcta, Ismal, ¿o debería decir nueva jefa de exploradores? —celebró Voncín. El pensador le quitó las manos de los hombros y dio una orden a los suyos—: Llevároslos al subsuelo. Las habitaciones que hoy utilizamos como almacenes servirán para retenerlos.

Maanda, que aún estaba junto a la puerta, se escabulló y salió sin ser vista de la sala de reuniones.

—Mandito seas, Voncín. Pagarás caro este golpe a la democracia de esta ciudad —escuchó decir a Parmira Clon, mientras se alejaba con el corazón palpitando velozmente en su diminuto pecho.

Tal vez, el golpe de estado perpetrado por Voncín y los suyos no llegaba en el mejor momento para Brama Vacilundia, pero el ego de los sublevados les impedía ver con claridad los acontecimientos que se acercaban con rapidez, para estallarles en la cara.

El atardecer iba cayendo con lentitud sobre las tierras de los

Sanders y los bosques y colinas cercanas.

Cerca de la Gran Barrera, mientras los vacilundios pensaban el siguiente paso, Mike comenzó a impacientarse.

—Tengo que estar en casa antes de la cena o todos pensarán que me ha ocurrido algo. ¿No podéis devolverme a mí tamaño con la misma rapidez que me dejasteis así de encogido? —se quejó, haciendo aspavientos.

Pip rascó el musgo de su frente.

—Esa arma que utilicé…, está en la casa…, y no parece que nuestros pasos nos dirijan hacia ella, al menos por ahora —admitió Pip, entre dientes—. Pero tengo una idea que podría funcionar —añadió, chasqueando los dedos.

A Mike cualquier cosa, por muy descabellada que esta fuera, le otorgaba una pizca de esperanza.

Muun y Guya se sintieron atraídos por la supuesta idea de Pip, aunque sería justo decir que no esperaban gran cosa de algo maquinado en la atribulada mente del explorador.

—Habla —le metió prisa Mike.

—Vale, vale —lo calmó Pip—. Se trata de Celodius…

—Ay, no… Mal empezamos —soltó Guya.

Pip la miró sin entender y continuó:

—Celodius Godonindus es un gran científico e inventor. Tal vez podría encontrar algún remedio para devolverte a tu estado natural. Seguro que alguno de sus cachivaches…

Muun frenó el énfasis de Pip.

—Olvídalo. Ese mequetrefe no ha hecho nada bueno en su vida. Yo no me la jugaría.

Pip, ofendido, no tardó en darle respuesta.

—Muy bien, superexplorador megainteligente, ¿y qué propones, entonces?

Muun miró a Guya esperando que esta le echase un cable que nunca llegó.

—Bien. Hagámoslo si el humano está de acuerdo, pero luego no me culpéis —sentenció Muun.

Pip miró a Guya, deseoso de que esta se pronunciase a favor o en contra, pero la exploradora se limitó a levantar las manos y no opinar.

—Vayamos —decidió Mike—. ¿Queda lejos?

Pip hizo cálculos mentales.

—No. Deberíamos llegar en una hora, si atravesamos los barrios del suelo.

—Ni lo sueñes —se entrometió Muun—. De ir, tomaremos el

viejo camino que rodea los barrios bajos. Sería demasiado arriesgado cruzarlos a estas horas con un humano disminuido. Llamaríamos demasiado la atención, y no debemos hacer cundir el pánico, ¿recuerdas? Ah, y nada de ratones, tampoco libélulas, así podremos escondernos mejor y no hacer ruido.

Pip asintió un tanto apenado por tener que despedirse de su nueva mascota.

—Entonces tardaremos menos tiempo —aseguró.

Algo no le cuadró a Mike.

—Un momento. Acabas de decir que cruzando los barrios del suelo montados en bichos tardaríamos una hora, y ahora dices que tardaríamos menos dando un rodeo y a pie…

Guya se acercó a Mike para susurrarle algo.

—Joven humano, si no quieres que tu cabeza acabe tan quemada como la de nuestro compañero, mejor no le pidas que te explique nada. Es solo un consejo.

Mike cerró la boca de golpe, entendiendo y aceptando la opinión de Guya.

—Vuelve con tu familia, amigo roedor —se despidió Pip del ratón. Este, profiriendo un chillido, corrió hacia el pasto y se perdió en la espesura—. Una lástima. Era una buena montura, y muy veloz.

—¡En marcha! —gritó Muun.

10

ES UN MAGO

En la granja de los Sanders, Megan observaba los campos de espigas esperanzada en ver aparecer a su hijo en cualquier momento. La noche se acercaba, y Megan sabía que Mike no era de esos chicos aventureros a los que le gustaba perderse durante tantas horas. Su intuición le decía que algo no iba del todo bien.

La abuela Maggie salió de la casa para acompañar a su hija.

—No te preocupes, estará bien —la tranquilizó, no muy convencida—. Seguro que vendrá corriendo a casa cuando empiece a oscurecer. Ya sabes cómo son estos jóvenes de hoy en día, parece que el tiempo no cuenta para ellos.

Megan echó un brazo sobre su madre y la acurrucó.

—Mike no es así —dijo, con la mirada perdida en el infinito.

—Si te quedas más tranquila, tu padre podría salir a buscarlo.

Megan entendió que aquella opción era mejor que quedarse sentada a esperar.

—¡Jerry! —gritó la abuela.

El abuelo salió de la casa ojeando de cerca una vieja revista.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sin alarmarse.

—Deberías ir a buscar a Mike. No conoce estas tierras.

El abuelo hizo un gesto afirmativo, por no llevar la contra.

—Está bien, me vestiré y daré una vuelta por los alrededores. Pero no deberíais preocuparos tanto. Es joven y está en edad de explorar.

La abuela le hizo un gesto con la cabeza, indicándole que pensase por un momento en su hija. El abuelo Jerry lo entendió enseguida.

—Hija, no te preocupes. Lo traeré de vuelta en menos que canta un gallo.

Megan asintió con una leve sonrisa, satisfecha.

El abuelo Jerry subió a la planta superior para ponerse una ropa más apropiada para andar por el campo, pero, justo cuando se disponía a abrir la puerta de su habitación, una corriente de aire le llamó la atención. Echó la mirada hacia la zona que ascendía hasta el desván.

«Qué raro», pensó.

—Juraría que hoy no he subido al desván y que anoche lo dejé bien cerrado —dijo.

Encaminó sus pasos hasta la escalera y, desde abajo, vio la puerta abierta. Frunció el ceño y preguntó en voz alta:

—¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta.

Subió y echó un vistazo al interior.

Como militar que había sido, sus ojos estaban siempre prestos a cualquier anomalía en un entorno en el que rara vez se entrometía alguien que no fuera él mismo, y su mirada se fijó rápidamente en el mueble donde escondía los extraños objetos que había recopilado durante su estancia en aquellas tierras.

—¿Qué demonios ha pasado aquí?

Las puertas abiertas del mueble y los pañuelos militares que debían cubrir las urnas tirados por el suelo le alertaron.

Se acercó con cuidado y observó minuciosamente.

Sobre la balda que contenía las armas en miniatura había algo fuera de sitio; una de ellas estaba tirada sobre la madera. Pero aquello no fue lo que más llamó su atención. Las pisadas que Pip había dejado sobre el polvo al pasearse por aquella zona parecían huellas de algún tipo de insecto. El abuelo no dudó en coger una de las lentes de aumento para observarlas con más detenimiento. Solo entonces se convenció de lo que eran realmente.

—Esto no puede ser… —se dijo, supervisando que todo lo demás estuviera tal y como él lo había dejado.

Miró hacia la ventana y una amarga suposición le invadió.

—¿Has tenido algo que ver con esto, Mike? —preguntó al aire.

Puso las manos sobre su cuello, tratando de comprender lo que había sucedido allí en su ausencia. Cuando bajó la mirada, sus ojos se clavaron fijamente en las huellas que Mike había dejado delante del mueble. Todas se encaminaban hacia allí, ninguna se alejaba. Se agachó, hasta casi rozar su cara con el suelo, y descubrió más de aquellas pequeñas huellas, estas mucho más embarulladas y difuminadas, como si las hubieran causado más de dos pies. Algo entre ellas le llamó la atención.

—Qué demonios…

Agarró una de las lentes y la acercó a la zona pisoteada.

—¿Qué es esto? Parece una…

No terminó la frase, se levantó y recogió uno de los folios desperdigados que había sobre la mesa lejana, la que Mike había estado registrando aquella mañana, y luego se dirigió de nuevo al

mueble. Pasó el folio sobre el suelo, usándolo como recogedor, y lo colocó sobre la mesa. Encendió el flexo que había en esta y lo enfocó directamente al papel, antes de observarlo a través de la lente de aumento.

—Es una llave. La llave del mueble. ¿Cómo diantres ha acabado así?

En efecto, la llave que Mike había recogido del cajón, y con la que había abierto el mueble del abuelo, se había visto afectada por el arma que Pip había usado contra el joven, y, en algún momento, esta debió caer al suelo.

El abuelo abrió los ojos de par en par, tras atar cabos en su cabeza. Corrió de nuevo al mueble y observó, siempre a través de la lente, el arma tirada sobre el tablón de madera.

—Pisadas de seres diminutos, un arma usada, una llave empequeñecida… ¿Dónde estás, Mike?

El abuelo corrió escaleras abajo y tomó del brazo a la abuela Maggie, que ya había entrado en la casa y se disponía a preparar la cena.

—¿Qué diablos haces, Jerry? —se preocupó ella.

El abuelo se aseguró de que ni su hija ni su nieta lo escuchaban.

—No te lo vas a creer —susurró, con mirada conmocionada.

—¿De qué hablas?

—Mike, es por Mike…

La abuela Maggie comenzó a preocuparse.

—¿Dónde está nuestro nieto?

El abuelo respiró hondo para tratar de calmarse.

—Han sido ellos, estoy seguro. Han estado aquí… —hizo una pausa y tragó saliva—, y se han llevado a Mike.

La abuela, en shock, echó las manos a su boca y perdió sus ojos en el infinito.

Rasly Nimkus volvía a casa tras haber pasado el resto del día dándole vueltas a todo el asunto de la señal enviada por Celodius Godonindus, y que podría haber puesto en peligro a la comunidad vacilundia. Trataba de pensar en cosas positivas, pero no podía evitar que se colasen en su imaginativa cabeza imágenes de un futuro apocalíptico, con casas ardiendo, árboles ardiendo, el Gran Tronco ardiendo y todo lo que tuviera que ver con los vacilundios ardiendo. Pero no solo eso, también pensaba en él salvándolos a todos en el último segundo, con algún acto heroico que aún no

había idealizado.

Mientras pedaleaba en el carro familiar, que les servía para transportar los frutos recogidos del campo, así como los enseres necesarios para dicha faena, también echaba una ojeada fugaz y temerosa a los fragmentos de cielo que podía visualizar entre las espesas ramas, allá a lo lejos, por encima de las elevadas copas de los árboles, y procuraba no ver ninguna cosa extraña que se acercase a los alrededores, proveniente del lejano espacio. Tenía miedo, pero no más que ganas de llegar al fondo de aquel asunto.

Cuando embocó uno de los caminos que comunicaba los campos de cultivo con los barrios del suelo de Brama Vacilundia, un sonido peculiar le llamó la atención.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, sin obtener réplica alguna.

Detuvo el carro y se bajó.

Su mente comenzó a dibujar extrañas figuras entre la frondosa y alta hierba. Aquello hizo que el joven musgo de sus brazos y sus piernas se elevase tanto que pareciera querer despegarse de él.

De nuevo, el sonido se hizo notar, esta vez más claro y definitorio; era un llanto, no le cabía duda. Se acercó con lentitud hasta un grupo de piedras cercanas, en medio de un herbazal, y descubrió el origen de aquella tristeza.

—¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó a la apenada figura de una vacilundia sentada en el suelo, encogida con la cabeza entre las piernas y cubierta por una capucha. Esta se asustó al escuchar a Rasly y trató de ocultarse—. No huyas, no voy a hacerte nada. Solo quiero ayudarte.

La vacilundia se giró, temerosa.

—No le digas a nadie que estoy aquí, por favor.

Rasly pudo verle la cara.

—Eres Maanda, ¿qué te ha pasado?

La vacilundia agachó la cabeza acompañando el gesto con un sollozo.

—Una catástrofe.

Rasly se acercó a ella para tratar de consolarla.

—Tranquila. ¿Te refieres a eso de Celodius? ¿A la señal y a esos seres? —Maanda negó con la cabeza, sin levantarla—. ¿Entonces?

—Voncín y sus seguidores han apresado al alcalde y a otros consejeros.

Rasly, sorprendido, se sentó en una de las piedras.

—¿Y eso a qué se debe? Cuéntamelo.

Maanda tomó asiento junto a él, en otra de las piedras.

—Ha sido un día de locos —dijo, suspirando y limpiando la

humedad que bañaba sus ojos—. Primero lo de Celodius y ese dichoso aparato y luego esos traidores encabezados por Voncín Cuatrodedos. Han llevado a cabo un golpe de estado. Ese despreciable Voncín se ha nombrado a sí mismo como nuevo dirigente de Brama Vacilundia y ha detenido a Brinsen Ramalta, mi querido jefe y alcalde. Yo pude escapar en un momento de descuido —Maanda volvió a sollozar y miró a Rasly, suplicándole—: Tenemos que ayudar al alcalde y a los demás! Ese Voncín ha nombrado jefa de exploradores a Ismal y está tramando algo que no logré entender bien, pero tiene que ver con esa casa que hay en la zona prohibida. Han enloquecido. ¿Me ayudarás?

Rasly, perplejo, intentó asimilar la noticia lo más rápido que pudo.

—¿Y qué puedo hacer yo para ayudar? —se lamentó—. Solo soy el hijo de una familia humilde. No tengo suficiente poder como para frenar los hechos que me cuentas.

—Yo tampoco, pero conozco el interior del Gran Tronco como la palma de mi mano. Y sé a dónde han llevado al alcalde y a los otros.

—Pero te estarán buscando.

—Por eso necesito que me ayudes. Yo puedo decirte cómo llegar al subsuelo de Brama Vacilundia; a los almacenes.

Rasly exhaló todo el aire de su interior, indeciso.

—Por el momento, debes ocultarte en algún lugar seguro. Aquí, a la intemperie, podrían encontrarte con facilidad. Yo lo he hecho… —propuso el joven Nimkus.

Maanda asintió, pero la tristeza se apoderó de ella otra vez.

—No sé adónde ir…

Rasly improvisó un plan.

—En la parte trasera de mi carro hay alguna manta. No es cómodo, pero servirá para ocultarte hasta que lleguemos a un lugar seguro. Ya planearemos algo con tranquilidad.

La vacilundia sonrió, agradecida.

Pip iba relatando con pelos y señales todo lo ocurrido en la casa de los Sanders; lo que habían visto, lo que habían hecho y lo que pensaba al respecto. Mike lo ratificó todo, salvo lo de cómo lo sacaron de allí, al no recordar nada en absoluto. Pip ponía todo el énfasis del mundo en los detalles relacionados con aquel armamento extraño, pero Muun no terminaba de verlo con claridad.

—-No sé qué hará ese armamento allí, ni por qué ninguno de nuestros ancestros dejó constancia pública de su existencia, pero está claro que esa “Misión Secreta” que llevasteis a cabo viene a confirmar que los secretos en nuestra comunidad van más allá de simples sospechas. Lo que no entiendo es qué ganan los interesados exponiendo a tal peligro a solo dos de los exploradores —meditó Muun.

—Esas armas debieron ser recogidas por mi abuelo, en sus tierras —intervino Mike—. Él tiene evidencias de que existís, lo escuché hablar de vosotros, y a la abuela también.

—Si los humanos saben de nuestra existencia, estamos en peligro —opinó Guya, sin apartar su vigilante mirada del frente, y añadió, dirigiéndose a Mike—: Ya sabemos lo que hace vuestra especie con los seres vivos que no son como ellos.

Mike sintió vergüenza ante aquella afirmación, y es que no podía rebatirla.

—Mi abuelo fue militar de alto rango durante gran parte de su vida, si hubiera querido que investigaran a fondo sobre vosotros, creedme si os digo que haría ya mucho tiempo que os hubieran descubierto. Tiene muchos contactos, pero estoy seguro de que no quiere perturbar vuestra existencia.

Pip, que escuchaba anonadado al joven, miró a Muun y le susurró algo;

—Qué bien se expresa. Cualquiera lo dudaría teniendo en cuenta lo primitivos que son. Desde luego, son dignos de estudio. Incluso me está empezando a caer bien…

—Deja de decir tonterías, Pip, es un humano y no son de fiar. Que su tamaño no te engañe.

Pip sacó su orgullo.

—Pues a mí me cae bien —insistió, llevándole la contra a su compañero.

Prosiguieron el camino en silencio, cada cual con sus pensamientos y todos alerta ante cualquier contratiempo que pudiera presentárseles. Solo Mike observaba con admiración y extrañeza todo cuando había a su alrededor. Parecía un mundo mágico sacado de una historia fantástica, y es que caminar entre la alta hierba, tanto que superaba varias veces su propio tamaño, y vislumbrar aquí y allá los gigantescos troncos de árboles a los que en otras circunstancias no hubiera prestado atención, observando con detalle las profundas grietas de sus cortezas, era para él como estar en mitad de una selva.

—Esto parece el Amazonas —pensó en voz alta.

—¿Ama qué? —se interesó Pip.

Mike miró a Guya, que ya negaba con la cabeza advirtiendo de que dar una explicación podría ser algo demasiado estresante para todos.

—Nada. Es solo un bosque muy grande —intentó librarse Mike.

Pip abrió la boca de par en par, asintiendo con lentitud.

—¿Más grande que nuestro bosque?, porque este es bastante grande. Míralo bien —le incitó a contestar el vacilundio.

Mike volvió a mirar a Guya, que, con disimulo, continuó haciendo gestos negativos con la cabeza.

—Un poco quizás, pero no mucho. En realidad, este es mucho mejor —contestó el joven.

Pip cerró la boca y dejó de asentir. No sabía mucho de bosques mejores o peores, pero le pareció que, si un humano afirmaba aquello, siendo conocedores de su planeta, debía estar en lo cierto.

—Shh. Silencio —ordenó Muun, agudizando su fino oído.

Todos frenaron en seco.

Muun pegó una oreja al suelo y escuchó con atención.

—¿Lo escucháis? —preguntó al resto—. Es como si algo con un tambor se acercase a buen ritmo.

Pip se echó las manos a la barriga.

—Debo ser yo. Hace más de un día que casi no me alimento. Ahora mismo sería capaz de comerme hasta un…

—¡Escondeos! —gritó Muun.

Justo cuando todos se ocultaron, el sonido de muchos pasos pisoteando el suelo se fue haciendo cada vez más perceptible.

Mike hizo un gesto a Guya para saber de qué se trataba, pero esta le hizo otro para que guardase silencio.

—Es un gusano con piernas; con muchas —susurró Muun—. Son peligrosos y suelen dejarse ver por las noches. No entran en la ciudad porque tenemos sistemas para ahuyentar a los bichos no deseados, pero aquí campan a sus anchas.

Mike abrió los ojos de par en par, asustado.

La hierba cercana comenzó a moverse de forma extraña, como si algo la agitase, y una cabeza con largas antenas saliendo de los costados de una enorme boca provista con pinzas salió de ella. Detrás, un alargado cuerpo se deslizaba al compás de cientos de pequeñas patas que se movían de forma nerviosa.

—Es monstruoso… —balbuceó Mike, asustado y con una creciente sensación de que estaba sumergido en un mundo lejano al que conocía—. ¡Un ciempiés gigante! ¡Socorro! —acabó gritando, mientras echaba a correr despavorido.

—Pero ¿qué hace ese humano insensato? —susurró Guya.

Pip, viendo el panorama, contestó:

—Lo mismo que yo. —Y puso pies en polvorosa, siguiendo a Mike.

Guya y Muun se miraron desconsolados, y no tardaron en seguirles los pasos.

Podían escuchar el sonido del enorme e implacable insecto deslizándose tras ellos a toda prisa, tratando de darles caza para darse un buen banquete.

Mike cayó de bruces al tropezar con una piedra y Pip, que no lo vio, acabó encima de él. Luego, pocos segundos después, Guya y Muun acabaron formando parte de la montonera.

Los cuatro miraron atrás y vieron el cuerpo del ciempiés erguirse para asestar su ataque, eligiendo cuál de ellos sería su primer bocado.

Los tres exploradores vacilundios y Mike aguardaban, petrificados por el miedo, con los ojos entrecerrados y una mueca de dolor desfigurando sus caras, a que el ciempiés eligiera a su primera víctima. Sabían que el desafortunado elegido otorgaría una oportunidad al resto para poder escapar, pero ninguno se consideraba tan valiente como para ofrecerse de forma voluntaria para tal sacrificio.

Pip yacía en el suelo, aferrado a las piernas de Mike como si este tuviera algún poder para librarlo de su incierto destino. Muun solo esperaba una muerte rápida e indolora, aunque no creía que aquel fuera un final digno para un explorador que lo había dado todo durante su entregada vida. Guya recordaba el preciso instante en el que se le ocurrió meter sus narices donde nadie la llamaba. Solo su rango de exploradora jefe, el cual aún desconocía que ya no descansaba en su poder, la obligaba a mantenerse erguida y firme para no denotar el horror que atenazaba cada parte de su musgoso cuerpo. Y Mike… Mike rezaba todo lo que recordaba, tratando de no perder la esperanza.

—Padre nuestro que estás en los cielos, venga a nosotros tu reino…

Pip lo miró, incrédulo.

—¿Tu padre está en el cielo? ¿Vosotros también llegasteis aquí en una nave espacial? —preguntó este, con voz trémula.

Mike no había terminado de rezar, cuando una ráfaga de viento sacudió a todo el grupo, obligándoles a cerrar los ojos con fuerza. El único que los mantuvo un poco entreabiertos fue Pip, que vio la

tierra suelta del suelo levantarse alrededor de ellos y del insecto, como si una fuerza mágica orbitase en la zona. Cerró los ojos y escuchó un aleteo que no duró más que unos pocos segundos. Luego, todo quedó en calma.

Cuando Pip volvió a abrir los ojos, vio a un gorrión alejarse hacia lo más alto de la copa de un árbol, y su boca se abrió de par en par, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado.

—¿Estamos vivos? —preguntó Guya.

Muun abrió un ojo con temor, muy despacio, y aún con la cara retorcida. Miró al frente, a izquierda y a derecha, pero no vio ni rastro del ciempiés.

—Eso parece. Se ha esfumado —aseguró.

—Ha sido él —dijo Pip.

Guya observó a Mike, que aún sentía la necesidad de no mirar lo que estaba ocurriendo.

—Él no ha podido ser. Ni siquiera se ha movido del suelo, como nosotros.

—Te aseguro que ha sido él, Guya —insistió Pip—. Ha pronunciado unas palabras mágicas y ha obrado para que su padre bajase del cielo y nos librase de ese animal.

Mike, por fin, se atrevió a mirar.

—Yo no he sido. Sea lo que sea lo que ha pasado, yo no he sido. Creí que ese monstruo nos estaba devorando —explicó.

Pip se puso en pie y señaló al joven con dedo acusador.

—Dijo algo de que su padre está en un reino del cielo y no sé qué más, y del cielo bajó un ser que nos libró de ese bicho. Lo he visto con mis propios ojos.

—Pero eso es solo un rezo. No es más que una forma desesperada de seguir con esperanza —aclaró Mike.

Pip se acercó tanto al joven que las caras de ambos quedaron a menos de medio palmo vacilundio la una de la otra.

—Eres mago o extraterrestre, y no creo que sea lo segundo —dijo el vacilundio, con tono misterioso—. He leído cosas sobre los magos humanos en vuestros libros, y sois muy poderosos. —Pip se volvió a hacia Muun y Guya—. Son capaces de hacer salir rayos de sus manos, y fuego. Incluso son capaces de mover cosas a distancia y doblar metales con la mente. También son adivinos, y saben lo que piensan los demás tan solo con mirarlos a los ojos. Son muy poderosos.

Muun y Guya no sabían qué creer, pero trataban de convencerse de que Pip estaba delirando a causa del trauma provocado por el encontronazo con aquel monstruoso ciempiés.

—Yo no soy ningún mago. Si lo fuera, ¿crees que no haría algo para devolverme a mi tamaño natural? —protestó Mike.

Pip clavó sus ojos en los del joven, tratando de penetrar en ellos y descubrir alguna evidencia de mentira.

—Humm… Tal vez estés fingiendo, los magos lo hacen.

—¡Te vuelvo a repetir que no soy ningún mago, solo un chico de quince años al que empequeñecisteis! —gritó Mike, desesperado por la fantasiosa mente del vacilundio—. Y ahora, si es posible, ¡me gustaría llegar a donde quiera que se encuentre ese inventor, que me devuelva a mi tamaño natural y olvidarme de todo esto de una vez! —volvió a gritar, con los ojos henchidos de rabia.

Mike echó a andar sin esperar a nadie. Muun y Guya, impávidos, lo siguieron.

Pip los observó marcharse y, antes de seguir sus pasos, se dijo a sí mismo:

—Menudo genio se gastan estos magos humanos…

—Mañana saldré a la Plaza Alta a comunicar a todos los vacilundios que Brama Vacilundia estará dirigida, a partir de este momento, por mi persona y mi nuevo equipo de ayudantes. Se acabaron los pensadores y los solucionadores, se acabaron las elecciones para determinar alcaldes, y se acabaron las… —Voncín echó un vistazo al cuenco de madera que tenía delante y no le gustó lo que vio—. Se acabaron las semillas machacadas, trae más. Sin ellas no puedo pensar.

Tom Agualago, con su siempre parsimoniosa e imperturbable personalidad, se levantó, se acercó a un mueble cercano, lo abrió, vertió el contenido de una bolsa en el cuenco y se lo acercó a Voncín.

—¿Debemos llamarle alcalde, a partir de ahora? —preguntó Tom.

Voncín torció el gesto, poco convencido.

—Mejor no. Me recuerda demasiado a ese incompetente de Brinsen Ramalta, y ahora que nos hemos librado de él, no me gustaría convertirme en algo parecido. —Voncín pensó un momento en cómo le gustaría que le llamasen a partir de ahora—. Ya está; seré el Gobernador. He leído sobre historias humanas en las que los gobernadores eran gente muy poderosa. Incluso tenían tierras propias y chusma fiel.

Tom suspiró.

—No deberíamos caer en ostentaciones innecesarias, recuerde que todo líder debe tener la cabeza fría, o el poder puede volverse en su contra.

—¿Insinúas que hay traidores entre nosotros?

—No, no, no… —se precipitó a contestar Tom, negando con las manos—. Es solo que, si la comunidad recibe un recorte de derechos, podrían levantarse contra usted, y no queremos eso ahora que Brinsen no está.

Voncín tomó un puñado de semillas machacadas y lo tragó con ansia.

—Eso no ocurrirá —dijo, desperdigando hacia el frente los restos de comida que salían disparados de su boca—. Me adorarán como los humanos adoran a esas cosas que llaman…, ¿cómo era?

—Dioses —lo ayudó Tom—, los llaman dioses.

—Pues eso, dioses. Me adorarán como a un Dios.

Tom cerró los ojos y adoptó una pose neutral, como si supiera que aquello era un error, pero dejando que cada uno se estrellase contra el duro muro de su propia realidad.

—Entonces, preparemos el discurso para mañana. La gente va a pensar que pretendemos implantar moda con esto de los mítines; ayer uno y hoy otro. No recordaba tanta actividad desde… —Tom contó con los dedos—. Ni siquiera lo recuerdo.

—¿Se sabe algo de Maanda?

—Ni rastro, pero yo no me preocuparía de ella. Nadie se atreverá a ayudarla cuando hagamos público que es una de las traidoras al nuevo gobierno de la ciudad.

Voncín paró de engullir.

—No me agrada la idea de que ande suelta por ahí.

—Hablando de eso, debemos pensar qué hacer con Brinsen Ramalta y los demás. No podemos dejarlos encerrados para siempre.

—Primero les ofreceré a sus seguidores un trato para que cambien de bando, y luego, cuando Brinsen Ramalta se vea solo, nos será más fácil domesticarlo para que esté a nuestro servicio. —Voncín tamborileó la mesa con sus dedos—

—¿Y si se niega?

—Si se niega, será desterrado junto con esa pedante esposa suya. Tal vez así tenga la oportunidad de crear una nueva ciudad, para ellos solitos.

Voncín, tras decir aquello, soltó una carcajada que inundó la sala. Tom solo esgrimió su delicada y engañosa sonrisa.

Rasly y Maanda avanzaban a buen ritmo por el camino que les acercaba a los barrios del suelo. Maanda, oculta bajo el sucio harapo, trataba de no respirar demasiado hondo para no tener que llenar su nariz con el olor a dura faena que este desprendía. Aquella cuestión hizo que despejase su mente de todo lo ocurrido, pero no podía dejar de pensar en cómo se encontrarían el que para ella continuaba siendo el legítimo alcalde de Brama Vacilundia y los que le habían seguido siendo fieles.

Más adelante, en una bifurcación de caminos (uno de ellos se adentraba de lleno en la zona habitada y el otro la rodeaba hasta el otro extremo), una voz dio el alto al carro. Era Guya.

—¡Alto! ¿Hacia dónde te diriges? —preguntó esta.

Rasly titubeó.

—Esto… Voy de regreso a casa después de una dura jornada de trabajo. Creo que ya es hora de descansar, ¿no?

—Lo siento, pero es de imperial necesidad que requisemos este carro. Como jefa de exploradores, me encargaré de que te sea entregado mañana mismo sin el más mínimo rasguño.

Maanda, tras escuchar aquellas palabras, tembló.

El joven Nimkus tragó saliva y pensó con rapidez en una posible salida.

—Pero este carro es de vital importancia para mi familia. Sin él, no podríamos realizar nuestra labor. Es nuestro sustento lo que está en juego.

Guya insistió, esta vez con un tono más altivo.

—No es una proposición, jovencito —aclaró—, es una orden.

La exploradora hizo un gesto hacia un lado del camino y Muun, Pip y Mike salieron de entre la maleza.

Rasly, al ver al joven, se quedó helado. Incluso el musgo que salpicaba su piel pareció palidecer.

—¿Qué es eso? —preguntó, tembloroso.

—No es de tu incumbencia. Es un asunto secreto, y así seguirá siendo si quieres recuperar lo que es tuyo, ¿me he explicado bien?

—Tranquila, Guya, conozco a este vacilundio. Es Rasly, hijo de Temdur Nimkus. Es una buena familia, nada conflictiva —comentó Muun—. Deja que yo me encargue.

El explorador se acercó al carro y, con tono sereno, trató de explicar la situación.

—No tienes de qué asustarte, Rasly, ese de ahí —dijo, señalando a Mike— es amigo, por muy extraño que pueda parecer. Pero

necesitamos que nos hagas un favor muy importante. —El joven Nimkus asintió, mientras Maanda escuchaba con atención—. Como puedes ver, no es un vacilundio, y por un desafortunado error de Pip, debemos ayudarle. No queremos que cunda el pánico entre la población, así que necesitamos llevarlo hasta la casa de Celodius para que pueda encontrar una solución. ¿Me entiendes?

Aquella explicación no borró por completo la inquietud de Rasly, pero se sintió más tranquilo.

—Celodius no estará ahora en su casa. Ya sabéis cómo es cuando se le mete algo en la cabeza. Estará en la Biblioteca Subterránea, investigando sobre los Farean y todo eso.

—¿Los qué? —preguntaron Guya, Muun y Pip a la vez.

—Los Farean. Es largo de explicar, pero se puede resumir en que Celodius la ha vuelto a liar.

—Para no variar —añadió Guya.

—Bueno, pero ese no es el asunto que nos ocupa. Necesitamos el carro, bien sea para llegar a su casa o a la Biblioteca Subterránea. Debemos ocultar a este humano…

Rasly dio un respingo y abrió sus ojos de par en par.

—¿¡Un humano!?

—Shhh —sisearon todos a la vez.

—Sí, es un humano, pero nadie debe saber que está aquí, por eso lo de no hacer cundir el pánico, ¿recuerdas? —le pidió Muun.

—Es un mago muy poderoso, y su padre vive en el cielo —añadió Pip, susurrando, con cierto aire de secretismo.

Mike suspiró y comenzó a contar hasta diez en su cabeza.

«Uno, dos, tres, tranquilo, Mike, cuatro, cinco, seis, no entres en su juego, Mike, siete, ocho, nueve…»

—¿¡Cuántas veces más vamos a tener que explicar que soy un humano, que este… vacilundio inútil —señaló a Pip— me redujo de tamaño, que no soy ningún mago y que solo quiero volver a casa!? —explotó.

Rasly sonrió.

—Habla, y lo he entendido. Creía que los humanos eran inmensamente grandes, torpes y descerebrados, al menos eso es lo que nos han enseñado siempre, pero este carece de todas esas características.

—Sí, y, aunque no lo parezca… —comenzó a decir Pip.

—¡Silencio! —gritó Guya, dirigiéndose a la parte trasera del carro—. Todos arriba, y tú a casa, Nimkus. Y nada de irse de la lengua.

Justo al dar aquella orden, tiró de la manta que cubría a

Maanda, que yacía hecha un gurruño asustadizo.

—Anda, ¿qué tenemos aquí?

—No le hagáis daño, ya tenéis al alcalde y a los otros, ella es inofensiva —la defendió Rasly.

Guya frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con que tenemos al alcalde? —interrogó.

—No disimules, Guya. Estás aquí por orden de Ismal, ella os manda ahora —espetó Maanda.

Guya miró a Muun y alzó las cejas, desconcertada.

—Ismal es una simple exploradora. Responde ante mí.

Maanda la miró, desconfiada y llena de dudas.

—Entonces, ¿no sabéis lo que ha ocurrido?

—Explícate —pidió Muun.

—Ismal es ahora la nueva jefa de exploradores, Voncín se ha hecho con el poder y nuestro querido Brinsen Ramalta y sus fieles están apresados en el subsuelo de Brama Vacilundia. Yo logré escapar, pero me estarán buscando.

El gesto de preocupación de Guya y Muun no pasó desapercibido.

—¿Ismal, jefa de exploradores? —alucinó Pip, soltando una sonora carcajada.

—Sí. Se puso de parte de los golpistas y ahora es vuestra líder.

—No mientras yo siga llamándome Guya Jarris. Debemos hacer algo. Es nuestro deber.

Maanda tuvo una idea.

—Tal vez nos pueda ayudar que ella crea que no sabéis nada. Vosotros podríais acceder al subsuelo sin levantar sospechas —maquinó la exconsejera—. Rasly y yo íbamos a trazar un plan para rescatar al alcalde y a los otros, pero vuestra ayuda puede ser determinante. Eso si no os ponéis de lado de Voncín…

Guya apretó sus puños, furiosa.

—No permitiré que unos farsantes como él e Ismal me arrebaten el puesto que tanto me costó lograr. Mis principios están de lado de Brinsen Ramalta, ahora y siempre —sentenció la exploradora, herida en lo más profundo de su ego.

—Y yo solo apoyaré a una jefa de exploradores. Cuenta conmigo —añadió Muun.

—Pues yo voy por libre, pero creo que es momento de darle una lección a esa engreída de Ismal. Por todas esas veces que se ha burlado de mí —continuó Pip.

Guya tomó los pedales del carro.

—Llevemos al humano con Celodius y luego nos ocuparemos del

resto —ordenó la orgullosa exploradora.

Rasly se colocó delante del vehículo con los brazos extendidos.

—No pienso desinhibirme de este asunto. Si mi carro va, yo también —dejó claro.

Muun se acercó a él.

—Puede ser peligroso —le advirtió.

—Me da igual. Tengo que tomar las riendas de mi vida, así me lo han dicho mis padres, y si eso pasa por ayudar a que esta comunidad no sea gobernada por un tirano, me daré por satisfecho.

Mike subió a la parte trasera del carro, junto a Maanda, y ambos se ocultaron bajo la manta.

—No me muerdas —pidió ella con desconfianza.

Mike resopló.

—Los humanos no somos salvajes, ¿qué te has creído?

—Solo lo digo porque tienes un aspecto un poco... raro.

—Pues deberías mirarte a un espejo de vez en cuando.

La noche ya caía sobre el bosque y la oscuridad pronto sería total. Los sonidos nocturnos de aquella diminuta selva se colaron en los oídos de Mike, que no pudo evitar echar de menos a su familia.

Los vacilundios y el humano prosiguieron su viaje. Cruzaron las callejuelas de los barrios del suelo y pronto se encontraron ante la entrada de la Biblioteca Subterránea.

11

RAYO G1

—¿Policía? Quiero denunciar dos desapariciones.

Megan no pudo contenerse más. A pesar de la insistencia de la abuela Maggie para que diera tiempo al abuelo, la tensa espera (más de una hora llevaban sin tener noticias de ninguno de los dos) acabó con su paciencia.

—Le llamo desde la granja de los Sanders, ¿la conoce?

El abuelo había salido a toda prisa tras contar a la abuela lo que había descubierto en el desván. Por primera vez desde que se había jubilado, se enfundó en su viejo traje de camuflaje, tomó toda clase de herramientas que pudieran serle necesarias y se dispuso a cumplir la misión más importante de su vida; rescatar a su nieto. Si el abuelo tenía razón con sus sospechas, Mike habría sido llevado a los bosques, donde siempre perdía la pista de aquellos diminutos seres.

—Sí, eso es, la de Jerry Sanders. Verá, mi hijo salió esta mañana y no ha llegado a casa. Tiene quince años y no conoce la zona. Mi padre salió a buscarlo y tampoco tenemos noticias de él. Creemos que puede haberles ocurrido algo. ¿Podrían enviar una patrulla?

La pequeña Annie se veía triste mientras escuchaba a su madre hablando por teléfono.

—Esta vez la has hecho buena, Mike —murmuró desde lo alto de la escalera.

Mientras tanto, en algún lugar del bosque…

—¡Mike! —gritó el abuelo, caminando con lentitud entre la oscuridad y la vegetación y alumbrando el suelo con una pequeña linterna—. Vamos, chico, ¿dónde estás? —susurró, escudriñando entre la hierba en busca de alguna pista.

Era noche cerrada, y los sonidos de la fauna nocturna del bosque camuflaban el raspajeo de sus pisabas. No tenía miedo, pero en su estómago se había asentado un ligero temblor que le llegaba hasta la garganta, obligándole a tragar saliva en más de una ocasión. Hacía años que no pisaba aquellos bosques, pero en su infancia solía ser su lugar para esconderse y fantasear que era el valiente soldado en el que un día se convertiría. Sus padres le habían

contado todo a cerca de aquellas tierras, desde que la granja fue construida casi tres siglos antes, y muchas de aquellas historias provenían de los indígenas que antaño habían habitado el lugar. Hablaban de pequeños demonios que vivían entre las ramas de los árboles y que hacían desaparecer a todos los que se atrevían a molestarlos. El abuelo Jerry aún guardaba, entre su colección de cosas extrañas encontradas en la granja y las que su familia le había legado, un dibujo, ya casi inapreciable, de un ser de aspecto fiero y dientes afilados que su tatarabuelo recibió de manos de un jefe indio local. Nadie demostró nunca la veracidad de aquellas leyendas indias, pero tampoco las desmintieron de forma tajante.

Mientras el abuelo Jerry rebuscaba, en el cielo, fuera de su alcance visual, dos puntos de luz se fueron haciendo cada vez más grandes, hasta que tomaron la forma de dos misteriosas estructuras ovaladas. Se detuvieron en el aire como si estuvieran decidiendo hacia dónde ir y, luego, continuaron descendiendo hacia un claro del bosque, cerca de la Gran Barrera. No eran pequeñas, tampoco ostentosamente grandes ni con una estructura tecnológicamente espectacular, pero, sin lugar a dudas, no provenían de este planeta. Los símbolos grabados alrededor de aquellas naves, sin duda, lo evidenciaban. Eso, y que ningún cacharro humano era capaz de moverse con tanta delicadeza y precisión por el aire. Estas reflejaban el entorno como un espejo recién estrenado. Era un camuflaje demasiado avanzado como para haber sido creado por los humanos. Dentro de ellas podrían caber dos personas arrodilladas, ocupando todo el espacio.

Una luz emanó de una de las curvas de las esferas, dibujando formas rectangulares que acabaron desapareciendo para dejar ver la oscuridad del interior. Tres figuras bajaron de cada una de las naves, todas ataviabas con extraños trajes. Lucían cascos redondos, fabricados con algún tipo de cristal opaco que solo dejaba ver un profundo color negro en toda su circunferencia.

Uno de ellos portaba un aparato bien provisto de luces brillantes. Lo alzó y movió su brazo de derecha a izquierda y de izquierda a derecha en varias ocasiones, señalando hacia el bosque.

Las seis figuras formaron un corro y comenzaron a hablar.

—*Okakroak koukroak* —pronunció uno, en una lengua extraña.

Así, mediante aquella jerga, debatieron durante un largo minuto, para terminar por marcharse hacia el bosque, no sin antes proveerse de unas varas alargadas y metálicas; parecidas a bastones de senderistas, pero más gruesos y, sin duda, sofisticados. Solo dos de

ellos volvieron a las naves, uno a cada una, y aguardaron.

En la Biblioteca Subterránea, Celodius analizaba la piel de Mike. Le resultaba increíble que una composición tan dependiente del agua no permitiera que el musgo creciera sobre su superficie. En apariencia, veía los cuerpos humanos tan similares a los de los vacilundios, salvando algunos detalles muy significativos, que se sorprendía de que existieran tantos millones de kilómetros entre el origen de unos y de otros.

—¿Y decís que este humano ha encogido su tamaño a causa de un arma? —Celodius frunció el ceño, rascando su barbilla—. Tal vez debamos preguntarle al Gran Maestro, porque yo no tengo conocimiento de que nada parecido exista en estos momentos en nuestra comunidad. Aprovechando esta circunstancia, podré probar un nuevo aparato que he creado para poder disponer del Gran Maestro sin necesidad de estar en su presencia. Digamos que le he otorgado el don de la movilidad.

Ante la atenta mirada de todos, el inventor se acercó a la mesa donde había estado trabajando antes de la llegada del grupo y tomó entre sus manos el Sistema de Localización Intergaláctico, Modelo SLI-58, aunque este estaba un tanto cambiado.

—Este es el cacharro que tantos quebraderos de cabeza nos está causando, al margen de esa barbaridad que me habéis contado; lo ocurrido con el alcalde. Y lo he reprogramado, añadiéndole un par de cosas aquí y allá, para que nos sea de más utilidad que la simple atracción de criaturas alienígenas. He modulado su frecuencia para que podamos comunicarnos con el Gran Maestro allá donde se encuentre este chisme.

Celodius pulsó el botón de encendido y todos esperaron con paciencia a que terminara de activarse.

Segundos después, una voz emanó de él:

«Bienvenidos a la sala del conocimiento, estoy a vuestra entera disposición».

—¡Eureka! ¡Funciona! —celebró Celodius dando saltos, mientras todos los presentes lo observaban con perplejidad. Cuando el inventor se percató, tosió con levedad y recuperó la compostura—. Esto…, comprended mi júbilo, no todos los días funcionan las cosas que fabrico, como ya sabéis.

Muun, Guya y Maanda asintieron.

—Gran Maestro, ¿podríamos saber si existe algún tipo de

herramienta vacilundia que sirva para disminuir el tamaño de las cosas? —preguntó Celodius al aparato.

«Rayo reductor/agrandador: Información eliminada».

Todos se miraron entre sí.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Pip.

Celodius reformuló la pregunta:

—Gran Maestro, ¿qué es el rayo reductor/agrandador?

«Información eliminada», fue, de nuevo, la respuesta.

—¿Eliminada? ¿Por qué? —insistió Celodius.

«Nombre del sujeto que solicitó la eliminación: Voncín Cuatrodedos. Motivo: Desconocido».

—Ese Voncín… Seguro que tiene que ver con todo lo que ha organizado —gruñó Maanda.

Muun se sentó en un rincón.

—Pff. Será mejor que descansemos un poco, porque esto parece que va a ir para largo…

Guya se sentó a su lado y Maanda, enfadada al escuchar de nuevo el nombre del traidor Cuatrodedos, hizo lo propio. Pip, Rasly y Mike se quedaron junto al inventor.

—¿Es posible recuperar la información? —inquirió Mike, un tanto preocupado.

«Solo personal autorizado puede invertir el proceso».

—¿Personal autorizado? —Mike miró a Celodius.

—Debe referirse a los mandamases —contestó este.

Pip señaló a Maanda.

—Ella es una mandamás. Seguro que es “personal autorizado”.

Celodius sonrió, acariciando la cabeza del explorador.

—Parece que no está tan hueca esta azotea tuya.

Maanda se acercó al aparato para tratar de ayudar.

—¿Qué puedo hacer para recuperar la información borrada? —quiso saber.

«Pronuncie su código de autorización y la información que desee recuperar. Si esta no ha sido borrada por completo, la devolveré a la base de datos».

Maanda asintió.

—Mi código es… —Miró a todos y se sonrojó. Luego, lo pronunció en voz baja— “Brinsen Ramalta es el mejor alcalde del mundo”, y deseo recuperar todo lo relacionado con el rayo reductor/agrandador.

Celodius miró hacia un lado, tratando de contener la risa.

—Fiuu. Aquí hay tema —murmuró, entre dientes.

La consejera le propinó una colleja.

«Información parcialmente restablecida».

Celodius, que aún se frotaba el cogote mirando a Maanda con inquina, tomó los mandos.

—Está bien. Queremos saber todo lo relacionado con ese rayo reductor/agrandador, Gran Maestro —pidió, casi gruñendo.

«El rayo reductor/agrandador, en adelante, Rayo G1, es de origen vacilundio. Su creación se llevó a cabo por el célebre inventor Algus Parsas, y se usó, principalmente, como herramienta para la disminución de basura orgánica, aunque, debido a su enorme potencial, acabó siendo asignado como parte del armamento para la defensa de Cilium, planeta de origen de los vacilundios. Debido al ataque de los Farean, solo dio tiempo a fabricar una unidad…».

Mike miró con odio a Pip.

—Menuda puntería la tuya. ¿No podías haber cogido otra arma? ¿Tuvo que ser precisamente la única arma reductora que existe en el mundo? —le reprochó.

Pip se encogió de hombros.

—Silencio. Dejad que el Gran Maestro siga hablando —los interrumpió Celodius.

«Gracias. El Rayo G1 se encontraba en la parte posterior de la nave vacilundia que acabó estrellándose en este planeta, en las bodegas de carga, junto al resto del armamento. Pero la nave se partió en dos en el momento del impacto, quedando la parte que contenía el Rayo G1 en terreno desconocido. Según informaron los primeros exploradores, cuando se estaba trabajando en una forma de recuperar todo lo que había quedado en ella, los humanos comenzaron a construir una de sus edificaciones encima y requisaron todo el contenido…».

—Pero eso no cuadra —interrumpió de nuevo Mike—. Si esa construcción a la que se refiere es la casa de mis abuelos, fue levantada hace ya más de tres siglos. Cuando los primeros Sanders se asentaron en estas tierras.

—¿Y qué tiene eso de extraño? —quiso saber Celodius.

—Pues que esas armas tienen más de trescientos años.

—Claro. El mismo tiempo que ha pasado desde que nuestros ancestros vinieron a parar a este planeta. No es ningún secreto para los vacilundios.

—Pero eso quiere decir que el abuelo Jerry no las encontró; solo las heredó. Significa que mi familia materna ha estado al corriente de vuestra existencia desde hace siglos, y vuestros antepasados lo sabían.

Celodius empezó a comprender lo que Mike trataba de explicar.

—Sí, y alguien de nuestra comunidad, en algún momento de nuestra historia pasada, decidió que todo eso cayera en el olvido. Ya entiendo.

Mike asintió.

«Aún hay más referente al Rayo G1. ¿Queréis conocer dicha información?», preguntó el Gran Maestro.

—No —contestó Celodius—. Necesitamos saber por qué se ocultó todo lo referente a la otra parte de la nave al resto de la población vacilundia.

«Eso es información clasificada como secreta, pero, dado que el código facilitado es útil para desvelarla, estoy capacitado para ofrecerla».

—Adelante, entonces —le instó Celodius, con la aprobación de Maanda.

«Años después del aterrizaje forzoso, tuvo lugar una reunión entre los altos cargos de la ciudad. En ella se trató de aclarar si se adoptaba la Tierra como nuevo hogar para los vacilundios, permaneciendo ocultos a ojos de sus moradores originales y conviviendo en paz con ellos. La votación se resolvió con una mayoría a favor de aquella opción, pero los que votaron en contra no quedaron satisfechos, y un nutrido grupo de vacilundios creó una organización secreta llamada "Los hijos de Cilium", cuya intención no era otra que derrocar a los gobernantes de Brama Vacilundia y hacerse con el control de la ciudad. Aunque, su objetivo principal siempre fue encontrar aquellas armas y utilizarlas contra los humanos, con la intención de dominar el planeta. El Rayo G1 les otorgaría la igualdad de tamaño, pero la lucha se decantaría claramente hacia nuestra raza, debido a la superioridad de nuestro armamento, frente a las primitivas armas de los humanos.

Los vacilundios que apostaron por la convivencia pacífica se rebelaron y lucharon contra "Los hijos de Cilium", obteniendo la victoria. Desde aquel día, toda información relacionada con la otra parte de la nave quedó archivada y oculta, y solo los dirigentes de Brama Vacilundia tendrían acceso a ella, si así lo deseaban».

Maanda resopló, alucinando con aquella historia.

—Por curiosidad, ¿se sabe quiénes fueron los creadores de esa organización de los hijos esos? —preguntó.

«Los cabecillas apresados fueron: Aldo Rascagrietas, Mer Agualago y Yak Cuatrodedos. Fueron recluidos durante años, y puestos en libertad poco tiempo antes de abandonar la vida».

Maanda gruñó, confirmando sus sospechas.

—Y la historia se está volviendo a repetir. Voncín Cuatrodedos y Tom Agualago debieron descubrir esa información y están intentando continuar con lo que sus antepasados trataron de hacer. Convencieron a otros para que les apoyasen y así instaurar un falso gobierno…

—Y enviaron a Ismal y a Pip a esa misión secreta para saber si todo lo que averiguaron era cierto y poder llevar a cabo el plan de "Los Hijos de Cilium" —acabó Guya desde el suelo.

—Tiene sentido —comentó Muun—. Ismal siempre ha sentido la necesidad de llegar a convertirse en algo más que una exploradora, y era fácil de convencer, y Pip… Pip nunca se entera de nada.

Pip, que escuchó su nombre mientras observaba con desdén el aparato de donde salía la voz del Gran Maestro, se giró con rapidez.

—Sí, aquí estoy. ¿Me hablabais?

Muun hizo un gesto con las manos hacia el limitado vacilundio, evidenciando sus palabras.

—No podemos permitir que la historia se repita —proclamó Maanda.

Rasly, que no había abierto la boca desde que llegaron, dio su opinión:

—Yo no entiendo de estas cosas, pero mi madre siempre dice que hay que ir un paso por delante de los acontecimientos. Para estar pre parado y eso. Tal vez, si vamos a por ese Rayo y las demás armas antes de que lo hagan Voncín y el resto, podríamos tener una ventaja que decantaría la balanza a nuestro favor, ¿no creéis?

Celodius dio un paso al frente.

—No es mala idea —opinó—. Incluso podrían venirnos bien si, al final, esos Farean aparecen por aquí.

Muun alzó una mano.

—Respecto a esos… Farean, deberías explicarnos qué demonios ha ocurrido, porque algunos de los presentes no tenemos ni idea.

Guya secundó la petición de Muun.

—Sí, pero lo primero es lo primero —dictó el inventor—, y no es otra cosa que salir de aquí, pues estamos en un lugar que Voncín no dudará en registrar mañana mismo, ya sea para reclamar mi presencia o para buscar a Maanda.

La consejera asintió.

—Pensábamos ir a tu casa —dijo Muun—. Fue idea de Pip, y, viendo como están las cosas y teniendo en cuenta que vives en una zona apartada, no me parece tan mala idea en este momento.

Celodius estiró el cuello, como si aquella sugerencia le hubiera atravesado el cuerpo.

—¿Por qué a mi casa?

—Vamos, Celodius, solo será por esta noche —intentó convencerlo Guya—. Mañana, antes de que salga el sol, partiremos hacia la casa humana.

Mike se cruzó de brazos, torció su cara y miró hacia un rincón.

—¿Y qué le ocurre a este? —se sorprendió Maanda.

—¿Que qué me ocurre? Que, si no estoy en casa pronto, mi familia comenzará a buscarme, llamará a la policía y me ganaré meses de castigo. Eso es lo que me ocurre.

—No eres el único que tiene problemas, humano. Ya podrías agradecernos que no te dejáramos en el bosque a merced de los bichos —le recriminó Muun—. Nosotros partiremos mañana temprano, si tienes tanta prisa, puedes marcharte ahora mismo.

Pip se acercó con sigilo a Muun.

—¿Qué es "Policía"? —le preguntó.

—Jerga humana, Pip, no le des más vueltas.

Guya se colocó en el centro del grupo con aires de mando.

—Preparemos todo para el contraataque —dijo.

Justo en ese momento, Nabiruh atravesó la puerta de la biblioteca, con aspecto adormilado. Sin duda, el murxing se había acercado atraído por tanta cháchara.

—Ah —dijo Celodius—, este es Nabiruh, y es una especie de "líder" para los murxings. Y están de nuestro lado.

Guya lo miró, incrédula.

—¿Un líder, y cómo sabes tú eso?

—Te sorprendería todo lo que se descubre pasando un día entero con el Gran Maestro. Él me lo contó todo; los entiende.

A la exploradora le valió con aquello.

—Entonces, bienvenidos sean al equipo. Aunque no sé si servirán de mucho.

Nabiruh se sentó sobre una mesa y profirió un largo «ñaaarg» antes de dormitar de nuevo.

Los vacilundios decidieron dividir el grupo para llevar a cabo la misión "Recuperar Brama Vacilundia". Muun, Rasly, Mike y Celodius irían a la granja para hacerse con las armas. Mientras, Maanda se colaría en el Gran Tronco junto a Guya y Pip. Los murxing, dada su capacidad para moverse con rapidez y pasar desapercibidos, vigilarían cualquier paso que dieran Voncín y los suyos, y alertarían sobre cualquier imprevisto.

El plan parecía perfecto, pero Mike se percató de un fallo.

—Si solo vamos a ir cuatro hasta la granja, ¿cómo pensáis transportar todo ese armamento de vuelta?

Muun soltó una carcajada.

—¿De vuelta? No podremos volver mientras Voncín siga al mando, no sería seguro. Tendremos que establecer nuestra base de operaciones allí, en tu casa. Prepararemos todo para cuando llegue nuestro líder, Brinsen Ramalta. Él sabrá ser agradecido contigo si nos brindas un espacio en el que organizarnos.

—Pero no es mi casa, es de los abuelos Jerry y Maggie. Y puede ser peligroso a estas alturas. Llevo todo el día fuera, y estaré también toda la noche. Comenzarán a buscarme y seguro que empezarán por el desván. Cuando acuda la policía lo registrarán todo y encontrarán las armas y los fragmentos de la nave; no estaréis a salvo. Incluso puede que se lleven el Rayo ese y me quede así para siempre. Solo espero que el abuelo lo esconda todo, antes de dar cualquier otro paso para buscarme.

Guya dio una sonora palmada para acabar con el drama.

—Basta de conjeturas. Me llevaré a Maanda y a Pip a mi casa, ella me pondrá al día sobre eso de las señales, razas invasoras y todo lo demás. Nadie sospechará. Vosotros marcharos hacia la de Celodius.

El inventor la frenó en seco.

—Aún no he dicho que esté de acuerdo con esa parte del plan, creo.

—Ni falta que hace. Ahora las decisiones las tomo yo y, en mi ausencia, Muun. Como exploradores, somos los únicos que tenemos formación para dirigir misiones arriesgadas, así que partid ya, antes de que sea más tarde.

Celodius refunfuñó, dijo algo en voz baja y de forma casi inentendible y se dirigió a la puerta de la biblioteca tras coger el reconvertido Sistema de Localización Intergaláctico, SLI-58.

—Vamos, entonces —dijo, de mala gana—. Va a ser una noche complicada. —Antes de salir de la sala, se acercó a Maanda—. Toma. Lleva contigo al Gran Maestro, es sencillo de usar y puede que os sea de ayuda.

Maanda lo aceptó de buena gana.

Mike suspiró, clamando al cielo de la habitación para que el abuelo pusiera a salvo el arma que le había dejado así, si no, estaría perdido.

—Buenas noches, Maggie. Hemos recibido una llamada. ¿Qué ocurre? —dijo el agente nada más abrirse la puerta.

La abuela Maggie trató de ocultar su creciente preocupación.

—Hola, agente Gutiérrez —correspondió la abuela con tono cercano. Ya conocía al joven policía. Lo invitó a entrar a la casa, y en el salón, con Megan presente, detalló los motivos—. Se trata de mi nieto y mi marido. El primero lleva todo el día fuera, y Jerry salió a dar una vuelta para ver si lo veía y tampoco ha vuelto.

Gutiérrez asintió sin levantar la vista, mientras anotaba todo en una libreta.

—¿Ha ocurrido algo por lo que el chico pueda haber decidido escaparse? ¿Alguna discusión, castigo…?

—No quería venir a pasar las vacaciones aquí, pero no es un chico dado a cometer travesuras de este tipo —explicó Megan.

—Y dices que Jerry fue a buscarlo.

La abuela se acomodó en su sillón.

—Sí. Hace ya unas dos horas, y ninguno ha vuelto.

El agente torció la boca mientras guardaba el bolígrafo en el bolsillo de su camisa.

—Jerry conoce muy bien estas tierras. No creo que se haya perdido —comenzó a decir Gutiérrez—. Respecto al joven… No podemos iniciar una búsqueda oficial hasta pasadas veinticuatro horas de su desaparición. De todas formas, yo mantendría la calma. Si el chico estaba a disgusto, tal vez Jerry lo ha encontrado y está tratando de convencerlo de que este no es tan mal sitio para pasar unos días. Ya sabéis cómo es el abuelo. Cuando se propone algo, lo consigue.

Megan mostró su disconformidad.

—Entonces, ¿no van a hacer nada? ¿Esperamos y ya está? —se quejó, amargamente.

—Patrullaremos la zona esta noche. Si mañana a primera hora no están de vuelta, tramitaremos la denuncia y daremos inicio a una búsqueda oficial, ¿de acuerdo?

La abuela Maggie acompañó al agente hasta la puerta. Megan no se movió del salón.

—Mamá —escuchó desde la escalera—.

Era Annie, que había escuchado todo lo que el agente había dicho.

—¿Qué haces despierta? Deberías estar durmiendo, pequeña —dijo su madre, mientras se acercaba para abrazarla.

—Estarán bien, ¿verdad? —preguntó Annie, preocupada.

Su madre suspiró mientras sus ojos se humedecían. Luego, la miró y forzó una sonrisa.

—Claro. Seguro que pronto llegarán. Cuando regresen, te avisaré

para que te quedes tranquila, ¿vale? —La pequeña asintió—. Ahora, a la cama.

En el bosque, el abuelo Jerry había perdido todo indicio de pistas que le llevaran tras los pasos de su nieto. Allí, descubrir pisadas de seres tan pequeños como los que perseguía era como buscar la aguja del pajar; agotador y poco fructífero. Alicaído, decidió volver sobre sus pasos y regresar al origen; el desván. Aunque sabía que llegar sin noticias a la casa podría significar que su hija, su nieta y su esposa cayeran en un estado de nerviosismo extremo y, por otra parte, natural.

Se quitó el casco y echó a andar entre pensamientos negativos. Se decía a sí mismo que debía haber informado de aquellas criaturas mucho tiempo atrás, incluso que su propio padre debía haberlo hecho, y también el padre de su padre, aunque en sus tiempos no tuvieran los avances necesarios para realizar una investigación. Pero ya era tarde. Lo que fuera que le hubiera ocurrido a Mike era una realidad, y debía afrontarla con el temple y el valor que se le inculca a un soldado desde que se enfunda por primera vez las ropas militares.

Mientras caminaba, intentaba acostumbrarse a la idea que se le había metido en la sesera: Poner aquel bosque patas arriba. Tenía los contactos necesarios para hacerlo, pero temía que aquella operación se le escapase de las manos y que su nieto sufriese algún daño irreparable. Ya sabía cómo actuaban los departamentos asignados al estudio de acontecimientos extraterrestres.

En un momento, sacudió la cabeza y trató de apartar aquellos pensamientos de su mente.

—Ni siquiera sabes si esas criaturas son extraterrestres o no, por muy evidente que pueda parecer, Jerry —se dijo en voz alta, para convencerse mejor—. No haré nada que ponga en más riesgo a Mike —concluyó.

A poca distancia de la Gran Barrera, el abuelo se sentó a descansar. Estaba en una encrucijada. Miraba atrás y observaba enfurecido la negrura del bosque, pero su rostro se entristecía cuando divisaba las luces lejanas de la granja y pensaba en qué iba a decirles a los que esperaban buenas noticias.

En el silencio de la noche, un alboroto cercano le llamó la atención. Se asomó a un grupo de arbustos y escuchó con paciencia.

No volvió a oírlo hasta algunos segundos más tarde, a su espalda. Se giró, sobresaltado, y agudizó su ya cansada vista. Nada de nada. Un raspajeo sonó a su izquierda, provocando que dirigiera sus ojos hasta allí. Solo el movimiento fugaz de algunas ramas cercanas le hizo sacar de su cinto un viejo cuchillo militar. Lo esgrimió con destreza, aunque no tanta como en sus buenos tiempos, y se encaminó hacia la zona. Primero pensó que podía tratarse de algún animal, pero no pudo evitar que se colase en su cabeza la opción de que algunas de aquellas criaturas estuvieran merodeando cerca.

—No puede ser, son demasiado pequeñas como para crear tal alboroto —murmuró.

No había llegado a recorrer dos metros cuando un sonido de pisadas sobre las hojas, tras de sí, le provocó un escalofrío en el cogote.

Se giró con lentitud y la vio. Una luz enfocaba directamente a sus ojos, impidiéndole ver el origen de esta, pero procedía de una altura no muy superior a la de sus rodillas. Nuevas luces comenzaron a encenderse entre los arbustos, y lo siguiente que notó fue un pinchazo agudo y doloroso en una de sus piernas. Se tambaleó hasta caer al suelo, y un murmullo extraño, parecido al de un animal salvaje, llegó hasta sus oídos mientras su vista se nublaba por completo, hasta perder el sentido.

12

DE COTILLAS Y NAVES

Celodius Godonindus, maniático como él solo, se negó en rotundo a atravesar los barrios del suelo de Brama Vacilundia. Decía que su orgullo estaba demasiado tocado como para pisar sus caminos. Muun, harto ya de escuchar quejas, le dio el gusto de dar un rodeo por el sendero que llevaba directamente hasta la casa del inventor, el que tenían pensado antes de toparse con Rasly y su carro.

Ver a los tres vacilundios y a Mike montados en el carro de Rasly no tenía desperdicio. Celodius no dejaba de darle vueltas a su cabeza, intentando deducir si quien dejó en la puerta de su casa aquel sistema de localización, donde ahora se alojaba parte de la esencia del Gran Maestro, no habría sido también alguno de los miembros golpistas que trataba de instaurar un nuevo orden en Brama Vacilundia. Le preocupaba haber sido cómplice de aquellos actos, pero no terminaba de encontrar la relación entre los Farean y Voncín Cuatrodedos y los suyos. Muun, como segundo al mando de las operaciones rebeldes, no cesaba en su empeño de trazar el plan perfecto. No en vano, sobre sí recaía gran parte del éxito de la misión. Rasly, mientras pedaleaba, no dejaba de alucinar: «Puedo convertirme en un héroe si todo esto sale bien». Pero su aferrado carácter humilde le obligaba a devolverse a la realidad: «No, yo solo soy un peón en todo esto». Mike ni siquiera pensaba, solo se prometía que cuando saliera de aquel lio, si es que lo hacía algún día, no volvería a meter las narices en nada a lo que no lo hubieran invitado.

Por otro lado, la excursión nocturna se desarrolló con completa normalidad. El grupo se mantuvo alerta ante cualquier acontecimiento imprevisto, pero, salvo por algunos movimientos causados por animales que corrían a esconderse al paso de la comitiva, la quietud de la noche predominaba.

Todo fue bien hasta que Celodius llamó la atención del resto justo cuando se percató de algo en lo que no se había parado a pensar hasta entonces.

—No, no, no, no, no. No puede ser.

—¿Qué sucede? —se interesó Muun ante las airadas negaciones

del inventor.

—Sucede algo terrible —exageró Celodius—. Si pretendíamos llegar hasta mi casa de forma desapercibida, ya podemos olvidarnos.

Los otros agudizaron la vista y miraron alrededor, tratando de encontrar aquello tan fatídico a lo que se refería el inventor. Ante la falta de movimientos extraños o de otros vacilundios que se acercasen, todos fruncieron el ceño.

—¿Podrías explicarnos a qué viene eso? Todo está en calma —quiso saber Rasly.

—Muy sencillo. Debido a un gen que se despierta en algunos vacilundios, estos se convierten en devoradores de intimidades y siempre están sedientos de conocer aquello que los demás vacilundios hacen, hablan o guardan en secreto. —Mike y Rasly se miraron cariacontecidos mientras escuchaban la explicación del inventor—. Por tanto, la intimidad de las víctimas de estos devoradores se ve expuesta a…

—Esto... Sin tecnicismos, Celodius, por favor —suplicó Muun, cortando en seco la verborrea del inventor.

Rasly asintió, en total acuerdo.

—Vale. ¿Veis aquella luz junto a mi casa? —señaló Celodius—. Pues esa casa tan floreada y bien situada es la casa de Cloti Yamira.

Cuando los demás escucharon aquel nombre, resoplaron y se echaron las manos a la cabeza.

—Ay no... —se quejó Rasly.

—Ay sí —respondió el inventor.

—No puede ser —intervino Muun.

—De hecho, es —insistió el inventor.

—¿Y qué problema hay? —se pronunció Mike.

—Uno grande. De los que hacen época —confirmó Celodius.

—Pues hay que buscar una solución —decretó Muun.

—Ni que fuera tan sencillo —alegó Celodius, cruzándose de brazos y maldiciendo para sus adentros—. Si crees que tienes algo para esquivar a esa ladrona de intimidades, ilumínanos.

No era de extrañar que nuestros amigos vacilundios considerasen aquel contratiempo como un verdadero cisma al que hacer frente. Se enfrentaban a la posibilidad de echar a perder por completo su plan si Cloti Yamira, la vacilundia más alcahueta de toda Brama Vacilundia, les sorprendía en compañía de un ser tan diferente a ellos como lo era Mike. Era más que probable que, de ser así, toda la ciudad estuviera al tanto de las aventuras del grupo antes de que estos pudieran decir «esta boca es mía». Tal era el

nivel de “metomentodo” que alcanzaba Cloti, que todos los ciudadanos, sin excepción, callaban en cuanto esta se les acercaba, así tuvieran que dejar una palabra a medias. Pero lo de Cloti iba más allá, pues, además de cotilla, tenía una facilidad pasmosa para tergiversar todo lo que oía o veía; se las arreglaba muy bien para convertir olas en maremotos y piedras en castillos.

Muun chasqueó los dedos.

—Está claro que llegar hasta la casa de Celodius con el carromato puede atraer la atención de Cloti porque hace demasiado ruido en mitad de la noche, pero podemos aprovechar la oscuridad para camuflarnos y colarnos en la casa sin ser vistos —propuso el explorador.

Mike, que se había retirado del grupo, comenzó a sentirse indispuesto. Sintió un ligero temblor en las piernas y la imposibilidad de fijar la vista sin que una nube blanquecina lo empañara todo.

—Chicos…, no me siento bien —comunicó al resto, y calló de bruces al suelo.

Los vacilundios corrieron hacia él.

—Eh, humano, venga. No nos hagas esto ahora… —dijo, casi suplicando, Muun.

Rasly levantó un brazo de Mike y lo dejó caer.

—Me parece que la tensión del momento le ha podido. Vaya faena.

—Pues sí que son endebles estos humanos. ¿Y qué se supone que vamos a hacer ahora? —inquirió Celodius.

—Cargarlo hasta tu casa. No hay otro remedio —decretó Muun.

—¡AYY! —se quejó Celodius.

—¿Qué te ocurre ahora? —se preocupó Rasly.

El inventor arqueó su espalda, puso una mano en su zona lumbar y arrugó la cara.

—Mi espalda. Me duele.

Muun miró al inventor con ojos chispeantes y expulsando todo el aire de sus pulmones por la nariz, luego, masculló algo entre dientes.

—Maldito vago redomado… Entonces te encargarás de vigilar por si aparece Cloti Yamira —le asignó el explorador—. Si esta aparece, de ti dependerá que podamos evitarla.

Celodius frunció el ceño.

—Cloti me saca de mis casillas. Agota mis neuronas y…

—No se hable más. O cargas con el bulto o te encargas de Cloti. Tú eliges.

Celodius, resignado, dejó caer sus hombros y su cabeza.

—Vaaaale, vigilaré —aceptó, rendido, pero por su cabeza solo pasaba la idea de que no sabía por qué había decidido, finalmente, aceptar convertir su casa en un escondrijo de rebeldes. De haberse despreocupado de aquel tema, ahora estaría cómodamente estirado en su sillón de desconectar.

Los porteadores se acercaron hasta una distancia suficiente como para no correr riesgos, apartaron el carro del camino y cargaron con Mike, cada uno agarrando un extremo.

Las quejas no se hicieron esperar.

—Rasly, súbelo más o me vas a deslomar —rechistó Muun con el musgo de su cara encendido por el esfuerzo.

—Pesa… mucho —se defendió el joven Nimkus.

—No penséis en lo que pesa, solo levantad y avanzad —murmuró el inventor.

Al escuchar aquellas palabras, los ojos de Muun mostraron un rojo centelleante, apretó los dientes y su voz sonó como si su garganta se resistiera a dejar salir sonido alguno.

—Celodius…, cierra ya esa maldita bocaza tuya y vigila, o tu dolor de espalda no será nada comparado con el dolor que te quedará en la cabeza cuando te arroje desde lo más alto del Gran Árbol.

La oscuridad de la noche ocultó el gesto despectivo del inventor, que de haber sido percibido por el explorador le hubiera costado más que una simple reprimenda.

Cuando estuvieron a unos metros del destino, tras unas cuantas paradas para recuperar fuerzas, Celodius les indicó que todo estaba tranquilo y los animó a dar el último achuchón. La luz de la casa de Cloti Yamira continuaba encendida, pero no había ni el más mínimo movimiento que indicase que la alcahueta vacilundia estuviera merodeando por el exterior. Cuando los porteadores dieron el primer paso para recorrer el último tramo, una ráfaga de aire cálido despertó a una flor cantarina, que bostezó, sacudiendo sus coloridos pétalos, antes de centrar su atención en el grupo con sus diminutos y negros ojillos.

—Silencio, silencio, nervios, nervios, así van los cuatro, recorriendo el sendero —canturreó la flor.

Muun se detuvo en seco, provocando que a Rasly casi se le escurriera de entre las manos la parte de Mike que cargaba. Celodius se puso las manos en la cara para no mirar el desastre.

—Ssshhh —sisearon los dos porteadores a la vez.

—Callad a esa flor o nos va a delatar —rogó Rasly.

—Vuelve a dormirte, flor traidora —gruñó el inventor.

—Miedo, enfado, nadie me quiere a su lado —volvió a canturrear la flor.

Los ojos de Celodius Godonindus crepitaron al observar la situación y casi se salen de sus órbitas cuando la puerta de la casa de Cloti Yamira se abrió de par en par, dibujando la rechoncha figura de la vacilundia entre la luz que emanaba del interior. Celodius no supo qué hacer ni a dónde acudir; si ayudaba al resto del grupo a silenciar a aquella flor, Cloti se les echaría encima como un alud de nieve. Alternó su mirada entre el grupo y la casa de Cloti en varias ocasiones, hasta que observó como la vacilundia comenzaba a caminar vigorosamente hacia su posición.

Rasly tuvo una idea.

—Esta flor no se callará mientras estemos alterados. Solo tenemos una opción; finjamos dormir. Bostezad o cerrad los ojos, pero no digáis ni una palabra más.

Así lo hicieron. Rasly bostezó, Muun simuló un leve ronquido y Celodius cerró los ojos, respirando con calma.

—Todos duermen..., todos dormidos..., ya solo falta... mi ronquido —cantó la flor, adormilada y cerrando sus ojillos con una sonrisa placida dibujada en su diminuta boca rodeada de polen.

Pero Cloti Yamira, que ya tenía todos sus sentidos agudizados, había escuchado el canto de la flor y se dirigía rauda hacia el lugar de donde provenían las cantinelas. A Celodius no le quedó más remedio que llamar su atención:

—¡Cloooti, cuanto tiempo sin verte! —exclamó, acelerando su paso para alcanzarla.

Esta detuvo su poseída marcha, entrecerró los ojos y observó con nerviosos movimientos de cabeza. Cuando identificó al inventor, se relajó, eso sí, sin sacar de sus pensamientos los cantos florales que acababa de escuchar.

—¿Qué haces tú por aquí a estas horas, Celodius? —indagó Cloti con un ojo abierto y el otro entrecerrado y una mueca de desconfianza en su boca.

—La noche está estupenda para tomar el fresco, ¿no te parece? —improvisó el inventor.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca de Cloti, Celodius observó por encima del hombro de esta, pero no vio al resto del grupo.

Al ver venir a la vacilundia, Muun y Rasly se habían escondido tras unos arbustos que bordeaban el camino para no volver a despertar a la inoportuna flor. Rasly asomó la cabeza haciéndole

señas a Celodius para que alejase a Cloti del sendero.

—Esto..., hace tiempo que no pruebo uno de esos pasteles que solías preparar antes, Cloti —inventó este.

Cloti lo miró extrañada.

—Nunca los has probado porque nunca has aceptado ninguna de mis invitaciones, ¿a qué viene esa urgencia de repente?

Celodius se rascó el musgo de su barbilla.

—Es cierto, pero he pensado en comenzar a relacionarme un poco más con mis vecinos, y tú eres mi vecina más cercana, así que eres con la que mejor debería llevarme.

La cara de Cloti se derritió al escuchar aquellas palabras.

—¿Lo dices en serio?

Celodius fingió una sonrisa para ocultar su verdadero sentir; «ni lo sueñes».

—Pero claro que lo digo de verdad, Cloti. ¿Crees que mentiría sobre una posible amistad entre tú… y yo?

La vacilundia entrelazó las piernas atrapando sus manos entre ellas y ladeó la cabeza, dibujando una dulce y ruborizada sonrisa en su cara. Incluso en medio de aquella penumbra se pudo apreciar con nitidez el color rosado que adquirió el musgo de sus mejillas.

—Nadie en la ciudad se acerca a charlar conmigo. Sé que me ven como una cotilla, y no entiendo por qué piensan eso de mí.

«¿Y aún te lo preguntas?», se dijo Celodius.

—No hagas caso, la gente habla demasiado —la animó este.

—Es cierto. Tú también debes estar pasando por algo así. La verdad es que nunca me gustó que te llamasen loco —comentó Cloti.

El cuello de Celodius se estiró y su cara se petrificó, mostrando una incomodidad que casi le saca de quicio.

—Nadie me llama loco, lo habrás soñado.

—Que sí, y no uno ni dos vacilundios, toda la ciudad te lo llama —ratificó Cloti—. Se lo oí decir al alcalde, a los ancianos que se sientan en la Plaza Alta, a las jardineras..., incluso he oído canciones de flores cantarinas hablando de eso. —De repente, abrió su boca bien grande y se echó las manos a la cabeza—. ¡Sabía que se me olvidaba algo! Hace un momento he escuchado cánticos de una planta que venían del camino, y no es normal que canten de noche, menos aún en esta zona tan tranquila. Voy a echar un vistazo, ¿me acompañas?

—¡Noooo! —gritó el inventor, agarrando a Cloti por los hombros y girándola para encaminarla a su casa—. Debe haber sido alguna flor hablando en sueños, criaturitas..., todo el día cantando..., es

normal que tengan pesadillas durante la noche. Mejor vamos a tu casa y charlamos, estoy deseando probar uno de esos pasteles.

—Pues… —La cotilla dudó un instante.

Cloti, que vio cortadas sus ansias de cotillear lo que sucedía en el camino, bajó sus hombros y se conformó, no sin antes exhalar un suspiro de frustración. Celodius le indicó a Rasly que tendrían vía libre para avanzar en cuanto él y Cloti entraran en casa de esta.

Así lo hicieron. Esperaron a que todo estuviera despejado y luego avanzaron con rapidez hasta la casa del inventor. Una vez dentro, ambos vacilundios exhalaron un suspiro de alivio tras dejar a Mike en el suelo.

Como norma general, la casa de un inventor, sobre todo uno soltero, se intuye desordenada y repleta de platos sucios con restos de comida de días anteriores, una capa de polvo cubriendo anteriores capas de polvo, ropa arrugada revoleada sin piedad y cachivaches aquí y allá, pero la sorpresa de Muun fue mayúscula. La casa de Celodius Godonindus brillaba, al menos tanto como puede brillar el interior de una roca hueca. Olía bien, estaba ordenada, todo fregado y ni rastro de artilugios procedentes de la alocada mente del inventor.

—Fiuuu…, vaya con el amigo Celodius, es toda una caja de sorpresas —se sorprendió Rasly.

—Quién lo diría —secundó el explorador.

—Acomodemos al humano.

—Tienes razón. No creo que a Celodius le moleste que lo dejemos en aquel sillón de allí. Y esperemos que de aquí a mañana esté recuperado, han sido demasiadas emociones en un solo día. Dormir le hará bien.

El joven Nimkus asintió, observando el alicaído musgo de sus manos.

—Y a nosotros.

En casa de Rasly, mamá y papá Nimkus ni siquiera tenían la más mínima sospecha del galimatías en el que se había metido su hijo, pero se sentían intranquilos. Rasly no acostumbraba a llegar tarde a casa, y mucho menos sin avisar.

—Espero que no le haya dado otro ataque de los suyos a causa de la noticia que le dimos —deseó mamá Nimkus.

—Estará meditando. Ya sabes cómo es ese hijo tuyo —comentó

papá Nimkus.

Mamá Nimkus hizo visible su cara más seria y miró fijamente a su esposo. La mirada era tan intensa que papá Nimkus sintió un leve calorcillo invadiendo su cara.

—Así que ahora resulta que es “ese hijo mío” —se quejó ella.

Papá Nimkus le dedicó una sonrisa que no ayudó a relajar a su señora esposa.

—Mamá, no te pongas así, es solo una forma de hablar.

—Pues a mí me ha sonado a que “ese hijo mío ha sacado lo peor de mí” —espetó ella.

Papá Nimkus se puso nervioso, y no era un simple nerviosismo de esos por no saber qué decir, o de esos nervios que uno tiene cuando sabe qué decir pero no sabe que decirlo puede ser peor que callarlo, era un nerviosismo que precedía a un tipo de dolor que ya había sentido antes; el que provocaba un objeto lanzado por mamá Nimkus directo a su cabeza.

—Cariño, no quería decir eso, me has interpretado mal. Tu hijo es como es, ha sacado nuestras cosas malas, pero también muchas buenas.

Papá Nimkus confió en que aquellas palabras fueran suficientes para convencerla y frenar el explosivo carácter de su señora.

—Sí, tu terquedad y mi encanto, eso resume a nuestro hijo —aclaró ella—, y no se hable más.

Papá Nimkus aceptó aquellas palabras de buena gana.

—Se habrá entretenido ayudando a recoger los preparativos del discurso —aventuró este—, ya sabes que le gusta estar metido en todos esos fregados.

Mamá Nimkus suspiró.

—Pues si no llega pronto, se quedará sin cena. —Se levantó de su sillón y se dirigió a la cocina—. Preparemos la mesa.

Cuando el abuelo Jerry abrió sus desorientados ojos, aún podía sentir en su pierna el leve pinchazo que le provocó el desvanecimiento. Sus pies, sus manos, su torso y su cabeza estaban sujetos a una camilla metálica, y unas luces giratorias, provenientes del techo interior de una de las esferas, escaneaban su cuerpo. No había sonido alguno, solo el murmullo cercano de dos de aquellas extrañas criaturas dialogando entre sí.

El abuelo comenzó a tomar conciencia de que estaba ocurriendo algo que iba más allá de sus razonamientos. Quiso hablar, pero notó

que su boca estaba taponada por algún tipo de aparato que insuflaba airé en su interior. Aun así, lo intentó.

—Mmmmm… Aiuaaa —dijo.

Una de las criaturas se acercó a una de las consolas que había en el reducido espacio de la esférica nave y comenzó a toquetear los controles. El tubo que llegaba hasta la boca del abuelo se fue retirando con lentitud hasta liberar su garganta.

—Ayuda, por favor —se apresuró a pedir este.

La respuesta fue nula. La criatura estaba tan ensimismada pulsando los diferentes botones de la consola que o no escuchó o lo ignoró por completo.

El abuelo Jerry intentó mover las manos para liberarlas de su cautiverio, pero solo logró cansarse. El pinchazo de su pierna tampoco le ayudaba a sentirse con fuerzas. Sudaba como si su cuerpo estuviera luchando contra alguna sustancia desconocida.

Al cabo de un momento, de otro aparato cercano a la camilla salió un brazo mecanizado que se acercó hasta la cabeza del abuelo. La criatura colocó una membrana fría y húmeda sobre su cara, impidiendo que este pudiera ver lo más mínimo. Del brazo comenzaron a emanar rayos de color anaranjado que le recorrieron la parte superior de la cabeza, con clara intención de penetrar en ella (*no te preocupes, no hubo ni incisión ni sangre ni nada, solo fue un escaneo de su interior, algo que el abuelo Jerry ni llegó a notar*).

En una pantalla cercana, cientos de símbolos comenzaron a aparecer ante la atenta mirada de la criatura. El otro ser, que se había mantenido a una distancia prudencial observando el trabajo de su compañero, se aproximó y comenzó a leer para sí.

Dos minutos después, la criatura que manejaba la consola retiró la membrana de la cara del abuelo. Fue entonces cuando este pudo ver aquel casco lleno de oscuridad que portaba aquel ser en la cabeza.

El que leía la pantalla extrajo algunos pequeños dispositivos parecidos a microchips y colocó uno en un compartimento que se abrió bajo su también tenebroso casco redondo y opaco. Luego, entregó otro a su compañero.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —preguntó el abuelo, resignado a que no podría escapar de aquellas criaturas—. ¿Vais a matarme? ¿Me entendéis?

El que manejaba la consola miró a su compañero y ambos asintieron, sorprendiendo al abuelo, que escuchó una voz metálica y desordenada colarse en sus oídos.

—¿Tú nos entender?

—Sí, sí. Ahora sí —se precipitó a contestar Jerry.

Ambas criaturas festejaron que la información sacada del cerebro del abuelo Jerry les fuera de ayuda para comunicarse. Lo habían hecho en otras ocasiones con otros seres, pero ninguna con un idioma tan complejo como el humano. De ahí su alegría. Aun así, las palabras se les mezclaban por la falta de práctica.

—Nosotros felices de entender idioma oriundo.

Jerry, aunque no quería expresarlo, estaba alucinando. Toda su vida había estado investigando sobre la posible existencia de vida extraterrestre, pero tenerlos delante y estar hablando con ellos le hizo pensar que estaba sumergido en un sueño con tintes de pesadilla. Su curiosidad estalló en forma de preguntas.

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís?

—Patrulla de comprobación.

—¿Comprobación? ¿Comprobación de qué? ¿Tenéis que ver algo con la desaparición de mi nieto?

—Buscamos SLI-58. Contestar: ¿Dónde se encuentra?

El abuelo arrugó la frente.

—No sé qué es eso… ¿De qué habláis? —contestó, tratando de nuevo de zafarse de las abrazaderas que lo mantenían inmóvil.

—Señal SLI-58 salió de este planeta, de zona donde estamos, y fue interceptada por nave nuestra. ¿Dónde está?

—Te vuelvo a repetir que no sé de qué me hablas. No miento —repitió el abuelo. Acto seguido, su cuerpo se estremeció por el dolor de la pierna.

—Tecnología proveniente de raza peligrosa. Nosotros destruimos hace mucho tiempo. Es labor nuestra; eliminar amenazas para que todos planetas puedan vivir en paz.

—Pues no sé qué es eso de SLI…, así que, si vais a eliminarme por amenaza, hacedlo ya. Soy soldado y no tengo miedo a la muerte —se envalentonó el abuelo.

Las criaturas se miraron entre sí. Luego, una de ellas se acercó a la cara de Jerry.

—Nosotros salvado tu vida. Nosotros no matar criaturas indefensas.

El abuelo, receloso, ladeó los ojos para mirarlo.

—Si a esto lo llamas “salvarme”…

La criatura pulsó un botón de su traje y la oscuridad del casco comenzó a transformarse en una imagen que Jerry reconoció de inmediato.

—Ser reptador que mordió a ti —dijo el alienígena.

—Es una víbora…

—Sabemos. Por eso disparamos cuando vimos acercar a ti, pero tarde. Ya introducido veneno en tu cuerpo.

—Necesito frenarlo. En casa tengo un maletín con todos los antídotos de animales venenosos de la zona. Debéis llevarme allí. Yo no puedo ayudaros con eso que me decís —rogó el abuelo.

La criatura pensó un momento, antes de contestar.

—Nosotros administrado cura —dijo.

—No sé lo que habéis hecho, pero os aseguro que no estoy curado. El dolor está subiendo por mi pierna, y eso quiere decir que el veneno de la serpiente se está extendiendo.

Las dos criaturas se retiraron a debatir aparte, en voz baja. Cuando cada uno expuso su opinión, se acercaron de nuevo al abuelo Jerry.

—Vinimos en misión importante. Nosotros debemos pasar desapercibidos, y no podemos dejar que en libertad quedes. Podrías hablar y poner misión nuestra en riesgo. Además, lo que tú sentir en pierna es lucha de veneno contra cura. Pronto mejor.

El abuelo Jerry cayó en la cuenta de que había algo que podía llamar la atención de las criaturas.

—No sé exactamente qué buscáis, pero tal vez tenga algo que os interese. Eso sí, antes necesito saber si tenéis que ver algo con la desaparición de mi nieto Mike, un jovencito de quince años, moreno, de mediana estatura y pelo corto. Falta desde esta mañana, y sé que unas diminutas criaturas a las que llevo tiempo observando han tenido algo que ver con ese asunto. No sé si son suficiente amenaza para vosotros, pero para mi familia sí, sin lugar a dudas.

Las dos criaturas quedaron paralizadas por un instante (era su forma de sorprenderse ante aquella información).

—No tenemos datos de joven llamado Mike. Buscando estamos el SLI-58 —aseguró la que aún no se había pronunciado.

—¿Cómo de diminutas ser? —preguntó la otra, con gran interés.

—No más grandes que un pelo de mi cabeza —aseguró el abuelo —. Si me lleváis a casa, puedo enseñaros… —El ofrecimiento del abuelo se vio interrumpido por un sonido proveniente de la consola que antes había manejado la criatura.

Esta miró la luz parpadeante que emanaba de ella y dijo algo en su idioma original.

—¿Qué ocurre? —se preocupó el abuelo.

—Señales de peligrosos seres en perímetro. Debemos a cubierto ponernos.

El abuelo volvió a sentir el dolor, esta vez, acompañado de un hormigueo que llegó hasta su cintura.

—Tenéis que ayudarme, por favor. Si no se me administra ese antídoto con rapidez, podría entrar en shock de un momento a otro.

—Nosotros aceptar, pero darás información sobre criaturas diminutas a cambio.

Aquello no sonó a sugerencia, fue una orden en toda regla.

La imagen de la víbora en el casco de la criatura se difuminó, mostrándose de nuevo la intensa negrura. Su compañero tomó los controles de la consola y, tras pulsar unos cuantos botones, las paredes comenzaron a ensancharse, tanto como para multiplicar por cuatro el espacio disponible en el interior. Por supuesto, el tamaño exterior de la nave se vio aumentado en proporción, permaneciendo oculta tras el camuflaje natural que le otorgaban los reflejos.

—Tú y yo ir hacia casa. Él —dijo, señalando a la otra criatura— vigilará zona para dar soporte a exploradores que están en bosque.

—¿Tienes nombre? —volvió a curiosear el abuelo—. El mío es Jerry, Capitán de las Fuerzas de Tierra retirado.

—Tu capacidad comunicadora incapaz sería de pronunciarlos, capitán Jerry, pero puedes llamarme… —La criatura rebuscó en su memoria alguna palabra que para el abuelo fuera fácil de identificar —. *Perro*.

Jerry frunció el ceño.

—¿*Perro*? Eso no es un nombre —dijo.

—Ahora serlo.

Cuando la otra criatura volvió a su nave, *Perro* accionó una palanca y Jerry sintió un cosquilleo en su barriga; estaban volando.

Al abuelo le asaltó una duda:

—No podrás entrar en la casa con esta nave tan grande, la destruirías.

—No preocupar, capitán Jerry, deja en manos mías.

Al abuelo empezaba a gustarle aquello de “Capitán Jerry” (le recordaba a una época de su vida en la que se sentía alguien respetado), pero hubo algo a lo que le prestó más importancia.

—Hablando de manos… Lo de soltarme de esta camilla y tal… ¿cómo lo ves?

13

¡AMENAZAS!

Tiempo después, un «TOC, TOC, TOC» estruendoso resonó por toda la casa de Celodius Godonindus. Provenía de la puerta. Muun mandó guardar silencio, pero Rasly, precavido, agarró el mantel con el que el inventor cubría la mesa del comedor y lo echó encima de Mike, para taparlo.

—¿Quién es? —preguntó Muun en voz alta.

«Soy Celodius, ¿quién diantres va a ser? Abrid esta puerta de una vez», sonó desde el exterior.

Rasly respiró tranquilo mientras el explorador abría el cerrojo y dejaba entrar al inventor.

—Nunca, repito, nunca más contéis conmigo para vuestros descerebrados planes, ¿entendido? —dijo este en mitad del salón mientras trataba de sacudirse de la cabeza el traumático momento que había vivido—. Una hora. Casi una hora de insoportable dolor de cabeza en casa de esa... lunática. Y claro, eso no es lo peor, ahora cree que somos amigos, ja. Yo, Celodius Godonindus, el más prestigioso inventor de Brama Vacilundia, amigo de Cloti Yamira, ¿sabéis lo que significa que esa metomentodo vaya diciendo eso por ahí? —Las caras de los demás lucían tensas, sus bocas temblaban, sus ojos se humedecían y sus mejillas se acaloraron mientras contenían las carcajadas—. ¡Que nadie volverá a hablar conmigo nunca más! Todos creerán que soy igual que ella, un cotilla. Nadie volverá a confiar en mí, ¡nadie!

—Celodius... —intervino Muun—, ¿eso que llevas en la cara es algún tipo de... pintalabios?

El inventor, entre el rubor y la sorpresa, se limpió rápidamente ambos cachetes con las mangas de su camisa, como si en lugar de pintalabios fuera alguna sustancia más asquerosa la que se hubiera adherido a su piel.

—Parece que alguien no ha perdido el tiempo —sugirió Rasly, rompiendo a reír y provocando que Muun también estallara en carcajadas. Celodius lo atravesó con una mirada que podría haberlo desintegrado.

El inventor esperó pacientemente a que terminaran de burlarse de él.

—Ya basta —balbuceó el explorador, limpiándose las lágrimas que caían sin control de sus ojos—, tenemos que ocuparnos de asuntos más importantes, a fin de cuentas, la vida sentimental de Celodius no es de nuestra incumbencia.

Nuevas carcajadas invadieron el salón de la casa.

—No te enfades, Celodius —comenzó a decir Rasly entre risas—. Es que no podemos imaginarnos por lo que habrás tenido que pasar en compañía de la dulce… Cloti.

—Sois muy pesados —se quejó el inventor—. No es lo que parece, solo ha sido un pequeño beso de despedida, y estas marcas son restos del relleno de uno de esos viscosos pasteles que prepara Cloti.

—Sí, ha debido ser una experiencia muy… placentera —señaló Muun, guiñándole un ojo.

—Seguid, seguid, pero quién ríe último ríe dos veces.

Celodius se encaminó hasta su sillón de pensar y se dispuso a arrojarse sobre él.

Las sonrisas de Muun y Rasly cesaron instantáneamente y se apresuraron a frenarlo.

—¡Quieto! —gritó uno.

—¡Nooo! —chilló el otro.

Celodius quedó en una posición incómoda, con la cara desencajada, como si presintiera que estaba a punto de sentarse sobre un montón de excrementos de escarabajo.

—Por el Gran Árbol, ¿qué ocurre?

—Es el humano —señaló Muun—. Lo hemos sentado ahí.

—¿Tanto escándalo por eso? ¿No podíais decirlo con más tacto? Vais a acabar conmigo. —se quejó el inventor, mientras destapaba el cuerpo de Mike—. Ayudadme a darle algo dulce. Tengo entendido que estos humanos se agotan con facilidad, y el azúcar es lo mejor para reponer sus energías. En la alacena hay jugos de frutas.

Mientras Rasly iba a buscarlo, Muun decidió tumbarse en el suelo.

—Yo también estoy agotado —dijo—. Hoy era mi día libre, ¿sabes?, y he trabajado más que nunca.

—¿Te vas a acostar en el suelo? —se sorprendió Celodius.

—En peores sitios he dormido. Un explorador está entrenado para no distinguir duros de blandos, así que, sí, de aquí no me moveré hasta mañana.

Al inventor le dio igual aquel alarde de dureza, él pensaba dormir plácidamente en su camastro de hojas.

—Por cierto, Celodius, ¿qué es todo eso de las criaturas invasoras? —preguntó Muun, curioso.

En el despacho de Brinsen Ramalta, Voncín Cuatrodedos y Tom Agualago terminaban de cerrar el discurso que al día siguiente el propio Voncín daría a los ciudadanos. El resto de los golpistas se había ido a descansar, ya con las órdenes que debían llevar a cabo al comenzar el nuevo día.

Justo antes de marcharse, alguien llamó a la puerta.

—¿Quién será a estas horas? —se preguntó Tom.

—La mejor forma de descubrirlo es abriendo la puerta. Ve —le ordenó Voncín.

Cuando Tom abrió, la esposa del alcalde, Curneli, entró al despacho hecha una fiera.

—¿¡Cuándo piensas irte a la cama, Brinsen Ramalta!? —gritó.

Tom miró a Voncín, poniendo en su cara un gesto de no saber qué hacer.

—Querida Curneli, cuanto tiempo sin honrarnos con tu presencia —la agasajó el golpista para tranquilizarla.

—¿Dónde está mi marido? —gruñó Curneli con los brazos en jarra.

—Puedes marcharte a descansar, Tom. Mañana será un día duro. Yo me encargo del resto —ordenó Voncín a su segundo al mando, guiñándole un ojo.

Tom aceptó de buena gana.

—Me parece una idea inmejorable. Buenas noches, señora Ramalta —dijo, con su ya peculiar y dulce tono de voz.

Cuando Voncín se quedó a solas con Curneli, este le dio a elegir dos opciones.

—Querida, deberías ir a dormir, ya que Brinsen estará trabajando hoy hasta muy tarde, pero, por otra parte, si lo prefieres, puedo llevarte ante su presencia. Esta algo ocupado, pero así podrás decirle en persona lo que quieras.

—¿Dónde está? —repitió Curneli sin percatarse de nada de lo que estaba ocurriendo.

—Está bien. Te acompañaré…

Curneli y Voncín subieron a uno de los montacargas que bajaba hasta la planta principal del Gran Árbol y, una vez allí, continuaron a pie el camino hacia los improvisados calabozos.

El lugar estaba poco iluminado y la humedad allí abundaba. No

en vano, se encontraban bajo tierra, entre las raíces del gran arce ahuecado. Voncín invitó a Curneli a ir delante, y esta, sin cambiar su hosco carácter, aceptó, creyendo que era un gesto de respeto hacia su estatus como alcaldesa consorte.

—¿Qué ha venido a hacer mi marido aquí a estas horas? —inquirió a Voncín.

El vacilundio sonrió a su espalda.

—Pensar. Solo pensar. Ya sabe cómo es su esposo.

Voncín sacó una llave y abrió la puerta que comunicaba con uno de los almacenes.

—Pase. Está ahí dentro.

Curneli no pudo evitar arrugar la cara, sin desprenderse de la extrañeza que le causaba la repentina necesidad de su esposo de bajar hasta allí tan tarde.

Aún no había terminado de entrar la alcaldesa consorte cuando Voncín le propinó un empujón y volvió a cerrar la puerta con llave.

Curneli cayó de bruces sobre algo tierno y escuchó a su espalda: «La parejita feliz al fin reunida. Que pasen buena noche, alcalde y alcaldesa», y una carcajada se fue alejando al otro lado de la puerta.

—¿Querida? —escuchó Curneli.

Allí las penumbras apenas dejaban ver las caras de unos y otros.

—¡Brinsen! ¿¡Qué ocurre aquí!?

El alcalde la abrazó.

—Estamos en medio de un golpe de estado.

Curneli abrió la boca de par en par, pero la cerró de golpe, sin saber qué decir.

—Señora Ramalta, no se preocupe, tal vez Maanda consiga ayuda —se escuchó decir a Parmira Clon.

—¡Nos moriremos aquí! —gritó la alcaldesa consorte, rompiendo a llorar entre los brazos de su esposo.

Este, haciendo gala de su liderazgo, trató de consolarla.

—No mientras los buenos permanezcamos unidos.

Curneli levantó la cabeza, le miró con poco afecto y le propinó un tortazo en la prominente barriga.

—¿¡Cómo os dejáis robar el cargo así, sin más!? —le recriminó.

Brinsen y los demás agacharon las miradas y no volvieron a abrir la boca, avergonzados.

Nabiruh, que se había colado en el Gran Árbol y seguido a Voncín y a Curneli en el descenso hacia el subsuelo, corrió hacia

casa de Guya para dar la información.

Cuando estuvo allí se derrumbó frente a la puerta y la golpeó con una de sus diminutas patas.

—Oh, un murxing —dijo Pip tras abrir.

Maanda corrió para ayudarlo a entrar.

—¿Qué ocurre, amigo? —lo urgió a contestar la consejera.

Nabiruh, todavía tambaleándose, comenzó a hacer gestos que ninguno de los presentes entendió.

—Le están dando espasmos —comentó Pip.

—No seas estúpido. Trata de decirnos algo —lo corrigió Guya.

El murxing continuó gesticulando. Primero señalaba abajo, al suelo, luego simulaba abrir una puerta poniendo cara de malo y después empujó a Pip hacia donde estaba la puerta imaginaria.

—Qué mono, quiere jugar —dijo Pip, y le propinó un empujón al murxing.

Nabiruh, frustrado y enfadado, se lanzó sobre un brazo del vacilundio y lo mordió, gruñendo.

—¡Ñaaaarg!

—¡Auuuuch! —gritó Pip, tratando de quitárselo de encima—. ¡Ayuda! ¡Está rabioso! ¡Auch!

Maanda sujetó a Nabiruh y lo tranquilizó.

—Respira, pequeño. ¿Qué tratas de decirnos?

Nabiruh observó los labios de Maanda y trató de imitarla. Al principio solo le salían diferentes tipos de sus típicos gruñidos, como «ñooorg» o «ñuuurg», y aquello le provocaba un picor en su enraizada garganta, pero, unos cuantos intentos después, de su pequeña boca salieron tres palabras casi entendibles; «Ñramaltgra, grrrrruñona, ñargpresaaada».

Guya y Maanda se llevaron las manos a la boca. Pip creyó, firmemente, que al murxing se le había secado el cuerpo.

—Entendido —dijo Pip—. Traigo agua en un pis pas.

Guya lo miró con la intención de echarlo de su casa, pero Maanda la contuvo.

—Ha dicho: Ramalta, gruñona, apresada —tradujo la consejera —. Y eso solo tiene un significado.

—No quiere agua, ¿verdad? —insistió Pip.

—No. Han apresado también a la esposa de Brinsen, a Curneli —reveló Guya.

Cerca de la granja, *Perro* activó el modo silencioso y maniobró

para aterrizar a una distancia prudencial de la casa. El abuelo Jerry no podía dejar de asombrarse al contemplar ojiplático aquella tecnología que tanto distaba de la humana. De repente, sintió una inmensa necesidad de decirle a *Perro* que diera media vuelta, tomase impulso y levantara el vuelo hasta salir de la atmósfera terrestre, pero se contuvo.

—Intenta que mi familia no te vea —pidió el abuelo—. No es por nada personal, es que podría ser un shock demasiado fuerte para ellas.

—No preocupes, capitán Jerry. Todo bajo control.

Ambos se dirigieron hacia la puerta principal. *Perro* se escondió tras un gran macetero mientras el abuelo tocaba el timbre. Rezó para que abrieran rápido, pues el dolor de su pierna era ya preocupante.

Megan llegó en menos de dos segundos.

—¡Por el amor de Dios! ¡Papá! —gritó esta—¿Qué te ha pasado? ¡Mamá! ¿Has podido encontrar a Mike?

El abuelo Jerry entró cojeando y visiblemente fatigado.

—Un pequeño accidente con una víbora —explicó—. Necesito mi maletín de supervivencia antes que cualquier otra cosa.

La abuela Maggie llegó al salón mientras Megan iba a por el antídoto.

—¡Jerry! —se sorprendió—. ¿Y Mike?

—No he podido encontrarlo, pero esto nos supera, querida.

La abuela ayudó al abuelo a quitarse la bota de la pierna afectada. Cuando se quitó el pantalón, observaron que las venas del abuelo parecían querer estallar.

—Eso no tiene buena pinta —comentó la abuela. Y Justo entonces apareció Megan con el maletín de supervivencia.

—Aquí está. ¿Cuánto tiempo hace que te mordió? —preguntó ella, sacando a relucir sus dotes de médico.

—Sospecho que hace más de una hora —contestó Jerry.

—No puede ser. En ese tiempo, el veneno te tendría al borde de la muerte, como mínimo en shock —aseguró Megan, pinchando la aguja en el frasco y extrayendo el líquido—. Te va a doler, aunque no será más fuerte que el dolor que ya tienes.

Megan le clavó la aguja en la pierna e inyectó el antiveneno.

—¿Has visto a Mike?

Antes de que el abuelo pudiera contestar, Megan y Maggie se sobresaltaron al ver una figura que se colaba por la puerta del salón.

—¡Un perro! —gritó Megan.

El abuelo la miró como si estuviera loca.

—¿Un perro? ¿Dónde?

—Ahí, tras tu sillón.

El abuelo se giró sin levantarse y vio al animal.

—Maldito chucho callejero —masculló—. ¡Largo de aquí!

Maggie agarró uno de los cojines de otro sillón y se dispuso a tirárselo, pero antes de hacerlo escuchó algo que la dejó de piedra.

—Yo esa acción no la realizaría. En planeta mío, podría considerar "AMENAZA".

La voz provenía del animal, que abría la boca de forma extraña, tratando de simular los movimientos de un humano.

Megan abrió los ojos de par en par, se llevó las manos a la boca, incrédula, y calló al suelo sin sentido.

—¿*Perro*? —preguntó el abuelo—. ¿Qué has hecho?

Aquella noche prometía ser muy larga.

Tras dejar a Megan acomodada en una habitación de la planta baja, la abuela Maggie subió a echar un vistazo a Annie, que dormía plácidamente, mientras el abuelo llevó a *Perro* hasta el desván.

Allí, el abuelo fue mostrando al can extraterrestre todo cuanto había descubierto de los pequeños seres a los que él y sus antepasados habían seguido la pista, sin lograr comunicación.

Perro, tras observar la cantidad de armas que el abuelo guardaba, suficientes como para abastecer a un ejército de vacilundios, y los símbolos grabados en el fuselaje de parte de la nave, no tuvo dudas.

—Son vacilundios —dictó.

—¿Vaci qué?

—En vuestro idioma: Vacilundios, habitantes de planeta Cilium hace cientos de años en galaxia vuestra. El planeta Cilium tenía atmósfera muy similar a la de planeta vuestro, pero mucho más rico en materiales necesarios para construcción de alta tecnología. El planeta Cilium destruido fue por una raza peligrosa, los Fareans, pero la U.C.P.I. acabó con dicha raza después de persecución por todo cosmos. Más tarde, los pocos sobrevivientes vacilundios se convirtieron en algo parecido a "piratas espaciales sanguinarios". Fueron perseguidos por la U.C.P.I. y capturados, para posterior traslado a Planeta CCLR10. —*Perro* tomó aire, pues pronunciar tantas palabras seguidas transformado en un *beagle*, le causaba fatiga—. U.C.P.I. llegó a conclusión de que vacilundios eran portadores de un gen que les hacía propensos a cambio de carácter,

por lo cual se les consideró “AMENAZA”. El hallazgo de más de estas criaturas en planeta vuestro es algo sin precedentes desde hace años.

La cara del abuelo lucía pasmada mientras escuchaba con admiración al perro. Trataba de asimilar toda aquella información, pero no pudo hacerlo como en sus buenos tiempos. Prácticamente, no entendía casi nada.

—Intento comprender que esas criaturas son peligrosas, o pueden llegar a serlo, aunque yo no he visto nunca que hayan hecho mal alguno en estas tierras, y mi familia tampoco detalló nada al respecto, pero ¿qué es eso de U.C.P.I.? ¿Y ese planeta CL… lo que sea?

Perro se rascó una oreja con las patas traseras.

—U.C.P.I. es “Unión para la Conservación de la Paz Intergaláctica”. Un conglomerado de razas dedicadas a erradicar la colonización de planetas por parte de “razas potencialmente peligrosas”.

—¿Y no estamos los humanos? —se sorprendió el abuelo, casi ofendido.

—No. De hecho, seríais considerados “AMENAZA” si tuvierais medios para viajar por espacio.

El abuelo tosió y se retorció en su sillón, cariacontecido.

—No hemos hecho daño a ninguna otra raza —se defendió.

—Extraterrestre no. Pero subyugáis a la mayoría de seres vivos de planeta Tierra. Imagina qué podríais hacer en planetas de otras razas.

El abuelo Jerry agachó las orejas, sin respuesta.

—El Planeta CCLR10 es un planeta de contención de “AMENAZAS”. En él se construyeron algo parecido a lo que vosotros conocéis como “cárceles”, para mantener paz en el universo. Aunque no es tarea sencilla, pues hay más universos de los que poco conocemos, y nuevas razas se adentran en territorio nuestro con intenciones sospechosas. Pero es asunto clasificado.

El abuelo se puso en pie, caminó un poco para poner a prueba la fortaleza de su pierna y, luego, se cuadró frente a *Perro*.

—De soldado a soldado —dijo—. Tal vez no seamos lo suficientemente buenos como para formar parte de esa “Unión para la Paz Intergaláctica”, pero este planeta es nuestro y voy a ayudar a defenderlo hasta el fin de mis días. Si esas criaturas tienen a mi nieto, no tenemos tiempo que perder. Tú me ayudarás a rescatarlo y yo a cumplir tu objetivo.

Acto seguido, el abuelo ofreció a *Perro* su mano, firme y dura

como una roca. Este no entendió el gesto y permaneció inmóvil esperando una explicación.

—Es para que la estreches —resopló el abuelo.

—Ah. Eso está hecho —contestó el can.

Perro alzó una de sus patas y la apoyó sobre la mano de Jerry, que sintió una descarga eléctrica que le hizo retroceder un par de pasos.

—¿Qué haces? —preguntó este.

—Lo que tú has pedido; estrechar mano. Mira.

El abuelo Jerry observó cómo su mano se iba encogiendo hasta parecer la de un bebé. Sus ojos se abrieron como dos platos, grandes y blancos.

—¡No era eso! ¡Devuelve mi mano a su estado natural! —ordenó, casi rogando.

—¿Humanos siempre cambian tanto de opinión?

—Olvida lo de estrechar. Devuélvele su tamaño, ¡y no te tomes todo al pie de la letra!

Solucionado el malentendido, el abuelo intentó descansar un poco; ni siquiera se explicaba cómo seguía en pie, después de tanto sobresalto. De lo que no se libró fue de tener que explicar todo, con pelos y señales, a la abuela Maggie.

Perro se quedó toda la noche observando el arsenal alienígena que el abuelo Jerry guardaba con celo.

"-¿Y no podéis avanzar, dejar atrás el pasado y permitir que la vida continúe? -Maagua se mostraba impresionada.
-No. No podemos. No al menos hasta que ocurra algo que nos dé esperanzas."

La Isla de Árum
Silvia Sanfederico Roca

14

DESPERTARES

Al despertar, lo primero que hizo el abuelo Jerry fue correr a interesarse por su hija, que continuaba sumida en un plácido sueño. La abuela Maggie lo tranquilizó.

—Le he tomado la tensión y está bien. Ha abierto un poco los ojos, pero se ha vuelto a dormir. Todo lo que ocurrió ayer acabó por provocar que su cerebro desconectase.

—¿Crees que deberíamos llamar a Peter?

La abuela Maggie dejó clara su respuesta, haciendo aspavientos negativos.

—Intentemos arreglar esto antes de alarmar a nadie más. Lo que me contaste anoche… No sé qué podemos hacer.

La pequeña Annie entró, aún adormilada.

—¡Abuelo, has vuelto! ¿Dónde está Mike? —gritó, mientras corría a abrazarlo.

—Es una larga historia, mi pequeña —contestó este.

—¿Qué le ocurre a mamá? —preguntó Annie.

El abuelo intentó explicárselo, pero la abuela lo frenó.

—Está bien, pequeña, solo necesita descansar. Ayer tuvo demasiadas emociones.

Perro se asomó a la puerta de la habitación, se sentó y comenzó a rascarse el cuello, enérgicamente, con una de las patas traseras.

—¡Anda! ¡Un perrito! —exclamó Annie al verlo, y se abalanzó sobre él para achucharlo sin compasión.

Cuando *Perro* se liberó del abrazo, sacudió su cuerpo como si fuera un *beagle* de verdad.

—¿De dónde ha salido? No lo vi cuando llegamos —preguntó la pequeña.

—En vuestro idioma se pronunciaría “Planeta Datraxes” —contestó *Perro*, y se quedó tan ancho.

Fue entonces cuando Annie se levantó, sorprendida sería decir poco, y se acercó a sus abuelos. Annie no quiso preguntar si alguien más había escuchado hablar al perro por temor a que la tachasen de loca. Solo se quedó tensa, a la expectativa.

—¿Encontraste a Mike? —disimuló.

—Luego hablaremos de eso —contestó el abuelo, torciendo el

gesto—. Un momento. ¿Acaso no te sorprende que este “perro” hable?

Annie por fin se relajó tras escuchar aquello.

—¡Claro que lo he escuchado! ¿Vosotros también?

—Desde anoche —se precipitó a contestar *Perro*.

—Otra vez —lo señaló Annie con un dedo—. ¿Cómo es posible? Y no me vengáis con que soy una niña y hay cosas que aún no puedo comprender.

La abuela Maggie se acercó a su nieta y la abrazó, sonriente.

—Tranquila, mi niña. *Perro*, en realidad, no es un perro. Quiero decir que no es un perro tal y como lo ves. Vamos, que no es un *beagle*.

Annie la miró con un gran interrogante cruzando su cara.

—Entonces, ¿qué es? —insistió la niña.

—Un Datraxiano —contestó *Perro*—. Venimos desde una galaxia muy, muy lejana.

Annie lo miró con desconfianza.

—¿De qué me suena a mí eso? —se preguntó, y continuó con otras cuantas más—. ¿Y qué tiene que ver todo esto con Mike? ¿Mamá está así por su culpa?

—Mamá también escuchó hablar a *Perro* —le explicó la abuela.

Annie, tan lista, no necesitó escuchar más; su imaginación puso el resto.

—Ya. Y cayó en redondo al suelo. Me lo puedo imaginar: mamá siempre ha sido muy susceptible a todo. Y eso que es médico…

—No te preocupes. Todo lo que está ocurriendo estos días nos supera, pero se recuperará, mi pequeñina lista.

—No me llames pequeñina, abuela, ya tengo doce años, y soy más madura que Mike. A mí no se me ocurriría desaparecer así.

Perro interrumpió el debate familiar.

—Capitán Jerry, debemos hablar de vacilundios y de armas que tiene en su poder. Anoche estuve investigando una de ellas, y es muy antigua, pero podría explicar muchas cosas, ya que un escaneo de esta arrojó como resultado su reciente utilización.

Annie tiró de la camisa del abuelo.

—¿Qué es un vaci… lundio? —se interesó.

La abuela Maggie acudió de nuevo al rescate.

—Ven conmigo, querida. Te lo voy a explicar todo, pero debes prometer que nada de lo que escuches saldrá de esta casa.

Annie dudó un momento.

—¿Ni siquiera a mis amigos del cole?

—A nadie. Promételo.

Annie asintió con resignación.

—De acuerdo. Lo prometo.

—Está bien. Vamos fuera y dejemos trabajar al abuelo y a… a… a su nuevo amigo.

Una vez a solas, *Perro* informó al abuelo.

—Rayo G1 fue creado por vacilundios y mejorado por Fareans cuando estos destruido planeta de vacilundios. Hoy está en poder de la U.C.P.I., y es usado como parte de nuestra tecnología. Tiene poder de agrandar y disminuir cosas. Yo usé en mi nave anoche para traerte hasta aquí. —El abuelo Jerry confirmó sus peores temores cuando escuchó lo que *Perro* dijo después—. Es posible que Rayo G1 fuera usado para disminuir Mike.

El abuelo expiró el aire de sus pulmones con calma, y con el temor atenazando sus ideas.

Mike abrió los ojos mientras era transportado en la parte trasera del carro de Rasly, en dirección a la Gran Barrera. La débil luz del cielo, aún grisácea, le hizo caer en la cuenta de que no tenía la más mínima idea de cómo había llegado hasta allí, pero Celodius le sacó de dudas.

—Buenos días, don comodón —dijo este con tono acusador—. ¿Cómo es posible que una criatura así emita esos sonidos guturales tan molestos? No has dejado dormir a nadie esta noche.

Mike no sintió ni el más mínimo remordimiento ante tal actitud acusatoria. Se incorporó, se restregó los ojos, bostezó y digo:

—Yo no ronco —dejó claro—. Me siento como si hubiera dormido una semana completa. Estoy en plena forma.

—Y yo como si me hubiera pasado por encima una manada de escarabajos en época de apareamiento —replicó el inventor.

Mike echó una ojeada alrededor y notó la falta de uno de los miembros del equipo.

—¿Dónde está Muun?

—Recogiendo nuestros transportes —contestó Rasly—. No creerás que vamos a cruzar ese secarral que hay más allá de la Gran Barrera montados en este carro, ¿verdad? Sería imposible avanzar entre tanta rama seca.

Mike recordó el momento en el que se había salvado de ser pisoteado por Annie, a lomos de Jena. Rasly tenía razón, avanzar pedaleando por aquel secarral podría retrasarlos demasiado, y no tenían ni un segundo que perder.

Muun no tardó en aparecer.

—¡Toma ya! —celebró Rasly—. ¡Mi propia libélula!

—De propia nada, es solo un préstamo. Estos bichos son parte del Cuerpo de Exploración —lo corrigió Muun.

Mike levantó la mano, temiendo que lo que estaba a punto de pronunciar afectase al plan.

—Agradezco vuestra confianza, pero no tengo ni idea de montar estos bichos.

Muun le echó un brazo sobre los hombros y sonrió.

—Ya contábamos con eso, mi impaciente amigo humano.

A Mike le encantó escuchar aquella palabra, «amigo», y todo lo que conllevaba.

—¿Y qué tienes pensado?

Muun ordenó a las libélulas que tomasen tierra. Estas portaban una especia de cajón fabricado en madera y forrado con hojas, cuya utilidad, en circunstancias normales, no era otra que la de transportar útiles encontrados durante las labores de exploración y recolección. En aquella ocasión, se iba a convertir en el carruaje volador de Mike.

—Amarrad cada cuerda del transporte a una libélula y aseguraos de que no puedan afectarlas durante el vuelo —ordenó Muun.

Y así lo hicieron.

Cuando todo estuvo listo, Muun hizo una reverencia.

—Aquí está su transporte, majestad humana —dijo.

—Un momento… —intervino Celodius—. Yo también quiero viajar así de cómodo. Tampoco se montar en esos bichos. Además, me dan grima. —El inventor puso cara de asco tras decir aquello.

—Viajarás con él —lo calmó Muun—. Rasly y yo pilotaremos las libélulas.

El joven Nimkus se rascó la cabeza.

—Es un honor que confíes en mí, pero apenas puedo dominar una, ¿cómo voy a dominar dos?

Muun sonrió.

—¿Y quién ha dicho que tengas que manejar dos? Tú preocúpate de mantenerte en el aire a lomos de la tuya, yo me encargaré del resto.

Un explorador con la experiencia de Muun era capaz de controlar a distancia a varios bichos, aunque esta práctica no estaba exenta de riesgos, pues un mínimo fallo en la concentración podía acabar con todos en el suelo.

—Preparaos —ordenó el explorador—. Pronto partiremos.

Entre los arbustos, bien camuflado, una de las criaturas extraterrestres que habían ayudado al abuelo Jerry observaba al grupo, recogiendo toda la información posible.

En el interior de su oscuro casco esférico recibió el escáner que acababa de practicarle al grupo de Mike, sin que estos se percatasen.

Si alguien, aparte de aquel ser, hubiera comprendido lo que decían aquellos símbolos que conformaban su idioma, la traducción hubiera sido: «Raza: Humano. Criatura no demasiado desarrollada intelectualmente, en este caso, tampoco en su forma física. No constituye amenaza». Y continuaría con: «Raza: Vacilundia. Origen: Planeta Cilium. AMENAZA. AMENAZA. AMENAZA.

Durante la mañana siguiente, el pregonero había recorrido otra vez las calles de Brama Vacilundia, pero esta vez la reacción de los ciudadanos distó mucho de la del día anterior. Se preguntaban de nuevo qué se traerían entre manos sus gobernantes con tanta charlita pública, pero lo que más llamó su atención fue que era Voncín el que ordenaba el llamamiento. Bien sabían todos los vacilundios que a Brinsen le gustaba demasiado incluir su nombre en cualquier comunicado, como para cederle aquel honor a otro.

Guya y Maanda ultimaban los preparativos para rescatar al alcalde y los demás. Nabiruh y Pip continuaban inmersos en sus sueños. La consejera se quedó mirando al vacilundio, pensativa.

—¿Qué pasará por su cabeza? —se preguntó—. Es tan extraño… Es valiente, sin lugar a dudas, porque ningún vacilundio se convierte en explorador sin esa cualidad, pero es tan raro…

Guya profirió un «Humm», que venía a significar: «No lo sabes tú bien».

—Lleva demasiado tiempo a la sombra de esa traidora de Ismal y, en lugar de serle fiel, se ha puesto de nuestro lado —continuó estudiándolo Maanda.

—Pip es especial, pero tampoco deberías sobrevalorarlo. Si reunimos todas sus cualidades, las que más destacan son la torpeza, la falta de entendederas y su propensión a meterse en problemas. Esperemos que esta última no nos salpique —explicó Guya, con una carencia de empatía hacia el vacilundio que se percibía a kilómetros de distancia.

Maanda no dijo nada más, solo se acercó a Pip e intentó despertarlo de la forma más suave posible. Tocó su hombro y le susurró con dulzura: «Despierta, dormilón, hay que salvar Brama Vacilundia»

Pip se retorció, mascullando cosas sin sentido.

—¿Te enseño cómo nos despertaban en la Vacilacademia de Formación de Exploradores? —le ofreció Guya.

Maanda hizo un gesto con las manos hacia Pip.

—Todo tuyo —dijo.

Guya, tan tosca como siempre, se relamió ante aquella oportunidad. Maanda se colocó tras ella. La jefa de exploradores tomó aire y…

—¡Cuidado Guya, hay algo detrás de ti! —gritó Maanda sin reservarse ni un ápice de potencia en sus cuerdas vocales.

Guya dio un brinco y cayó a los pies del camastro de Pip. Nabiruh se despertó asustado y, de un salto, se encaramó a uno de los muebles, mirando nerviosamente a un lado y a otro.

—Es así, ¿verdad? —preguntó Maanda, sonriente. La exploradora la miró con odio—. Guya, somos un equipo, y si Pip no es el más listo de nosotros, tal vez sea porque su fuerte radica en otras cosas, como la enorme paciencia de aguantar el menosprecio de sus propios compañeros.

Guya notó en su boca el amargo sabor de cuando te dicen dolorosas verdades.

—Tienes razón —admitió—. Debería dar ejemplo, pero tal vez no sirva para ser la líder de los exploradores.

Maanda se acercó a ella y tomó asiento en el suelo, a su lado.

—Yo te nombré su líder, ¿estás insinuando que me equivoqué?

Guya agachó la cabeza.

—Tal vez.

—Si así lo crees, quizás debamos darle la enhorabuena a Ismal por conseguir lo que siempre ha deseado; tu cargo —sugirió Maanda.

Guya se levantó de un salto y se colocó frente al camastro de Pip. Luego, se agachó para decir algo a la oreja del explorador.

—Pip, ha llegado la hora de convertirte en héroe local —le dijo. Luego se dirigió a la consejera—. Jamás me doblegaré ante esa traidora.

Pip abrió los ojos para encontrarse con los de Guya. Las miradas de ambos se llenaron de chispas que serpentearon llenas de vida, y una sonrisa se dibujó en sus rostros. Una que las palabras de Pip hicieron que no durase demasiado.

—Guya, ¿tú me quieres? —preguntó el vacilundio sin venir a cuento.

La exploradora borró su alegría y se dio media vuelta. Su mirada se encontró con la de Maanda, que le hizo un gesto cómplice, incitándola a decir algo que ni por asomo deseaba.

—Esto… Un poco, tal vez. Ahora levanta y vámonos, el alcalde nos necesita —lo esquivó, y se centró en Maanda—. Ponte esta capa con capucha, te ayudará a ocultar tu rostro. Esquiva a todo el que conozcas, y si te ves obligaba a hablar, cambia la voz e incluso tu forma de andar. Podría ayudarte a no ser descubierta.

Maanda asintió.

El musgo de la cara de Pip se coloreó de un rojo intenso, y en sus pensamientos, uno flotaba por encima del resto, casi a la par del de darse un buen atracón de comida en cuanto tuviese ocasión: «Sí, sí, es ella. Puedo haber encontrado a la vacilundia de mis sueños».

Y así, mientras el resto de planeta se despertaba para iniciar su estresante trajín diario, en un lugar cualquiera, en un rincón de un bosque singular y en una granja más, casi todas las piezas estaban situadas sobre aquel tablero de ajedrez campestre que debía definir el futuro más cercano de aquellas criaturas tan terrestres ya como los humanos.

Cuando los tres vacilundios y el murxing penetraron en el Gran Árbol, Guya vio a Ismal en la distancia y frenó al resto.

—Quietos —ordenó—. No quiero arriesgarme a que esa canalla nos vea.

—Deberíamos darle su merecido —gruñó Pip.

—Ya tendremos tiempo para eso. Primero debemos saber qué se trae entre manos. Yo la seguiré, vosotros descended hasta el subsuelo. Maanda, la suerte del alcalde y los demás está en tus manos. Si dentro de veinte minutos no me he reunido con vosotros, llevad al alcalde a un lugar seguro.

La consejera asintió.

Pip se acercó a Guya antes de acatar la orden.

—Me preguntaba si… te gustaría cenar conmigo una de estas noches —preguntó, ruborizado.

Maanda se tapó la boca para no soltar una carcajada. El musgo de Guya se encendió de forma alarmante, pero no dijo ni pio. Se giró y emprendió su camino.

Mientras Maanda se dirigían a la escalera que descendía al subsuelo, escuchó decir a Pip a su espalda:

—No ha dicho que no… Eso se podría interpretar como que se lo

va a pensar.

Un cosquilleo recorrió la barriga del vacilundio y subió hasta su boca para salir en forma de suspiro pasional.

—Naarg —refunfuñó el murxing, que también empezaba a desesperarse con las ocurrencias del explorador.

Guya, ocultándose con sigilo, siguió a Ismal hasta las alturas del Gran Árbol.

Mientras Voncín esperaba la llegada de los ciudadanos a la Plaza Alta para comunicarles las novedades que regirían la Ciudad Camuflada, Ismal se le acercó.

—Mi nueva y brillante Jefa de Exploradores, te sienta bien ese nuevo cargo. De una gran importancia en los días que se avecinan, sin duda —la agasajó el golpista.

Ismal sintió crecer su ego a pasos agigantados.

—Es un honor estar al mando, señor Cuatrodedos. Solo he pasado para recibir órdenes directas suyas. Si hay algo que pueda hacer por usted, no dude en pedírmelo.

Voncín adoptó una pose engreída y comenzó a caminar en círculos alrededor de la exploradora.

—¿Sabemos algo de Maanda?

—Nada de nada. Parece que se la haya tragado la tierra. De todas formas, no dejaremos de buscarla. No puede haber ido demasiado lejos.

—Quiero que la encontréis y que comparta el destino del alcalde y sus seguidores.

—Así será, señor Cuatrodedos.

—Y otra cosa. Respecto a ese “ser” que dijiste dejar en manos de Guya Jarris, tu antigua jefa, ¿qué sabemos? —se interesó Voncín.

—No he vuelto a ver a Guya desde entonces, pero imagino que lo tendrá bien vigilado. Por cierto, no sé si ella es conocedora de que ya no está al mando.

—Su juramento la obliga a acatar las órdenes de los gobernantes de Brama Vacilundia, así que, no te preocupes por eso. Si no acepta, compartirá el destino de los otros. Los exploradores deberán obedecerte. Si no lo hacen, amenázalos. y si aun así persisten en no someterse, eres libre de imponerles el castigo que creas oportuno.

Guya, oculta tras unas grandes hojas, tuvo que contener su carácter para no desvelar su presencia y poner en peligro la misión.

A Ismal le surgió la repentina necesidad de conocer algo más sobre un asunto concreto.

—¿Por qué tiene tanto interés en esa criatura no vacilundia?

Voncín la miró profundamente.

—Tenemos un plan para este planeta, y esas criaturas son de vital importancia para que consigamos nuestros objetivos. Con saber eso, te basta. Pero hay una cosa que debes hacer con la mayor celeridad.

—Lo que ordené, señor Cuatrodedos.

—Quiero que tomes a todos los exploradores necesarios para recuperar esas armas de las que hablaste. Las que están en esa casa humana. Será de vital importancia para nosotros disponer de ellas. En especial, de una —dijo Voncín, refiriéndose al Rayo G1.

Guya frunció el ceño: «Tengo que avisar a los demás», pensó.

Ismal asintió.

—Lo prepararé todo de inmediato.

Ismal no terminó de entender qué podía aportar un humano empequeñecido y asustadizo a una causa como la de hacerse con el poder de Brama Vacilundia. Era obvio que los planes de Voncín transitaban por un camino muy distinto al que pensaba la exploradora.

—Ah, Ismal —volvió a pronunciarse Voncín—. Quiero que probéis el armamento con esa casa. Quiero que arda hasta sus cimientos. Me da igual si esos humanos están dentro, ¿entendido?

Ismal asintió, con una mirada cómplice apareciendo en sus ojos.

Tom Agualago se aproximó a Voncín cuando este terminaba de dar las órdenes.

—¿Molesto, señor gobernador? —preguntó Tom, muy diplomático.

—No. Nuestra jefa de exploradores ya se marchaba.

Cuando los dos nuevos mandatarios de la Ciudad Camuflada se quedaron a solas, Guya continuó escuchando, y lo que llegó hasta sus oídos la descolocó por completo.

—¿Qué ocurre, Tom? —inquirió Voncín a su segundo.

—Nada que deba preocuparnos en demasía. Es solo que tengo dudas con respecto al plan que hemos trazado durante tanto tiempo.

Voncín arqueó una ceja, a la expectativa.

—¿Dudas? ¿Qué tipo de dudas? El plan va incluso mejor de lo previsto. Hace unos días pensábamos que deberíamos esperar meses, incluso años a que esos Fareans recibieran esa señal. Incluso diseñamos un “Plan B” por si esa opción fallaba. Pero ese inventor de pacotilla parece que no es tan inútil, después de todo. En cuanto tengamos a ese Farean que Guya Jarris mantiene oculto, le convenceremos de que los vacilundios estaremos a sus pies para que

puedan tomar este planeta y hacer lo que les venga en gana con él. Luego, los vacilundios volveremos al espacio, aunque sea como siervos de esa raza. Nos merecemos un nuevo comienzo, y en este planeta lleno de vida inútil solo servimos para estar escondidos. Si esos Fareans aceptan, y según Ismal son bastante tontos, seguro que pronto volveremos a disfrutar de un planeta propio en el que habitar, lejos de este estercolero humano.

Guya apretó los dientes y los puños, enfurecida; «Así que ese es el verdadero propósito; dejar a los humanos a merced de esos Fareans y obligarnos a abandonar este planeta al que nuestros antepasados decidieron adoptar como un nuevo hogar. Utilizaron a Celodius y mentirán a todos los vacilundios para salirse con la suya», pensó. La furia se le pasó cuando cayó en la cuenta de la metedura de pata de Voncín Cuatrodedos; «Creen que el humano Mike es un Farean…». La exploradora intentó contener la risa. «Debemos aprovechar ese desliz entre esa prepotente de Ismal y estos torpes redomados». Con el mismo sigilo con el que había llegado hasta allí, Guya se escabulló para reencontrarse con los otros.

—Qué cantidad de cacharros viejos y de cosas inútiles hay guardadas aquí abajo —masculló Pip, intentando no rozarse con las húmedas paredes de los pasillos del subsuelo—. Aquí no sobreviviría ni un murxing. —Pip miró a Nabiruh, que chupaba la tierra húmeda como si de un exquisito manjar se tratase. Este escupió un puñado al que ya le había sacado el jugo y eructó, complacido—. Vale. Tal vez un murxing sí, pero este no es lugar para encerrar a un vacilundio tan importante como Brinsen Ramalta.

Maanda le ordenó continuar.

Avanzaron por los corredores que llegaban hasta los profundos almacenes. Maanda los conocía bien, pero nunca pensó que bajaría allí, una vez más, para rescatar a su admirado Brinsen.

Rebuscaron en varias salas cuyas puertas no estaban cerradas a cal y canto, pero Maanda entendió enseguida que el objetivo solo podía estar en una sala cerrada con llave. Y a ella llegaron.

Maanda golpeó la puerta y escuchó voces al otro lado: «¡Socorro, ayudadnos!», gritaban coralmente.

—¡Aguantad! —respondió la consejera—. ¡Vamos a intentar abrir la puerta!

Pip intentó hacer palanca con un palo, pero no funcionó. Luego probaron empujando con fuerza, pero esta no cedió ni una pulgada. Finalmente, Pip tuvo una idea. Miró a Nabiruh, luego a la cerradura y acabó devolviendo la mirada al murxing.

—Maanda, échate a un lado.

La consejera, falta de ideas como estaba, decidió darle una oportunidad.

Pip se colocó frente a la puerta y llamó la atención del despistado murxing.

—Nabiruh —dijo—, eres un saco de raíces con olor a hongo fétido.

El murxing estiró el cuello, sorprendido por aquel ataque verbal.

—Además, tienes los ojos tan pequeños que hasta un topo de la Tierra puede ver más lejos que tú —continuó Pip.

Nabiruh apretó sus dientecillos afilados y sus enraizadas manos.

Maanda comprendió inmediatamente lo que el explorador pretendía.

—Seguro que cuando tus antepasados llegaron en nuestras naves os encerraron bajo tierra para no tener que veros….

—¡Ñaaaaaaaaarg!

Nabiruh, encolerizado, se lanzó contra Pip con la boca abierta y claras intenciones de arrancarle el musgo de la piel.

Pip, ágilmente, se apartó justo cuando el murxing estaba a punto de asestarle el bocado, chocando este contra la puerta y mordiéndola con rabia, sin percatarse de que esta no era su verdadero objetivo. Tan ensimismado estaba que mordió y mordió hasta abrir un hueco lo suficientemente grande como para que cupiera una mano. Pero no se detuvo ahí; continuó haciendo añicos la puerta hasta que no quedó nada de la parte central de esta.

—¡Ya está, pequeño, o te harás daño! —gritó Maanda, apurada.

Nabiruh la miró con los ojos encendidos y restos de madera saliendo de su boca mientras los masticaba con saña.

—¡Muy bien! —gritó Pip—. ¡Mi plan ha funcionado!

Nabiruh gruñó.

—¡Ñaaaarg!

Y luego se percató de que le habían utilizado.

—Tranquilo, pequeño amigo. Gracias a tu coraje, vamos a liberar al alcalde y los demás —le explicó Pip.

—Sí. Vas a ser un héroe —secundó Maanda.

El murxing quedó inmóvil, escuchando en su cabeza el resonar de aquella palabra; «Héroe». Y luego se calmó.

—Señor alcalde, señora Curneli, consejeros, ¿están bien? —

preguntó Maanda, terminando de romper la puerta.

Varias cabezas se asomaron a la vez para contestar.

—Ahora sí —se alegraron, casi al unísono.

—¿Por qué has tardado tanto? Llevo toda la noche aquí, casi a oscuras, con este hedor a humedad —le recriminó Curneli, mientras Nabiruh se relamía escuchando sus críticas sobre el lugar.

El alcalde apartó a todos y se apresuró a salir el primero. Estaba sucio, despeinado y su musgo parecía tener algunos años más, aunque eso a Maanda no le importó, y corrió a abrazarlo.

—Querido alcalde, me alegro tanto de verlo…

Curneli tosió varias veces, intencionadamente, para entrometerse en aquella escena de felicidad a la cual no había sido invitada.

—¿Dónde están esos miserables de Voncín Cuatrodedos y sus secuaces? —exigió saber Brinsen.

—Han tomado el poder, pero no puede permanecer aquí, señor Ramalta. La mayoría de los exploradores ahora no le obedecen a usted, sino a Ismal y a Voncín. Si le ven, no tardarán en devolverle a este lugar, a usted y a todos nosotros —le explicó la consejera.

Brinsen se acomodó la ropa, arrugando la cara y exhalando maldiciones silenciosas por la boca. Luego, sacó su lado más orgulloso.

—Soy un Ramalta —afirmó—. Soy el alcalde —volvió a afirmar —. Y ninguna de esas dos cosas es compatible con la rendición. No huiré como un cobarde.

Curneli profirió un «Hum» cargado de orgullo hacia su esposo. Parmira Clon intentó hacerle entrar en razón.

—Maanda está en lo cierto, señor alcalde —dijo—. Tal vez debamos estudiar la situación y luego actuar en consecuencia.

Aquello funcionó. Brinsen comenzó a repensar su orgullosa estrategia.

—Tenemos que abandonar Brama Vacilundia, ahora —sugirió Maanda.

—Ñaarg —se entrometió Nabiruh, haciendo señas para que le siguieran.

—¿Qué quiere este murxing? —preguntó Curneli.

Maanda sacó al Gran Maestro y lo activó.

—Pronto lo sabremos.

Unos segundos después, todos los que desconocían el aparato creado por Celodius quedaron impresionados al escucharlo hablar.

—Bienvenidos a…

—Tenemos que reprogramar esta bienvenida…, cansa

escucharla —se quejó Maanda—. ¿Qué está diciendo el murxing?

Nabiruh repitió.

—Ñaarg, ñaaaarg.

—Murxing dice: Seguidme. Conozco una salida escondida que da al bosque.

El alcalde se quedó pasmado.

—¿Todo eso ha dicho con solo un par de gruñidos?

—He usado la forma abreviada —respondió el Gran Maestro—. Si lo desea, puedo traducirlo al pie de la letra.

—No…, con eso vale —lo frenó Maanda—. Nabiruh, te seguimos.

Y allá iban los vacilundios y el murxing, en dirección a una salida que solo las pequeñas criaturas enraizadas conocían y que, tal y como estaban las cosas, les venía a los vacilundios como anillo al dedo.

Cuando Guya bajó al subsuelo, con la valiosa información que había obtenido de Voncín y los otros, se encontró con el lugar vacío. Fue entonces cuando decidió que debía adelantarse a Ismal y advertir al grupo de Muun de que esta se dirigía hacia la granja.

15

¡HE VUELTO!

Perro acababa de recibir una transmisión del vigilante que había quedado apostado cerca de la Gran Barrera. En ella, le confirmaba de la presencia de vacilundios en la zona. Sin duda, se trataba del grupo de Muun, Rasly, Celodius y Mike. De igual manera, el vigilante había notificado que se dirigían hacia la casa montados en animales voladores domesticados y que los acompañaba una criatura de similar tamaño, pero de características muy diferentes. «Parece ser un humano, pero de distinto tamaño al que salvamos anoche», le había dicho, refiriéndose al abuelo, en su impronunciable idioma.

Perro no dudó en darle la noticia al abuelo Jerry y al resto.

—Creemos haber encontrado a humano llamado Mike dirigiéndose hacia nuestra posición. Pero hay algo más. Varios vacilundios lo acompañan, capitán Jerry. He dado orden de que les permitan avanzar.

El abuelo sintió como aquella nueva le insuflaba un soplo de esperanza. Se levantó de su sillón y se dirigió a la puerta para mirar hacia sus tierras.

—Tenemos que encontrarlo. Puede estar en peligro —dijo.

Una voz lo reconfortó.

—La abuela me ha contado lo que ocurre —dijo la pequeña y valiente Annie—, y quiero ayudar a rescatar a Mike.

—Pequeña humana no preparada para misión. Podría correr peligro —sentenció *Perro*, y el abuelo secundó sus palabras.

—La mejor forma de colaborar es que ayudes a la abuela Maggie para que mamá se recupere.

Annie cruzó los brazos y dio la espalda a todos.

—Siempre me pierdo todo lo emocionante. ¡Quiero ser adulta y poder decidir!

Perro se acercó a ella y le propino un suave golpe con la cabeza en las piernas.

—Cuando todo arreglado, te daré una vuelta en nave de exploración —le prometió.

La pequeña no cambió su gesto, pero aquello no le sonó nada mal.

—¿Tienes una nave? ¿Una de verdad? ¿De esas que vuelan por el espacio?

—Afirmativo.

—Trato hecho.

Los abuelos se miraron mutuamente, convencidos de que sus pensamientos se calcaban en aquel preciso instante: «Esta niña no le tiene miedo a nada. Bendita inocencia».

Perro se dirigió al abuelo.

—Entonces, nosotros esperaremos a que lleguen. Ordenaré a los míos que vuelvan para poder hacerles frente, si necesario fuera. No sabemos demasiado de ellos. No sabemos sobre sus avances, ni si "ese gen" ha mutado sus conductas. Debemos estar preparados, en caso cualquiera.

El abuelo Jerry asintió, conforme.

—Si se resisten a devolvérnoslo, verán de lo que son capaces los Sanders.

Mike sentía un cúmulo de emociones indescriptibles mientras sobrevolaban las tierras del abuelo en aquel improvisado transporte. Miraba a su alrededor y no podía dejar de sentir una pizca de miedo cada vez que la caja se bamboleaba a causa de los irregulares vuelos de las libélulas. Muun se centraba en mantener el vuelo lo más recto posible, al igual que Rasly, aunque a este le costaba un poco más.

—¡Eh, Nimkus, trata de aprender deprisa o acabaremos hechos trizas en el pasto de ahí abajo! —chilló Celodius, aún más asustado que Mike.

Rasly no quiso entretenerse a contestarle, bastante tenía ya con no perder la concentración sobre el bicho volador.

Mike alejó la vista y se percató de la velocidad a la que eran capaces de volar aquellos insectos, incluso transportando una carga como aquella. Llegó a pensar que ni él mismo sería capaz de correr tan rápido.

—Allí está la casa —se alegró el joven.

La veía acercarse lentamente, pero a un ritmo constante. Celodius, por el contrario, observaba cómo el bosque se iba alejando cada vez más. Se preguntaba si lograrían volver sanos y salvos, si volvería a martillear en su taller algún invento en pos de recuperar un prestigio que se le resistía.

Cuando estuvieron cerca del silo de trigo de los Sanders, Muun indicó a Rasly que fuera descendiendo a su par para no causar un aterrizaje brusco a los pasajeros.

Ya en el suelo, Rasly acarició a su libélula. Muun se le acercó.

—Tienes dotes de explorador —le felicitó—. No es nada fácil dominar uno de estos bichos en tan poco tiempo. Te falta práctica, pero, si algún día se arregla este entuerto, podrías ser un buen cadete. Me encantaría instruirte.

Rasly se ruborizó.

—Gracias. Eso sería un orgullo para mí, y también para mi familia —se sinceró el joven Nimkus, con notable aire de tristeza—. Sé que mi padre siempre quiso ser un explorador, pero su incalculable torpeza le impidió superar las pruebas.

Muun lo agarró un hombro para animarlo.

—Salgamos de esto y ya verás cómo serás el orgullo de tu familia —lo reconfortó—. Vamos, tenemos trabajo.

Muun ordenó a las libélulas que se ocultasen. Justo en el momento en que estas aterrizaron sobre el tejado de la casa, un sonido poco familiar alertó al grupo. Una polvareda se levantó de entre el pasto y un aire caliente los azotó. Era una de las naves de los exploradores datraxianos, que perdía su camuflaje para dejarse ver claramente. La esfera se posicionó entre ellos y la casa. Tras ella, varios datraxianos surgieron de entre el pastizal, armas en ristre. *Perro* y el abuelo salieron de la casa, este último ataviado con el casco especial que soportaba las lentes de aumento, y se acercaron al aterrado grupo.

—Ay, madre… —dijo Celodius, con voz temblorosa—. ¿Quiénes son todos estos? Estamos siendo apresados por los Fareans. Está todo perdido. Soy demasiado joven para morir —lloriqueó. Luego, agarró a Rasly y lo colocó frente a él, a modo de escudo—. ¡Coméroslo a él primero! —ofreció con desespero.

Rasly se sacudió el abrazo del inventor.

—Maldito cobarde… ¿Así vas a ayudarnos?

Muun se situó delante de Rasly, envalentonado y defensor.

—¡Liberad a humano Mike, ahora! —inquirió *Perro*.

La voz les llegó clara y firme, incluso pudieron sentir el fétido aliento del can.

En un primer momento, Mike quedó paralizado, ya fuera por el pavor que le causaba el tamaño del perro o porque no entendía como este podía estar hablando. El caso es que, superado aquel

momento de incertidumbre, al ver al abuelo, comenzó a dar saltos de alegría.

—¡Estoy aquí! ¡He vuelto! —gritó como un poseso.

—Vacilundios, entregad al humano y arrojad vuestras armas lejos —repitió *Perro*, mientras las armas datraxianas continuaban apuntando a los vacilundios de forma amenazadora.

El abuelo Jerry colocó una mano sobre la tierra, con la palma hacia arriba. Mike se subió a ella y se vio ascendiendo hasta quedar ante el rostro del abuelo.

—¡He vuelto! ¡Tenemos que subir al desván enseguida! —lo escuchó gritar Jerry, aunque su voz le llegó muy apagada.

—¿Al desván? Por… supuesto —afirmó este, pronunciando con lentitud, como si hablara con alguien que necesitara leer sus labios —. Pronto… acabará… todo… esto.

Perro dio una orden a los suyos para que capturasen a los vacilundios. Estos trataron de escabullirse, sin fortuna. Enseguida se vieron cubiertos por una fina red de la que no pudieron zafarse.

Mike, desde las alturas, mientras el abuelo se dirigía a la casa, lo vio todo. Vio la cara de Celodius, que reflejaba el miedo de todos sus compañeros, y la de Rasly, temblorosa y con lágrimas surcándole el rostro, pero fue en los ojos de Muun donde Mike clavó su mirada. El explorador no lloraba, tampoco mostraba ni el más mínimo atisbo de temor, solo miraba a Mike mientras respiraba con calma. Muun se había rendido, y eso, en un vacilundio tan valiente y atrevido, emocionó al joven humano.

Mike recordó cuando Guya y Muun los salvaron de una muerte segura, justo antes de ser aplastados por la pezuña herrada de Jena. También recordó que aquellos mismos que ahora yacían bajo la red habían cuidado de él cuando se desvaneció antes de llegar a la casa de Celodius. Y una frase resonó en la cabeza del joven: «mi impaciente amigo humano». Supo entonces que, sin aquel grupo de valientes, cada uno a su forma, jamás hubiera regresado sano y salvo a la granja. Les debía todo.

Mike, sin dejar de mirar a los ojos a Muun, asintió con lentitud. El vacilundio le correspondió con una leve y apagada sonrisa.

—¡Vuelve! —gritó el joven, golpeando la mano de su abuelo para llamarle la atención—.

El abuelo Jerry sintió el cosquilleo que le provocaban los golpes y lo volvió a acercar a su cara.

—¿Qué… te… ocurre? —preguntó.

Mike trató de gritar lo más fuerte que pudo.

—¡Deja de hablarme como si fueras a cámara lenta, te entiendo

perfectamente si hablas normal! —Jerry asintió—. ¡Tienes que volver! ¡Ellos me han ayudado, y no puedo abandonarlos ahora! —dijo, señalando al suelo, hacia los vacilundios.

El abuelo no entendió el significado de aquella petición.

—Pero ellos te secuestraron y te dejaron así. Además, su destino ya no está en nuestras manos…

Mike entendió que debía ser fiel a sus sentimientos en aquel momento tan trascendental.

—Son mis amigos —dijo, mirando a Muun.

—No te entiendo. Habla un poco más alto.

Mike se volvió hacia el abuelo y gritó de nuevo:

—¡Son mis amigos! ¡Ellos me han devuelto a casa y ahora debemos ayudarlos!

Aquellas palabras llegaron hasta los vacilundios, arrastradas por el aire, y Muun suspiró.

El abuelo bajó la mano y dejó a su nieto junto a la red.

Mike corrió a ayudarlos, pero los exploradores datraxianos no se lo permitieron.

—¿¡Por qué los retenéis!? ¡No han hecho nada!

En aquel preciso instante, la abuela Maggie y Annie se asomaron a una de las ventanas de la casa y quedaron asombradas ante aquel acontecimiento.

Perro se apartó de Mike y cerró los ojos. Su cuerpo se vio envuelto en una nube de chispas centelleantes y comenzó a disminuir de tamaño. Su forma fue cambiando hasta quedar una figura luminosa; su cuerpo, su verdadero cuerpo. La luz desapareció, y allí estaba de nuevo el esférico y redondo casco lleno de aquella profunda negrura sobre el cuerpo del datraxiano, vestido con el extraño uniforme de la U.C.P.I., como sus compañeros.

Mike se restregó los ojos.

Perro era ahora del mismo tamaño del joven y los vacilundios.

—Criaturas vacilundias deben ser llevadas hasta nave de contención. Son “AMENAZA” —aseveró el datraxiano.

Mike dio un paso al frente.

—¿Amenaza? —preguntó este, sin dejar contestar a *Perro*—. No sé qué han hecho, solo que, si no fuera por ellos, yo seguiría perdido en ese pasto seco o en esos bosques. O peor aún, me habría devorado algún insecto o algún otro animal. Me han salvado la vida devolviéndome a casa. La verdadera amenaza son otras criaturas, ellos los llaman Fareans, o algo así. Y un tal Voncín… Es vacilundio, pero no es como ellos. Estos de aquí, y otros como ellos solo quieren vivir en paz. Si vosotros sois esa raza destructora a la que temen,

lucharé junto a ellos, si es preciso.

Celodius sacó coraje para llamar la atención del joven.

—Creo… que no deberías provocarlos, chico humano. Con estos Fareans no se puede dialogar, al menos eso dijo el Gran Maestro.

Perro se acercó hasta el vacilundio, pasando junto a Mike.

—Nosotros no somos Fareans, somos miembros de U.C.P.I. —aclaró el datraxiano.

Celodius, más calmado al escuchar aquellas palabras, se rascó la barbilla, pensativo.

—¿U.C.P.I.? ¿Y qué se supone que es eso?

—Nosotros acabamos con Fareans hace ya demasiado tiempo.

—¿Quiere decir que ya no debemos preocuparnos por esas criaturas?

—¿Quién envió señal desde SLI-58? —interrogó *Perro*.

Celodius lo miró, ojiplático.

—¡Fui yo, pero ocurrió por error!

—Entonces, ¿no hay Fareans aquí? —inquirió el datraxiano, con desconfianza.

—¡No! Temíamos que esa señal los atrajera hacia la Tierra. Menudo peso nos habéis quitado de encima.

Muun y Rasly se sentaron en el suelo, sin entender nada de lo que estaba ocurriendo.

—Nosotros interceptamos señal en espacio. Cuando llegamos, capitán Jerry informó de criaturas que coincidían con rasgos vacilundios. Vosotros considerados “AMENAZA”.

Perro explicó, largo y tendido, todo respecto a los cambios que habían sufrido los supervivientes vacilundios tras la destrucción de su planeta. Les hablo del “gen” y de cómo este les podía afectar. Y les confirmó que debían privarlos de libertad y llevarlos a Planeta CCLR10 para mantenerlos aislados de otras formas de vida pacíficas.

Muun resopló varias veces, incrédulo. Pero Celodius escuchaba con más atención que nunca aquellas palabras.

Cuando *Perro* terminó, Rasly intervino.

—Puede que eso es lo que les esté pasando a Voncín y los otros, ¿no crees? —sugirió, mirando al inventor—. Tal vez eso es lo que les ocurrió, también, a sus antepasados.

—Claro. Eso explicaría que es un “gen” que se transmite entre generaciones de una misma familia de vacilundios. Durante todos los siglos que llevamos en este planeta, solo ha ocurrido con esas familias; los fundadores de “Los Hijos de Cilium”. No todos los vacilundios deben pagar por lo que afecta a algunos.

Perro avanzó hasta quedar a un milímetro de la red.

—¿Y por qué afectó a vacilundios que habitaban en otros lugares de la galaxia? —preguntó.

—Porque miles de familias fueron separadas al huir de la destrucción de nuestro planeta. Se reprodujeron y el "gen" quedó presente en ellos. Aquí solo ha afectado a unos cuantos que han arrastrado al resto a base de engaños y ansias de poder. Lo mismo pasaría con los otros que sobrevivieron.

Perro se mantuvo en silencio por unos segundos.

—Tiene sentido, señor… extraterrestre —interpeló el abuelo Jerry, que se había agachado junto al grupo para escuchar mejor la conversación.

—Claro que sí. Además, tenemos que ayudarlos. Ese Voncín quiere instaurar un nuevo orden en la ciudad de los vacilundios —informó Mike.

—Voncín Cuatrodedos capturó a nuestro alcalde y a todos los que le apoyaban, pero no se detendrá hasta que en Brama Vacilundia solo queden vacilundios que le apoyen —añadió Muun —. Algunos de los nuestros se la están jugando ahora mismo para intentar rescatarlos.

El explorador datraxiano que pilotaba la nave bajó a toda prisa de ella y se dirigió hacia la posición de *Perro* para comunicarle algo en su idioma.

La expectación de todos creció. Mirar a los datraxianos no revelaba demasiado sobre lo que ocurría, pues la oscuridad de sus cascos esféricos no mostraba signos de preocupación, de alegría o de cualquier otro sentimiento.

—Deduzco que ocurre algo, ¿me equivoco? —dijo el abuelo.

—Capitán Jerry deduce bien. Sensores de nave han detectado a criatura sin identificar acercándose a gran velocidad.

Todos los datraxianos se pusieron alerta, apuntando sus armas hacia el pasto.

Fueron momentos tensos, sobre todo para los que continuaban bajo la red, pero pronto vieron como aquella tensión se convertía en algo muy opuesto.

Guya apareció a toda velocidad, azuzando a su libélula como si el mismísimo infierno fuera tras ella. Cuando vio la fiesta que había montada en los aledaños de la casa de los Sanders, frenó en seco y revoloteó a cierta distancia, desconfiando. Vio a Muun, Rasly y Celodius bajo la red y torció el gesto. Ver a Mike fuera de ella la ofuscó.

—Maldito humano —gruñó—. Sabía que no debíamos fiarnos de

él.

Guya lanzó su libélula en picado, más kamikaze que valiente, y aterrizó, levantando una ligera polvareda.

—¿¡Así nos pagas lo que hemos hecho por ti!? —se encaró con Mike.

—¡Te equivocas, Guya! —la llamó Muun al orden—. Mike está tratando de que estos…, ni siquiera me acuerdo ya de cómo se llaman los del casco negro, nos saquen de aquí.

—Datraxianos —le chivó Celodius con un susurro.

—Eso.

Guya penetró en los ojos de Mike para comprobar si aquello era cierto.

—Confía en mí —le pidió el joven.

Guya relajó el musgo de su cuerpo y exhaló todo el aire de una tacada.

—Vas a tener la ocasión de demostrar de que pasta estás hecho, humano — le dijo esta, en tono desafiante, cara a cara—. Ismal y el grueso de los exploradores vacilundios vienen hacia aquí para recuperar esas armas que escondéis. Y Voncín ordenó destruir vuestro hogar.

Mike apretó los puños.

—Eso no ocurrirá —sentenció.

Muun estiró el cuello y miró hacia el lejano horizonte. Una nube grisácea, sin duda, compuesta por cientos de libélulas y vacilundios, avanzaba con firmeza hacia la granja, cruzando las tierras de los abuelos Sanders. *Perro* también la advirtió.

—Todos tendréis oportunidad de demostrar —dijo el extraterrestre, mientras levantaba la red que cubría a los tres vacilundios—. No podemos permitir que se hagan con armas de desván.

Mike se acercó a la cara del abuelo.

—¡Debemos subir ahora! —le pidió—. La misma arma que me empequeñeció puede devolverme a mi tamaño.

El abuelo miró a *Perro*, esperando que aquel confirmara aquellas palabras.

—Es cierto, capitán Jerry. Nosotros tenemos implantado en sistema la tecnología del Rayo G1, y podemos cambiar de forma y tamaño a nuestro antojo. Puede ayudar a humano Mike.

El abuelo Jerry no dudó ni un solo segundo, puso la mano en la tierra y esperó a que Mike subiera.

—¡Un momento! —lo frenó cuando se disponía a levantarla—. ¡Alguno de ellos debe venir con nosotros, yo solo no podré usarla, y

tus dedos son muy grandes!

Celodius levantó la mano.

—¿Estaremos más a salvo ahí dentro? —se interesó.

—Por supuesto —asintió Mike.

—Entonces, voy contigo.

Rasly volvió a negar con la cabeza, ante la cobardía del inventor.

Perro no dudó en advertir a los vacilundios de que, si todo aquello era una estratagema para apoderarse de las armas, lo pagarían caro.

Guya fue tajante.

—Nosotros no queremos esas armas para nada, pero le aseguro que esos que vienen hacia aquí, tienen planes muy diferentes.

—Ya veremos de qué bando estáis —desconfió *Perro*.

—Por cierto —dijo Muun—, ¿dónde están el alcalde y los otros? Se supone que vuestra misión era rescatarlos.

—Me separé de Maanda y de Pip. No sé hacia donde fueron, pero les ordené ir hacia el bosque si lograban escapar. Allí, los únicos que pueden ayudarlos a sobrevivir son Pip y, tal vez, Maanda. Ella es valiente —explicó Guya.

Mientras el abuelo Jerry llevaba a Mike y a Celodius al desván, la exploradora detalló los maquiavélicos planes de Voncín Cuatrodedos a todos los presentes. Muun también la puso al día.

—Cuando Voncín descubra que esos Fareans ya no existen y que los prisioneros han escapado, utilizará toda su furia para encontrar al alcalde. Estén donde estén, corren peligro.

Muun miró la nave de la U.C.P.I. y tuvo una idea.

—Tal vez, si los datraxianos nos ayudasen, podríamos detectarlos antes de que vuelvan a ser capturados —sugirió Muun, tratando de que sus palabras llegasen hasta *Perro*.

—No podemos abandonar defensa de armamento ante amenaza que se avecina —dijo el datraxiano.

—Lo comprendo, pero si logramos encontrarlos, sumaríamos efectivos. Créeme. Lo que viene hacia nosotros son cientos de vacilundios entrenados para resistir en condiciones muy contrarias. Son ágiles e incansables. Sé bien de lo que hablo; yo los he comandado.

—No debiste hacerlo muy bien. Te abandonaron —apuntó *Perro*.

Guya miró hacia la cabeza de la nube gris.

—Solo Brinsen Ramalta, el alcalde, podría hacer que algunos de esos vacilundios recuperen el sentido común —masculló entre dientes, sabiendo que entre aquella multitud que volaba hacia ellos

se encontraba Ismal, la traidora.

Perro, tal y como había hecho anteriormente, se vio envuelto en el destello, y su tamaño comenzó a aumentar hasta su estatura natural. Luego, dio su veredicto:

—Iremos a buscarlo entonces.

—Yo iré en la nave, si no hay problema —intervino Rasly Nimkus—. Si los encontramos y el alcalde te ve, no confiará en ti, en cambio, si un vacilundio te acompaña, no dudará en subir a bordo.

Perro aceptó la propuesta.

Cuando la nave tomó altura, Rasly sintió algo que nunca antes había sentido. Estaba acostumbrado a visitar la copa del Gran Árbol, pero la nave datraxiana se alzó en un chispazo hasta al menos tres veces la altura de este y surcó el cielo a una velocidad que ni cien libélulas juntas podrían haber alcanzado.

El abuelo Jerry recorrió el salón a toda prisa en dirección a las escaleras que ascendían a la planta superior. Annie se le acercó, curiosa.

—Quiero verlos —pidió la pequeña.

El abuelo, consciente de que esta no daría su brazo a torcer hasta salirse con la suya, mostró su mano.

—¡Qué pequeños! —exclamó al ver a su hermano y a Celodius —. ¡Mike, ahora yo soy mayor que tú! —bromeó, y soltó una carcajada.

Celodius pataleó la palma de la mano del abuelo.

—¡Eh, gigante humano, no podemos perder más tiempo! —le aconsejó el vacilundio, urgiéndole a continuar el camino.

La abuela Maggie también se acercó a mirar. Sus ojos se tornaron vidriosos y su mirada se llenó de preocupación.

—Todo saldrá bien, querida —la calmó el abuelo.

—¡Abuela, pronto podré abrazarte de nuevo! —gritó Mike.

La abuela Maggie se echó a llorar, emocionada.

—Maggie, coged todo lo que pueda ser útil contra los invasores. Se acercan cientos de ellos. Cuidado con sus bichos —la aconsejó el abuelo—. Proteged a Megan.

Maggie, tras escuchar aquello de “bichos”, no dudó ni un instante. Arrastrada por su instinto, corrió hasta el mueble en el que guardaban los productos de limpieza y tomó los dos botes de spray

insecticida que había.

—¿Bichos? —se dijo—. Que se preparen —y dibujo una siniestra sonrisa en su cara.

Ya en el desván, el abuelo Jerry soltó a su nieto y a Celodius sobre la estantería en la que descansaban todas las armas vacilundias. Mike corrió entre ellas, buscando la que Pip había usado el día que lo empequeñeció. Celodius las observó con asombro.

—Hay más de las que imaginaba —balbuceó el inventor, apabullado.

—¡Aquí está! —indicó Mike—. ¡Justo donde Pip la usó! ¡Debemos darnos prisa, Celodius!

El inventor se acercó con reservas.

—¿Estás seguro de que esto funcionará? —dudó.

Mike tragó saliva.

—Eso espero. Al menos, ese Gran Maestro vuestro dijo que era capaz de encoger y agrandar. —El joven examinó el arma—. Mira, aquí hay varios botones, pero no sé para qué sirve cada uno.

Celodius deseó entonces haber llevado consigo al Gran Maestro.

El inventor echó una ojeada y dedujo:

—Si en esta posición encoge las cosas —pulsó un botón intermedio—, este otro debe ser para devolverlas a su tamaño original.

El abuelo Jerry, que observaba la escena muy de cerca, se pronunció:

—¿Estás seguro, Mike? No sabemos si funcionará.

Mike dejó el arma en manos de Celodius y se apartó.

—Solo hay una forma de comprobarlo —dijo, decidido—. Llévanos al suelo.

Y así lo hizo el abuelo. Los dejó en mitad del desván y se apartó hasta la puerta.

—Celodius, pase lo que pase, a ti también te debo dar las gracias por traerme de vuelta.

El inventor asintió, ruborizado. No solían agradecerle las cosas muy a menudo.

—Los humanos no sois tan torpes como pensaba —admitió este.

Mike sonrió, tratando de sacudirse el nerviosismo.

Celodius apuntó al joven, cerró los ojos y apretó con suavidad el disparador.

Fuera de la casa, los datraxianos y los rebeldes vacilundios

habían tomado las posiciones de defensa.

Muun llamó a su libélula y, junto a Guya, ascendieron hasta el ventanal del desván.

Cuando miraron al interior, su sorpresa fue inmensa.

—Ha… funcionado —se alegró Muun.

En el interior, Mike descansaba sobre el suelo, mientras el abuelo Jerry trataba de hacerlo volver en sí. Celodius gritaba junto una de las orejas del joven humano, intentando ayudar.

—Muun, en guardia —llamó su atención Guya—. Ya llegan. ¡Al tejado, rápido!

Ismal, desde la distancia, ya había fijado su mirada en la parte superior de la casa, justo en la ventana del desván, pero, a pesar de llevar consigo a todo aquel ejército de exploradores, no intuía que iban a tener una bienvenida que no esperaban.

—¡Si alguno de esos torpes humanos intenta detenernos, atacad sin compasión! —dictó, sin remordimiento alguno—. ¡Un grupo vendrá conmigo al desván! ¡La misión es recuperar las armas y destruir la casa!

Las libélulas aceleraron el vuelo, espoleadas por sus jinetes.

16

¡A LAS ARMAS!

Annie, temblorosa, se abrazó a la abuela. Por primera vez, sintió el miedo apoderándose de ella.

—Debes ser valiente, mi pequeña, hemos cerrado todo y no podrán entrar en la casa. Toma este spray y mantente cerca de la cama de tu madre. Si por cualquier motivo alguno de esos bichos se acerca, no dudes en usarlo.

Annie sollozó.

—¿Adónde irás tú?

—Estaré aquí mismo, vigilando en primera línea —dijo la abuela.

El abuelo Jerry bajó corriendo las escaleras, seguido por Mike, que aún caminaba con dificultad.

La pequeña corrió a abrazarlo.

—Ya estoy de vuelta —la calmó su hermano, devolviéndole el abrazo.

—Tenemos que proteger a mamá.

—¿Mamá? —se preocupó Mike—. ¿Qué le ha ocurrido?

La abuela Maggie lo llevó a la habitación donde descansaba Megan.

—¡Mamá! —exclamó el joven, tumbándose junto a ella y acariciando su cara.

Megan abrió ligeramente los ojos al escuchar la voz casi rota de su hijo.

—Estás… aquí… —balbuceó ella—. ¿Qué ha pasado?

Mike miró a la abuela, sonriente.

—Una larga historia que aún no ha terminado, mamá.

Megan trató de incorporarse, pero la abuela Maggie se lo impidió.

—Sigue recuperándote, hija. Todo va bien.

—¿Y papá dónde está? ¿Cómo está su pierna? —preguntó Megan —. ¿Cuánto tiempo he dormido?

La abuela le acercó el vaso de agua que reposaba sobre la mesita de noche y la informó.

—Mucho, pero lo necesitabas. Tu padre está bien.

—Como un toro —confirmó el abuelo Jerry desde la puerta de la

habitación.

Megan asintió, feliz por volver a ver a su hijo y a su padre, sanos y salvos.

—Mike, debemos volver al desván —susurró el abuelo, haciendo una señal con las manos a su nieto.

El joven volvió a besar a su madre, a su hermana y a su abuela y se retiró.

—¿Qué demonios estáis tramando? —preguntó Megan, un poco más despierta.

Annie se sentó en la cama y agarró una de las manos de su madre.

—¿Estás preparada para escuchar una historia más que alucinante?

Megan miró a la abuela Maggie y frunció el ceño, intrigada.

Ismal, confiada, detuvo a sus tropas y dio una orden.

—¡Quiero a veinte exploradores conmigo en todo momento!

Los voluntarios frenaron las monturas cerca de su nueva jefa. Uno de ellos alzó la voz.

—Podríamos tomar las armas y salir de aquí pitando, ¿por qué hay que destruir la casa? No sabemos si los humanos tomarán represalias —comentó el vacilundio, de menos de cuarenta.

Ismal lo atravesó con la mirada y voló para colocarse justo a su lado.

—¿Tú das las órdenes? ¡No! —le gritó, enfurecida.

Acto seguido, lanzó su libélula contra el joven vacilundio y este acabó perdiendo el control y cayendo al vacío. Los demás no abrieron la boca.

—¿¡Alguno más quiere poner en entredicho mis órdenes!? —preguntó al resto. Nadie contestó—. ¡Eso me parecía! ¡Cumplid con la misión y se os recompensará!

Los datraxianos apuntaron al cielo, hacia donde estaba la nube de exploradores vacilundios, y no esperaron más. Los rayos que salían de sus armas llegaron con rapidez hasta el grupo de Ismal. Esta logró esquivarlos, pero no todos corrieron la misma suerte.

La jefa de exploradores gruñó.

—¡Nos estaban esperando! —gritó—. ¡Deshaceos de ellos!

Ismal miró hacia el tejado de la casa y distinguió, entre los listones de madera, dos pequeñas figuras muy familiares.

—Malditos traidores… —farfulló, henchida de rabia—. Son Muun y Guya. ¿Cómo sabían que veníamos?

Ismal dio orden de seguirla al grupo de voluntarios. El grueso de las tropas se abalanzó contra los francotiradores datraxianos para permitir que su jefa y los otros llegasen sanos y salvos a su destino.

Las ráfagas de rayos surcaban el cielo encontrando en su camino un lugar donde detenerse. Algunos exploradores vacilundios cayeron al suelo, pero los que no presentaban heridas, continuaron corriendo hacia la casa; unos para ponerse a salvo y otros para continuar con la misión que se les había encomendado.

Muun, montado en su libélula, miró hacia abajo y negó con la cabeza ante tan devastadora visión.

—A esto los ha conducido esa lunática de Ismal —se lamentó el explorador.

—Ellos han decidido seguirla —rebatió Guya.

—Son nuestros compañeros. Tú los conoces mejor que nadie.

Guya le dio la espalda.

—Ahora no me obedecen a mí. Yo nunca los hubiera guiado hasta este punto. Lo sabes.

A Muun le temblaron los labios debido a la impotencia.

—Tenemos que acabar con Ismal. Si ella cae, el resto dejará de luchar —dijo, deseoso de llevar la razón.

Hasta Guya llegó el sonido del aleteo incesante de un grupo de libélulas, y se giró alarmada.

—¡Cuidado, Muun!

—¿Qué tenemos aquí? ¿Dos vacilundios ayudando a los humanos? No sé qué pintáis en todo este asunto, pero no os va a quedar más remedio que rendiros o luchar junto a nosotros —declaró Ismal en tono déspota, aproximándose al tejado.

—No vas a salirte con la tuya. No te llevarás esas armas —le advirtió Muun.

La perversa y engreída sonrisa de Ismal enfureció a Guya.

—Ya veo que estáis al tanto de los planes de Voncín, pero tus amenazas no sirven para nada. ¿Acaso piensas luchar contra todos los exploradores vacilundios? Desde luego, sería muy típico de ti, Muun, caer en un error tan grave y tan suicida.

Guya montó en su libélula, miró a su compañero y asintió, decidida a llevar a cabo su cometido. Muun observó la batalla que se libraba cerca del suelo. Vio a sus antiguos compañeros luchando bajo el estandarte de una causa injusta y supo que solo había una forma de poner fin a aquella locura: Luchar.

Con una pirueta de su libélula, Muun ganó la espalda de dos de

los exploradores que los rodeaban y, sin darles tiempo para reaccionar, se lanzó contra uno de ellos, que acabó cayendo sobre el tejado de la casa.

—¡Atacad todos juntos! —ordenó la nueva jefa de exploradores, desgañitándose.

Guya intentó asestarle un golpe con su libélula para hacerla caer, pero varios exploradores se colocaron en su camino, prestos a atacar. Uno de ellos le dedicó una mirada compasiva a su antigua jefa y le habló a tumba abierta:

—Lo siento, Guya, pero tú nos enseñaste a obedecer siempre a quien nos gobierna, y esta orden viene directa de arriba.

A Guya la asquearon aquellas palabras.

—No hay nada más arriba de vuestras conciencias. Solo son órdenes, ya sabes cómo funciona esto; tú decides si las cumples o no.

Dicho aquello, el explorador, seguido por los demás, lanzó un ataque.

Ismal aprovechó para indicar a varios de los suyos que la siguieran hasta la ventana del desván. Guya y Muun, centrados en no caer de sus libélulas, ni se percataron de aquella acción.

Celodius Godonindus no caminaba de un lado a otro del desván por sentirse nervioso ni asustado, no, aquello había pasado a un segundo plano en el mismo instante en que sus ojos habían presenciado cómo Mike volvía a su tamaño natural. Se sentía un vacilundio privilegiado por haber tenido la dicha de comprobar con sus propios ojos que su especie había sido capaz de inventar algo realmente extraordinario, pero aquel pensamiento peleaba en su cabeza contra una pregunta que no le hacía sentir tan bien; ¿cómo iba a superar aquello contando solo con cachivaches inútiles que nunca funcionaban de forma correcta?

El inventor se sentó en el suelo sujetando el Rayo G1 y estudiándolo con detenimiento. Las ideas y los cálculos matemáticos embotaban su cabeza cuando un grito le obligó a esconderse.

Ismal y los suyos se colaron por la abertura del ventanal.

—¡Coged todas las que podáis y lanzadlas a vuestros compañeros! —dispuso la vacilundia—. ¡Estas armas equilibrarán la batalla!

La cabeza de Celodius, oculto tras una de las telas que cubrían los muebles del abuelo Jerry, volvió a quedar invadida por el temor y el nerviosismo. Pensaba en envalentonarse y salir a plantarles cara, pero enseguida se borraba aquella idea de su cabeza: «No eres

un soldado, Celodius, solo una mente prodigiosa», se decía a sí mismo. Pero un segundo después cambiaba de opinión: «Pero, si sales y los vences…, todos te aclamarán y volverás a vivir en las ramas del Gran Árbol, y no en ese sucio suelo». Tantas veces cambió de opinión y tantos movimientos involuntarios realizó que ni se dio cuenta del momento en que Ismal y los suyos desplazaron un poco la tela, dejándolo al descubierto. Celodius caminaba dando pasitos cortos, con la mente completamente indispuesta.

—Mirad a quién tenemos aquí, al cerebro más chamuscado de toda Brama Vacilundia —se burló Ismal—. Creo que tienes algo que nuestro nuevo gobernador quiere.

Celodius miró el Rayo G1 y lo escondió a su espalda, como si los demás no hubieran tenido tiempo aún de verlo.

—No sé de lo que hablas.

Ismal dio un paso al frente. Aquel movimiento duró justo el tiempo que tardó Celodius en terminar de tomar su complicada decisión. Con un gesto rápido, como el de un pistolero en mitad de un duelo, sacó el arma de su espalda y encañonó a la jefa de exploradores.

—Ni un paso más o te convierto en pulga —dijo, con voz trémula.

Los demás tomaron las armas que habían cogido de la estantería y apuntaron al inventor.

Ismal se detuvo, levantó las manos y sonrió.

—No puedes ganar, Celodius. Es mejor que corras a resguardarte entre tus inservibles cacharros y dejes la guerra para los combatientes, ¿no crees? —le aconsejó la exploradora.

Al inventor, aquella chispa de valentía se le apagó como se apaga una cerilla en un vaso de agua. Agachó el arma y se la ofreció a Ismal.

—Así está mejor —dijo esta.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —se atrevió a preguntar Celodius.

—¿Contigo? Nada, pero vas a dormir un poco —e Ismal le propinó un culatazo en la cabeza.

El inventor se sintió mareado y, antes de caer al suelo, exhaló un lamento:

—En… la… cabeza… no…

Con Celodius fuera de combate, si es que alguna vez estuvo dentro, Ismal dio orden de sacar las armas de allí y repartirlas. Los exploradores comenzaron a arrojarlas por la ventana, para alegría de los que se esforzaban por entretener a los tiradores datraxianos en el exterior.

Ismal tomó una de las armas y el Rayo G1 y salió al quicio de la ventana. Desde allí, alentó los suyos:

—¡Disparad contra la casa! ¡Juntad montones de pasto seco y prendedle fuego! ¡Que no quede nada!

Había enloquecido, sin duda, y muchos de los exploradores ya no luchaban por una misión, sino por el miedo que les causaba su nueva y enajenada jefa.

Cuando todas las armas estuvieron fuera del desván, Ismal disparó contra las telas que cubrían los muebles. Poco a poco, estas fueron prendiendo hasta que las llamaradas y el humo se apoderaron del lugar. Celodius seguía allí, inconsciente, pero a la jefa de exploradores no le importó. Desde luego, si aquel "gen" que transformaba a los vacilundios existía realmente, a esta le había afectado de lleno.

Ismal partió de regreso a Brama Vacilundia para entregar el Rayo G1 a Voncín, como había requerido, pero no logró pasar desapercibida. Guya y Muun, que se acababan de librar del grupo de exploradores que les había atacado, la vieron escapar.

—No podemos permitir que lleve esa arma a Voncín —dijo Muun.

—Iré tras ella. Ayuda en lo que puedas aquí, Muun. Ahora estás al mando —le ofreció Guya.

Muun asintió, preocupado.

—Ten cuidado, Ismal es peligrosa.

Guya respiró profundamente mientras subía a su libélula.

—Ahora mismo, yo también —dijo, y salió disparada.

La batalla en la parte baja de la casa se había recrudecido a consecuencia de las armas que Ismal había repartido entre los exploradores vacilundios, pero los datraxianos aguantaban en sus posiciones.

Cuando el abuelo Jerry y Mike llegaron hasta desván, el humo provocado por las telas ardiendo les impidió ver con claridad.

—¡No! —gritó el abuelo—. ¡Lo han destruido todo!

Mike observó con dificultad el suelo y vio arrastrándose a una pequeña figura. Era Celodius, que respiraba con dificultad.

—¡Tenemos que sacarlo de aquí! —dijo el joven, y puso una mano en el suelo para que el vacilundio intentara agarrarse a ella. Mike tuvo que darle un ligero empujó para ayudarlo.

Las vigas del techo comenzaron a crujir, lamidas ya por las llamas.

—Mike, debemos salir de aquí —le ordenó el abuelo, tosiendo y

con los ojos enrojecidos.

En mitad de la contienda, el coche patrulla del agente Gutiérrez se adentró en la propiedad. Bajó del coche y sus ojos se quedaron fijos en las coloridas luces que emanaban de los alrededores de la casa, y cuando intentó tomar la radio para avisar a su comisaría de que algo raro estaba ocurriendo, varios vacilundios lo sobrevolaron.

—¡Es uno de esos humanos! —gritó uno—. ¡No dejéis que escape!

El agente Gutiérrez no pudo verlos, pero sí sintió a las libélulas abalanzarse contra su cara. Cerró los ojos y corrió en dirección a la casa.

Cuando echó la vista atrás, vio las mismas luces impactar contra su coche. Las ruedas estallaron, los cristales se resquebrajaron y del radiador comenzó a salir un sospechoso humo blanquecino que indicaba peligro. Segundos después, el coche estalló.

—¡Agente, no deje de correr! —escuchó este desde la casa.

Era la abuela Maggie, que lo había visto venir. El policía no tardó en hacer caso y dirigirse hacia ella, pero varios de los rayos lo alcanzaron justo donde la espalda pierde su nombre.

—¡Auch, quema! —gritó.

—¡Tranquilo, ya está a salvo! —lo calmó la abuela, cerrando la puerta tras poner al agente a salvo—. Una cosa: Mi marido y mi nieto ya han vuelto, y ni se le ocurra hacer preguntas, solo ayude en lo que pueda.

Gutiérrez, frotando su afectada nalga, se sintió en medio de una película cuyo principio se había perdido.

El abuelo Jerry bajó a toda prisa las escaleras, gritando:

—¡Fuego! ¡Hay fuego en el desván!

El humo ya se deslizaba escaleras abajo como si estuviera vivo. Una niebla intensa y tóxica comenzó a apoderarse de toda la casa.

—¡Intente llamar a los bomberos! —gritó el agente Gutiérrez.

La abuela Maggie descolgó el teléfono y marcó el número de emergencias, pero no había tono.

—¡Maldita sea! —se desesperó—. ¡Han debido dañar los cables!

—No podemos permanecer aquí o moriremos asfixiados —dijo Megan, saliendo de la habitación en compañía de Annie.

—No puedo respirar —dijo la pequeña.

Un gran estruendo paralizó a todos.

Parte del tejado se había venido abajo, devorado por las llamas.

—¡Tenemos que salir de inmediato o la casa se nos vendrá encima! —gritó el abuelo.

El agente agarró a Annie y se encaminó hacia la puerta. La pequeña tosía a causa del humo.

Mike los siguió, sujetando al desmayado Celodius entre sus manos.

—Aguanta, amigo, pronto saldremos —le susurró.

El vacilundio ni se inmutó.

Cuando la abuela Maggie abrió la puerta, dos datraxianos se acercaron para cubrirlos. El agente Gutiérrez no supo si aquello era bueno o malo.

—¿Qué demonios son esas cosas? —preguntó, sin esperar que nadie le diera una respuesta tranquilizadora.

—¿¡Qué parte de “no preguntes” no has entendido!? —le respondió la abuela a viva voz.

Todos corrieron hacia el cobertizo. Allí estarían a salvo del humo y de las llamas, pero no por demasiado tiempo.

17

HAGA ALGO SR. RAMALTA

Perro hacía ya rato que sobrevolaba el bosque sin resultados. Rasly, que ya había estado alucinando un rato entre tanto aparato y tantas luces de colores, observaba el exterior desde la ventana transparente que hacía las veces de luna delantera. Aquello era mejor que volar en una libélula, sin desmerecer a los bichos, pensó este en algún momento.

—¿Dónde se escondería vacilundio asustado? —preguntó *Perro*.

Rasly dudó.

—Hum… Tal vez en alguna madriguera abandonada, aunque no sería demasiado seguro, pues animales de la misma raza suelen volver a ellas. No sé, hum…, ¿no detecta nada ese chisme que dices que sirve para encontrar cosas?

Perro no contestó de inmediato.

En una de las pantallas apareció una luz parpadeante.

—Tenemos actividad vacilundia cerca, pero visibles no parecen —dijo el datraxiano.

—Seguro que llevo razón en lo que te he dicho.

—¿Y cómo haría un vacilundio para sacar a otro vacilundio de debajo de tierra sin emplear fuerza?

Rasly pensó.

—Si hallamos la entrada, yo podría encontrarlos.

Perro trasteó los controles y activó un mapa de relieve terrestre. Pronto dieron con varios puntos que parecían boquetes en el suelo.

—¿Cuál entrada podría ser la que nosotros buscando?

El joven Nimkus ojeó la pantalla en la que se dibujaba el mapa en el que continuaba brillando la luz que indicaba la posición de los vacilundios, siguió con la mirada los diferentes caminos del subsuelo y trazó una corta ruta hasta la salida más cercana.

—Ese —confirmó Rasly—. Están cerca de una salida y, además, esa luz no se mueve. Tal vez estén ahí por miedo a salir al exterior.

—Nosotros iremos, entonces —dijo *Perro*, poniendo en marcha la nave.

En el cobertizo, la familia Sanders y el agente Gutiérrez habían atrancado la puerta de forma que no pudiera abrirse desde el exterior, pero la preocupación iba en aumento. La saña con la que habían visto emplearse a los exploradores vacilundios les invitaba a pensar que, cuando terminasen con la casa, el cobertizo sería el siguiente objetivo.

Mike dejó a Celodius en un lugar seguro, ante la anonadada mirada de Megan y el policía.

—Pero esto es imposible —dijo Megan—. ¿Cómo pueden existir criaturas así y que nunca hayan sido avistadas?

La abuela Maggie tosió, deliberadamente.

—En realidad, sí que las hemos visto antes —admitió—. Hace años que tu padre y yo venimos observándolas, pero nunca se habían comportado de esta forma tan violenta. Y nosotros nunca les hemos hecho nada.

—Es por esas armas, ya os lo dijimos —añadió Mike—. Los vacilundios no son así, al menos no todos. Ellos me ayudador a volver —explicó, señalando a Celodius—. Viven en paz y son civilizados, pero los escuché hablar de que varios de ellos se habían hecho con el poder.

Patidifuso, el agente Gutiérrez se atrevió a preguntar.

—¿Es ahora buen momento para que alguien me explique todo lo que está ocurriendo, o aún tienen que suceder más cosas?

La abuela Maggie se le acercó, con lágrimas en los ojos a causa de la pérdida de su casa.

—Disculpa si antes he resultado un tanto grosera, pero ya has visto la que hay organizada ahí fuera. Creo que todo se resume en que estamos en medio de una batalla entre fuerzas extraterrestres, pero no sabemos mucho más de lo que Mike y algunos de esos pequeños seres nos han contado. —Al terminar de decir aquello, rompió a llorar.

El abuelo Jerry corrió a consolarla.

—Tranquila, querida, saldremos de esta y reconstruiremos nuestra casa —le dijo, mientras se la llevaba hasta una zona tranquila y la sentaba en un paquete de paja.

—Lo hemos perdido todo, Jerry… —le contestó ella, balbuceando.

Mike se acercó a una manguera que colgada de la pared de madera y la conectó a un rudimentario grifo que había junto a la entrada.

—Deberíamos empapar este lugar para que no prenda con facilidad, así ganaremos tiempo hasta que Rasly y ese otro

extraterrestre encuentren al alcalde —propuso el joven.

—¿Y ese alcalde puede detener todo esto? —se interesó Annie.

—No lo sé, nunca lo he visto, pero, si ellos creen que puede, es la única esperanza que nos queda.

Muun, que había huido de la batalla, entró al granero por la separación existente entre los listones y voló hacia la parte baja.

—¡Ha entrado uno! —gritó Megan.

Muun esquivó los aspavientos de algunos de los humanos y acabó posándose sobre el hombro de Mike.

—¡Soy Muun! —le gritó el vacilundio, lo más cerca que pudo del oído.

Mike le colocó cerca la palma de su mano para que este subiera, ante la desconfiada mirada de su madre y del agente Gutiérrez, que ya había desenfundado su pistola reglamentaria.

—Tranquilos, este es de los buenos —los frenó Mike.

—¿Seguro? —inquirió el agente.

Muun lo desafió con su pequeña mirada, aunque Gutiérrez no pudo verla con detalle.

—Sí, soy de los buenos, pero, si yo he logrado entrar, los demás lo harán de igual manera. Es una suerte que esos "*cabezas negras*" (obviamente se refería a los datraxianos) estén aguantándolos ahí fuera. Aunque no creo que puedan…

Una explosión alarmó a todos los del granero.

—¿¡Qué ha sido eso!? —preguntaron varios a la vez.

Se asomaron a uno de los huecos y vieron una gran llamarada proveniente de las cercanías de la casa. Una nube de humo de colores cambiantes se alzó hacia el cielo, y restos de chatarra sobrevolaron los aires desintegrándose antes de tocar el suelo, provocando una fina lluvia de polvo incandescente. El cielo se oscureció alrededor de la granja.

La nave de *Perro* fue descendiendo hasta el punto del mapa que marcaba la entrada de la madriguera. Rasly fue el primero en bajar.

—Espera aquí —le pidió al datraxiano.

Perro observó a lo lejos. La nube de humo colorido proveniente de la zona de la granja le obligó a comunicarse con los miembros de su equipo para saber qué estaba ocurriendo, aunque él ya se hacía una idea.

El datraxiano habló en su idioma (que yo traduciré para tu comodidad):

—Aquí nave de exploración DALF495. Solicito información sobre la misión “Defensa de la zona humana”.

No recibió respuesta.

—Repito. Aquí nave de exploración DALF495. Solicito información sobre la misión “Defensa de la zona humana”.

Esta vez, una voz sonó entre interferencias:

—Hemos ffff perdido la ffffff DALF272. La nave fff volado en ffff pedazos. Los vaciluffffff están ganando. Solicitamos apoyo ffff.

—Aguantad en la zona. Procedo a solicitar apoyo a Estación Orbital Libor 1. Repito: Aguantad en la zona —comunicó *Perro*.

Mientras tanto, Rasly se había adentrado en el agujero del suelo y gritaba el nombre del alcalde y todos sus acompañantes.

—¡Señor Ramalta! ¡Pip!

Una voz no muy lejana, y que parecía provenir del interior de una tinaja, le respondió:

—¡Aquí! ¡Ayuda!

Rasly corrió agujero adentro. La visibilidad no era muy buena, pero, dado que los ojos de los vacilundios se adaptan bien a los diferentes tipos de luz, gracias a sus brillantes iris, no tuvo demasiados problemas para contemplar una imagen que le hizo abrir la boca de par en par. El pomposo trasero del alcalde estaba aprisionado en un pequeño agujero, taponando lo que parecía el lugar por el que los demás debían salir.

—Pero…, señor alcalde, ¿qué hace ahí? —preguntó Rasly, intentando no reírse.

Desde el otro lado, le llegaron voces.

—¡Se ha quedado atrapado! ¡Empuja desde ahí, seas quien seas! —escuchó, sin identificar a quien gritaba.

—¡Soy Rasly Nimkus y he venido a ayudaros!

El joven Nimkus miró de nuevo el trasero del alcalde y acercó sus manos, sin llegar a tocarlo. Sus dedos estaban nerviosos, y es que tocar el glamuroso y enorme trasero de Brinsen Ramalta no le apetecía demasiado. Pero cerró los ojos y se dejó llevar.

Dos gestos se produjeron a la vez: la cara de sorpresa del alcalde al sentir las manos de Rasly en sus posaderas, y la de Rasly arrugando los ojos y tratando de contener el aliento mientras empujaba.

—Señor… Ramalta…, haga usted algo —pidió el joven vacilundio.

Un cosquilleo intestinal acudió al alcalde.

—¡Cuidado ahí atrás! —gritó este.

Y justo después, un sonido muy característico hizo que Rasly callera de espaldas.

—¡No me refería a ese tipo de “algo”, señor Ramalta!

Desde el otro lado, un grupo de carcajadas se dejó notar.

Rasly, enojado, rebuscó por el suelo. Tentó un trozo de raíz que sobresalía de la tierra y lo arrancó de cuajo. Era largo y fino. Lo movió por el viciado aire de la cueva en varias oraciones y miró el trasero del alcalde.

—Señor Ramalta, va a sentir usted un leve pinchazo, no se sobresalte —avisó el joven Nimkus.

Tras decir aquello, alzó la mano y…

—¡Aaaauuuchh! —se escuchó quejarse al alcalde, que, sin saber cómo, salió despedido del agujero que lo mantenía atrapado.

Rascándose las posaderas, el alcalde miró con muy malas intenciones a su liberador.

—Me has azotado, Nimkus. Ya hablaremos de eso tú y yo —masculló Brinsen.

Los demás salieron de la cueva como poseídos por las ganas de respirar aire fresco. Nabiruh fue el primero.

—Ñaarg —gruñó, a modo de agradecimiento, y se dispuso a agrandar el agujero.

—Ahora podrán salir usted y su esposa, señor alcalde —dijo Pip.

Rasly se acercó a Maanda.

—¿Cómo diantres se ha quedado atrapado así? —le preguntó.

Maanda resopló.

—Quiso salir de culo y…

—Vale, ya me lo imagino.

Una vez fuera del agujero, todos se sentaron en el pequeño claro que quedaba justo al frente.

—¿Qué haces tú aquí, Rasly? Te hacía con Muun, Celodius y el humano —se interesó Maanda.

Rasly se echó las manos a la cabeza.

—¡Casi me olvido! Tengo que presentaros a un amigo. Esperadme un momento —dijo, y se marchó.

Brinsen Ramalta miró a Maanda con una ceja alzada.

—¿He escuchado “con el humano”? —preguntó este.

—Sí, y es muy poderoso; es un mago —intervino Pip.

Brinsen frunció su musgoso entrecejo sin comprender nada.

—Es una larga historia, señor alcalde, pero podríamos resumirla en que los vacilundios han tenido su primera toma de contacto con los… humanos —resumió la consejera.

—Vaya, no teníamos bastante con Voncín, que ahora se meten los humanos —se quejó Curneli—. Debe ser algo que hay en el aire de este planeta, que nos afecta de tal forma que siempre tenemos que andar metidos en líos.

Rasly regresó corriendo.

—Disculpadme. Procedo a las presentaciones, pero antes tengo que pediros que estéis calmados, en especial usted, señora Ramalta. —Rasly se volvió hacia la vegetación—. Este es… *Perro*, si no me equivoco. Todo lo demás es tan lioso que mejor que lo habléis con él cuando esto acabe.

Perro dio la cara. Bueno, mejor dicho, la esfera negra que le hacía las veces de cabeza.

—Ñaaaarg —se pronunció Nabiruh, curioso.

Cuando los vacilundios vieron al datraxiano, tan grande, tan oscuro, tan raro, tan quieto y tan amenazante, todos tragaron saliva a la vez. Solo Brinsen sintió un ligero escalofrío que le recorrió de arriba abajo cuando recordó lo de la señal de Celodius.

—¡Ahhh, un Farean! ¡Socorro! —gritó, y se escondió en el regazo de su señora esposa.

—Ñaaarg —gruñó el murxing, adoptando una pose de ataque.

—Tranquilo, amigo —intentó calmarlo el joven Nimkus.

Perro se agachó junto a Rasly y le preguntó algo al oído:

—¿Y cuántos vacilundios dices que habitan en planeta Tierra?

Rasly se rascó una sien.

—Puede que seamos más de mil, aunque mi fuerte no es contar —contestó, finalmente—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Oh, por nada especial. Solo quiero saber cuántas veces más voy a tener que explicar que *Perro* no es un Farean.

El alcalde lo escuchó.

—¿No eres un Farean? ¿No vienes a destruirnos? —preguntó.

—Ni lo es ni viene a destruir nada. Somos nosotros los que estamos a punto de provocar una guerra intergaláctica. Bueno, nosotros no, Voncín y sus secuaces, en todo caso —se apresuró a mediar Rasly—. Y este grandullón y los suyos —señaló a *Perro*— nos van a ayudar.

Brinsen se recompuso y se acercó con sumo cuidado al datraxiano, lo exploró sin disimulo y, con una confianza repentina, le propinó un tortazo de bienvenida en las botas.

—¡Los amigos de mis amigos son mis amigos! ¡Bienvenido a nuestra humilde morada! —soltó, alegremente.

Perro, fiel a su estilo, ni se inmutó.

—Vayamos a por ese traidor de Voncín y démosle su merecido

—añadió, excitado, el alcalde.

Rasly frenó sus ansias.

—No, hemos venido a buscarle porque tiene usted que ayudarnos a detener la locura de Ismal. Ella comanda ahora a los exploradores y va a cometer una locura contra los humanos. Voncín quiere las armas que hay en la casa, y nuestros amigos están tratando de impedírselo, pero son minoría.

—La casa humana ha caído —informó *Perro*.

Rasly cerró la boca y agachó la cabeza, afectado.

—¿Y nuestros amigos? —preguntó.

—En peligro.

Nabiruh se acercó a la entrada de la madriguera por la que había guiado a los vacilundios para salir de la Ciudad Camuflada sin ser vistos y miró atrás, hacia todos, con gesto serio.

Maanda activó al Gran Maestro para poder entender al murxing, pues dedujo que este quería decir algo importante.

—Ñarg —dijo Nabiruh, y se adentró en la cueva.

—¿Qué ha dicho? Parece ofuscado —preguntó la consejera.

«Ha dicho: Volveré», se escuchó desde el antiguo Sistema de Localización Intergaláctico, Modelo SLI-58.

En aquel mismo momento, llegando a la Gran Barrera, Guya estaba a punto de dar caza a Ismal. Cuando la tuvo a tiro, embistió a la libélula de la nueva y desquiciada jefa de exploradores. Ismal aguantó.

—¡No te toca ganar esta vez, Guya! ¡No quiero hacerte daño, pero si me obligas…!

Guya volvió a lanzar su libélula hacia Ismal, pero esta vez no logró alcanzarla.

—¡No te saldrás con la tuya, Ismal, entrégame esa arma y ordena a los exploradores que vuelvan a Brama Vacilundia! ¡El plan de Voncín no saldrá bien, él cree que el humano que llevaste a la ciudad es un Farean! ¡Él planeó todo esto para que invadieran la Tierra y dejarla en manos de esos seres que destruyeron nuestro planeta, pero ellos ya no existen! ¡Su sueño acabará en cuanto liberemos a Brinsen, y si tú sigues apoyando a ese traidor de Voncín, compartirás su destino!

Ismal miró hacia el frente, negando con la cabeza.

—¡Mientes! —gritó—. ¡Solo quieres recuperar tu puesto!

Luego, apuntó con su arma hacia Guya y apretó los dientes, rabiosa.

—No lo hagas, Ismal. No estoy mintiendo. El plan de Voncín ya

ha fracasado. Ese Rayo que llevas contigo solo nos meterá en más problemas. Debemos entregar esa arma y todas las demás a los datraxianos para que no vuelva a ocurrir esto. Podemos vivir en paz en este planeta, como lo hemos hecho siempre.

Ismal apretó el disparador y un rayo fue a parar directamente a una de las alas de la libélula de Guya. El insecto comenzó a volar de forma dificultosa, hasta que comenzó a caer en picado.

En el claro del bosque, Maanda miró al cielo.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando a algo que descendía en caída libre.

Pip entrecerró los ojos para enfocar la vista y lo vio con claridad.

—¡No! —gritó.

Al vacilundio se le encogió el corazón.

—¡Es Guya! —exclamó, y echó a correr hacia donde creía que caería el cuerpo de la exploradora.

Rasly llamó la atención de *Perro*.

—Tienes que hacer algo. No sobrevivirá a esa caída —le rogó.

Y vaya si hizo algo el datraxiano. Controló su nave a distancia y la desplazó hasta el punto exacto en el que iba a caer Guya, creando un campo de energía para amortiguar el impacto. Pero, para ser justos, aunque el mérito de aquel rescate pesase sobre *Perro*, no se debería quitar valor a la acción realizada por Pip, que, tras ver a su "amada" Guya a punto de espachurrarse cual fruta madura contra el suelo, fue el que más empeño puso en salvarla. El vacilundio había corrido y corrido sin cesar hasta que vio a la exploradora a poco más de medio metro del suelo, distancia que un vacilundio considera suficiente para realizar una hazaña memorable o para que todo acabe en catástrofe. Pip, con agilidad, trepó por la alta hierba, saltó sobre la misma para impulsarse y salió despedido hacia el cielo, agarró a Guya de su cinto y se colocó de espaldas, con ella encima, para amortiguarle el impacto, a sabiendas de que iba a doler. Pero allí estaba la nave datraxiana, robando todo el protagonismo a un épico Pip, y llevándose los aplausos del resto de vacilundios.

Guya, dolorida por la tensión de la lucha, quedó tumbada sobre suelo. El musgo de su cuerpo lucía apagado, casi sin vida, y le costaba hablar con el tono imperante que siempre le salía de forma natural. Además, se le notaba que haber perdido la lucha con Ismal

la había hundido emocionalmente.

—Ismal tiene el Rayo G1 y va a entregárselo a Voncín… —susurró, decaída.

—No podemos permitir que ese traidor se haga con un arma tan poderosa —gruñó Maanda.

Pip se arrodilló junto a Guya, más serio de lo que nunca se le había visto.

—Si mi jefa de exploradores da la orden, partiré de inmediato hacia Brama Vacilundia e intentaré frenar a Ismal. Nada me apetece más que eso ahora mismo —se ofreció—. Bueno…, tal vez esa cena…

—¡PIP! —le llamó la atención Maanda.

—Vale, vale —se resignó el vacilundio.

—Es tu momento, Pip —dijo Guya, sujetándole una mano—. Tal vez ese sea tu destino, el que ninguno de nosotros ha querido creer nunca. Yo he fracasado, pero si alguien puede detenerla, ese eres tú.

Aquellas palabras emocionaron a todos los presentes, en especial a uno. Maanda se dio la vuelta para evitar que los demás vieran como sus brillantes lágrimas le inundaban el rostro.

Perro, que no llegaba a entender las emociones de esa forma tan sensiblera, se agachó junto a Brinsen para apremiarlo.

—Personalidad vacilundia, debemos partir con premura hacia zona humana. Todos dependen de ti —dijo.

—Pero ya sabéis que ellos me traicionaron. Se pasaron al bando de Voncín —lloriqueó Brinsen.

Curneli le tiró de una de las diminutas hojas que brotaba de su enmarañado pelo.

—Esa no es la actitud de un alcalde, debes recuperar tu lugar —le riñó.

—Su esposa tiene razón, señor Ramalta —la apoyó Maanda—. No todos los exploradores vacilundios están con Voncín, solo cumplen órdenes de Ismal. Si usted da un golpe sobre la mesa, seguro que muchos de ellos recuperarán la cordura y les darán la espalda a los golpistas.

Brinsen agachó la cabeza, lleno de dudas.

—Pero… ¿y si no funciona?

—Entonces, U.C.P.I. tomará cartas en asunto, destruirá todo resto de vida vacilundia y este planeta seguirá adelante —se sinceró *Perro*.

Rasly miró arriba y clavó su mirada en el casco oscuro del datraxiano.

—Eso es lo que ibais a hacer, de todas formas —le espetó el

joven.

Perro no supo qué contestar, pero dentro de aquella esfera que tenía sobre los hombros sabía que aquella opción era injusta. Había visto a aquellos seres ayudar a los humanos, los había visto ayudarse entre ellos, sufrir y luchar por recuperar la cordura. No podía obviar nada de aquello.

—Yo no dicto órdenes, pero informe mío no puede vincular "AMENAZA" a toda una raza como la vuestra. Si todo sale correcto, intercederé por vacilundios ante mando de la U.C.P.I. Pero no sé si tendrán compasión de vacilundios genéticamente afectados.

Brinsen puso cara de "¿eso qué es lo que es?

—No se asuste, alcalde —lo tranquilizó Rasly—. Al parecer, los vacilundios terrestres nos hemos perdido muchas cosas desde que nuestros antepasados se estrellaron aquí. Parece que al final no somos tan pacíficos como creíamos, debido a un "gen defectuoso" o algo así, siempre según la versión que *Perro* nos ha contado, y que tiene pinta de ser cierta, a juzgar por la que han organizado Voncín y compañía.

El alcalde apretó los puños y sus irises se colorearon de un rojo fuego.

—Vayamos pues. Ya me contaréis los detalles por el camino.

Ismal, que lo había observado todo desde las alturas, frunció el ceño.

—Una nave funcional… Esto promete —murmuró, antes de continuar su camino hacia Brama Vacilundia.

18

PIP “EL ELEGIDO”

En la Plaza Alta de Brama Vacilundia, Voncín acababa de transmitir a los habitantes de la Ciudad Camuflada que, desde aquel mismo instante, el nuevo gobierno relevaría a Brinsen y su consejo de todas las funciones. Un murmullo de preocupación se paseó entre los asistentes.

Temdur Nimkus, padre de Rasly, escuchaba con inquietud todo cuanto Voncín decía, pero algo más le preocupaba; era su hijo, que no había vuelto en toda la noche.

Ismal sobrevoló la zona, antes de aterrizar tras el estrado desde el que hablaba Voncín.

—Por tanto, una nueva era comienza para los vacilundios. No habrá nuevas ciudades, pues nuestro lugar no está en este planeta. Partiremos hacia nuevos mundos y poseeremos el nuestro propio, uno donde no tengamos que escondernos para sobrevivir —comunicó el golpista.

—Pero eso no es posible. Llevamos siglos aquí, y no disponemos de medios para salir del planeta. Y, por el Gran Árbol, no queremos marcharnos, es nuestro hogar —gritó alguien desde el alterado gentío.

Voncín pidió calma agitando las manos.

—Por eso necesitamos ayuda. Serviremos el planeta en bandeja de plata a otros seres de los cuales nos beneficiaremos. Será nuestro pago para volver al espacio. Nuestra nueva jefa de exploradores tiene a buen recaudo a una de esas criaturas que nos ayudará con tecnología y fuerza bruta. —Ismal, que escuchaba con atención, tragó saliva, recordando las palabras de Guya—. Adelante, exploradora.

—Esto…, he traído lo que me encomendó, y hemos cumplido la misión en la casa humana —dijo esta, con timidez.

—Sí, sí, eso está muy bien, pero ¿dónde está el Farean? —se impacientó Voncín.

Ismal tragó saliva.

—Verá…, me temo que hubo un pequeño malentendido sin importancia cuando debatimos sobre “esa criatura” —masculló sin apenas abrir la boca.

Voncín sonrió hacia el público, que aún no había pillado el argumento de la película que tenían ante sus ojos, y, agarrándola de un brazo, la llevó a un lado.

—¿Qué quieres decir con “pequeño malentendido”? —inquirió el golpista.

A Ismal se le escapó una sonrisa nerviosa que Voncín cortó de un zamarreo.

—Pues que aquella criatura de la que yo hablaba no era la que usted esperaba, sino un humano que Pip encogió… Pero hay algo peor.

La cara de Voncín se llenó de palidez. El musgo de su cuerpo se ennegreció.

—¿Peor? —preguntó, sin demasiadas ganas de descubrir la respuesta.

—Sí. Al parecer, esas criaturas que usted esperaba ya no existen. —Ismal hizo una pausa, respiró profundamente y terminó de soltar lo que restaba—: Y el alcalde y los demás presos están libres. Los he visto en el bosque.

La exploradora cerró los ojos con fuerza para aguantar el chaparrón.

—¡Maldita inútil! —explotó Voncín—. ¿¡Por qué no me lo dijiste antes!? ¡Ahora nunca lograremos salir de este apestoso planeta!

Ismal dibujó una media sonrisa en su cara.

—Tal vez no todo esté perdido, señor Voncín. Si lo que desea es abandonar el planeta, puede que aún tenga una oportunidad.

El vacilundio frenó en seco su colera.

—¡Habla! ¿De qué se trata?

Ismal le acercó el Rayo G1.

—Hay una nave que se dirige en estos momentos hacia la casa humana… Puede que su plan no haya salido tan mal, a fin de cuentas. Usted ya sabe de lo que es capaz esta arma. Si la usa para crecer…

Voncín tomó el Rayo G1 entre sus manos y comprendió la idea de Ismal, de inmediato.

—Ningún humano podrá detenerme si la utilizo a máxima potencia. ¡Esa nave y yo seremos tan grandes como nos plazca! —pensó este en voz alta, terminando con una carcajada enloquecida que heló a todos los presentes, provocando una histeria colectiva.

—¿Qué es eso que se mueve entre el pasto? —preguntó Rasly,

mirando por la abertura transparente de la nave.

Todos se acercaron a observar mientras *Perro* disminuía la velocidad.

—Parece como si estuviera vivo —comentó Brinsen.

—Se dirige hacia la casa humana —señaló Rasly.

—Se intuyen formas de vida —informó *Perro*—. Seguiremos.

Y así lo hizo.

Durante un buen rato, la nave sobrevoló los campos de los Sanders sin perder de vista aquella especie de ola que avanzada por las espigas sin descanso. Desde allí arriba, se podía distinguir de forma más clara el humo de colores que emanaba de los restos de la nave destruida.

—Debemos idear un plan para que las palabras del alcalde tengan más impacto sobre los exploradores vacilundios —sugirió Rasly—. No sé… Tal vez, si pudieras aumentar su voz y que resuene por toda la zona…

Perro tuvo una idea mejor. Pero la inminente llegada de la ola que avanzaba por el pasto le obligó a cambiar de tema.

—Yo no sé qué es eso que avanza, pero pronto vamos a descubrir —avisó.

En el suelo, el movimiento se detuvo justo antes de llegar a la última línea de espigas. Los exploradores vacilundios se dividieran en dos; unos para continuar debilitando a los datraxianos e intentar llegar hasta los Sanders y otros para curiosear lo que se acercaba desde los campos.

Nabiruh surgió de entre los troncos de las espigas, con cara de pocos amigos.

—¡Ñaarg! —gruñó en dirección a los vacilundios que volaban no muy lejos del suelo.

El murxing alzo uno de sus enraizados brazos y volvió a repetir el grito.

Uno de los vacilundios no pudo evitar soltar un comentario burlesco, que provocó las risas del resto.

—Mirad, un murxing salvador. Criaturita…

Nabiruh emitió un tercer gruñido, este mucho más fuerte y desgarrador, y bajó el brazo hasta que quedó señalando a los vacilundios.

Fue inmediato. En las espigas, cientos de murxings gruñeron al unísono. Cuando Nabiruh echó a correr hacia los exploradores, con los ojos encendidos y su dentaba boca abierta de par en par, todos los murxing fueron tras él.

Las caras de los vacilundios eran un poema. No sabían si aquello iba en serio o no, pero sí eran conocedores de que una mordedura de murxing podía llegar a doler mucho. Nerviosos, intentaron hacer ascender a sus libélulas, pero ya era tarde. Los murxings, más veloces y ágiles, saltaban sobre ellos y los hacían caer al suelo, uno a uno, sin piedad. Un sonido muy característico se multiplicó, inundando el aire: «¡AAUUCH!»

—¡Es Nabiruh y sus murxings! —gritó Maanda, radiante de felicidad—. ¡Dijo que volvería, y lo ha hecho!

—Y vaya si lo ha hecho… —añadió Curneli—. No tenía ni idea de lo que eran capaces de hacer esas criaturas… Sin duda, merecen una distinción por esta labor.

Brinsen miró a su esposa con ganas de decirle: «Aparca por un momento la diplomacia y céntrate en lo que realmente importa», pero se contuvo. El carácter de Curneli no era algo contra lo que uno pudiera envalentonarse sin antes pensarlo dos veces.

—Personalidad vacilundia —comenzó a decir *Perro*—, colóquese frente a este dispositivo —señaló hacia un brazo mecánico que emitía rayos anaranjados— y dirija su mensaje a los vacilundios.

Brinsen y los demás no comprendieron de qué forma podría ayudar el alcalde sin mostrarse en persona a los exploradores, pero tampoco entendían muchas otras cosas de las que estaban sucediendo, así que se dejaron guiar.

Cuando el alcalde se posicionó, los rayos anaranjados escanearon su cuerpo durante unos segundos. *Perro* marcó un lugar concreto en el mapa, cerca de lo que quedaba de la casa en llamas, y le dio orden de comenzar.

Brinsen no podía verlo, pero entendió, por las asombradas caras de los demás, que algo muy gordo estaba pasando en el exterior.

Justo sobre la casa de los Sanders, en medio de las llamas, una imagen holográfica del alcalde se alzó imponente y abrumadora, proyectada por la nave.

—Vaya cosa más molona —exhaló Rasly, impresionado.

—¡Eso se llama hacerle justicia a mi marido! —exclamó Curneli.

Maanda solo sonrió, orgullosa de volver a ver a su querido alcalde en un pedestal, aunque este no fuera nada más que una casa ardiendo.

Cuando Pip se acercó a la entrada del Gran Árbol, los vecinos de

la Ciudad Camuflada, que huían poseídos por un terror irracional, le impidieron entrar.

Pip lanzó una pregunta al aire:

—¿Por qué corréis todos?

Temdur Nimkus, el padre de Rasly, se detuvo a su lado, tratando de recuperar el aliento.

—Es monstruoso —exhaló como pudo—. Voncín Cuatrededos se ha convertido en un vacilundio monstruoso, él y Tom Agualago.

Pip, aun siendo tan corto de entendederas, supo que todo aquello se debía al Rayo G1.

—¿Dónde están ahora? ¿Está Ismal con ellos?

Temdur lo miró extrañado.

—¿Es que estás ciego? Mira hacia arriba.

Pip alzó la vista y ladeó la cabeza. Para él, ver seres extremadamente altos no era ninguna novedad, ya que estaba acostumbrado a ver humanos de forma continuada, pero lo que contempló lo dejó frío. Voncín Cuatrededos y Tom Agualago descendían por el exterior del Gran Árbol a buen ritmo.

—Son… enormes —balbuceó Pip, tembloroso.

Y no le faltaba razón. Los golpistas triplicaban la altura media de un humano adulto.

Voncín y Tom saltaron para terminar sobre el suelo, cerca de los barrios del suelo de Brama Vacilundia. Un ligero temblor de tierra, acompañado de un sonoro estruendo y una lluvia de hojas provenientes de la copa del árbol, lo sacudió todo. Los habitantes de los barrios del suelo corrieron para ponerse a salvo. Pip permaneció inmóvil junto a Temdur, mientras los enormes vacilundios se perdían en el bosque, en dirección a las tierras de los Sanders.

—Todo esto es culpa de Ismal —murmuró Pip.

—Así es —confirmó Temdur—. Ella llegó con esa arma y todo se salió de madre. Vi cómo les disparaba con esa cosa y ellos crecían de inmediato. Muchos seguidores de Voncín corrieron aterrados, dándole la espalda. Ella sigue arriba y es peligrosa, incluso nos amenazó con convertirnos en pulgas vacilundias. Debemos abandonar la ciudad ante esta locura.

—¿Abandonarla? ¿Y adónde iríamos? —Pip miró a la cima del Gran Árbol y respiró profundamente—. Este es nuestro hogar, el único que hemos conocido. Y no solo este árbol, también este planeta, que puede que tenga cosas que dan mucho miedo, pero aquí hemos nacido y crecido. Solo por eso, deberíamos intentar defenderlo.

Un grupo de vacilundios se acercó e hizo un corro alrededor de

Pip, atraídos por sus palabras.

—Pero… no podemos hacerle frente a Voncín y a Tom —se lamentó uno—. Ya lo teníamos difícil antes, cuando eran de nuestro tamaño, imagínate ahora.

Pip dio un paso al frente.

—Sí, son grandes, muy grandes, pero podemos aportar nuestro granito de arena apresando a Ismal. Sin ella, nada de esto hubiera ocurrido.

Más vacilundios se unieron al corro.

—¡Sí, debe pagar! —gritó otro vacilundio recién llegado.

Pip se acercó a la entrada del Gran Árbol y se volvió hacia la muchedumbre que se había reunido frente a él.

—Yo no soy un buen líder, ni tampoco demasiado inteligente, pero sé que Ismal no es tan valiente cuando está sola. Y ahora lo está. ¿Quién vendrá conmigo?

Temdur Nimkus, sin pensarlo, dio un paso al frente.

—Yo iré —dijo.

Siendo honestos, Temdur pensó que, tras su decisión, los demás vacilundios presentes se irían sumando, pero aquello no ocurrió. Se dio media vuelta y los recorrió con la mirada.

—¿De verdad ninguno más va a venir? —preguntó.

Nadie contestó. Unos agacharon la cabeza, otros comenzaron a silbar, y algunos se dieron media vuelta y se fueron en busca de un lugar donde ocultarse.

—Bueno, mejor dos que uno, ¿no crees? —se conformó Pip.

Temdur se encogió de hombros, resignado.

Ambos vacilundios entraron dentro del Gran Árbol con un único pensamiento en la cabeza: «Esto es una locura».

En la granja, todos los exploradores vacilundios se habían quedado paralizados al ver el gigantesco holograma de Brinsen Ramalta. Los murxings tomaron aquello como una rendición y cesaron sus mordiscos.

«Oh, es el alcalde», se escuchó aquí y allá.

Todos ordenaron a sus libélulas que aterrizasen y, una vez en el suelo, se inclinaron ante la figura que emanaba del fuego, rozando con sus frentes en la tierra.

El plan de *Perro* para captar la atención de todos a la vez había funcionado, ahora solo faltaba que el alcalde hiciera su parte. Y así fue.

—Vacilundios, habéis sido guiados hasta aquí por la locura de algunos de los nuestros, pero es hora de recuperar la cordura. Yo, como alcalde de Brama Vacilundia, elegido democráticamente por todos vosotros, os ordeno que detengáis este ataque de inmediato. Los vacilundios y los humanos siempre hemos vivido en paz, cada uno ocupando su lugar en este planeta. Nunca hemos recibido ofensa alguna por parte de ellos, y nos hemos beneficiado de lo que dejaban a nuestro alcance. Hemos aprendido su idioma y adoptado gran parte de sus costumbres, y eso es suficiente para que entendamos que podemos convivir con ellos de forma pacífica. —Los Sanders, que escuchaban el mensaje desde el cobertizo, se buscaron con la mirada los unos a los otros, rezando porque aquello fuera suficiente para detener aquella batalla. Los datraxianos se acercaron a los vacilundios que permanecían arrodillados en el suelo hipnotizados por las palabras del alcalde, y fueron desarmándolos uno a uno—. El enemigo es Voncín Cuatrodedos y sus secuaces, y a ellos es a los que hay que dar caza.

La nave de *Perro* descendió hasta tocar el suelo. El alcalde se apeó de ella, seguido por su esposa, Maanda y Rasly, que ayudaron a Guya a mantenerse erguida.

—¡Vacilundios, vuestra jefa de exploradores siempre ha sido y será Guya Jarris, así que a ella le debéis lealtad, no tanta como a mí, pero si la suficiente como para cumplir sus órdenes! —dijo Brinsen, con cierto aire petulante, paseándose ante los ya rendidos exploradores vacilundios.

Por fin, los Sanders y el agente Gutiérrez salieron del cobertizo y se reunieron con los demás. Megan, Annie y el policía parecían estar aún en mitad de un mal sueño, uno muy real.

Muun corrió hacia Guya con los brazos abiertos y le propino un fuerte abrazo.

—Ouch —se quejó la vacilundia.

—¡Me alegra verte de nuevo, jefa! —celebró el explorador—. Estás hecha un trapo…

Guya asintió.

—He visto días mejores, pero saldré de esta.

Mike dejó a Celodius cerca del alcalde. El inventor ya estaba consciente, aunque aún tosía a causa del humo inhalado en el desván.

—¡Celodius! —exclamó Brinsen.

—Ni se le ocurra echarme la bronca en estos momentos, señor alcalde —dijo el inventor.

Brinsen se acercó a él y le puso las manos sobre los hombros.

—Ni mucho menos. Ya me han contado que tú también has ayudado en la lucha, y eso dice mucho de ti.

Celodius aprovechó aquel momento para intentar sacar tajada.

—Espero que sea suficiente como para volver a admitirme en la parte alta del Gran Árbol… —pidió, por probar suerte.

—Ya discutiremos eso, ahora hay que arreglar asuntos más importantes —declaró Brinsen.

Celodius miró hacia un lado y masculló, contrariado:

—Claro, más importantes…

La abuela Maggie y el abuelo Jerry se acercaron a lo que quedaba de la casa, que apenas eran unos cuantos listones de madera y restos calcinados del interior. La tristeza volvió a hacerse visible en sus rostros.

—Lo hemos perdido todo… —se lamentó la abuela, entre un amargo llanto.

—Al menos estamos vivos, que no es poco, querida —la consoló el abuelo.

Brinsen, que se percató de la situación, no dudó en acercárseles.

—¡Eh, los de ahí arriba! —gritó.

El abuelo puso una mano sobre el suelo para que el alcalde subiera a ella, y luego la alzó hasta su cara.

—Siento que nuestro primer encuentro se de en esta situación, y me gustaría pedirles disculpas por todo lo ocurrido. Por supuesto, sobra decir que toda la comunidad vacilundia ayudará en lo que sea necesario para reconstruir su hogar.

Perro se les acercó.

—Mucho me temo que aún es pronto para decir eso, personalidad vacilundia —dijo—. Vacilundios han demostrado que son “AMENAZA” para otras formas de vida. Muestra de ello es esto que aquí ha ocurrido. U.C.P.I. decidirá.

Rasly y Maanda se acercaron corriendo.

—¡Eh, eso no es justo! —gritaron—. ¡Nosotros hemos ayudado a que esto no acabase peor!

Mike se agachó frente a *Perro*.

—¿Qué ocurrirá con ellos, ahora? —preguntó el joven.

—Si alto mando no acepta atenuantes, serán llevados a Planeta CCLR10 para aislarlos hasta que se determiné el grado de la “AMENAZA”. Como prometí, yo intercederé por ellos, pero no puedo asegurar que de mucho sirva —explicó *Perro*.

El agente Gutiérrez se pronunció, con voz altiva:

—Nadie de otro planeta tomará decisiones legales en este condado.

Los exploradores datraxianos apuntaron sus armas hacia él, cosa que le obligó a levantar las manos y tragar saliva.

—Vale, no he dicho nada. —Miró a Mike y se encogió de hombros—. Lo he intentado chico, pero parece que no son muy dialogantes estos seres.

Maanda sintió como el suelo temblaba y alzó la vista.

—Algo ocurre, señor alcalde —se apresuró a decir.

Brinsen centró su mirada en el horizonte, allá donde estaban los primeros árboles del bosque, y vio dos grandes figuras salir de ellos.

—¡Mirad allí! —gritó—. Parecen humanos, pero…, un momento… —Agudizó la vista y vio avanzar con grandes zancadas a Voncín Cuatrodedos y a Tom Agualago—. ¡No son humanos, son los traidores, pero… son enormes!

—Datraxianos, línea defensiva —ordenó *Perro* a los suyos.

Voncín y Tom avanzaban a gran velocidad, y pronto estarían lo suficientemente cerca como para asestar su primer golpe.

El alcalde pidió un favor al abuelo Jerry.

—Si no le importa, me quedaré aquí arriba para dirigir a mis vacilundios, aunque comprendería que ustedes quieran correr a esconderse.

El abuelo Jerry, ofendido, se cuadró y frunció el ceño.

—En estos momentos soy el capitán Jerry Sanders, señor vacilundio, y defenderé mis tierras así me deje la vida en ello, ¿entendido?

El alcalde aplaudió, atónito ante tal alarde de señorío y valentía.

—¡Guya, los tuyos te esperan! —le indicó Brinsen a su jefa de exploradores.

Guya, en el suelo, agarró a Muun de un brazo y le susurró algo al oído:

—Yo no puedo dirigir a los exploradores en este estado, amigo mío, necesito que tú lo hagas por mí.

Muun perdió su mirada en el infinito por un momento, pero su respuesta fue contundente:

—Cuenta con ello, jefa —aceptó, y la abrazó de nuevo.

Los exploradores vacilundios formaron su característica nube de insectos en el cielo, al menos los que aún conservaban sus monturas, los que no, se encargaron de proteger a la esposa del alcalde y a Maanda, Celodius y a los humanos, llevándolos de nuevo al cobertizo para mantenerlos alejados de la lucha. Rasly se quedó con Guya en segunda línea de defensa, junto a Nabiruh y sus murxings.

Perro ordenó repartir de nuevo las armas entre los vacilundios,

dispuesto a correr el riesgo que ello suponía.

De nuevo, todos estaban dispuestos para librar la que, esta vez sí, sería la batalla decisiva.

En Brama Vacilundia, Temdur y Pip acababan de llegar a la cima del Gran Árbol. Ambos quedaron paralizados al contemplar que todo allí arriba estaba destruido. La belleza de la que antaño había presumido aquella parte de la Ciudad Camuflada, era ahora un montón de ramas rotas y deshojadas. Los puentes colgantes ya no existían y las casas estaban destrozadas. La Plaza Alta era lo único que se podía distinguir con claridad allí, y tampoco estaba libre de daños. Aquello ya no parecía la mejor zona de Brama Vacilundia. El silencio era estremecedor. Pip se conmovió al recordar todas las veces que había subido allí arriba para pasear entre los bulliciosos vacilundios que llenaban de vida el lugar.

—¡Ismal, ¿dónde te escondes?! —gritó el explorador, entre la tristeza y una furia desconocida en él.

Un rayo fue a parar a los pies de Temdur.

—Ni un paso más, u os arrepentiréis —se escuchó.

Era la voz de Ismal, sin lugar a dudas, pero ni siquiera dio la cara.

—¡Muéstrate, cobarde! —se envalentonó Temdur.

Una carcajada llena de maldad se extendió por la cima del Gran Árbol.

—¿Y quién eres tú para darme una orden así? —inquirió Ismal —. Yo estoy al mando ahora. Tengo el arma más poderosa del mundo y puedo hacer lo que me plazca con vosotros.

—Es una locura, Ismal. Ahora mismo, el alcalde y todos los demás habrán logrado que los exploradores recuperen el sentido común, y esos seres extraterrestres son fuertes e inteligentes, ¿de verdad crees que saldrás impune de este asunto? —dijo Pip.

Ismal saltó desde una rama rota y, tras una pirueta vertiginosa, se plantó delante de los dos vacilundios, con el Rayo G1 en una mano y el láser en la otra, apuntándolos.

—Siempre has sido un necio, un cobarde y una vergüenza para el cuerpo de exploración, Pip, por eso me sorprende que hayas subido hasta aquí para enfrentarte a mí. —Aquel intento de humillación dolió al vacilundio—. Y encima te traes a un vejestorio para ayudarte… Está claro que nunca aprenderás. Si quieres ser fuerte, rodéate de los más fuertes, y no de esos conformistas que

ahora tienes como amigos.

Temdur dio un paso al frente, pero Ismal lo frenó con el cañón de una de las armas. Aun así, este no se achancó.

—Puedes decir lo que quieras, pero Brama Vacilundia pertenece a todos los vacilundios, y nosotros elegimos a Brinsen Ramalta para que nos guiara. No tenéis derechos sobre sus ciudadanos.

Pip se agachó, poniéndose las manos sobre la cabeza.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Temdur—. No te rindas ahora. No dejes que sus palabras te afecten.

—¿Ves? Es solo un cobarde sin remedio —señaló Ismal—. Debes volver a mi lado, Pip, yo siempre te cuidé, ¿o no te acuerdas?

Pip gateó hasta Ismal y se abrazó a sus piernas.

—Tengo miedo, Ismal —sollozó el vacilundio ante la atónita mirada de Temdur.

—Esto es de locos… ¿Para esto me haces subir hasta aquí arriba? ¿Para rendirte a las primeras de cambio?

Pip se incorporó de un salto y agarró a Temdur por los brazos, con fuerza.

—Lo siento amigo, pero Ismal tiene razón; ella siempre ha cuidado de mí, y no puedo darle la espalda.

—Maldito cobarde —gruñó Temdur.

La exploradora sonrió con malicia.

—Anda que… Tú también tienes delito por fiarte de este mequetrefe —se burló Ismal de Temdur. Pip sonrió con cara de bobo —. Átalo a una rama.

Pip miró alrededor, pero no vio nada que le sirviese.

—No hay nada para atarlo, pero parece inofensivo.

—Me desesperas, inepto. ¿Cuántas veces te he dicho que no contradigas una de mis órdenes? Sujeta estas armas. Ah…, y no toques nada, ya hiciste bastante la última vez.

Pip asintió avergonzado, sujetó las armas y dejó a Temdur en manos de Ismal.

La exploradora empujó al rehén contra lo que quedaba de una rama rota y comenzó a dar explicaciones.

—Te he explicado en infinidad de ocasiones cómo se fabrican nuestras cuerdas —dijo, y comenzó a romper una hoja que había por allí—. El nervio central de las hojas es lo suficientemente fuerte y flexible como para amarrar a un enclenque como este. Primero se arranca esta parte, después la otra… —Pip la escuchaba con atención—, y así tenemos una cuerda resistente.

Pip miró a Temdur y le apuntó con el Rayo G1.

—¿Sabes hacer nudos resistentes? —preguntó.

Ismal resopló.

—Claro que sé hacer nudos resistentes, es lo primero que nos enseñan en la Vacilacademia de Exploradores, ¿dónde estabas ese día? —Ismal volvió a resoplar—. Mejor no contestes.

—No te preguntaba a ti, Ismal, le preguntaba a Temdur —aclaró Pip.

—¿A este? ¿Y para qué quiere este saber hacer nudos?

—Para amarrarte a ti, yo no puedo soltar las armas —concluyó Pip.

Ismal se giró con rapidez y se encontró con el cañón del láser apuntándole a la frente.

Temdur carcajeó sin piedad.

—No hay nada como recibir un poco de tu propia medicina, ¿verdad, experta e infalible exploradora? —se burló este—. Confieso que hasta a mí me ha engañado.

Pip mostró una de sus estúpidas sonrisas en agradecimiento por el halago.

—Es cierto, no soy el vacilundio más brillante, pero he tenido una gran maestra en eso de engañar a los demás. Lo siento, pero… Pip "uno", Ismal "cero"; vacilundio inepto gana la partida, jua, jua, jua.

Ismal se revolvió, pero Temdur ya la tenía atada de pies y manos.

—¿¡Qué vais a hacer conmigo? —quiso saber la vacilundia.

—Creo que lo mejor es que decida toda la comunidad, ¿no crees, Temdur? —dijo Pip—. Yo tengo un asunto muy importante del que hacerme cargo. Debo ocuparme de esos dos gigantones.

Ismal soltó una carcajada burlesca.

—¿Tú? —cuestionó—. Un cabezahueca como tú, con tu tamaño, no podrá con ellos. Estás perdiendo el tiempo.

Pip miró el Rayo G1 y sonrió.

—No sé si este rayo curará la torpeza, pero puede arreglar lo de mi tamaño, ¿no crees?

Ismal borró la sonrisa de un plumazo. Aquello la dejó tocada.

—Si esta arma los ha hecho grandes, también puede encogerlos, como hizo con Mike —pensó Pip.

—No podrás manejar un arma tan pequeña cuando este amigo tuyo te agrande, de nada te servirá cuando te enfrentes a ellos, cenutrio —le advirtió la vacilundia.

Pip entendió que Ismal tenía razón, pero Temdur apareció al rescate con una idea.

—No sucederá eso si te disparas a ti mismo —comentó—. Si

sostienes el arma mientras te disparas, ella también aumentará de tamaño.

Ismal lo miró con inquina.

—Entonces, que se preparen esos dos, porque *SuperPip* va a hacer aparición. —Temdur forzó una falsa sonrisa—. No me miréis así, una vez vi un libro de dibujos humanos que uno de ellos se quitaba su ropa y aparecía bajo ella un traje de… —Pip hizo memoria, algo muy extraño en él—. Superhéroe, eso es, así lo llamaban, y el tipo aquel podía volar, y tenía una gran fuerza, y de sus ojos salían rayos… —Ver al vacilundio imitando los movimientos del héroe que había visto en el comic no tenía desperdicio—. Tal vez debería prepararme un traje así. Eso podría amedrentar a Voncín y a Tom. En el libro, los malos se asustaban.

Temdur echó un brazo sobre los hombros de Pip y le susurró algo al oído:

—Creo que bastará con tu presencia —dijo—. Seguro que sentirán muuucho miedo, créeme.

Pip ladeó la cabeza y se encogió de hombros.

—Está bien —se contentó—. Tendremos que prescindir del atuendo. Una lástima.

Temdur le dio una palmada en la espalda, contento.

—Muy bien, campeón —lo agasajó—. Ahora, manos a la obra. Ah, y será mejor que bajes al suelo para crecer. Esos dos ya han destrozado bastante esta parte del Gran Árbol.

19

EL JUICIO FINAL

Voncín Cuatrodedos y Tom Agualago se detuvieron ante las defensas formadas por la alianza de vacilundios, humanos, murxings y datraxianos. Todos estaban alineados por razas entre los campos de espigas y el cobertizo, como si del tablero de un juego de rol se tratase. No había miedo en sus caras, pues sabían que de ellos dependía el futuro de muchas cosas.

Perro subió a la nave y sobrevoló los ejércitos, dictando órdenes a los suyos.

Una voz grande y tosca llegó hasta los defensores:

—Ahí está esa nave de la que habló Ismal —dijo Voncín—. Tenemos que hacernos con ella.

El suelo temblaba a cada paso que daban los gigantes vacilundios, pero quienes más notaban el movimiento eran los murxings, que saltaban inconscientemente tras cada zancada.

—¡Ñaarg! —gritó Nabiruh, dando algún tipo de orden a los suyos.

Los murxings se aferraron con fuerza a la tierra.

Cuando los gigantes entraron en el área de batalla, los primeros en atacar fueron los vacilundios, comandados por Muun. Volaron con destreza alrededor de Voncín, pero eran tan pequeños a su lado que este se los quitaba de encima como si estuviera espantando minúsculos y molestos mosquitos recién nacidos. Las armas vacilundias tampoco sirvieron de mucho. Tom sintió una lluvia de rayos sobre su musgosa piel, pero aquello solo le provocó cosquillas.

Las armas datraxianas si consiguieron que ambos gigantes sintieran algo parecido un leve dolorcillo, pero insuficiente para hacerlos caer. Fue entonces cuando los datraxianos intentaron adoptar formas de criaturas que ellos consideraban potencialmente peligrosas, de la misma forma que lo había hecho antes *Perro* para convertirse en un *beagle*, pero sus trajes, que en realidad eran los que les otorgaban tal habilidad, ya no disponían de la energía necesaria para facilitarles grandes cambios, y el plan se quedó a medias. Lo único que lograron fue aumentar un poco de tamaño, gracias a la misma tecnología del Rayo G1 que había hecho crecer a los enajenados Voncín y Tom, aunque no tanto como a estos.

—¡Exploradores, volvemos al suelo! —ordenó Muun, para trazar un nuevo plan de ataque.

Cuando los vacilundios aterrizaron, los murxings entraron en acción. Centraron su ataque en Tom Agualago, para así intentar dejar a Voncín en solitario.

Nabiruh y los suyos escalaron por las piernas de Tom, colándose por debajo de sus pantalones. Mordían como termitas hambrientas aquí y allá. Pronto, el musgo del vacilundio se vio reducido a una mancha verdosa sobre la piel, devorado por los pequeños enraizados.

Voncín, mientras tanto, fijó su mirada en la nave de *Perro*. Aquel era su objetivo, por encima de cualquier otro. *Perro* se percató de ello y, en su idioma, advirtió a los suyos:

—Requiero protección de la DALF495 de inmediato.

Todos los datraxianos se apostaron delante de Voncín. En aquel instante, el abuelo Jerry tuvo una idea.

—¡Eh, amigos! —gritó, llamando la atención de los datraxianos —. ¿¡Esos cascos son duros!? —Uno de ellos asintió—. Pues ¡a la carga!

Los datraxianos ni se inmutaron, y no por rechazar la idea, pero es que no entendieron lo que el abuelo quería decir. *Perro*, siempre curioso, lo visualizó en su casco. En él aparecieron imágenes de películas basadas en batallas humanas, en las que aquel grito, “¡a la carga!”, se usaba para embestir a los contrincantes. *Perro* lo transmitió a los suyos, que, sin dilación, se agacharon, colocaron las cabezas como arietes y tomaron velocidad.

El agente Gutiérrez, arma en mano, no sabía si disparar, correr o sentarse a ver un espectáculo que bien parecía sacado de una película en tres dimensiones.

Perro maniobró sobre Voncín para que este no prestase atención a la carga de los suyos, y el gigante, falto de experiencia en combate, cayó en la trampa. Los datraxianos golpearon con fuerza sus cascos contra las espinillas del enorme vacilundio, provocándole un dolor que le obligó a perder el equilibrio. Pero la suerte se alió con él. Aprovechando un momento de exceso de confianza de *Perro*, Voncín agarró la nave, que parecía un balón de voleibol en sus enormes manos, y la arrastró con él hacia el suelo. Tom, que aún trataba de deshacerse de los murxings, también hincó la rodilla, rascándose de forma nerviosa y solicitando piedad.

—¡Me comen, señor gobernador! —gritó Tom Agualago—. ¡Piedad!

Rasly y Guya carcajearon al presenciar tan patética escena.

«Muy gigantes, pero con cerebro minúsculo», pensaron.

—¡Calla de una vez y saca el Rayo G1! —le ordenó Voncín—. ¡Ya la tenemos! ¡Agrandémosla y abandonemos este maldito planeta de una vez por todas!

Tom, entre sacudida y sacudida, recordó algo que sabía que no iba a sentarle muy bien a su jefe.

—¿Rayo? —preguntó—. Pensé que era usted quien lo tenía…— Tom se detuvo. La imagen de Ismal disparándoles a él y a Voncín se coló en su cabeza—. Oh, no… Ismal se quedó con el arma.

Voncín se contuvo, aun teniendo muchas opciones para sacar a pasear, una vez más, su irascible carácter. Tranquilamente, podría haber estallado contra Tom, maldecido a Ismal, insultado al planeta Tierra al completo, pataleado contra el suelo, llorado de rabia e incluso estrellado la nave de *Perro* contra el suelo y mandar el plan a freír espárragos, pero no lo hizo. Y todo porque sus ojos encontraron algo en lo que volcar toda aquella rabia; Brinsen Ramalta, su gran rival.

—¡Corra, capitán Jerry! —instó el alcalde al abuelo.

Pero ya era tarde. Voncín agarró al abuelo, que a su vez agarraba a Brinsen, y lo alzó como si de un maniquí se tratase.

—¡Agárrese fuerte, señor alcalde! —le indicó el abuelo Jerry.

En aquel instante, las dos personas más importantes de ambas familias (la familia Sanders y la familia vacilundia) estaban en peligro, y así lo sintieron los demás miembros de dichas familias. La abuela Maggie, Megan, Annie y Mike salieron del cobertizo y corrieron a abalanzarse contra Voncín, armados con lo primero que habían atinado a coger, mientras Muun y los exploradores echaron a volar de nuevo, formando otra vez la nube de insectos, en esa ocasión, frente a la cara del gigante. Incluso Rasly, Celodius y Guya ayudaron, subidos a los hombros de Mike.

Los murxings, que habían logrado su propósito de hacer caer a Tom Agualago, vitoreaban con gruñidos sobre el pecho de este, que yacía rendido en un mar de picores.

—¡Todos a una contra este monstruo! —alentó Muun al resto.

Pero Voncín no iba a regalar su derrota. Sacudió sus piernas aquí y allá, zafándose de los humanos, y lanzó manotazos al aire contra los vacilundios y sus libélulas. Cuando se vio más libre, profirió una última amenaza:

—¡Esto es entre Ramalta y yo! —dijo—. ¡No le haré daño a nadie más si no os entrometéis!

El agente Gutiérrez disparó al aire, asustando a muchos de los vacilundios y de los murxings, a la vez que alertaba a los

datraxianos.

—¡Nadie se lleva a un alcalde en este condado sin permiso de la justicia, y, ahora mismo, esa soy yo, así que deje a ese… vaci… lundio en el suelo o me obligará a usar la fuerza! —dijo, apuntando hacia arriba, al tronco de Voncín.

El agente lo intentó, pero aquello solo provocó una carcajada en el gigante, que acabó dando una patada al suelo y echando un montón de tierra sobre el agente y los que estaban cerca de él.

—¡Ningún humano, vacilundio o "cosa rara con casco negro" me va a impedir que lleve a cabo mi venganza! —dejó claro Voncín, ante la sonriente y extrañada mirada de los presentes—. ¡Tarde o temprano encontraré la forma de salir de este planeta, y vosotros, seres de la galaxia —dijo, refiriéndose a *Perro* y los suyos— me ayudaréis a conseguirlo!

Voncín, inmerso en un estado de euforia que rozaba lo enfermizo, no se percató de nada de lo que ocurría a su espalda, pero los vacilundios, los humanos, encabezados por Mike, y Nabiruh y sus murxings comenzaron a vitorear y a dar saltos de alegría, para sorpresa del gigante, que apretó los dientes con rabia.

—¡Nadie se burla de Voncín Cuatrodedos! —espetó, pero no tardó demasiado en descubrir el motivo de tal jolgorio.

—¡Eh, tú, suelta a ese humano y al alcalde y métete con alguien de tu tamaño!

Voncín se giró, alentado por aquella provocación. Allí estaba Pip, pero su tamaño acongojó al antiguo pensador (medía incluso más que él mismo, y esto no era extraño, ya que Voncín era, en medidas vacilundias, al menos dos cabezas más bajo que el torpe explorador), eso y las dos enormes armas que portaba en sus manos. Voncín reconoció de inmediato el Rayo G1. Sus ojos centellearon.

—¡Ja! —exclamó, antes de echar a andar hacia Pip.

—¡Le advierto que, si da un paso más, no dudaré en apretar este disparador! —Y justo al decir aquello, un rayo salió del cañón en dirección a un hombro de Voncín—. Ops… Eso ha sido sin querer. Bueno, no importa, se lo ha buscado. Todos habéis visto que se ha movido —se escusó, mirando a todos los presentes.

Pip bajó el arma laser, ante la posición defensiva de los datraxianos, pero mantuvo alzado el Rayo G1. Su cara era un poema.

—¡Maldito descerebrado! —gritó Voncín, echándose mano al hombro herido.

Todos los de más abajo abrieron sus bocas de par en par. Algunos incluso se echaron las manos a la cara para no mirar lo que

estaba a punto de ocurrir.

—Menudo castañazo —murmuró Rasly, con los ojos entrecerrados.

Y claro, es que el brazo herido era con el que Voncín Cuatrodedos había estado sujetando al abuelo Jerry todo el rato. El abuelo quedó tumbado en el suelo, y se juraba a sí mismo que veía estrellitas pululando alrededor de su cabeza. El alcalde salió mejor parado, pues terminó su caída libre sobre la barriga del abuelo.

—¡Jerry! —gritó la abuela Maggie, que se acercó, acompañada de su hija y sus nietos—. ¿Estás bien?

—Siento como si por mi cabeza se hubiera paseado un elefante —balbuceó el abuelo.

No tardaron en retirarlo de las cercanías de Voncín, que se preparaba para hincar las rodillas en el suelo, afectado por el dolor del hombro.

Todos los vacilundios se apartaron.

—Señor gobernador —dijo Tom Agualago—, yo me rindo. Creo que el plan ha fracasado.

Nabiruh, con un «Ñaarg» cargado de orgullo, ordenó a los murxings que bajasen a tierra firme.

Mike intentó llamar la atención de Pip:

—¡Dispara el rayo contra esos dos! —le gritó, dando saltos.

Muun, Guya, Maanda y Rasly lo imitaron, pero eran demasiado pequeños para que Pip, que estaba más preocupado por descifrar lo que salía de la boca del humano, pudiera escucharlos.

—¡Nunca me rendiré! —gritó Voncín, sacando a relucir su orgulloso carácter, una vez más—. ¡No pienso quedarme en este pla….

—¿¡Te puedes callar un momento!? ¡No puedo escuchar a dos que hablan a la vez! —lo interrumpió Pip, ofuscado, encañonándolo con el Rayo G1 y apretando el disparador, otra vez, de forma inconsciente.

Todos se echaron las manos a la cabeza y corrieron a esconderse tras lo primero que tuvieron a mano, pues el disparo salió desviado y acabó reduciendo la vieja cosechadora de trigo que había junto al cobertizo. Pero no fue el único disparó que realizó. Muchos otros, provocados por el incesante y nervioso meneo que Pip le estaba dando al Rayo G1, surcaron la zona en diferentes direcciones. Primero alcanzó los restos del coche patrulla del agente Gutiérrez, luego unas cuantas espigas, otro dio de lleno en la nave de Perro, que ni se inmutó, para no variar, y, al final, Tom Agualago fue el último que se vio afectado. Este, casi sin darse cuenta, se vio

rodeado de murxings gruñendo, alzó las manos e imploró clemencia, ya con su tamaño original recuperado.

—Todo ha sido culpa de Voncín —dijo—. Yo ni siquiera me siento a disgusto en este planeta —lloriqueó, mirando con desconsuelo el estropicio que los murxings habían hecho en su delicado musgo.

Voncín, aprovechando el caos que se había organizado, echó a correr en dirección al bosque.

Muun voló hasta los hombros de Pip y le gritó en uno de sus oídos:

—¡El usurpador se escapa! ¡Dispárale!

Pip colocó el arma en posición y comenzó su improvisado ritual:

—Localizando objetivo —dijo—. Apuntando a objetivo —añadió—. Calculando dirección del vient…

—¡DISPARA! —gritaron todos al unísono, desesperados. Hasta los datraxianos lo estaban, que ya es decir.

—Vale. Tranquilos —se disculpó Pip, y apretó el disparador, por primera vez, de forma consciente.

El tiro fue perfecto, pero Voncín ya estaba en mitad del campo de espigas cuando el rayo lo alcanzó. Su cuerpo fue disminuyendo hasta perderse entre el paso.

Los gritos de celebración de los Sanders llegaron hasta Pip, que se dio la vuelta para ver que ocurría por allí abajo. Cuando vio a sus compañeros vacilundios saltando y festejando la victoria, Pip apoyó el cañón del Rayo G1 sobre su hombro y se sintió como nunca antes lo había hecho. Todos los exploradores vacilundios que disponían de libélula alzaron el vuelo y revolotearon alrededor de la cabeza del gigantón, que no cabía en sí de gozo. Había escuchado tantas veces cómo se burlaban de él que aquello le parecía un sueño; el mejor momento de su torpe vida.

Muun se le acercó al oído, otra vez:

—Buen trabajo, compañero, pero ha llegado la hora de devolverte a tu tamaño. Esa arma ya ha traído demasiados problemas, y es mejor que nos libremos de ella de una vez por todas.

Algo ocurrió en la cabeza de Pip. Se sentía importante así, un superhéroe como aquellos sobre los que había leído en los libros humanos, y pensó: «¿Por qué no quedarme así? Podría convertirme en *SuperPip*, finalmente». Pip dio un paso atrás y apretó el arma contra su pecho.

—No es tan mala esta arma —dijo—. Yo podría ayudar a limpiar

de malos este planeta. Seguro que los hay a montones.

En ese instante, el cielo se nubló sobre las tierras de los Sanders, y de entre las nubes surgieron varias esferas brillantes que fueron descendiendo hasta rodear la granja.

—¿Más bichos raros? —preguntó el agente Gutiérrez, sin querer escuchar la evidente respuesta.

—Solo es parte de flota de la U.C.P.I. —señaló *Perro*—. Naves datraxianas.

El agente lo miró, asintiendo de forma incómoda.

—Justo lo que yo pensaba —bromeó, lleno de incertidumbre.

Voncín Cuatrodedos, ya con su tamaño natural y echándose una mano al hombro herido, surgió de entre las altas espigas, corriendo como si no hubiera mañana.

—¡Ay, mamá! —gritaba, despavorido—. ¡Me quieren linchar!

Justo tras él, apareció Temdur Nimkus, comandando a todos los habitantes de la Ciudad Camuflada.

—¡Ya estamos aquí! —gritó Temdur—. ¡Hemos venido a ayudar!

Las risas no se hicieron esperar. El populacho venía cargado con palos, herramientas y cualquier cosa que pudiera servirles para hacer frente a la situación que esperaban encontrar, pero sus caras se sorprendieron al ver la tensa calma que reinaba allí.

—Creo que habéis llegado tarde, papá —dijo Rasly, acercándose para abrazarlo—. Os habéis perdido una batalla que traspasará generaciones vacilundias.

—Y de los Sanders —añadió Mike, agachado frente a la turba vacilundia.

Perro y los demás datraxianos se acercaron a Pip.

—Es hora de que tú entregas Rayo G1 a U.C.P.I. —le pidió.

Pip arrugó la frente.

—¿Y si no lo hago?

—Si tu no haces, naves datraxianas te…

—Un momento —lo interrumpió Guya—. Dejadme hablar con él a solas.

Muun tomo tierra a su lado y le ofreció su libélula.

—¿Podrás montar, jefa?

Guya asintió, aunque en su cara aún aparecían rastros de su debilidad.

Perro no se entrometió.

Cuando Guya se aproximó a la cabeza de Pip, este levantó una mano para que pudiera posarse en ella y la acercó tanto como pudo a su oído.

Guya no tardó más de diez segundos en mostrar a todos los

presentes lo fácil que era convencer a un completo zoquete. Desde el suelo, todos observaron cómo el musgo de Pip se agitaba lleno de vida, de ilusión y de felicidad, y cómo en la cara del enorme vacilundio aparecía una sonrisa que contagió a todos.

Pip tomó el láser que antes había arrojado al suelo y se apuntó a sí mismo con el Rayo G1. Mientras disminuía su tamaño, su satisfacción pareció no verse afectada.

Guya aterrizó junto a Muun.

—¿Se puede saber qué les ha dicho para convencerlo? —preguntó el explorador.

Guya tragó saliva, rozando el arrepentimiento.

—Algo que espero poder olvidar más pronto que tarde. Mejor no preguntes.

Las esferas comenzaron a girar en torno a la granja y, de ellas, emanaron haces de luz anaranjada que acabaron convirtiéndose en la imagen de un datraxiano de espectacular envergadura, como antes había hecho *Perro* para transmitir el mensaje de Brinsen. Una extraña voz se apoderó del aire.

—Vacilundios deben deponer todas sus armas y entregarse a U.C.P.I. para traslado a planeta de contención de “AMENAZAS”.

Mike, Brinsen, Maanda, Muun, Guya y Celodius miraron a *Perro*. Sus caras eran un ruego a la cordura y una plegaria para que el datraxiano mantuviera su promesa. La mayoría de los demás vacilundios no sabían de qué trataba todo aquello, pero intuían que nada bueno estaba por pasar.

Perro dio un paso al frente, seguido de los suyos. Primero pronunció un saludo en su lengua, y luego continuó expresándose en el idioma terrestre para que vacilundios y humanos pudieran entenderle. La entidad que se había manifestado en forma de holograma apoyó la decisión.

—Líder de flota datraxiana, debo interferir en decisión tomada —expuso *Perro*—. Antes de cualquier paso, líder y consejo datraxiano de la U.C.P.I. deberían contemplar la posibilidad de que no todos vacilundios son “AMENAZA”. Procedo a transferir grabaciones de lo que aquí acontecido hoy, para que sirva de prueba concluyente.

El holograma del líder datraxiano no se pronunció. Nuestro grupo de héroes quiso pensar que la razón era la visualización de los datos que *Perro* le había enviado.

Rasly se abrazó a Temdur y a Mamá Nimkus, Mike hizo lo propio con Annie y su madre, el abuelo Jerry y la abuela Maggie

esperaban la decisión agarrados de la mano. El agente Gutiérrez se había sentado en el suelo al sentir un ligero mareo a causa de tantas emociones, Brinsen Ramalta permanecía serio y sereno frente a su señora, y Maanda permanecía junto al resto de consejeros leales al alcalde, mirando de cuando en cuando a Muun y a Guya para darles ánimos. Pip…, Pip también miraba a Guya. Nabiruh y el resto de murxings se habían mezclado con el resto de la población vacilundia para demostrar que podían convivir de forma pacífica. Solo unos cuantos murxings y unos cuantos exploradores vacilundios vigilaban de cerca a Voncín, que escuchaba con cara de pocos amigos los lloriqueos de su compañero golpista, Tom Agualago.

El holograma del líder datraxiano comenzó a hablar:

—Desde hace mucho tiempo ya, la U.C.P.I. ha perseguido por todo el universo a razas consideradas "AMENZA". Nosotros vimos lo que vacilundios fueron capaces de hacer en otros planetas. Son peligrosos.

—En estos días en planeta Tierra, he comprendido que estos seres pueden ser tan peligrosos como nosotros mismos —contestó *Perro*—. Los he visto defender a humanos y enfrentar a quienes pretendían usar violencia. Estoy seguro de que, si vacilundios hubieran conocido la presencia de "gen conflictivo" en su organismo, hubieran intentado corregirlo, pero eran desconocedores.

—Y ese es el problema —añadió el holograma—. Mira qué ocurrido en este lugar.

Perro pensó un momento.

Todos los vacilundios y humanos esperaron impacientes.

—Sé. Pero "AMENAZAS" han sido neutralizadas con éxito por propios vacilundios —insistió el datraxiano, señalando a Voncín y a Tom—. Propósitos suyos no sirvieron para que otros vacilundios les apoyaran, finalmente. Todos están ahora en contra de violencia. Si líder datraxiano da orden a datraxianos de cumplir una misión, por muy aberrante que esta ser, nosotros cumplimos, como ocurre en cualquier especie de universo. Pero ellos han comprendido que este es planeta suyo, también.

Celodius se acercó a *Perro* y llamó su atención. Al inventor se le ocurrió una idea que podría servirle para dar tiempo a los vacilundios, a la par que ayudarle a lograr su objetivo personal; convertirse en el vacilundio más importante de la historia.

Perro se agachó junto a él.

—¿Crees que esos de ahí arriba podrán escucharme? —le

preguntó el inventor.

—Ellos pueden escuchar todo —confirmó *Perro*.

Celodius se aclaró la garganta y adoptó una pose con la que pretendía darse aires de importancia.

—Muy bien —comenzó—. Soy el científico e inventor más sobresaliente de Brama Vacilundia —los vacilundios lo miraron con aire de «no te lo crees ni tú»— y tengo una propuesta que podría ayudarnos a solucionar este entuerto.

—Habla —le instó el holograma del líder datraxiano.

Celodius volvió a aclararse la garganta, tosiendo en repetidas ocasiones.

—Como científico, me ofrezco a investigar una cura para ese "gen" que nos afecta de forma negativa y nos convierte en amenazas. —Celodius respiró profundamente, antes de continuar—. Así mismo, me ofrezco para viajar con vosotros y poder aprovechar vuestra tecnología para tal fin, pues, en este planeta, los estudios genéticos están aún demasiado verdes, por lo que he podido leer en los libros humanos. De hecho, no creo que el resto de este planeta esté preparado para afrontar la existencia de especies intelectualmente superiores ni, por supuesto, llegadas de otros puntos del universo. Solo hay que ver eso que los humanos llaman "películas" para darse cuenta de que tienen una imagen muy negativa de todo lo que proceda de fuera de su planeta.

El abuelo Jerry agachó la mirada, conocedor de que aquellas palabras estaban cargadas de verdad.

—Hum… U.C.P.I. nunca se ha planteado esa opción —admitió el líder datraxiano—. De todas formas, no podemos correr riesgo de dejar "AMENAZAS" sueltas en planeta Tierra.

—Vacilundios conflictivos serán trasladados a Planeta CCLR10 hasta que esa esa opción sea comprobada —sugirió *Perro*—. Si inventor vacilundio encontrar solución, todos vacilundios podrían dejar de ser considerados "AMENAZA".

Celodius se rascó el musgo de su cara, pensando: «¿Por qué diantres gritará cada vez que dice la palabra "AMENAZA"?». Luego, retomó la conversación.

—Si fracaso, siempre podréis retomar la idea principal; llevarnos a ese planeta de contención—sugirió.

El abuelo Jerry tomó parte en la conversación:

—Disculpe, señor líder datra…xiano —comenzó a decir—. Soy el capitán Jerry Sanders, y yo también tengo algo que proponerle. —El líder asintió—. Aunque los humanos no formemos parte de esa… U.C.P.I., no nos importaría que los vacilundios permanezcan

en nuestro planeta el tiempo que precisen. —La abuela lo apoyó, pero el que mejor recibió aquella propuesta fue Mike—. Mi familia y yo podríamos mantenerlos en secreto, como lo hemos hecho hasta ahora, y no creo que el agente Gutiérrez tenga problema con ello.

—No os preocupéis por mí —dijo el agente—. De todas formas, nadie me creería si cuento lo que he visto hoy, y no me gustaría acabar mis días tachado de loco.

El líder datraxiano pensó un momento.

—Entonces, nosotros le nombramos enlace de la U.C.P.I. en planeta Tierra —confirmó este.

La abuela Maggie levantó la mano.

—Yo soy Maggie Sanders —se presentó—, esposa del capitán Jerry, y me gustaría saber si vosotros, con toda esa tecnología, podríais ayudarnos a reconstruir nuestra casa. —Una lágrima se desprendió de sus ojos.

—Mi equipo y yo permaneceremos en Tierra hasta que casa haya sido reconstruida —se ofreció *Perro*—, y luego instalaremos comunicador intergaláctico en casa nueva, para que capitán Sanders pueda informar de progreso de vacilundios.

La abuela se agachó frente al datraxiano y le propinó un gran beso en el esférico y oscuro casco.

—Así sea, entonces —sentenció el líder—. Vacilundios de la tierra, quedáis a cargo del capitán Jerry Sanders. Permaneceremos alerta ante cualquier posible nuevo altercado. Por supuesto, todas vuestras armas quedarán en poder de la U.C.P.I., incluido Rayo G1.

La fiesta se desató. Los habitantes de la Ciudad Camuflada saltaron y gritaron henchidos de felicidad, y los murxings lo celebraron de igual manera, ya que no se imaginaban sobreviviendo sin la humedad que sus vecinos del Gran Árbol dispensaban a la tierra. Los Sanders se abrazaron, incluso el agente Gutiérrez lo festejó, aunque en su cabeza trataba de idear algo convincente para explicar en comisaría por qué su coche patrulla era ahora un amasijo de hierros disminuidos y esparcidos por algún lugar de las tierras de los Sanders.

Las naves de la U.C.P.I. dejaron de girar en torno al holograma y se desbandaron. Dos de ellas tomaron tierra, y Voncín Cuatrodedos, Tom Agualago, Ismal y los demás integrantes de los Hijos de Cilium fueron llevados a su interior, atrapados por unos grilletes brillantes en pies y manos que les impedían caminar con facilidad. Tom e Ismal ni siquiera levantaron sus cabezas, avergonzados por el generalizado abucheo, pero Voncín, en cierto modo, se sentía victorioso.

—Os dije que mi plan saldría bien —dijo a sus compañeros golpistas—. Vamos a abandonar este fétido planeta de una vez por todas.

Mike y Annie vieron un coche que se acercaba por el camino de tierra que daba acceso a la granja. En seguida se percataron de quién se trataba, y echaron a correr hacia él.

—¡Papá! —gritaron los dos a la vez en repetidas ocasiones.

Peter paró el coche al verlos venir, asustado al presenciar, a lo lejos, los restos humeantes de la casa.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, bajándose con rapidez del vehículo—. ¿Estáis bien? ¿Y mamá y los abuelos?

Annie y Mike, eufóricos, hablaron a la vez, entremezclando sus explicaciones e impidiendo que Peter pudiera comprender con claridad lo que querían decir.

—¡Son unas criaturas del espacio! —decía Annie.

—¡Han venido en naves espaciales, como las de las películas! ¡Ha sido una pasada! —gritó Mike.

—¡Y Mike se hizo muy pequeño!

Justo al decir aquello, Peter miró al cielo y vio las esferas datraxianas alejándose hasta convertirse en pequeños puntos centelleantes. Annie y Peter las miraron emocionados.

Pero hubo algo en lo que ambos hermanos se pusieron de acuerdo, pronunciándolo al unísono:

—Papá… ¿podemos venir todas las semanas a visitar a los abuelos?

Y así fue cómo los vacilundios se ganaron la oportunidad de seguir habitando en el planeta Tierra, el mismo que durante siglos habían adoptado como su hogar.

La granja de los Sanders se levantó de nuevo, con la ayuda de avanzadas herramientas que *Perro* y los suyos pusieron a su disposición.

El Gran Árbol vivió muchas jornadas de celebraciones y, en poco tiempo, la “Nueva Ciudad” con la que Brinsen Ramalta había soñado, se convirtió en una realidad. Aunque esta no se edificó donde idearon en un principio, fue cerca de los Sanders, en otro Gran Árbol que la abuela Maggie ordenó trasplantar cerca del cobertizo, y en el que se fundó Ramalta, la Ciudad de los Nuevos Tiempos.

Cuando *Perro* y los suyos concluyeron su labor en la granja, se marcharon, pues existían otros planetas en los que la U.C.P.I. debía estar presente para asegurar la Paz.

Celodius no regresó a la Tierra hasta algo más de un año después de su partida, y no lo hizo como el inventor más aventajado de Brama Vacilundia, en realidad, regresó como Científico Jefe de la Unidad de Investigaciones Genéticas de la U.C.P.I., puesto que se ganó al ser considerado como salvador de su propia raza, tras descubrir que aquel "gen" que los volvía malvados no era solo cosa de los vacilundios y que esta cualidad no atendía a razas concretas, pues en todas las especies del universo existían individuos buenos y no tan buenos. Por supuesto, los vacilundios no conflictivos que habían sido retenidos en el planeta CCLR10 fueron puestos en libertad, y muchos de ellos fueron acogidos en la Tierra, donde acabaron convirtiéndose en habitantes de Ramalta, la Ciudad de los Nuevos Tiempos.

Rasly trabajó duro para convertirse en explorador, siempre con Muun como mentor, y Temdur, su padre, fue condecorado por su valentía. Por fin, los Nimkus se ganaron el honor de figurar en la Gran Tabla de los Triunfadores.

Pero, un momento. Me olvidaba de algo muy importante. Una semana después de la gran batalla por la libertad de los vacilundios, Pip subió a lo más alto del Gran Árbol y se sentó en un lugar que había preparado con mucho esmero para un acontecimiento que llevaba esperando toda su vida. Miró al cielo y suspiró en varias ocasiones. Alguien tosió suavemente a su espalda para llamar su atención.

Pip se dio la vuelta, sonriente.

—Bienvenida, señorita Jarris —dijo, ofreciendo su mano.

Guya sonrió, forzosamente.

—Pip, por favor, solo intenta comportarte con normalidad, esto es solo una cita entre amigos, ¿ok? —aclaró la vacilundia.

—Claro que sí —aceptó Pip—. Solo es una cita entre amigos, pero quién sabe si en el futuro…

—Pip…

—Vale, vale. Entendido.

Las noches en Brama Vacilundia y Ramalta eran siempre un motivo de fiesta, pero allí cerca, en el nuevo y elegante desván de la casa de los Sanders, siempre había unos ojos que se mantenían alerta.

La abuela Maggie se acercó a la puerta y escuchó con orgullo la voz de su esposo:

—Centro de comunicaciones de la U.C.P.I., aquí el capitán Jerry Sanders: Todo en orden en la Tierra.

¿Fin?

BRAMA VACILUNDIA

LA CIUDAD CAMUFLADA

MANUEL OSTOS MUÑOZ

Glosario de nombres

HUMANOS:

Agente Gutiérrez: Policía.
Abuela Maggie: Abuela materna de Mike.
Abuelo Jerry: Abuelo materno de Mike.
Annie: Hermana de Mike.
Megan: Madre de Mike.
Mike: Joven protagonista humano.
Peter: Padre de Mike.

VACILUNDIOS (Habitantes de Brama Vacilundia. Diminutos, curiosos y pacíficos. Su piel está salpicada de musgo y su pelo de diminutas hojas. Sus iris brillan):
Brinsen Ramalta: Alcalde de Brama Vacilundia.
Celodius Godonindus: Inventor y científico.
Cloti Yamira: Alcahueta oficial de la Ciudad Camuflada.
Curneli Ramalta: Alcaldesa consorte.
Finn Yerbal: Buscador de alimentos silvestres.
Gran Maestro de los rayos: Holograma poseedor de historia vacilundia.
Guya Jarris: Jefa de exploradores vacilundios.
Ismal: Exploradora.
Maanda: Consejera del alcalde.
Mamá Nimkus: Madre de Rasly Nimkus.
Muun: Explorador.
Parmira Clon: Consejera del alcalde.
Pip: Explorador torpe.
Rasly Nimkus: Vacilundio de los barrios del suelo.
Ron Cornetilla: Consejero del alcalde. Mudo..
Temdur Nimkus/Papá Nimkus: Padre de Rasly Nimkus.
Tim Medialengua: Consejero del alcalde, con dificultad para hablar.
Tom Agualago: Consejero del alcalde, de modales refinados.
Tom Tresojos: Anciano vacilundio que siempre ronca.
Voncín Cuatrodedos: Consejero del alcalde.

MURXINGS (Seres enraizados y diminutos que viven bajo tierra, con un carácter bastante bronco):
Nabiruh: Líder de los murxings.

DATRAXIANOS (Originarios del planeta Datraxes y miembros de la U.C.P.I. Visten de negro, con un casco esférico y oscuro que les hace las veces de cabeza. Muy tecnológicos):
Perro: Explorador líder datraxiano.

Agradecimientos

Llega el momento de los agradecimientos y de valorar el apoyo que he recibido durante el proceso creativo de este libro. En primer lugar, a **Beatriz Chacón Vallejo**, por estar presente desde el primer momento hasta el último segundo, por animarme cuando tenía ganas de tirar la toalla y decirme «Te estás equivocando. Sigue», porque siempre tenías razón. En segundo lugar, a **Silvia Sanfederico Roca**, autora de los libros “La Isla de Árum” y “La Saga del Nuevo Mundo”, porque sus consejos a la hora de mejorar la historia de Brama Vacilundia han sido de gran ayuda. Y a **Susy Hope**, autora de “Toda una vida para amarnos”, porque su labor como lectora cero ha sido magnífica.

Y a vosotros, lectores, os guardo un agradecimiento especial, porque le disteis una oportunidad a mis otros dos libros, la bilogía “HASTA EL ÚLTIMO SEGUNDO” y “EL DIARIO DE MANDY”, porque vuestras críticas siempre han sido positivas y porque os dejasteis emocionar por aquella historia. Ahora, solo deseo que Brama vacilundia: La Ciudad Camuflada os haya hecho reír y disfrutar, esa era mi humilde intención. Sin vosotros, nada de esto sería posible.

Gracias. Mil gracias.

Sobre el autor

Gracias por haber llegado hasta aquí. Puedes encontrar todos mis libros en Amazon, tanto en digital como en papel, y dejar tus siempre valiosas reseñas:

- HASTA EL ÚLTIMO SEGUNDO **rxe.me/1PL1P8**
- EL DIARIO DE MANDY **rxe.me/2S6KMT**

MISTERIO Y EMOCIONES os esperan.

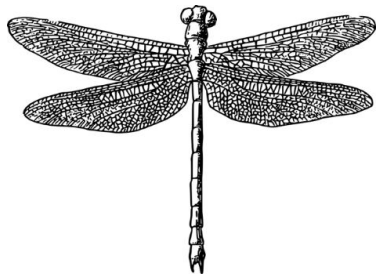
Contacto:

Facebook: @manuel.osmu.77

Twitter: @ManuelOsMu

A Bea y José Manuel.

Porque os lo merecéis todo.



Y a mis padres.

Porque desde allí también empujáis con fuerza.